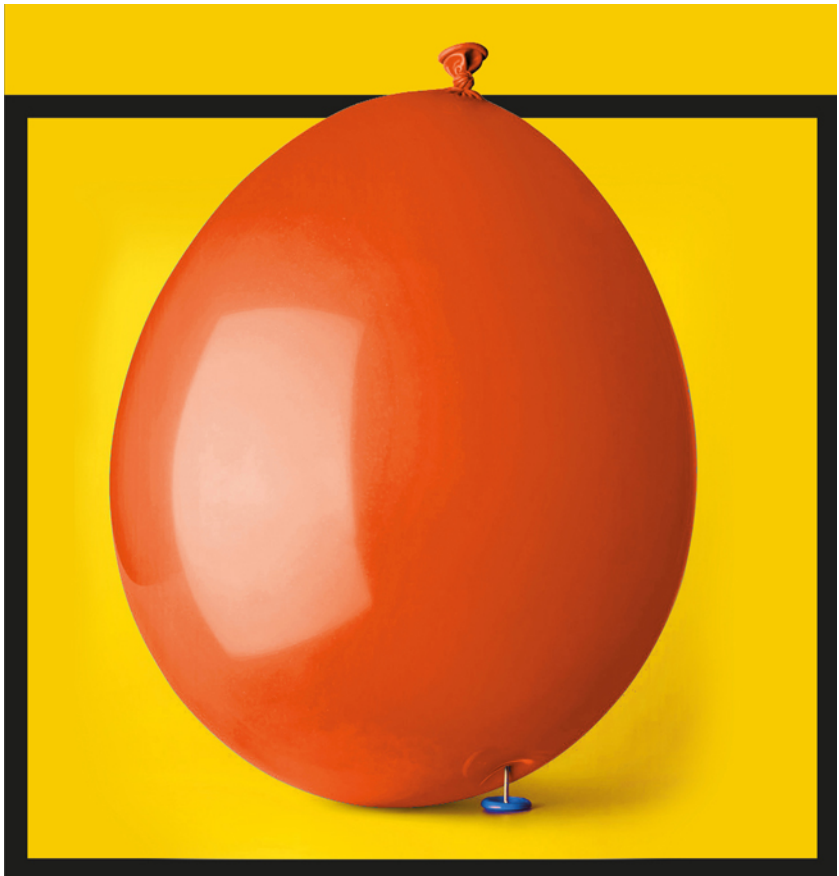

Fran Hervías

Ciudadanos. La historia jamás contada

Prólogo de Juan Carlos Girauta

PENÍNSULA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
1. LOS INICIOS
2. ¡REBÉLATE! SALVEMOS A CIUTADANS
3. MEJOR UNIDOS
4. DE CIUTADANS A CIUDADANOS CON MOVIMIENTO CIUDADANO
5. EUROPA Y ANDALUCÍA: EL INICIO DEL CAMBIO
6. CONSTRUIR UN PARTIDO: DE LA EXPANSIÓN A LA IMPLANTACIÓN
7. EL TALENTO INTERNO Y EXTERNO
8. AL SEPARATISMO SE LE GANA EN LAS URNAS
9. UN PARTIDO LIBERAL PARA LLEGAR A LA MONCLOA
10. LA LEALTAD Y EL COMPROMISO DE UN EQUIPO
11. MI DIMISIÓN
12. EL ADIÓS
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Fran Hervías fue de los primeros en llegar a Ciudadanos y de los últimos en irse. Llegó al partido con la ilusión de un joven catalán que sentía aversión al clima nacionalista que crecía en Cataluña por aquel entonces y que entendía ese nuevo partido como la posición que nadie más ejercía. Tras ser el artífice de su expansión y construcción en toda España como secretario de organización, se fue de Ciudadanos tres lustros más tarde, renunciando a su acta en el Senado, con un partido que había estado a punto de llegar a la Moncloa, pero que se desgajaba a marchas forzadas.

Este libro, escrito sin medias tintas desde la posición privilegiada de quien durante mucho tiempo estuvo dirigiendo la sala de máquinas del partido y seleccionando a sus cuadros, da cuenta de la verdadera historia del partido; de sus éxitos y de sus fracasos, de sus peleas internas y de sus facciones, de sus luchas ideológicas y pugnas personales. Un relato apasionante que nos sumerge en los entresijos de la alta política y que permite entender la caída de Ciudadanos, pero también del último proyecto de un partido liberal en España.

Ciudadanos. La historia jamás contada

Fran Hervías

Prólogo de Juan Carlos Girauta

ediciones península

A mi hijo Pelayo,
para que, cuando lea este libro,
entienda que unos locos muy cuerdos
soñamos con dejarles una España mejor.
Te quiero.

Prólogo

Vi por primera vez a Fran Hervías en el año 2008. Me pareció un adolescente, casi un niño, aunque tenía veinticuatro años. Posamos para una foto donde aparecen también Albert Rivera y Jordi Cañas, entre otros. Él llevaba una pancarta. Se nos ve contentos: acabamos de celebrar un acto entre la sede de la Generalitat y la del Ayuntamiento de Barcelona, o sea, en la plaza de Sant Jaume. Se ha llenado de gente; hemos ejercitado una libertad que solo parecerá normal a los que desconozcan la espiral del silencio en que el nacionalismo, primero convergente y luego socialista, había sumido a Cataluña. Una espiral que romperíamos los que aparecemos en esa imagen. Ciutadans me había invitado a intervenir en su acto, a subir a su tribuna y a cantarle las cuarenta a Montilla, entonces presidente, para que cumpliera de una vez con la ley y permitiera a los padres catalanes elegir la lengua vehicular de educación de sus hijos.

Aún no se había roto en tantos pedazos como podía —tres— aquel primer subgrupo parlamentario del partido milagro, así que todos sus diputados estaban presentes: Albert Rivera, Antonio Robles y José Domingo. Pronto Ciutadans tendría un solo escaño, el de Rivera. Un dato significativo teniendo en cuenta la presencia institucional que Ciudadanos lograría pocos años después. Cuando el partido llegó a ser el tercero de España, a 180.000 votos del segundo, se habían dado ya actos de deslealtad que pronto se multiplicarían. Ante las traiciones y conspiraciones que pugnaban por torcer la mano de Rivera, yo solía recordar a quien quisiera escucharme que el presidente de Ciudadanos había levantado el partido a pulso. Él solo. Eso es cierto en la medida en que «Rivera solo» no era solo Rivera. Habiendo vivido tan de cerca aquel crecimiento impredecible, puedo afirmar que ese Rivera incluye a

Fran Hervías, a José Manuel Villegas y a Fer de Páramo. Ese fue el núcleo hacedor del milagro. Estoy orgulloso de haber compartido tan cerca de ellos aquella vertiginosa aventura, y más aún de conservar la amistad de los cuatro. Junto a ellos te sentías imparable, tenías la sensación de poder hacer cualquier cosa que te propusieras. Y lo que nos propusimos desde 2012-2013 fue, nada menos, la regeneración de España.

A Rivera, protagonista indiscutible, no solo le adornaban las cualidades del líder nato: poseía además un instinto endiablado para la estrategia. Villegas era la botella de oxígeno del líder, a la vez que el parachoques, su consejero principal y un negociador extraordinario cuya cara de póquer se convirtió en un activo de incalculable valor. De Páramo es un superdotado para la imagen y la comunicación; tradujo una y otra vez en campañas de éxito las decisiones estratégicas que el núcleo tomaba. Lo de Hervías es, sencillamente, inexplicable. Puedo afirmar que él construyó el partido nacional, en la medida en que un partido es una red humana. Los entresijos de esa enormidad constituyen para mí la parte más importante de este libro por lo que pueden tener de aleccionadores.

Crear un partido político de ámbito nacional es una proeza que muchos se han propuesto y poquísimos han logrado. Las buenas ideas pueden aparecer, los aciertos en la lectura de la realidad o de las relaciones de fuerzas en un momento dado pueden darse. La habilidad para encontrar ejes programáticos fértiles se alcanza con equipos excelentes, creativos, motivados y bien articulados. Pero hay un escollo casi invencible para llegar a levantar una formación política con presencia en el conjunto de España: encontrar, convencer y fidelizar a mucha gente a lo largo y ancho de toda la geografía. Muchísima gente. Y hacer que los equipos locales en los que se depositan la confianza y las siglas comunes crean no solo en las ideas y valores, en la viabilidad del proyecto y en su potencial de crecimiento. También hace falta que la conexión humana con ellos no se interrumpa. Pues bien, esta proeza la realizó en nuestro caso un solo hombre, montado en su coche casi todos los días del año, peinando España, llevando la

buena nueva, comprometiendo a centenares y centenares de personas para que se entregaran al trabajo de abrir locales, coordinarse, captar talento, organizarse bajo las directrices de aquel desconocido que un día vieron aparecer con una propuesta que les exigía un cambio vital, un reenfoque de sus carreras y de sus planes personales.

He llegado a atisbar cómo, partiendo de habilidades previas muy destacadas y a base de mucho trabajo, se puede llegar a ser un Rivera, un Villegas o un De Páramo. Es así porque, en dosis menores, comparto con ellos ciertas dotes para la oratoria, la capacidad de analizar asuntos complejos, la de aconsejar a un líder o la de comunicar con eficacia. Lo que sigue siendo para mí un misterio inextricable es cómo llega uno a ser Fran Hervías. Póngase en su piel. Agarrar el volante y pasar varios años plantándose en lugares donde no conoce personalmente a nadie... Seguir visitándolos, lograr que el mapa se llene del logo naranja, de equipos estructurados, crecientes, entregados al absorbente trabajo diario que conlleva el proyecto al que les ha animado a sumarse. La empatía no basta. El mejor mensaje político tampoco. Hervías posee, por su formación, un conocimiento profundo y detallado de la geografía económica de España. No descarto que sea capaz de recitar sus más de ocho mil municipios. Este conocimiento es quizá otro requisito necesario, pero sigue sin ser suficiente. El misterio permanece, por mucho que yo le haya preguntado al respecto y por mucho que él me haya respondido por extenso. Por eso, para mí, el hombre milagro del partido milagro se llama Fran Hervías.

Cuando una organización política crece y empieza a cosechar resultados electorales que superan todas las expectativas, cuando decide presidentes nacionales y autonómicos, cuando ostenta vicepresidencias y alcanza alcaldías, cuando es invitado a entrar en el Gobierno de España, suceden cosas desagradables relacionadas con la humana condición. Muchos se arrogaron el entero mérito de sus cargos cuando no habrían podido ni soñarlos sin la figura, el apoyo y el arrastre de Albert Rivera. Sí, Ciudadanos era un partido de liderazgo fuerte. Siempre consideré que las siglas y la persona de nuestro presidente eran literalmente inseparables. Por eso

abandoné mis cargos orgánicos tan pronto como Rivera nos comunicó su dimisión, durante la ejecutiva que el 11 de noviembre de 2019 siguió a la caída de 57 a 10 diputados en el Congreso. Ninguno de los miembros del núcleo que he citado conserva cargo alguno desde hace varios años. Podríamos afirmar que ninguno mantiene relación con el partido. Los estruendosos fracasos que siguieron a la salida de Rivera son casi tan insólitos como la corta etapa de veloz crecimiento. Baste recordar los casos de la Comunidad de Madrid y de Andalucía, donde se perdieron todos los escaños después de haber ostentado Ciudadanos ambas vicepresidencias (habiendo obtenido 26 escaños y el 19,5% del voto en Madrid dos años antes; habiendo logrado 21 escaños y más del 18% del voto en Andalucía cuatro años antes). Son los dos ejemplos más vistosos del derrumbe. Hubo otros fracasos sonados. Fue especialmente doloroso el de Cataluña, donde se pasó de ser el primer partido de la Cámara, con 36 escaños, a ser el séptimo de ocho, con 6. De 12 a 1 se caería en Castilla y León, pese a tener la vicepresidencia. Ese era el desempeño del partido sin Rivera. ¿Y a quién culpaban la mayoría de los medios y la nueva ejecutiva? Seguro que lo adivinan.

Cuando pintan bastos, se buscan culpables. La perezosa forma en que los analistas han abordado esa operación consiste, básicamente, en seguir apuntando a nuestra negativa de hacer presidente a Sánchez. Una explicación injusta y manufacturada. Aunque no es este el lugar para refutarla con datos, sí insistiré en algo: mil veces que se nos presionara para llevar a Sánchez a la Moncloa, mil veces que nos negaríamos. Desde su moción de censura sabíamos perfectamente quién era Sánchez. Hablo, por supuesto, de los que entonces tuvimos que tomar la decisión, aprobada por la unanimidad del Comité Permanente y por la práctica totalidad de la ejecutiva. Si convertir a Sánchez en presidente era una «obligación» para prevenir algo fatal, ¿por qué no se lo pedían los analistas al PP? La respuesta es fácil: porque los medios en su práctica totalidad sembraron en la opinión pública con mucha rapidez una idea falsa: la idea de que Ciudadanos era un partido bisagra, que tal era su esencia y su sentido. Nada más

lejos de la realidad.

Aquel Ciudadanos aspiraba, como el PP, a la presidencia del Gobierno. Habíamos llegado a la conclusión de que nuestro propósito de regenerar España no podría alcanzarse de ningún otro modo. Pero los medios y la gran empresa decidieron que la única alternativa al PSOE era el PP, y autocumplieron su profecía. La gente votó lo que votó y la mitad del Permanente lo asumió dimitiendo. De los errores posteriores (como presentar una moción de censura en Murcia cuando eres parte del Gobierno autonómico o como intentar la misma jugada en Madrid) no se puede culpar a aquel núcleo encabezado por Rivera. Sin embargo, eso es precisamente lo que se ha seguido haciendo. Por lo visto, un Sánchez sostenido por nosotros habría sido un virtuoso gobernante en vez de un mentiroso amoral dispuesto a cualquier cosa por mantenerse en el poder. Este estúpido señalamiento de culpables, este tener que oír «lo que realmente [era] Ciudadanos» cuando uno ha levantado el partido, debió dolerle especialmente a quien creó su gran red humana nacional, Fran Hervías. Y con razón. Para los maledicentes, los que vieron frustradas sus ambiciones y los que se empeñan en personalizar decisiones colegiadas, Hervías ha sido el chivo expiatorio favorito. Es decir, él ha sufrido más que nadie los señalamientos internos, y Albert Rivera ha padecido sobre todo los externos. Sin embargo, también son numerosas las fidelidades personales, las amistades forjadas por Hervías, que han permanecido. Son muchos en toda España los que no dudarían en seguir a Hervías si un día volviera a coger el coche y a peinar la piel de toro.

Para mí, Fran es un hermano, lo que significa fidelidad eterna. Fidelidad basada en lo vivido. Ello, por supuesto, no implica que mis valoraciones sobre las personas que aparecen en este libro coincidan siempre con las suyas. De hecho, tenemos una impresión casi contraria sobre algunos de los excompañeros que cita. Pero eso es anecdótico. Lo importante es que nadie mejor que él podía contar la aventura de Ciudadanos puertas adentro. Y eso es justamente lo que ha hecho en esta obra. Por razones evidentes, la he leído con melancolía. Usted puede leerla como lo que

realmente es: la narración de un milagro político por el hombre que lo operó sobre el terreno, y también la de una caída que, como algunos sabemos, fue sobre todo el resultado de conjuras internas, el castigo por resistir a las presiones de los que desean establecer gobiernos sin presentarse a las elecciones. Una ejecución sumaria por amables verdugos que desean la regeneración de España, pero poco.

JUAN CARLOS GIRAUTA

1

LOS INICIOS

1 de noviembre de 2006. Elecciones autonómicas anticipadas en Cataluña. CiU vuelve a ganar las elecciones, aunque no consigue una mayoría suficiente y el PSC está en opciones de sumar, de nuevo, con ERC e ICV, pero la noticia de esa noche no era la reedición del *tripartit*, sino la entrada en el Parlament de Catalunya, contra todo pronóstico, de un nuevo partido llamado Ciutadans.

Ese puente de Todos los Santos lo pasé en Granada. «Hay que levantarse pronto para llegar a votar», decía mi madre el día antes. Y es que, desde el pueblo de mis orígenes, Quéntar, hasta el pueblo que me vio nacer y crecer, Tossa de Mar, nos separan mil kilómetros por carretera. Mis padres representan lo que hoy llaman esa Cataluña silenciosa, la que no sale a la calle, la que no hace ruido, que trabaja, paga sus impuestos y vota, pero que se vieron obligados —por la asfixia nacionalista— a volver a su tierra de origen tras más de cuarenta años en Cataluña. «¡Fuera okupas!, ¡fuera las fuerzas de ocupación!», rezaban las notas que les dejaban en el buzón del cuartel donde residían. Ambos son naturales de Quéntar, un precioso pueblo de casas blancas y calles abruptas, de apenas mil habitantes en la falda de Sierra Nevada. Mis abuelos no conocieron otra vida que la del campo, y en ese entorno crecieron mis padres. Como muchos otros andaluces, se afincaron en Cataluña en los años setenta. Mi padre, guardiacivil —actualmente retirado—, fue destinado al pueblo gerundense de Pals al salir de la academia de Úbeda en 1976. De aquella época recuerda sus

patrullas por las instalaciones de la ya desaparecida Radio Liberty de la playa de Pals, una emisora financiada mayoritariamente por Estados Unidos que se centraba en emitir información a los países de la URSS. O la ayuda que recibió de una familia catalana nada más llegar: «Qué buenas personas eran la señora María y su hijo Lluís que tanto nos ayudaron», recuerda siempre mi madre. Sin embargo, en aquella época las instalaciones que tenía la Guardia Civil en Pals se acercaban más a las de un país tercermundista. Fue el brigada Martínez del puesto de Pals quien le dijo a mi padre que en Tossa de Mar, un bello pueblo de la Costa Brava a apenas treinta kilómetros, acababan de inaugurar un nuevo acuartelamiento que reunía todas las condiciones para poder formar una familia. Allí pidió destino. Era 1977 y las bombas y pistolas de ETA sonaban cada vez con más fuerza, pero mis padres no se acobardaron ante ello. Sin ayuda de nadie, a más de mil kilómetros de su familia, con mucho trabajo se abrieron paso, progresaron y formaron su propia familia.

En 1978 nació mi hermano, y en 1983 lo hice yo. Pese a esos años de plomo de ETA y con el surgimiento de Terra Lliure, uno crecía sin miedo, asimilando el peligro y hasta la muerte. Cuando tocaba ir al colegio, y veía la enseña nacional que ondeaba en el mástil del cuartel a media asta, uno sabía que habían matado a uno de los nuestros, pero nunca se preguntaba. Por desgracia, ocurría demasiadas veces. Mis padres siempre intentaban que no se viesen las noticias cuando ocurría un atentado, pero hay una fecha, un día, que nunca olvidaré.

En Tossa de Mar, un pueblo tranquilo, pequeño, de gente trabajadora y honesta, las puertas exteriores del cuartel que daban acceso a los patios interiores siempre estaban abiertas, pero a partir del 29 de mayo de 1991 se cerraron y no se volvieron a dejar abiertas nunca más. Ese día, ETA introdujo un coche bomba en la casa cuartel de Vic mientras los niños jugaban en su interior. Diez personas murieron, entre ellas cinco menores de entre ocho y diecisiete años. A partir de entonces uno comenzó a comprenderlo todo. Es difícil olvidar esos años. Uno de esos niños podíamos haber sido cualquiera de los muchos hijos de guardiaciviles que

jugábamos en los diferentes acuartelamientos de España.

Años después, y ya siendo más mayor, descubrí que la banda terrorista Terra Lliure, que colaboraba con ETA, cometió un atentado en Tossa de Mar. Les pregunté a mis padres sobre ello. Fue el 6 de marzo de 1987, contra las instalaciones de RTVE. Casualmente ese día mi padre estaba prestando servicio; aún recuerda el estruendo y cómo la puerta de la caseta de las instalaciones de la televisión voló más de cincuenta metros: «Nos avisaron de la colocación del artefacto explosivo, que detonó unos minutos antes de lo que dijeron; si nos coge allí, no lo contamos», rememora. También me explicó la vez que mi madre, de camino al trabajo, se cruzó una mañana con un miembro de ETA por las calles de Tossa. En ese mismo momento, fue corriendo al trabajo y avisó a mi padre, que estaba prestando servicio de puertas, de que había reconocido a un terrorista de la banda. Era habitual que en el vestíbulo de acceso a las dependencias del cuartel hubiese fotografías con los rostros de los diferentes miembros de ETA, principalmente del comando Barcelona. Por desgracia, eran caras conocidas. Aunque siguieron su rastro y hasta localizaron el lugar donde se había alojado, no consiguieron dar con él.

Uno de los recuerdos más bonitos que tiene mi padre como servidor público fue la vez que consiguió dar con una niña desaparecida. Fue en los bosques del Vilar, en Blanes: «Nos movilizaron a casi toda la zona para dar con ella, era de noche y en mitad del bosque encontré una zapatilla de una niña y a los pocos metros escuché un llanto, era ella. Sin duda, fue uno de los servicios más gratificantes que recuerdo», me explica a día de hoy aún emocionado. Yo era un niño, pero recuerdo que fuimos a verla días después a su casa y el enorme cariño con que nos recibieron sus padres. A mi padre nunca le reconocieron ni ese ni muchos otros servicios que hizo: «Era mi obligación como guardiacivil», resume siempre.

Crecí durante esos años que tiñeron de sangre y terror la historia de España, cada vez menos ajeno a la realidad que me rodeaba. Con el paso de los años, la asfixia nacionalista iba poco a poco en aumento y para un hijo de guardiacivil a veces no

resultaba fácil la convivencia en algunos ámbitos. Huelga decir que la gran mayoría era gente respetuosa, pero desde pequeño me tuve que cruzar con algunos a los que comenzaba a hacerles reacción el odio a España que les iban, poco a poco, inyectando. Ya en primero de EGB, con apenas seis años, me tocó una profesora —Montse se llamaba— que me obligaba a poner mi nombre en catalán. O, ya más mayor, en la ESO, tuve varios encontronazos con compañeros de clase que me llamaban «charnego» o intentaban —pobres infelices— meterse conmigo porque mi padre era guardiacivil. Se sorprendían de lo orgulloso que siempre me he sentido de la profesión de mi padre, de su trayectoria y de la Guardia Civil. Y eso que también me tocó vivir y sufrir los abusos de los mandos: siendo un niño, el sargento comandante de puesto de Tossa de Mar —vamos a obviar el nombre— tuvo a mi padre entre ceja y ceja haciéndole la vida imposible durante años. Aún recuerdo —tenía apenas diez años— cómo el propio sargento me indicaba que no podía jugar en el patio —mientras que los demás niños sí lo hacían— o mandaba destrozar mis juegos en la arena. Acertadamente, mis padres decidieron trasladarse de Tossa de Mar a Girona ciudad, donde se compraron un piso en propiedad. No querían que sus hijos volviesen a vivir el abuso de ningún mando por los galones que llevara en la solapa. Tenía once años. Mirando hacia atrás, pues han pasado ya casi treinta años de todo ello, quizá sea el motivo de por qué me gusta luchar contra las injusticias y los abusos que cometen algunos y poner mi granito de arena para intentar dejar un país mejor.

A pesar de que mi padre se trasladó a la comandancia de Girona, nunca perdimos la vinculación con Tossa de Mar. Pues ahí mi familia dejó a muy buenos amigos, con los que a día de hoy seguimos manteniendo una estrecha amistad. Casualidades de la vida, pocos años después encomendaron a mi padre que se encargara de la residencia de descanso que quería poner en marcha la Guardia Civil en el mismo acuartelamiento donde nací yo y donde tantos años pasó destinado. De ahí que sus últimos años de servicio los prestara en Tossa de Mar.

Fui creciendo, formándome y aprendiendo. Como en toda

juventud, hubo de todo. Pertenezco a la generación que «sufrió» la ESO, la que no haría la mili y la que vivió la inmersión lingüística obligatoria con solo dos horas de lengua castellana. Hasta cuarto de EGB estudié en el colegio público de Tossa de Mar, y los cursos quinto y sexto los pasé en el ya desaparecido Colegio Profesor Pericot de Girona y, con la aplicación de la LOGSE, llegué al Instituto Montilivi, donde cursé el primer curso de la ESO para, finalmente, asentarme en el Bell-lloc del Pla de Girona, donde acabé la ESO y el bachillerato. De toda esa etapa conservo bonitos recuerdos y grandes amigos.

No obstante, mi condición de hijo de guardiacivil y mi oposición a la independencia de Cataluña me originó algún que otro problema con algunos compañeros nacionalistas y separatistas, especialmente en el Bell-lloc del Pla y en la Universidad de Girona. «Charnego», «fascista», «inadaptado» eran algunos descalificativos que me dedicaban, pero siempre lo quise considerar como algo anecdótico —por suerte eran muy pocos— hasta que comencé la universidad y mi andadura en política. Durante aquellos años, me encontré más de una nota amenazante y algún que otro arañazo en mi coche, pero como todo joven, solo falta que busquen silenciarte y amedrentarte para que alces más la voz y seas más fiel a tus ideas.

El nacimiento de Ciutadans

Mientras cursaba mi Licenciatura en Geografía en la Facultad de Letras de la Universidad de Girona, durante el período de exámenes, leí que el periodista y escritor Arcadi Espada había sido acosado y agredido por un grupo de jóvenes separatistas —seguramente algunos de ellos compañeros míos de la facultad— durante una conferencia que tenía que dar en representación de la asociación Ciutadans de Catalunya en Girona. Era principios de junio de 2006 y rápidamente comencé a informarme sobre la asociación. Leí su primer manifiesto, titulado «Por la creación de un nuevo partido político en Cataluña», que había sido presentado

públicamente en Barcelona un año antes por varios intelectuales de la talla de Albert Boadella, Félix de Azúa, Félix Ovejero, Francesc de Carreras y el propio Arcadi Espada, entre otros. Meses después, en marzo de 2006, se había presentado un segundo manifiesto en el Teatro Tívoli de Barcelona, donde se congregaron más de dos mil personas, un éxito. Ese segundo manifiesto puso las bases sobre los principios en los que debería sustentarse el nuevo partido político. Todo lo que leí me entusiasmó y, por fin, me sentí representado por un proyecto político en Cataluña.

Yo, que en las elecciones generales había votado al PP pero en las autonómicas no me sentía representado por ningún partido, vi en ese nuevo partido político el proyecto ideal para comenzar a plantarle cara a los nacionalistas, sin titubeos ni medias tintas. Por fin, un partido político al que poder votar. Pues hasta entonces muchos catalanes como yo, durante años, veíamos cómo los constitucionalistas en Cataluña éramos siempre moneda de cambio para pactar en la Moncloa dando, cada vez más, concesiones a los nacionalistas.

El congreso fundacional del partido fue en Bellaterra (Barcelona), los días 8 y 9 de julio de 2006. Se ha escrito mucho sobre ello y sobre la elección de Albert Rivera como presidente. Yo no pude estar presente, pues era de esos numerosos estudiantes que compaginaba su carrera con el trabajo —a partir de los quince años comencé a trabajar las temporadas de verano en Tossa—. La realidad es que la idea inicial era que Rivera fuese solo el portavoz, y que la escritora Teresa Giménez Barbat o alguien de su perfil ejerciera la presidencia. Sin embargo, con los miedos de unos y el temor de otros, ninguno de los intelectuales dio el paso y todos fueron comunicando su intención de no estar en la dirección del nuevo partido. Y ahí vino el lío y, a la vez, la solución. Surgió entonces la idea de elegir los cargos por orden alfabético. Primero lo hicieron por apellido, pero el resultado no les convenció, así que finalmente optaron por ordenar la lista por nombre, quedando Albert Rivera el primero y Antonio Robles el segundo. Presidente y secretario general, respectivamente. Sin esperarlo, se habían convertido en los máximos dirigentes de Ciutadans, Partido de la

Ciudadanía. Tras la proclamación de Albert Rivera como presidente, comenzaron a surgir entre los asistentes algunas dudas de si un chico tan joven —tenía tan solo veinticinco años— sería capaz de ponerse al frente de una formación política nueva. Los recelos se disiparon rápidamente en cuanto tomó la palabra e improvisó, por primera vez, un discurso como presidente de Ciutadans. Sus palabras no solamente entusiasmaron, sino que demostraron su talento y su capacidad.

Acababa de nacer un líder.

El partido inició su andadura con poco más de dos mil afiliados, con mucha ilusión y ganas de conseguir dar voz a la Cataluña silenciada durante años. El nacimiento de Ciutadans no se entiende sin la reforma del Estatut que se estaba llevando a cabo por parte del primer *tripartit* con el apoyo de CiU y el recorte de derechos, cada vez mayor, hacia los catalanes castellanohablantes.

Cataluña se había regido durante veintitrés años por gobiernos de CiU liderados por Jordi Pujol, apoyados, en ocasiones, por el PP de Cataluña. Los acuerdos con los populares, lejos de conseguir frenar la agenda nacionalista del pujolismo, sirvieron para que siguieran ejecutando su hoja de ruta. El famoso Pacto del Majestic —firmado tras las elecciones generales de 1996 entre CiU y el PP y por el que Jordi Pujol apoyaría la investidura de José María Aznar como presidente del Gobierno a cambio de que se otorgaran más competencias a Cataluña— fue un claro ejemplo de ello. Para muchos, ese acuerdo —junto con las concesiones del Gobierno de Zapatero— fue el inicio de lo que originó en 2017 el golpe de Estado en Cataluña.

El fin del pujolismo vino con los resultados de las elecciones autonómicas de 2003 —las primeras sin Pujol y con Artur Mas al frente de CiU—, que originaron un escenario hasta entonces inédito. Por primera vez, el PSC, ERC e ICV sumaban una mayoría alternativa a CiU. Pasqual Maragall, Josep Lluís Carod-Rovira y Joan Saura, respectivamente, firmaron el famoso Pacto del Tinell, que dio lugar al primer *tripartit*. Entre sectores moderados de la sociedad catalana, especialmente votantes constitucionalistas del PSOE —que en Cataluña es el PSC—, vieron en ese gobierno una

luz de esperanza, pues consideraban que con Pasqual Maragall como *president* de la Generalitat se pondría fin a las políticas nacionalistas de Pujol. Sin embargo, esa esperanza duró poco. Rápidamente se vio cómo la educación y los medios de comunicación se entregaban a la ERC de Carod-Rovira, y se ponía como eje fundamental de aquel primer *tripartit* la redacción de un nuevo Estatut que, entre otros disparates, consideraba que Cataluña era una nación. La realidad es que cumplieron con su promesa electoral, pues todos los partidos —a excepción del PP— se presentaron a esas elecciones de 2003 con el compromiso de redactar un nuevo Estatut. Así, en septiembre de 2005 el *tripartit* y CiU llegaron a un acuerdo sobre la redacción final del nuevo Estatut, que debería ser aprobado en el Congreso y sometido a referéndum. Durante su redacción, a medida que se iban conociendo nuevos articulados, fue creciendo el hartazgo hacia el nacionalismo, pues era otra vuelta de tuerca más contra todos aquellos que nos sentíamos catalanes y españoles. Esta entrega decidida del PSC a los postulados de ERC y de CiU fue la causa final que originó el nacimiento de Ciutadans.

Esa legislatura fue marcada, además, por importantes controversias que ponían de manifiesto la realidad —y el bajo nivel — de los que nos gobernaban. Aún recuerdo cómo, a los pocos meses de conformarse el Gobierno, saltó a la luz que Carod-Rovira se había reunido en Perpiñán con miembros de ETA, a los que les vino a decir algo así como que atentaran donde quisieran, menos en Cataluña. Esa reunión originó su dimisión como *conseller en cap* de la Generalitat de Catalunya. A las pocas semanas, Pasqual Maragall espetó a Artur Mas en el Parlament la famosa frase «Ustedes tienen un problema y ese problema se llama 3 %» —en relación a los cobros de comisiones ilegales que CiU aplicaba en las adjudicaciones de obra pública de la Generalitat—, afirmación que estuvo a punto de dinamitar los acuerdos del nuevo Estatut, aunque el tiempo acabó dando la razón a Maragall sobre la corrupción de CiU.

A pesar de ello, la reforma del Estatut tiró hacia delante y fue aprobada en el Congreso de los Diputados, pero con algunos

cambios, lo que originó que ERC pidiese el no en el referéndum del 18 de junio de 2006 y se rompiese el primer *tripartit*. Cinco días después del referéndum, Pasqual Maragall anunció que no repetiría como candidato de los socialistas catalanes, eligiendo al andaluz José Montilla, hasta entonces ministro de Industria, como candidato del PSC a las elecciones del 1 de noviembre de 2006. CiU mantuvo a Artur Mas, ERC a Carod-Rovira, ICV a Joan Saura y el PP a Josep Piqué. Ciutadans, que se estrenaba por primera vez en unas elecciones, lo hizo con el ya elegido presidente del partido, Albert Rivera.

MIS INICIOS EN POLÍTICA: LAS ELECCIONES DE 2006

En esa época, de la mano de Ciutadans, comencé mi andadura política. Recuerdo en otoño de 2006 la llamada que me hizo el entonces coordinador de Ciutadans en Girona, Mateo Padilla, al teléfono de casa. Mi madre, que desconocía que había solicitado mi afiliación a un partido político cogió el teléfono: «¡Fran, es para ti!». Al otro lado, Mateo me hizo unas cuantas preguntas, validó mi afiliación y me convocó a una asamblea que tenía lugar los viernes, a las 20 horas, en el Centro Cívico de Sant Narcís de Girona. Han pasado más de dieciséis años desde esa llamada y de esa primera asamblea. Acudí con muchas ganas de aportar, pero con una sensación de nerviosismo y de expectación sobre lo que me iba a encontrar. No conocía a nadie, pues éramos unas pocas decenas de personas de toda la provincia y únicamente existía la agrupación de Girona. Yo era el más joven de todos, tenía veintitrés años recién cumplidos. Antonio Alejandre, Esmeralda Úbeda, el propio Mateo... presidían esas reuniones. Desde entonces no me perdí una asamblea. Muchas de ellas se convertían más en una terapia de grupo, pero siempre sacábamos ideas y tiempo para planificar alguna carpa informativa, alguna acción, algún buzoneo por los barrios...

Y con ello llegaron las elecciones del 1 de noviembre de 2006 al Parlament y, contra todo pronóstico, los tres diputados. «Toma

tres, TV3», se cantaba en el hotel Calderón de Barcelona, donde nos habíamos congregado los miembros de Ciutadans para seguir aquella histórica noche electoral. Ya al mediodía algunos periodistas comenzaron a llamar al departamento de prensa del partido preguntando en qué hotel se seguían los resultados, señal de que las encuestas a pie de urna daban la posibilidad de esa entrada. Finalmente, los 89.840 votos conseguidos originaron que se pasara el corte del 3 % en la provincia de Barcelona, convirtiéndose Albert Rivera, Antonio Robles y José Domingo en los primeros diputados de la historia de Ciutadans.

Pero con el éxito llegaron los problemas. Se produjo un aluvión de afiliados y empujones para tomar posiciones en las candidaturas de las elecciones municipales que vendrían al cabo de seis meses. Las asambleas en Girona pasaron de unas pocas decenas de personas a un centenar de asistentes. Aunque la mayoría vimos en Ciutadans —al principio no teníamos siglas hasta que se ideó el C's en 2009 y el Cs a partir de 2017— la esperanza de poder tener, por fin, una voz nítida, sin ataduras ni mochilas, en el Parlament de Catalunya, otros lo vieron como un instrumento al que poder usar para medrar en política. Y, por desgracia, esto último se repitió a lo largo de la historia de Ciudadanos.

La entrada de Ciutadans en el Parlament levantó mucho interés —e intereses—, de propios y extraños. El resto de los partidos y el *establishment* catalán lo vieron como un problema y pronto se notaría esa inquietud. Esa etapa la viví como un afiliado de base más en Girona, alejado de las decisiones y ajeno al ruido que se estaba creando en Barcelona. Sin embargo, Antonio Alejandre y otros miembros de Ciutadans representados en el Consejo General del partido nos iban dilucidando las tensiones, cada vez mayores, que se manifestaban en el máximo órgano del partido. Aunque algunos mostraban cierta preocupación y cansancio, la gran mayoría fuimos trabajando para intentar hacer crecer Ciutadans en Girona. De esta forma fundamos junto a afiliados como Sonia Pérez, Piedad Esteban y Sergio Atalaya, entre otros, la agrupación de Ciutadans en Blanes y ayudamos a intentar implantar el partido en otros municipios, consiguiendo cerrar

varias candidaturas por la provincia.

Sin embargo, mientras el CEO —el Centre d'Estudis d'Opinió, el CIS catalán— indicaba un crecimiento electoral de Ciutadans sorpasando al PP de Josep Piqué y abriéndose hueco en los principales municipios de Cataluña, las disputas en Barcelona se enquistaron y afloraron públicamente los primeros conflictos. En plena campaña de las elecciones municipales saltó la noticia de que el secretario general de Ciutadans y diputado autonómico, Antonio Robles, dimitía como secretario general, y con él, lo hacían más miembros. Aunque en un principio se negó y se intentó mostrar normalidad, la realidad es que de forma coordinada dimitieron varios cargos para hacer el máximo ruido y daño posible en plena campaña electoral. Mientras esto pasaba, el 16 de mayo de 2007, solo tres días después, nacía en el País Vasco la Plataforma Pro, de la eurodiputada socialista Rosa Díez, cuyo objetivo era crear un nuevo partido político en España. En aquel entonces, todos vimos la idoneidad de poder sumar fuerzas y construir juntos un nuevo partido nacional, pero el objetivo de estos últimos era distinto y tiempo después entendimos las dimisiones que hubo en plena campaña municipal.

Llegó el 27 de mayo, jornada de elecciones municipales. Aunque en los inicios éramos optimistas, las noticias de las disputas internas nos hicieron esperar lo peor. Sin embargo, a pesar de que el resultado fue visto al principio como un fracaso estrepitoso, con el tiempo supimos valorar los logros conseguidos; en pocos meses pudimos presentar 81 candidaturas municipales, incluyendo Salamanca y Alicante, consiguiendo trece concejales y una alcaldía. Era un hecho que Ciutadans comenzaba a tener su implantación en el territorio.

En Girona ciudad y en el resto de los municipios donde nos presentamos —fui de número cinco en la candidatura de Blanes— no conseguimos representación. Me ofrecí para ir de relleno en las listas, en los últimos puestos, pero Sonia y Piedad me trasladaron en una reunión que tuvimos en Blanes que habían pensado que de cinco aportaría más a la candidatura. «¡No pongas esa cara!», me dijo Piedad. La verdad es que fue toda una sorpresa para mí y,

como no podía ser de otra manera, acepté. Aunque sabíamos que era muy difícil llegar al corte del 5 %, en ganas no nos ganó nadie.

Tampoco faltaron las amenazas y los ataques de los radicales separatistas. Justo antes del inicio de la campaña municipal aparecieron en Girona ciudad amenazas contra Esmeralda Úbeda muy cerca de su domicilio: pintadas con su nombre dentro de una diana. Era la amenaza común que en su día usaban los etarras en el País Vasco y que también habían hecho suya los radicales separatistas. Pensaban que nos amedrentarían y nos callarían. No conocían la valentía de Esmeralda y de los que la apoyábamos. También durante la campaña era común que miembros de la CUP y de Maulets —las juventudes independentistas y revolucionarias que en 2012 se fusionarían para formar Arran— se acercaran a increparnos; incluso llegaron a destrozar la cartelería de una camioneta publicitaria. Los separatistas radicales nunca entendieron que sus ladridos nos daban más fuerza y nos llenaban de razón.

La segunda asamblea... y la sombra de UPyD

Tras esas elecciones municipales, los acontecimientos internos se aceleraron. En las asambleas de agrupación en Girona volvimos a ser unas pocas decenas de personas. «Volvemos al origen», decían Mateo Padilla y Esmeralda Úbeda, siempre aportando un poco de sentido del humor y positividad. La ida y venida de nuevos afiliados se esfumó y con ella, la mitad de la implantación. Ahí aprendimos que después de unas elecciones municipales siempre se perdía un 20 % de los afiliados, todos aquellos que venían buscando un acta y cuando no la conseguían no volvías a saber de ellos nunca más.

Cuando se convocó la II Asamblea General de Ciutadans, la guerra estaba servida. Por un lado, estaba el equipo de Albert Rivera, el artífice de que el partido consiguiese el milagro de los tres diputados en el Parlament. Por el otro, estaba la candidatura de Luis Bouza-Brey. Aunque algunos lo vivimos desde fuera, pues

la Asamblea General tocó nuevamente en verano y algunos teníamos —como en cada temporada veraniega— nuestras obligaciones laborales, percibimos rápidamente la jugada. La candidatura de Bouza-Brey, que estaba apoyada por algunos de los intelectuales fundadores como Xavier Pericay, Arcadi Espada o Teresa Giménez Barbat, pedían claramente que Rivera y su equipo dimitiese y Ciutadans se disolviese para integrarse en el proyecto de Rosa Díez. Con el tiempo, descubrimos que tanto la crisis de las municipales como la de la II Asamblea General fueron dirigidas y planificadas, en cierta medida, con el beneplácito del nuevo partido de Rosa Díez y Martínez Gorriarán. No les salió bien la jugada, aunque más adelante veremos que siguieron en su afán de intentar hacer desaparecer a Ciutadans.

Esa segunda asamblea se zanjó con la conocida «enmienda Carreras» en el ideario del partido: en el prólogo se afirmaba que Ciutadans nació por «el vacío de representación que existía en el espacio electoral de centroizquierda no nacionalista» y que se nutría de las ideas del «liberalismo progresista y del socialismo democrático». Ese nuevo ideario fue la excusa perfecta de los contrarios a Rivera para buscar la ruptura y la desestabilización interna. Sin embargo, este ganó con un 60 % de apoyo y en el Comité Ejecutivo, que se eligió mediante un proceso de listas abiertas, de los veinte puestos diecinueve fueron para la candidatura de Rivera. Con la finalización de la asamblea, unos se fueron de vacaciones de verano y otros seguimos trabajando. Pero la división interna estaba más viva que nunca. Esa Asamblea General no cicatrizó ninguna herida.

En Girona intentamos estar al margen de las peleas de unos y de otros. En nuestra humilde sede, ubicada en la céntrica plaza Marquès de Camps, recibíamos con los brazos abiertos tanto las visitas de Antonio Robles como las de Albert Rivera o las de Pepe Domingo. Cuando se nombraron los nuevos cargos de Ciutadans en Girona, me designaron responsable de acción política de la provincia y portavoz. Hacíamos reuniones los viernes de cada semana donde nos reuníamos apenas una decena de personas. Con ganas, pusimos en marcha un plan de acción con el objetivo puesto

en las elecciones autonómicas de 2010 y las municipales de 2011. La elaboración de notas de prensa y de artículos de opinión en los medios provinciales o la asistencia a los plenos y la instalación de mesas informativas comenzó a ser un habitual. De vez en cuando, los radicales nos atacaban la sede con el lanzamiento de piedras y pintura roja que buscaba simular sangre. Nosotros ahí seguíamos, sin dar un paso atrás. Aunque los nuestros seguían poniéndonoslo difícil con las disputas internas. Mientras, el partido de Rosa Díez decidió presentarse a las elecciones generales de 2008 sin querer buscar un acuerdo con Ciutadans. «Os disolvéis y os integráis», se resumía la oferta de la exdirigente del PSOE. Centenares de afiliados fueron pasándose escalonadamente a UPyD, haciendo todo el ruido posible y otros, como la portavoz del partido, Maite Nolla, lo hizo al PP. En esa situación el Consejo General decidió que Ciutadans se presentara a esas elecciones generales y lo hiciese con Albert Rivera de candidato. «¿Vas a seguir tragando? ¡Coge aire!», era el lema de la campaña. Es justo decir que Rivera consideraba que no era el momento de presentarse y menos con él de candidato, pero el propio Consejo General le forzó a hacerlo. ¡Sí! Ciudadanos con Albert Rivera al frente se presentó a las elecciones generales de 2008, al igual que lo hizo a las elecciones autonómicas de Andalucía de ese mismo año. Como os podéis figurar, fue un fracaso. Y, nuevamente, otra vuelta de tuerca más para ahondar en la crisis interna, aún más cuando Rosa Díez consiguió su escaño por Madrid. De nuevo, los de siempre volvieron a pedir otro congreso extraordinario. El objetivo volvía a ser el mismo: derrocar a Albert Rivera, pero en Girona seguíamos a lo nuestro y, por suerte, veíamos que nuestro partido también hacía lo mismo desde Barcelona.

Mientras algunos se obsesionaban por alcanzar el poder, el *tripartit*, con José Montilla al frente, comenzó una dura ofensiva contra el castellano y todo aquello que hiciese referencia a España. Las multas por rotular comercios en castellano se multiplicaron, por no hacerlo, como mínimo, en catalán, decían ellos. Los hijos de esos padres que pedían más horas de castellano en las escuelas se convertían en dianas de los totalitarios. Las sentencias judiciales no

se aplicaban. Los medios que no gustaban eran censurados. Y es que los socialistas Montilla y Zapatero nos estaban dejando una Cataluña maravillosa. Ante ello, en Ciutadans decidimos por primera vez salir en masa a la calle. En septiembre de 2008 organizamos la primera manifestación con el lema «No a la imposición lingüística en nuestras escuelas», a la que se sumó el PP y varias entidades civiles llenando la plaza de Sant Jaume de Barcelona con miles de ciudadanos catalanes. Dos meses después, organizamos una concentración ante el Consell de l'Audiovisual de Catalunya (CAC) para protestar contra su decisión de querer silenciar a varias emisoras de radio, entre ellas la cadena COPE y el programa de Federico Jiménez Losantos —aún guardo la carta de agradecimiento que me envió don Federico por mi defensa de la libertad de prensa.

En febrero de 2009 organizamos una concentración para pedir a la Generalitat que cumpliese la sentencia del Tribunal Supremo a favor del bilingüismo en la enseñanza: «¡Montilla, queremos la casilla!» era el lema más coreado. Nos conseguimos abrir hueco en los medios y de nuevo los militantes estábamos motivados y con ganas. Recuerdo esos viajes en tren y en coche a Barcelona para ir a todos los actos que se organizaban. También a los de fuera de Cataluña; toda una experiencia el II Encuentro de Jóvenes de Ciutadans en Madrid en marzo de 2009 o las campañas que apoyábamos de los compañeros de allí.

LIBERTAS: UN ERROR QUE LO PRECIPITÓ TODO

Cuando más trabajo hacíamos y mejor parecía que avanzaban las cosas vino el primer gran error de la dirección de C's: la coalición con Libertas —el movimiento fundado por Declan Ganley que buscaba la reforma de la UE— para las elecciones europeas, en las que Miguel Durán, el expresidente de la ONCE, fue el candidato. Se ha escrito mucho sobre ello, pero más de trece años después déjenme que lo vea desde una perspectiva más positiva. Me explico. En aquellos entonces, yo no ocupaba cargo nacional ni

autonómico alguno en Ciutadans, por lo que viví la situación desde Girona y alejado de los grupos de decisión. A pesar de ello, nos llegaba información de todos lados y la gran mayoría sabíamos que había un grupo organizado cuyo objetivo era conseguir la caída de Rivera y la entrega de Ciutadans a Rosa Díez, una estrategia que tenían preparada antes de las elecciones autonómicas catalanas previstas para 2010. Pero el pacto con Libertas, por suerte, aceleró toda la operación que tenían planificada y se convirtió en la excusa, el *casus belli* perfecto. Nada mejor que usar un error para apretar el botón rojo. Antonio Robles, que acabó de candidato de UPyD en las elecciones autonómicas catalanas de 2010, fue la punta de lanza. El 15 de mayo de 2009, Robles, junto con José Domingo, dieron una rueda de prensa en el Parlament que parecía sacada de una película de Berlanga y dejaron claro cuál era —de nuevo— el objetivo: derrocar a Albert Rivera para quedarse ellos al frente. Ciutadans saltó por los aires. Ese mismo día, Jordi Cañas, arropado por el Comité Ejecutivo en una rueda de prensa histórica, puso los puntos sobre las íes. Ese momento marcó un antes y un después en la historia de Ciutadans y lo hizo, desde mi punto de vista, para bien, porque ese error de pactar con Libertas originó que pusiesen en marcha, antes de lo previsto, la operación de derribo en contra de Ciutadans que estaba prevista para antes de las elecciones autonómicas catalanas de 2010. Robles y Domingo abandonaron Ciutadans, pero quedándose el acta de diputado. Con ellos, se fueron numerosos afiliados, recalando la gran mayoría en UPyD. Si llegan a esperar y a hacerlo más cerca de las elecciones, el daño hubiese sido irreparable.

En Girona, durante esa campaña europea, solamente Sergio Atalaya y yo salimos a poner pancartas y organizamos un acto en Lloret y varias entrevistas en medios de la provincia para José Manuel Villegas —número dos de la candidatura—, que se recorrió España acompañado, en algunas ocasiones, de Pablo Yáñez. Durante esas semanas las presiones de unos y de otros eran enormes. Recuerdo las conversaciones por el famoso chat de Messenger con Sergio Sanz y otros jóvenes buscando apoyos para frenar la candidatura, a la vez que me escribían siendo positivos

Luis Fernández del Campo o Paco Berlanga, entre otros.

Finalmente, llegó el 7 de junio de 2009: las elecciones europeas, y con ellas, el esperado desastre electoral. Más afiliados y concejales abandonaron el partido. Rivera, acertadamente, se sometió a una moción de confianza en el Consejo General para conocer de primera mano si tenía el apoyo o no del máximo órgano del partido y remodeló, de arriba abajo, el Comité Ejecutivo. Nos quedamos apenas seiscientos afiliados. No éramos los trescientos de las Termópilas, pero nos parecíamos bastante. A partir de ahí, comenzó una nueva era para Ciutadans. El del Ciutadans auténtico.

2

¡REBÉLATE! SALVEMOS A CIUTADANS

«Rebélate» fue el lema de la campaña de Ciutadans en las elecciones autonómicas de 2010. Las primeras elecciones en las que nuestro partido tendría espacio en los debates y los medios. Las primeras elecciones sin ser extraparlamentarios. Nos quedaba un año por delante. Teníamos una única bala y había que jugarla. El todo o nada.

El martes 16 de junio de 2009 acabé mi jornada laboral a las ocho de mañana en la recepción del hotel donde trabajaba durante la temporada de verano. A mediodía me sonó el teléfono, y en la pantalla salía que era Albert Rivera —guardaba su contacto tras un par de reuniones que tuve con él y con quien era coordinador de Ciutadans en Girona, David Liern—. Entre sorpresa y nerviosismo cogí el teléfono. «Hola, Fran, soy Albert. ¿Qué tal?» En un primer momento pensé que me llamaba para agradecerme la ayuda durante la campaña europea, pero no. «Me gustaría que estuvieses en mi equipo, que estés en el Comité Ejecutivo», me espetó sin apenas tiempo a reaccionar. Me explicó cuál era su idea durante los siguientes meses y la estrategia política que tenía pensada a futuro. Le pedí un par de días antes de darle el sí definitivo, pues consideraba que antes de aceptar una responsabilidad así debía saber qué pensaban mis allegados. ¿Realmente estaba preparado?, me preguntaba. Hablé con mis padres y con varios compañeros de Ciutadans en Girona, quería la opinión de aquellos que estaban más cerca de mí en el día a día del partido. Todos mostraron su apoyo y lo más importante, su confianza. Devolví la llamada a

Albert Rivera: «Cuenta conmigo, presidente». Y esa decisión cambió el rumbo de mi vida.

Mi giro definitivo hacia la política

Hasta ese momento, mi proyecto de futuro estaba ligado a la meteorología. Había finalizado mi Licenciatura en Geografía y estaba cursando un máster en climatología aplicada, precisamente había conseguido una beca anual en el Servei Meteorològic de Catalunya, popularmente conocido como Meteocat, que comenzaba en septiembre de ese 2009. Desde bien pequeño me había entusiasmado todo lo relacionado con el mundo de la meteorología, era habitual verme leer libros sobre esa materia o coger mi coche persiguiendo fenómenos meteorológicos adversos para nutrir de información mi blog y el programa que daba todos los martes por la noche en directo en la televisión local. Tenía claro que mi camino a seguir era ese, pero ese año la política me lo cambiaría todo.

Llegó finales de agosto, tocó hacer las maletas, dejar mi trabajo como recepcionista en Tossa de Mar —pedí una excedencia— e irme a vivir a Barcelona. Desde bien pequeño quería trabajar en el Servei Meterològic de Catalunya, y esa beca —fui el que más puntuación sacó entre todos los que la solicitamos— me abría las puertas para cumplir ese sueño. Recuerdo mi primer día en el Meteocat, donde conocí a grandes profesionales de la meteorología y disfruté como un niño. Fue el año de la gran nevada de marzo de 2010.

Sin embargo, poco a poco mi cabeza se fue centrando más en intentar ayudar a que Ciutadans sobreviviese en Cataluña. No podíamos permitir que se perdiese lo que tanto esfuerzo había costado construir. «¿Qué haríamos los catalanes no nacionalistas si de nuevo nos quedamos sin voz en el Parlament?», reflexionaba muchas veces.

La realidad es que, debido a la crisis desatada por las elecciones europeas, todas las encuestas daban que Ciutadans

desaparecía y la poca militancia que quedaba estaba desilusionada. En la sede solamente estaba Noemí de la Calle, que trabajaba llevando toda la contabilidad del partido y, a su vez, también hacía funciones de recepcionista, pero era imposible llegar a todo. Romy Losada, que era la jefa de gabinete de Albert, estaba normalmente en el Parlament junto con Patricia Abad y Manuel Yagüe, que hacían de asesores del grupo parlamentario. El área de prensa estaba en cuadro, no había equipo profesionalizado para redes, tampoco nadie para atender las necesidades administrativas y la de multitud de consultas que llegaban. Todo bastante caótico, la verdad. Éramos conscientes de que tocaba profesionalizar el partido. Si queríamos obrar el milagro en las elecciones autonómicas catalanas de 2010, resultaba clave profesionalizar el área más importante para tener visibilidad: la comunicación. Y así fue: los pocos recursos económicos que había se destinaron íntegramente a ello. En las elecciones europeas se contrató a Verónica Fumanal para que asesorara sobre la estrategia comunicativa a seguir y se la mantuvo en la nueva etapa. A finales de año se fichó a Imma Lucas como jefa de prensa, que junto con Helena Sáez llevaban toda la prensa del partido; más adelante también se profesionalizó toda la estrategia en redes sociales con la incorporación de Lula Bueno y Javier Pereira. En la sede montamos un equipo de voluntarios coordinado por Jorge Pascual para atender llamadas y contestar correos que llegaban. Fue tal la renovación que se hizo en el partido que se cambió hasta el logo y la imagen —aunque manteniendo el color naranja y el nombre e ideando las siglas de C's—, y abandonamos la sede que estaba ubicada en la Torre de Urquinaona para irnos a unas pequeñas oficinas en el paseo de Gràcia. Reseteamos el partido para comenzar desde cero. Solo faltaba que toda la maquinaria comenzara a funcionar.

Por mi parte, compaginaba la beca con las clases del máster y el resto del tiempo lo dedicaba en cuerpo y alma al partido. La mayoría de los días iba a almorzar con José Manuel Villegas —fue un gran descubrimiento—, y durante la comida aprovechábamos para repasar temas de actualidad y marcar ideas futuras. Villegas,

al igual que Matías Alonso —que era el secretario general— y yo, estaba siempre que podía en la sede echando una mano en todo aquello que se necesitara. Sí, sin cobrar nada, como también hacían todos los voluntarios. En esa época nos multiplicábamos; en mi caso, tanto me ponía a redactar una nota de prensa como a ayudar en temas de activismo digital con Paco Berlanga y Luis Fernández del Campo, o pedíamos la furgoneta a Fausto Ramírez y nos íbamos a montar y desmontar un acto o una carpa. Fue un año apasionante.

Como todos los años en Cataluña, el inicio del nuevo curso político siempre venía marcado por la Diada del 11 de septiembre, y en C's siempre hacíamos un acto en la avenida Josep Tarradellas de Barcelona denunciando las mentiras del nacionalismo. Ese año el lema era «Vamos a contar diadas», en el que intervino Iñaki Ezkerra junto con Jordi Cañas, Carmen de Rivera y Albert Rivera. Era el pistoletazo de salida de cada año y el acto servía de reencuentro tras el parón veraniego.

En la dirección del partido, conocedores de la situación de muerte política que vivíamos, éramos conscientes de que necesitábamos dar un empujón al proyecto y demostrar que en Cataluña existía una alternativa al nacionalismo. Trabajando durante semanas, con total discreción, pusimos en marcha la campaña «Cataluña somos todos» y la posterior ruta que recorrería los principales municipios catalanes. Ese manifiesto fue apoyado por personalidades como Juan Carlos Girauta —siempre a nuestro lado—, Francesc de Carreras, Mikel Buesa, Iñaki Ezkerra, Pablo Castellano, José María Fuster-Fabra o Xavier Horcajo. Lo presentamos el 31 de octubre en un abarrotado teatro Villarroel de Barcelona, y la larga ovación al finalizar el acto nos demostró a nosotros mismos que estábamos preparados para empujar y conseguir el objetivo. Apenas superábamos el medio millar de militantes, pero íbamos a dar lo mejor de nosotros mismos para salvar a C's. Éramos un equipo unido y comprometido.

A partir de ahí comenzamos a presentar la campaña por varios municipios de Cataluña con la asistencia de Albert Rivera, pero también con Carmen de Rivera —que recuperó el escaño para

C's en el Parlament una vez Antonio Robles lo dejó en verano— y Jordi Cañas, entre otros. Antes de cada acto, me avanzaba junto a José Manuel Villegas, en su coche o en el mío, donde instalábamos un par de *rollers* con el lema «Cataluña somos todos», repasábamos que en la sala donde se hacía el evento funcionaba todo correctamente y esperábamos a que llegara la gente de la agrupación y aquellos vecinos que se interesaban en conocer nuestro proyecto. La campaña fue un éxito. Recorrimos los principales municipios de Cataluña durante todo ese año: Badalona, Gavà, Montgat, Santa Coloma de Gramenet, Terrassa, Esplugues, Roses, Mataró, Sant Boi, Cornellà, L'Hospitalet de Llobregat, Sabadell, Blanes, Tarragona, Sant Joan Despí, entre otros. Con cada acto conseguimos abrirnos hueco en los medios locales, comarcales y provinciales, dando visibilidad al partido y a nuestras propuestas.

El equipo de comunicación y prensa, que se había profesionalizado, ya funcionaba coordinadamente, y con Villegas nos pusimos a trabajar en aspectos más organizativos y de campaña, pues sabíamos que aquellos que nos querían hacer desaparecer no se iban a quedar quietos.

Mientras la campaña «Cataluña somos todos» recorría el territorio, la actualidad política iba mandando y no dejábamos de lado nuestras acciones habituales. Al igual que cada 11 de septiembre, hacíamos un acto destapando las mentiras del nacionalismo; como partido constitucionalista no podía faltar cada 6 de diciembre celebrar nuestra Constitución. Siempre en la calle, con la ciudadanía, divulgábamos los valores y principios de nuestra carta magna. Precisamente, ese año, comenzó también la idea de los referéndums ilegales en algunos ayuntamientos, a la vez que el Govern de la Generalitat con Montilla al frente aceleraba el desafío separatista al Estado. Desde C's teníamos claro que debíamos poner pie en pared desde el primer momento. Y eso hicimos.

En el Parlament, José Montilla y Artur Mas seguían con su hoja de ruta hacia el *procés* —que vino años más tarde—. Si ya habían puesto encima de la mesa que se prohibiesen las corridas de toros en Cataluña por ser un «símbolo español» o arreciaban las

multas lingüísticas por rotular en castellano, dieron un paso más allá y acordaron que el Parlament instara al Tribunal Constitucional a declararse incompetente para dictar la sentencia sobre el Estatut. Ese día, 29 de abril de 2010, Albert Rivera dio —desde mi punto de vista— el mejor discurso en la tribuna del Parlament hasta entonces. Fue una intervención magistral y así también lo confirmaron las más de cien mil visualizaciones que tuvo su intervención en internet en apenas unas horas.

Sin tiempo a un respiro, seguimos con las acciones en la calle. En enero nos fuimos a Arenys de Mar a concentrarnos contra las multas lingüísticas y denunciar la persecución que llevaba a cabo el *tripartit* contra todo empresario que rotulara en castellano. También, desde la agrupación de jóvenes, con Albert Roig y Jaume Mestre como ideólogos, propusieron hacer un «butifarréndum», una parodia sobre los referéndums ilegales que comenzaban a realizarse por diferentes municipios catalanes. Se hicieron dos de estos eventos para jóvenes que levantaron cierto revuelo interno entre algunos miembros de la dirección del partido, pero no tanto como el que levantó la propuesta de participar, por primera vez, en el Día del Orgullo LGTBI+. Vaya semanita fue aquella. Lo más divertido fue cuando en años posteriores, los mismos que se oponían a la participación de C's en el Día del Orgullo eran los que se daban codazos para ir en primera fila. Pero eso es otra historia.

La carrera para ser el número dos

La actividad del partido y las acciones que estábamos llevando a cabo pronto se fueron traduciendo en un aumento de las afiliaciones y de personas interesadas en el partido, pues las visitas a la web y las consultas solo hacían que aumentar. Es justo decir que las políticas llevadas a cabo por el *tripartit* de Montilla, en algunas ocasiones con el apoyo de CiU, nos estaban dando visibilidad, ya que éramos los únicos que les plantábamos cara sin tapujos ni ambigüedades. El hecho más remarcable fue la manifestación —con la participación activa del PSC, CiU, ERC e

ICV— contra la sentencia del Tribunal Constitucional bajo el lema «Somos una nación. Nosotros decidimos». En ella se vio al entonces presidente de la Generalitat, José Montilla, junto a los expresidentes Jordi Pujol y Pasqual Maragall, y el presidente del Parlament de Cataluña, Ernest Benach, unidos por un objetivo común: romper con el resto de los españoles. Por primera vez, las instituciones de Cataluña y las entidades separatistas juntas desafiaban a la justicia y al Estado. Quizá esa fue la prueba de que C's era más necesario que nunca, un preludio de lo que vendría unos cuantos años después.

Internamente, el partido vivía una cierta paz, pero ya comenzaban los movimientos de cara a tomar posiciones en las listas autonómicas. La disputa por quién acompañaba a Albert Rivera como número dos por Barcelona fue una guerra intensa que se libraba en silencio. Jordi Cañas y sus más allegados no querían aceptar que fuese Carmen de Rivera —que era diputada en el Parlament— la que ocupara ese puesto, pues consideraban que Jordi estaba más capacitado. Para reafirmarlo como números dos, fueron buscando apoyos dentro del Comité Ejecutivo —y de las bases—. Recuerdo incluso el informe que prepararon desde la secretaría de comunicación, que dirigía el propio Cañas, donde se especificaba los puntos fuertes de Jordi por encima de los de la ya diputada. Había que apartar a Carmen como fuese. Fue tal la situación que llegaron a poner encima de la mesa que C's solo se presentara en Barcelona y no lo hiciese en Girona, Lleida y Tarragona: el objetivo era presentar a Ángeles Ribes —que estaba en Lleida— por Barcelona y así intentar durante el proceso de primarias bajar a Carmen en las listas. Si bien muchos valorábamos el trabajo y capacidad de Jordi, no entendíamos que se buscara arrinconar —y de esa forma— a alguien como Carmen de Rivera, que había demostrado un gran compromiso con el proyecto y en el peor momento del partido aceptó tomar posesión de un acta para apoyar, sin fisuras, a Albert en el Parlament. Además, con la actual ley electoral, pasando del 3 % de los votos en la provincia de Barcelona entran, como mínimo, tres diputados.

Mientras algunos estaban en esas estrategias internas para

conseguir el puesto número dos, otros seguíamos trabajando, junto con otros afiliados, para conseguir que el partido tomase fuerza e impulso. Poco a poco, íbamos sumando nuevos afiliados, creando nuevas agrupaciones y, por primera vez, se comenzó a tener relación con partidos independientes de varios sitios de España, en busca de sinergias y colaboraciones futuras.

Los adversarios tampoco descansaban. A la vuelta de un fin de semana de mayo que estuve en Madrid, me llamó José Manuel Villegas y me explicó que habían desactivado una operación de desarme interno de C's proveniente del PP. En esa operación estaban involucrados miembros del Comité Ejecutivo y varios cargos locales y provinciales de varios sitios de España. En principio, parecía que se había conseguido desmantelar, pero no sabían hasta dónde había llegado o podía llegar el alcance. Villegas me explicó que junto con Matías Alonso estuvieron todo el fin de semana de llamadas y analizando la situación. Durante la conversación me detalló lo que habló con Matías, pero, de todo, me quedé con una frase para reflexionar: «¿Te fías de mí, Matías?», le preguntó Villegas. «¡Claro!», respondió Matías. Villegas le dijo: «¡Mal hecho! En política nunca se sabe quién te va a traicionar». Aunque en su momento no le di mucha importancia, esa frase se me quedó grabada en el subconsciente y, a lo largo de los siguientes años, la recordaría varias veces. De ahí vendría lo que le diría a mi equipo y gente más cercana años más tarde: en política no hay amigos, pero hay amigos que comparten proyecto político.

Alerta y con mil ojos abiertos internamente, avanzamos para conseguir el objetivo de que C's no desapareciese del Parlament. Continuaron los actos de «Cataluña somos todos», y seguimos dando visibilidad a las acciones e intervenciones en el Parlament de Albert Rivera y Carmen de Rivera. En Canal Català, Jordi Cañas se iba abriendo hueco mediático por sus intervenciones vehementes ante los separatistas y que tanto gustaban a la militancia más dura. Además, la estrategia marcada con Imma Lucas para posicionar a Albert Rivera en programas de actualidad política de varios medios nacionales estaba dando sus frutos. Albert acudía como tertuliano, el objetivo era subir su popularidad

y conocimiento, pues únicamente se había conseguido espacio en Intereconomía durante el apoyo que dio a C's en las frustradas elecciones europeas del año anterior. Además, nuestras acciones de calle no paraban; nuestras carpas eran cada vez más habituales en diferentes municipios de Cataluña, lanzamos una nueva campaña para denunciar el despilfarro del Govern en embajadas y en su agenda rupturista. También pedimos que el ayuntamiento de Barcelona pusiese pantallas gigantes para seguir a la selección nacional durante el Mundial de Fútbol de 2010, ¡y lo conseguimos! Gracias a ello miles de catalanes vibramos viendo el gol de Iniesta en la avenida Maria Cristina de Barcelona. Algo estábamos haciendo bien, pues nuestros nuevos vecinos de la sede de Barcelona, del partido separatista Reagrupament, habían pasado de ignorarnos a dejar alguna nota amenazante en la puerta o algún que otro comentario fuera de lugar en el ascensor.

Con la llegada del verano, me tocaba decidir. O seguir con mi carrera como meteorólogo, mi gran pasión, o dedicarme cien por cien al partido de cara a la campaña electoral y ayudar a conseguir el milagro. Opté por lo segundo. Recuerdo que mucha gente, algunos de C's, decían que estaba loco, pero lo tuve claro: o Ciutadans sobrevivía o nadie movería un dedo por nosotros. Si desaparecíamos como partido, los catalanes constitucionalistas volveríamos a ser moneda de cambio por un sillón en la Moncloa. Además, a mis veintiséis años, podía permitirme caer para volver a levantarme. Al fin y al cabo, me había estado formando durante largo tiempo y eso haría más fácil abrirme las puertas del mundo laboral. Echando la mirada atrás —y aunque lo volvería a hacer—, la verdad es que fue una locura. Y es que, a pesar de los esfuerzos de todo ese año, los sondeos indicaban que C's desaparecería del Parlament, por lo que era una odisea conseguir representación. Sin embargo, yo puse punto final a mi gran pasión para aportar mi granito de arena en la salvación de un proyecto político, más imprescindible que nunca, llamado Ciutadans.

Encaramos el verano de 2010 con la mirada puesta en las elecciones autonómicas catalanas, no sin antes un pequeño descanso por las playas de Cádiz. José Manuel Villegas, Albert

Rivera y yo íbamos pensando en qué tipo de campaña haríamos; en el eslogan, el cartel, el *spot*, y algo muy importante, en el debate de candidatos, pues por primera vez C's no sería extraparlamentario y tendría su espacio en los medios, con entrevistas y debates incluidos. Aunque los sondeos seguían diciéndonos, casi en su totalidad, que desapareceríamos, yo me agarraba a otros datos que nos indicaban que íbamos en la buena dirección. Las afiliaciones a C's no dejaban de aumentar, así como los seguidores en redes sociales y las visitas a la web.

Hacía unos meses se había creado un comité de estrategia electoral —«Stratem», lo llamamos coloquialmente—, cuyo objetivo era tener un grupo más ágil que fuese preparando la campaña más importante de la historia de C's. Lo formábamos Albert Rivera, José Manuel Villegas, Matías Alonso, Jordi Cañas, Verónica Fumanal, Lula Bueno e Imma Lucas, entre otros. Yo llevaba tiempo dándole vueltas al cartel y al *spot* de campaña: hacía mucho le había propuesto a Villegas y a Fumanal que la clave consistía en visualizar la maduración del partido, porque cada vez éramos más. Así, que, siguiendo el desnudo de Albert Rivera en 2006, propuse que ahora saliese más gente desnuda en el cartel, pero con el candidato vestido. Mi idea era que Albert representara la madurez del partido y que la gente desnuda que saliera detrás fueran los candidatos reales, los que se habían sumado a C's durante todo este año. Habíamos madurado, estábamos preparados y éramos muchos más. Mientras Rivera salía a hombros de la plaza de toros de la Monumental de Barcelona en defensa de la libertad, otros íbamos perfilando las candidaturas y la campaña.

El culebrón sobre quién iba de número dos se cerró, bronca mediante, con una candidatura oficialista para las primarias. Junto con Rivera, fueron Carmen de Rivera, Jordi Cañas, José Manuel Villegas y Montse Navarro. No olvidaré la monumental pelea que tuvieron Carlos Cuadrado y Jordi Cañas durante una comida en el restaurante Mussol de la calle Aragó de Barcelona, donde también estaba José Manuel Villegas. Tras reprocharle Carlos a Jordi su actitud sobre la candidatura durante los últimos meses, este dio un

golpe en la mesa, se levantó y se marchó. La cosa se quedó ahí, pero esa discusión marcó un antes y un después que se visualizaría más adelante. En el resto de las provincias no hubo discusión sobre las candidaturas: David Liern por Girona, Ángeles Ribes por Lleida y Vicente Castillo por Tarragona.

Problemático también fue el programa electoral. Una parte de la militancia —los más socialdemócratas— consideraban que llevar un punto que dijese que Cataluña es España era «muy de derechas y casposo» e intentaron, mediante presiones en el Consejo General, que esa afirmación tan obvia fuese eliminada. Finalmente, no consiguieron su objetivo. Ahora sí, tocaba ir todos a una esos dos meses que quedaban para las elecciones.

Como todos los años, hicimos nuestro acto en el 11 de septiembre con el lema «Convivencia sí, independencia no» y se organizó una comida posterior con el objetivo de hacer equipo; a la gente se la veía con ganas e ilusionada. El 16 de octubre de 2010 fue el día en que presentamos la campaña. Ochocientas personas abarrotaron el teatro Romea de Barcelona. El *spot* y el cartel electoral con el lema «¡Rebélate!» se abrieron hueco en todos los informativos nacionales y en los programas de actualidad de todas las cadenas. Rivera era entrevistado en todos los medios gracias al *spot*. Conseguimos transmitir lo que queríamos, que éramos muchos más los que nos rebelábamos contra el nacionalismo y contra una clase política acomodada. Esos días fueron de euforia, pues hubo muchas personas que contactaron con el partido interesándose y sumándose al proyecto. Todo eran buenas sensaciones.

La alegría duró poco. Una semana después, el Partido Popular activó el botón rojo y cargos relevantes de C's, con Esperanza García al frente —fue la candidata del partido a las elecciones municipales por Barcelona—, anunciaron su incorporación al PP. La operación que hacía unos pocos meses antes había detectado Matías Alonso se materializaba ahora a cinco semanas de las elecciones. Fue un duro golpe. En la sede estaba con José Manuel Villegas viendo quiénes habían decidido dejar C's para irse al Partido Popular en plena campaña electoral. Ahí me enteré de que

había habido reuniones de miembros de C's con cargos del PP de Génova en el Maresme. En ese preciso momento llegó Carlos Cuadrado a la sede y le dijo a Villegas: «¿Ves? ¡Aquí estoy! Yo no me he ido». En ese momento cerré el círculo y comprendí de dónde venían esas reuniones. Meses después, el propio Carlos me explicó más en detalle todo lo ocurrido y cuál era el objetivo de toda esa operación.

Una campaña en la calle entre insultos y amenazas

La campaña fue dura y con pocos recursos económicos. Apenas doscientos mil euros de presupuesto. Carlos Cuadrado ideó que para financiarla se vendiesen unos bonos retornables, siempre y cuando se lograra representación. Pusimos en marcha el primer CsTeam, que resultó un éxito, y nos multiplicamos para conseguir toda la presencia posible en la calle. No fue fácil. No había día que no tuviésemos algún altercado. Cuando no eran insultos, eran amenazas o intentos de agresión. Preocupante fue la situación vivida en la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB) cuando, durante una conferencia de Albert y Francesc de Carreras, tuvimos que salir escoltados ante las hordas separatistas. Precisamente, en unos de esos ataques, conocí a Paco Sierra. Era la última semana de campaña y me llamaron porque una carpa ubicada en el paseo de Sant Joan de Barcelona había sido atacada por cuatro jóvenes que llevaban navajas y cuchillos. Habían increpado a Paco Sierra y a otros afiliados, y habían destruido la carpa a navajazos. Yo, que venía de Girona, y había visto ya situaciones de todos los colores desde pequeño, entendía la sensación que tenía la militancia. Paco Sierra y muchos otros representaban los valores del verdadero C's, se ponían siempre en primera línea, sin dudarlo, en los momentos más difíciles del partido, ayudando y aportando. Mientras, otros no movían ni un dedo, no querían ir a los medios, pedían quedarse escondidos en los actos o no estar en puestos visibles en las candidaturas. Esa era la gran diferencia entre unos y otros.

A pesar de todo fue una bonita campaña. Disfrutamos viendo

que nos seguían periodistas mañana y tarde para cubrir nuestros eventos —era la primera vez que teníamos una cobertura de esas características— y que estábamos todos los días presentes en la prensa, pero el mejor recuerdo lo tengo del día del debate en TV3. Por fin estábamos presentes con el resto de los candidatos de los principales partidos. Era una oportunidad de oro y Albert no defraudó.

Con el trabajo bien hecho, llegó el 28 de noviembre de 2010, la jornada de las elecciones, y las sensaciones eran buenas. Días antes varios sondeos habían previsto que C's entraría en el Parlament, pero el nerviosismo estaba ahí. Comenzó el escrutinio y lo que hacía unos meses parecía difícil y lo que hacía un año parecía imposible se consiguió. Salvamos a Ciutadans. No solamente conseguíamos de nuevo los tres diputados, sino que además se había logrado aumentar el número de votos. Albert Rivera, Carmen de Rivera y Jordi Cañas obtuvieron su acta. José Manuel Villegas se quedó a las puertas de conseguirlo. UPyD, con nuestro exdiputado y ex secretario general Antonio Robles de candidato, apenas pasó de los cinco mil votos. La ya fallecida Carmen de Mairena y el Partido Pirata sacaron más votos que ellos.

En esas elecciones también fue noticia la entrada de Solidaritat Catalana per la Independència, el partido de Joan Laporta, que conseguía cuatro escaños y, por tanto, nos iba a tocar compartir con ellos el grupo mixto en el Parlament. Precisamente entre sus filas estaba Rubèn Novoa, un separatista ultra que semanas antes había amenazado a Rivera con un tiro en la nuca. Ante las posibles tensiones que se podían crear a lo largo de la legislatura, la mesa del Parlament, con buen criterio, decidió crear la figura del subgrupo parlamentario para cada partido.

Iba a ser una legislatura dura, pero habíamos pasado lo peor. Unos pocos conseguimos que Ciutadans siguiese más vivo que nunca. «No estaba muerto, estaba de parranda» fue lo que más sonó la noche del 28 de noviembre de 2010 en el hotel Gallery de Barcelona, donde estábamos congregados. Ciutadans había sobrevivido.

3

MEJOR UNIDOS

Si «Rebélate» había sido el eslogan de la campaña autonómica que salvó a C's de su desaparición, «Mejor unidos» lo fue de la campaña autonómica de 2012 y originó que C's comenzara a visualizarse como la única alternativa real a la deriva separatista que se estaba viviendo en Cataluña.

Tras la campaña de las elecciones autonómicas de 2010 nos quedamos exhaustos. Fue un año muy intenso y de aprendizaje continuo, donde unos pocos nos dejamos hasta la última gota de sudor para salvar un proyecto político que era imprescindible en Cataluña, pero el esfuerzo mereció la pena. Años después, cuando se produjo el golpe de Estado de los separatistas, nos dimos cuenta de que C's había nacido precisamente para hacer frente a esa sinrazón, para poner pie en pared ante los ataques constantes a los derechos y libertades que sufríamos la mayoría de los catalanes. Sin ese esfuerzo hecho en 2010 por un grupo de valientes anónimos, todos los éxitos que vinieron después no se hubiesen conseguido. Y con ese espíritu de seguir mejorando y creciendo afrontamos el futuro.

En mayo de 2011 teníamos las elecciones municipales y a finales de año tocaba la III Asamblea General del partido. Por fin, teníamos un partido engrasado, funcionando y, lo más importante, unido. Profesionalizar el área de comunicación fue un gran acierto. En vez de confiarnos y relajarnos, apretamos más el acelerador, pese a ser conscientes de que íbamos muy tarde para preparar las elecciones municipales y eso se notaría en los resultados. Miguel

Ángel Ibáñez, que era el responsable de política municipal del Comité Ejecutivo, fue designado director de campaña de esas elecciones locales. En apenas unas semanas tuvimos que preparar candidaturas y actos. Fue todo un reto. Siempre he considerado que la política municipal —a excepción de los grandes municipios — es la más bonita, pues es la más cercana a la gente, donde más puedes solucionar los problemas del día a día de tus vecinos. Y dentro de esa filosofía de cercanía y de escucha activa con los ciudadanos, para tener un mínimo de éxito electoral, es de vital importancia tener buenos candidatos y, especialmente, que lleven muchos meses trabajando y difundiendo sus propuestas entre los vecinos; sin eso, el fracaso está casi asegurado.

En Ciutadans, que el último año habíamos estado dedicados en cuerpo y alma a sacar a flote el proyecto, dejamos de lado las elecciones municipales. Y eso pasó factura, pero no teníamos otra alternativa. O C's sobrevivía a las elecciones autonómicas o no habría más elecciones donde presentarnos, por lo que la decisión de centrar todos los esfuerzos en salvar el proyecto fue más que acertada.

Esa campaña vino marcada por el surgimiento del movimiento 15M. «Algo está cambiando. Esto puede hacer caer un gobierno o cambiar mayorías políticas», me insistía Villegas cuando algunas tardes nos acercábamos a la plaza de Catalunya de Barcelona, donde estaban acampados los «indignados». Y no iba muy desencaminado. A la sombra de este movimiento que se organizó por las redes sociales, principalmente por Facebook, surgirían tiempo después Podemos y otras formaciones políticas. Sin duda, esas semanas marcaron la actualidad y tambalearon la política nacional hasta tal punto que el presidente del Gobierno de entonces, José Luis Rodríguez Zapatero, acabó convocando elecciones generales pocos meses después. Aunque intentó desvincularlo de la presión social, se excusó diciendo que lo hacía para que «otro gobierno dé certidumbre». Precisamente, en una de esas visitas a los acampados en la plaza de Catalunya nos sorprendió uno de los desalojos, con sus respectivas cargas policiales. No nos llevamos un golpe de porra de milagro. Mientras

el malestar crecía en la calle, con las protestas y las acampadas de indignados en numerosas ciudades del país, la campaña municipal seguía su curso.

Finalmente, contra reloj, conseguimos presentar un total de 69 candidaturas en toda España. Encaramos la campaña con el lema «Ciudadanos, como tú» —con la indignación de la gente hacia la clase política quizá no fuese el eslogan más idóneo—, y se solicitó un crédito de 150.000 euros para sufragar los gastos de una campaña que ascendió a más de 220.000 euros, casi lo mismo que lo gastado en las autonómicas el año anterior. Aunque éramos conscientes de que no conseguiríamos un buen resultado, es cierto que no esperábamos que fuese tan malo: al final, solamente obtuvimos diez concejales. A pesar de ello, fue la primera vez que C's logró representación municipal más allá de Cataluña, consiguiendo entrar en los ayuntamientos de Molina de Segura, en la Región de Murcia; en Villanueva del Pardillo, en la Comunidad de Madrid, y en Galápagos, en la provincia de Guadalajara. Para los que defendíamos que Ciudadanos tenía cabida en la política nacional, esos cinco concejales fuera de Cataluña nos supieron a gloria. Desde el partido hicimos una apuesta fuerte por Barcelona ciudad presentando a Jordi Cañas como candidato; sin embargo, no llegamos ni al 2 % de los votos, muy lejos del corte electoral del 5 %. Lo mismo pasó en los principales municipios de Cataluña. Un baño de realidad que, a pesar de ir en la buena dirección, nos recordó que quedaba aún mucho camino por recorrer.

La llegada de Inés Arrimadas

El resultado de las elecciones autonómicas y la continuidad de Albert Rivera en medios nacionales originaron una nueva ola de nuevas afiliaciones. Entre ellas, la de Inés Arrimadas a principios de 2011. Aunque parecía una chica tímida y humilde, sorprendió que a pesar de llevar unos pocos días como afiliada se postulara para estar en la junta directiva de la agrupación de jóvenes. Era el 25 de febrero de 2011 y recuerdo la exposición de su candidatura,

la mejor con diferencia. Rápidamente, a la semana siguiente durante un desayuno en el bar Tenorio del paseo de Gràcia, trasladé al propio Albert Rivera y a José Manuel Villegas que había una afiliada nueva con mucho potencial. Precisamente, convencido de sus capacidades, cedí a Inés que representara a los jóvenes de C's en el Parlament de Catalunya.

Meses después de las elecciones municipales, Albert me trasladó que en la comisión de juventud del Parlament de Catalunya se permitía que interviniesen las juventudes de los partidos sin necesidad de ser diputado, y me ofreció hablar en representación de C's. Fue algo que no me esperaba. Siempre había huido de protagonismo y de fotos, me gustaba estar en un segundo plano, por eso le dije que consideraba mejor que fuese Inés, que ya actuaba como portavoz de jóvenes de C's y la ocasión nos serviría para potenciarla. Dicho y hecho. Y así se estrenó Inés en el Parlament el 8 de junio de 2011. Pedí a Fumanal que su intervención se incorporara en el boletín semanal que se enviaba a los afiliados y simpatizantes todas las semanas. Y así, comenzó Inés su carrera política.

Aunque estaba instalado en Barcelona, no dejaba de lado Girona ni a mis compañeros de allí. Asistía siempre que podía a las reuniones que hacíamos todos los viernes. Con la crisis interna de las elecciones europeas de 2009 se cerraron todas las sedes menos la de Barcelona ciudad. Por lo que, en Girona, nos reuníamos en el bar La Llarga, en la avenida Sant Francesc. Allí nos encontrábamos los pocos supervivientes que quedábamos más activos, como Salvador Valenzuela, Manuel Díez, David Liern o Sergio Atalaya. Aunque no éramos muchos, seguíamos con nuestra actividad, elaborando notas de prensa y abriéndonos hueco de vez en cuando en los medios provinciales y locales. En el día a día éramos poquitos, pero cuando llegaba el momento de arrimar el hombro, siempre teníamos a la vieja guardia gerundense, con Mateo Padilla y Esmeralda Úbeda al frente. Por eso, no sorprendió que la candidatura municipal de 2011 estuviese liderada por Salvador Valenzuela y lo acompañaran Manuel Díez, Mateo Padilla, Esmeralda Úbeda y María del Carmen Melero. En Blanes

presentamos a Sergio Atalaya, y en Lloret de Mar, a Pedro Lacoma. Para nosotros esto era todo un éxito, teniendo presente que hacía solo un año quedábamos apenas treinta afiliados en toda la provincia. Lejos de desanimarnos, seguimos con nuestra actividad semanal e intentando que se nos visualizara.

Durante esos meses, se acercó quien había sido concejal en Girona ciudad y ex número dos del PP en la provincia, Jean Castel. Su presencia levantó algunas dudas en algunos afiliados de C's, pero la realidad es que todos eran conscientes de que su llegada, en una provincia tan difícil como Girona, nos podría dar un empujón. Mantuvimos diferentes reuniones antes de anunciar su incorporación meses más tarde, en febrero de 2012. Había que hacerlo bien. Su pase a C's sería mediático y nos nutriría de más músculo con la incorporación de personas de otras zonas de la provincia que, trabajándolo bien y con tiempo, podría traducirse en más apoyo electoral y en candidaturas municipales de cara al 2015.

Con el fracaso de las elecciones municipales, y tomando buena nota de ello, afrontamos el verano de 2011 con la vista puesta en la III Asamblea General y con diferentes proyectos que pondríamos en marcha a partir de otoño. Sin embargo, en pleno verano, el 29 de julio, compareció el entonces presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, anunciando convocatoria de elecciones generales para el 10 de noviembre de 2011. La crisis económica, el movimiento 15M y la falta de apoyos le obligaron a tomar esa decisión.

Desde la dirección de C's teníamos muy claro que no era el momento de presentarnos a las elecciones generales y, si lo hacíamos, tenía que ser junto a UPyD, algo que garantizara una tercera vía constitucionalista ante el bipartidismo y el chantaje continuo de los partidos nacionalistas. Desde el primer momento se encomendó a Matías Alonso, como secretario general, y a José Manuel Villegas, como secretario de organización, que exploraran esa vía de suma con el partido de Rosa Díez. A pesar de que fueron los artífices de intentar dinamitar C's hacía dos años, por sentido de la responsabilidad, decidimos dejar las rencillas del pasado a un

lado y tender la mano para sumar en una única candidatura. Sin embargo, UPyD dijo, nuevamente, no. Ante esa coyuntura, fuimos generosos, decidimos no presentarnos a las elecciones generales y dejamos claro que seguiríamos trabajando para intentar sumar, algún día, con el partido de Rosa Díez.

Mientras a nivel nacional se ponía en marcha toda la maquinaria electoral, nosotros comenzamos el curso político con nuestro habitual acto del 11 de septiembre. Ese año, desde la secretaría de comunicación crearon un juego *online*, «Vamos a contar diadas», sobre las verdades y mentiras de lo ocurrido el 11 de septiembre de 1714 durante la guerra de Sucesión. Ese año, hicimos hincapié en la figura de Rafael Casanova, a quien los separatistas, retorciendo una vez más la historia, presentan como un héroe que defendía la independencia de Cataluña. La realidad es que el bando de Casanova dejaba muy claro cuál era su causa: «Derramar gloriosamente su sangre y su vida por su Rey, por su honor, por la Patria y por la libertad de toda España».

En esa Diada, Artur Mas ya declaró que había comenzado la «transición nacional» de Cataluña y se negó a hacer cualquier declaración a los medios en castellano. Mas comenzó a tensionar la situación en Cataluña y las esteladas comenzaron a proliferar en las fachadas de los ayuntamientos. Precisamente, durante las semanas previas a la Diada, junto al entonces coordinador de Girona, David Liern, nos recorrimos unas cuantas decenas de municipios de la provincia presentando instancias para que se cumpliese la ley de banderas. Y es que, en la mayoría de los ayuntamientos que visitamos había desaparecido la bandera española y, en algunos, ondeaba la estelada. Todas esas instancias se adjuntaron en una denuncia que presentamos junto con Albert Rivera, Matías Alonso y Carmen de Rivera en la Delegación del Gobierno de Cataluña. Nos recorrimos unos cuantos centenares de kilómetros, pero conseguimos que nuestra voz se escuchara hasta en el último municipio de la provincia y, como mínimo, recordamos a los alcaldes separatistas que Ciutadans estaba ahí para defender la igualdad y los derechos de todos. Como decía Rivera, «hasta el último pueblo de Gerona es tan español como la

Castellana».

Con la Diada y las salidas de tono de Artur Mas —se le veía cada vez más radicalizado—, comenzamos el curso político a pleno rendimiento. Los equipos funcionaban casi a la perfección, coordinados y sabiendo cada uno cuáles eran nuestras funciones. Los egos de algunos habían pasado a un segundo plano y pudimos ponernos a idear campañas, a desarrollar argumentarios, a realizar acciones en la calle y a recorrer Cataluña para ir expandiendo el partido. Era momento de comunicar y hacer llegar lo que realmente era Ciutadans. Por fin, dejamos de mirar hacia dentro para comenzar a mirar hacia fuera, pero quedaba dar un último paso para cerrar completamente los problemas del pasado y consolidar el proyecto de futuro que queríamos. Y así llegó la III Asamblea General de C's, que tuvo lugar en L'Hospitalet de Llobregat los días 29 y 30 de octubre con el lema «La fuerza de la unión».

Albert Rivera tenía muy claro cuál era el objetivo y el camino a recorrer para conseguirlo, y muchos estábamos a su lado para recorrerlo juntos. C's era necesario en España, pero imprescindible en Cataluña. Y esa era su máxima. En esa asamblea no era momento de hablar de ideología —por eso no se tocó el ideario—, solo de estrategia y del modelo interno de partido que queríamos. ¿Qué queremos ser de mayor? era la pregunta que tocaba hacernos. Como en asambleas anteriores hubo una candidatura crítica y antiguos pesos pesados de C's maniobraron para plantarnos cara e intentar que hubiese un grupo contrario al equipo de Rivera en el Consejo General. Fue mi primera asamblea ya dentro del equipo de organización y, por tanto, lo viví todo muy de cerca.

Para preparar la asamblea, el equipo más cercano a Albert hicimos varias reuniones y un par de cenas en el restaurante La Barca del Salamanca de Barcelona. Una de ellas fue a petición mía, pues quería tratar la incorporación de gente en el Comité Ejecutivo y los movimientos de desestabilización que estaban haciendo desde la agrupación de jóvenes y otras zonas. A esa cena asistimos Albert Rivera, José Manuel Villegas, Carlos Cuadrado, Manuel García

Bofill, Carlos Carrizosa y José María Espejo. Tratamos la estrategia de cara a la Asamblea General y puse encima de la mesa la incorporación en el Comité Ejecutivo de Inés Arrimadas y que sería idóneo tener a alguien de fuera de Cataluña. En ese caso propuse que fuese o Marta Marbán, que había salido elegida concejala de C's en Villanueva del Pardillo, o Estanislao Vidal, concejal de C's en Molina de Segura. Paradójicamente —por lo que pasaría años después—, Bofill, Carrizosa y Espejo se opusieron a la incorporación de Inés en el Comité Ejecutivo. Su argumento: «¿Y si nos sale otra como Esperanza García?», dijo Bofill y secundaron Carrizosa y Espejo indicando que no la conocían de nada. Manuel García Bofill, que había sido secretario general del partido y dimitió tras la crisis de las europeas de 2009 —aunque no tuvo nada que ver con esa coalición con Libertas—, guardaba un muy mal recuerdo tanto de la «opa» de UPyD, como de la marcha de Esperanza García al PP junto con otros cargos de C's. Esto era así porque Bofill siempre fue un férreo defensor tanto de Esperanza García como de quien fue su número dos en las municipales de 2007, Mari Luz Guilarte, que también se desvinculó de cualquier actividad en el partido tras esas elecciones. Por el contrario, respecto a la incorporación de alguien de fuera de Cataluña, fue unánime la decisión de esperar para decidir quién resultaba más idóneo, puesto que todos ellos llevaban apenas unos pocos meses en el partido.

Durante los días siguientes, insistí a Albert de la idoneidad de la incorporación de Arrimadas en el Comité Ejecutivo. Albert ya la había visto intervenir en la comisión de juventud del Parlament y, además, interesaba dar un empuje a los jóvenes del partido, un nuevo rumbo, e Inés reunía ese perfil para llevarlo a cabo. Albert lo tenía claro. Así que se lo trasladé personalmente a Inés y le indiqué que debería postularse para ser compromisaria y así poder asistir a la Asamblea General. Sin embargo, se produjo alguna filtración, porque el coordinador de la agrupación de jóvenes de entonces, Albert Roig, que había sido secretario de organización hasta 2009, boicoteó la elección de Inés como compromisaria. A partir de ahí, el propio Roig lideró una candidatura contraria a la

candidatura oficial para el Consejo General. «Te voy a demostrar cómo se gana una votación de dos tercios siendo minoría», desafió a Villegas en los pasillos del hotel Hesperia Tower de L'Hospitalet donde transcurrió la III Asamblea General. Durante los días anteriores, Villegas y yo hablamos con varios grupos de afiliados, donde Bofill ayudó mucho en Barcelona ciudad. Carrizosa y Espejo decían que tenían mucho trabajo y no podían implicarse demasiado. Y Cañas, para intentar quedar bien con unos y con otros, se puso —una vez más— de perfil.

Esta vez, sabíamos a ciencia cierta que no podíamos volver a permitirnos un partido secuestrado por unos pocos, ni tener de nuevo voces discordantes con la estrategia que queríamos llevar cabo. No se podía repetir lo ocurrido años atrás, cuando un Consejo General forzó a Rivera a presentarse a las elecciones generales de 2008. Tampoco lo sucedido cuando el presidente del Consejo General Enrique Calvet y el secretario general Antonio Robles se pusieron a trabajar para otro partido con el objetivo de dinamitar el nuestro. Calvet acabó de eurodiputado de UPyD en 2014, y Antonio Robles, de candidato de UPyD en Cataluña en 2010. Tocaba ser un único bloque, una única voz y avanzar con la estrategia establecida; primero nos asentaríamos en Cataluña con fuerza, consolidando el proyecto, para defender los valores constitucionales y después daríamos el salto a la política nacional.

Finalmente, Rivera presentó una candidatura bastante continuista y sin grandes cambios, recibiendo el apoyo del 73 % de los compromisarios. Redujo sus miembros a dieciséis personas, manteniendo a Matías Alonso como secretario general, a José Manuel Villegas como secretario de organización y a Jordi Cañas como secretario de comunicación y portavoz. Marta Marbán entró en la dirección como representante de los cargos y afiliados de fuera de Cataluña. Aunque en la votación del Consejo General hubo más ruido, al final Albert Roig, que había conseguido entrar como consejero general, vio cómo la candidatura oficial le había ganado la partida y se quedaba sin margen de maniobra. Por fin, teníamos unos nuevos estatutos que nos permitían tener un partido mucho más ágil y una estrategia clara para los siguientes cuatro

años. Sin duda, de esa asamblea salimos reforzados, puesto que teníamos las herramientas y el equipo para hacerlo posible.

Un Comité Ejecutivo unido y con ganas de conseguir grandes cosas. Un equipo de profesionales que estaba demostrando su compromiso con el proyecto —y eso que al personal laboral se le tuvo que rebajar el salario un 5 % ese año—. Una militancia motivada y apoyando sin fisuras las decisiones de la dirección. Y un grupo parlamentario que, a pesar de ser solo tres, se multiplicaba en las comisiones, actos y medios. Los trescientos guerreros de las Termópilas que nos habíamos quedado en 2009 se habían multiplicado. Éramos muchos más, unidos, coordinados y con muchas ganas.

Pocas semanas después llegaron las elecciones generales. El PP consiguió mayoría absoluta, se produjo el descalabro del PSOE, que pagó en las urnas su nefasta gestión, y UPyD se quedó con solo cinco escaños. Esos escaños de UPyD fueron recibidos como un fracaso para muchos, pues meses antes varios sondeos les llegaron a dar bastantes más; pero con la mayoría absoluta de Mariano Rajoy pasaban a ser insignificantes. La lectura la hicimos rápidamente: C's podía tener su propio espacio. La estrategia diseñada iba bien encaminada. Con la resaca de las elecciones generales llegó el 6 de diciembre, Día de la Constitución, y organizamos un acto en el parque de la Ciutadella de Barcelona bajo el lema «La Constitución que nos une», siendo el único partido en Cataluña que hizo un acto de ese estilo.

Nacionalismo, crisis y expansión nacional

Durante el mes de enero de 2012, planificamos con el equipo de comunicación poner en marcha varias campañas ese año, entre ellas la del «Nacionalismo es crisis». La presentamos el 18 de febrero en la sala Bonnemaison de Barcelona. Su nombre y contenido me hizo especial ilusión pues, hacía unos años, en un artículo que escribí en el *Diari de Girona*, usé esa afirmación para denunciar todo el dinero tirado por el Govern de la Generalitat.

Recuerdo que en los diferentes programas de radio a los que acudía fui repitiendo como argumento que con los 157 millones de euros que destinaba la Generalitata política lingüística, todos los alumnos de primaria tendrían un ordenador, y con los veinticinco millones de euros de las embajadas, cuatrocientos mil catalanes tendrían gafas gratis.

Se convocaron un total de veintiún actos en toda Cataluña y montamos, además, varias carpas para repartir folletos en los que denunciábamos el dinero destinado por los nacionalistas en la «construcción nacional» de Cataluña. Además, durante el desarrollo de esa campaña hicimos de nuevo traslado de sede. Dejamos la del paseo de Gràcia para irnos a unas oficinas mucho más amplias —y más económicas— en la Gran Via de les Corts Catalanes, junto a la plaza de toros de la Monumental, el mismo sitio donde Albert Rivera había salido a hombros un par de años antes.

En esa época, Albert Rivera había hecho de jurado, junto a Mercedes Milá, en un programa de televisión de debate llamado *Comecocos*, espacio que nos permitió tener más presencia mediática junto con su colaboración en programas de debate y de actualidad política de Telecinco y Antena 3. Fue un paso importante para darnos a conocer con más fuerza en toda España. Además, la expansión de C's fuera de Cataluña iba cogiendo un poco de impulso gracias a nuestra mayor presencia en algunos municipios y a algunos partidos locales y provinciales, que comenzaron a interesarse por nosotros. A Villegas y a Albert les expliqué cuál creía que debía ser la estrategia de implantación a seguir. Por un lado, intentar asentarnos con nuestra marca en algunas zonas y, por el otro, sumar fuerzas con partidos que compartiesen una misma visión de la política y unos mismos valores mediante coaliciones o incorporándolos a C's. De esta forma, hicimos dos pruebas para ver si funcionaría. En la Región de Murcia iniciamos un trabajo para expandir el partido con nuestra propia marca a partir de nuestro grupo municipal de Molina de Segura, donde el concejal Estanislao Vidal —que provenía del PP— tenía un equipo que comenzó a recorrerse varios municipios murcianos.

Por otro lado, mi buen amigo Vicente Castillo, que veraneaba

en Sanlúcar de Barrameda, había establecido contacto con un partido independiente de allí. Su candidato se llamaba Juan Marín, tenía tres concejales y gobernaba desde 2007 en coalición con el PSOE. Vicente Castillo insistía en la necesidad de que lo conociésemos y fue, desde el principio, un férreo defensor de la incorporación de Ciudadanos Independientes de Sanlúcar al partido. «Veníos a Sanlúcar a conocerlos, nos quedamos a dormir en mi piso, y así nos sale más económico el viaje», insistía Vicente en repetidas ocasiones. Y así lo hicimos. Aprovechando que Albert Rivera fue invitado por el Club Liberal de Cádiz a participar en la mesa redonda «Los liberales en la transición», junto con Francisco Cabrillo, Hermann Tertsch y Ramón Pi con motivo del bicentenario de la Constitución de Cádiz, conocida como la Pepa, cerramos un encuentro en Sanlúcar de Barrameda con Juan Marín y los miembros de su partido local. Era el 25 de marzo de 2012 —jornada de elecciones autonómicas en Andalucía— y hasta allí me desplacé con Albert Rivera, José Manuel Villegas y Vicente Castillo. Además, coincidió que Inés estaba en Jerez, por lo que también se acercó hasta Sanlúcar. Nos organizaron una comida en el Castillo de Santiago y una conferencia, en la que acudieron unas cincuenta personas, que dieron Juan Marín y Albert Rivera. Desde entonces, el futuro de Juan Marín comenzó a ligarse con Ciudadanos. Aunque el partido ya existía en Andalucía con varios grupos de afiliados y hasta nos llegamos a presentar a las elecciones andaluzas de 2008 y a las municipales de 2011 en algunos municipios, la realidad es que la falta de representación institucional hacía muy difícil nuestra presencia. Sin embargo, tener colaboración con partidos locales nos podía abrir un hueco en el panorama político andaluz, al menos, en algunas provincias. A partir de ese encuentro, el contacto con Juan Marín y su equipo se fue estrechando cada vez más, y era Vicente Castillo la persona que se encargaba de mantener esa vinculación. Por otro lado, José Manuel Villegas mantenía conversaciones con algunos partidos independientes que estaban en la Confederación Nacional de Agrupaciones Políticas Independientes (CAPI), donde Pablo Yáñez y Luis Fuentes eran las personas de contacto. Poco a poco, fuimos

tejiendo relación con varios partidos en toda España.

Mientras a nivel nacional íbamos desarrollando la estrategia poco a poco, en Cataluña seguíamos con una actividad frenética para ser un partido con solo tres diputados autonómicos. Ese mismo mes, Antonio Espinosa —que era el secretario de acción política— presentó un acto para conmemorar el bicentenario de la Pepa junto a Francesc de Carreras y Albert Rivera. Pocas semanas después, organizamos el acto «Una Cataluña bilingüe, una escola bilingüe», en el que participaron numerosas entidades catalanas, que llenaron el teatro Goya de Barcelona. A todo esto, había que sumar los encuentros semanales que se hacían en varios sitios de Cataluña, así como las diferentes campañas de menor entidad que se iban desarrollando. Estábamos consiguiendo que el partido tuviese presencia en los medios de comunicación —locales, autonómicos y nacionales— y que la afiliación fuese creciendo mes tras mes. Los *inputs* eran positivos en todos los aspectos.

España nos roba: Artur Mas pisa el acelerador

En el panorama político, fue el año del famoso pacto fiscal de Artur Mas. CiU, que estaba cada vez más acorralado por los numerosos casos de corrupción que les asolaba, encontró en la xenófoba campaña del «España nos roba» y en la estelada la cortina de humo perfecta para desviar mediáticamente sus escándalos. Cada mes que pasaba, cada escándalo más que salía, era una huida hacia delante de Artur Mas.

Con ese panorama organizamos la primera escuela de verano de Ciutadans. Fueron los días 20 y 21 de julio de 2012 en Barcelona ciudad, y lo hicimos con un cartel de lujo. Cuatro mesas redondas, donde se trató la crisis económica, con el ya fallecido José María Gay de Liébana y Javier Asensio; la financiación autonómica y el mito del expolio de Cataluña, con Mikel Buesa y Ángel de la Fuente; el estado de las autonomías, con Francesc de Carreras, Félix Ovejero y Carina Mejías —que había sido portavoz del PP en el Parlament de Catalunya—; y la regeneración

democrática de la política, con Albert Rivera, Joan López y el ya fallecido Antoni Asunción. Aunque en la campaña autonómica de 2010 y en algunos actos puntuales habíamos conseguido el apoyo de algunos perfiles interesantes, esta escuela de verano marcó un hito: el partido volvía a captar personalidades y gente de la sociedad civil.

A la vuelta del verano, Artur Mas dio una vuelta de tuerca más. Buscaba un *casus belli* que le permitiese tener la excusa para convocar elecciones anticipadas y el pacto fiscal y el desafío directo al Estado le sirvieron a la perfección. Con la llegada de la Diada separatista el 11 de septiembre se realizó la manifestación bajo el lema «Cataluña, nuevo estado de Europa». Fue una demostración de fuerza del separatismo que el propio Artur Mas no dudó en apoyar: «Vuestro clamor es el mío, vuestra voz es la mía y vuestros anhelos, los míos», afirmó en su discurso institucional justo el día antes, haciendo hincapié en su batalla sobre el pacto fiscal, una especie de cupo vasco pero a la catalana. «No hay batalla más urgente que conseguir la soberanía fiscal de nuestro país», repetía durante todas esas semanas. Desde C's, rápidamente alzamos la voz sobre el discurso xenófobo del «España nos roba» y nos multiplicamos para visualizar que lo que buscaba Artur Mas era tapar la corrupción con la estelada. Organizamos, como cada año, nuestro propio 11 de septiembre con un acto al que asistió Juan Carlos Girauta, que desde los inicios siempre estuvo apoyándonos, incluso cuando nadie lo hacía. Rivera, en su intervención, dejó un titular que años después le darían la razón: «Los políticos separatistas provocarán un conflicto civil y económico si no lo evitamos», afirmó, pero Mas tenía su agenda electoral preparada y muy clara su hoja de ruta.

El último capítulo del plan fue la reunión del *president* con Mariano Rajoy en la Moncloa con el más que probable rechazo al pacto fiscal por parte del Gobierno. Mas presionó hasta el final: «O aceptas el pacto fiscal o te atienes a las consecuencias», llegó a decir con una clara amenaza al conjunto de españoles. En esa situación, Mas anunció el 25 de septiembre de 2012 que convocaba elecciones anticipadas —dos años antes de lo previsto— para el

domingo 25 de noviembre. Al día siguiente ya habló de la necesidad de hacer un referéndum separatista, fuese legal o no. El camino hacia la ruptura social de Cataluña estaba marcado.

El desafío separatista de todo ese mes de septiembre originó que los constitucionalistas comenzaran a alzar la voz. En aquella época yo compartía piso en la avenida Diagonal con Casanova, en Barcelona. El día de la manifestación separatista de la Diada, salí al balcón y observé a miles de personas, familias enteras, con esteladas de camino a la manifestación. Yo, que tenía siempre una bandera de España ondeando en el balcón, vi cómo los insultos arreciaban contra mí y cómo me señalaban con el dedo. Pero lo que más recuerdo de ese día son las notificaciones que entraban en el teléfono: el buzón del correo electrónico donde llegaban las nuevas afiliaciones a Ciutadans sacaba humo, no había visto nada similar anteriormente. Recuerdo que lo comenté en el propio grupo de Google del comité de estrategia donde coordinábamos todas las acciones del partido y preparábamos las campañas. Claramente, esa Diada marcó un antes y un después para los separatistas, pero también para todos aquellos que defendemos la unión, la convivencia y la libertad. Durante los siguientes días continuaron las nuevas afiliaciones y las redes sociales del partido no paraban de crecer y de tener actividad: «Las redes están *on fire*» decía Lula Bueno, que veía cómo íbamos aumentando en seguidores día tras día, tanto en Facebook como en Twitter.

Durante ese verano de 2012, que no paramos ni estando de vacaciones en Ibiza, preparamos la campaña «Mejor unidos». Para desarrollarla nos fijamos en la campaña del *Better together* de los unionistas escoceses. Desde el comité de estrategia elaboramos, por primera vez, una campaña profesionalizada, con tiempo y a conciencia. La idea era sacarla para esa Diada y recorrer Cataluña haciendo diferentes actos, en los que también buscábamos apoyo de nuevas personalidades. Seguíamos el estilo de la campaña «Cataluña somos todos» que lanzamos en 2010. Para ello, desde la secretaría de comunicación, que dirigía entonces Jordi Cañas, prepararon, a partir de lo hablado y acordado en reuniones anteriores, toda la estrategia. Hicimos la presentación con una

rueda de prensa y le dimos visualización con el acto que convocamos la Diada del 11 de septiembre en la avenida Josep Tarradellas, como hacíamos cada año. En pocas horas, tuvimos más de 1.500 tuits con el *hashtag* #mejorunidos y centenares de nuevos seguidores. Todo un éxito. Nos habíamos convertido en los líderes intelectuales de los defensores de la unión y la convivencia frente a los de la ruptura y el conflicto. «A CiU se les ha ido la situación de las manos. Somos los líderes de la unión y lideramos el discurso. Es el momento de la verdad», reflexionaba Jordi Cañas, ya de madrugada, tras una larga jornada.

Esa semana, Albert Rivera asistió al *Gran debate* de Telecinco, espacio de actualidad que solía liderar la audiencia los sábados por la noche, y multiplicó su presencia en varios programas de ámbito nacional esos días. Éramos los únicos que podíamos hablar en libertad, sin ataduras ni mochilas, y nos pusimos a desmontar con datos, mediante la campaña «Mejor unidos», las mentiras del separatismo. Estábamos, claramente, haciendo la guerra cultural a los separatistas a la que el resto de las formaciones políticas de ámbito nacional habían renunciado hacía años por sus pactos en la Moncloa. El adelanto electoral de Artur Mas no nos cogió a contrapié, pues teníamos tan bien planificada la acción de «Mejor unidos» que al final nos sirvió para la propia campaña electoral. La guinda en la imagen de esa campaña vino con el diseño del famoso corazón tribandera propuesto por Jordi Cañas, un corazón con las banderas catalana, española y europea. El 12 de octubre hicimos nuestro propio acto «Mejor unidos» en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB) y después nos acercamos a la concentración que varias entidades civiles habían organizado en la plaza de Catalunya. Decenas de personas se acercaban a saludar a Albert, a pedirle una foto, grupos de ciudadanos aplaudían a su paso... Algo estaba cambiando.

Y con el desafío separatista, un PSC puesto de perfil y un PP sin romper sus pactos con CiU en varios ayuntamientos o en la diputación de Barcelona, se originó la llegada de dirigentes provenientes de ambas formaciones a Ciutadans. Así, incorporamos a diferentes cargos del PP y del PSC como Carina Mejías,

exportavoz del PP en el Parlament; Juan Giménez, exconcejal del PSC en Terrassa; David Mejía, exconcejal del PP en Vilassar de Dalt; Miguel García, exdirigente del PSC, o Xavier Alegre, exconcejal del PSC en Sant Feliu de Llobregat, entre otros. Claramente, nos estábamos visualizando como una tercera vía clara entre Partido Popular y el Partit dels Socialistes de Catalunya. Éramos la casa común de todos los constitucionalistas. A estas incorporaciones, se sumó también la de diferentes personalidades —algunos de ellos, fundadores de Ciutadans— como Albert Boadella, Arcadi Espada, Félix Ovejero, Javier Nart y Juan Carlos Girauta, que junto con Albert Rivera participaron en un mediático *spot* titulado «La España que sueña Ciutadans», donde recitaban la letra que Joaquín Sabina había compuesto para el himno de España.

Esas elecciones fueron, sin duda, el ejemplo de que, con un trabajo bien hecho, con un equipo unido y cohesionado, trabajando para los ciudadanos y olvidándose de las disputas internas, se puede conseguir grandes éxitos. Y eso que la elaboración de las listas electorales fue, de nuevo, motivo de disputas y pujas debido a la incorporación de independientes y de nuevos perfiles. Para algunos no nos fue una tarea fácil que Carina Mejías e Inés Arrimadas pudiesen ir en la candidatura como número tres y cuatro, respectivamente. «Vamos a catapultar a alguien como Carina», se quejaba Antonio Espinosa en una reunión del Comité Ejecutivo, o se veía con recelo que Inés fuese la número cuatro por su juventud e inexperiencia. Para su incorporación me reuní con Inés en Sarriá, cerca de su trabajo, para tantearla y trasladarle la idea de que fuese en puestos de salida en las elecciones autonómicas catalanas. Albert Rivera acabó dando el visto bueno final e Inés fue de número cuatro, a pesar del rechazo de algunos pesos pesados del partido. También incorporamos como independiente a la médico Carmen Pérez, que había denunciado las irregularidades en la sanidad catalana. También le propusimos al abogado de Convivencia Cívica Catalana, Ángel Escolano, incorporarse en la candidatura como número ocho, pero finalmente lo rechazó; en su lugar propusimos a José María Espejo.

Así, la candidatura por Barcelona quedó liderada por Albert Rivera, seguido de Jordi Cañas, Carina Mejías, Inés Arrimadas, José Manuel Villegas, Carmen de Rivera, Carlos Carrizosa, José María Espejo, Carmen Pérez y Carmen Romero. Por Tarragona lo hizo Matías Alonso; por Girona, Jean Castel, y por Lleida, Ángeles Ribes.

En esa campaña catalana de 2012 hicimos lo mejor que se podía hacer, no cometer ningún error. Las encuestas previas nos daban que nos mantendríamos en los tres escaños, pero rápidamente, a medida que iba pasando la campaña los sondeos iban indicando la subida de Ciutadans. El inicio de la campaña lo hicimos en la terraza de un hotel de la plaza de Espanya de Barcelona. El día coincidía con el aniversario de la caída del muro de Berlín, así que simulamos el derribo de un muro que representaba el recorte de derechos y el levantamiento de fronteras, y que C's estaba dispuesto a echar abajo a favor de la unión y la convivencia. Esta vez no había desnudos en el cartel. Fondo blanco, primer plano de Albert, y un «Mejor unidos» grande, con el corazón tribandera resaltando. Fue una campaña *in crescendo* donde planificamos que cada vez se viera mayor asistencia a nuestros actos. Las pegatinas del corazón tribandera comenzaban a visualizarse por varias zonas, hasta recuerdo a gente con la pegatina puesta en su casco o en su coche. El debate de TV3 de Albert fue, desde mi punto de vista, de los mejores que ha hecho en su carrera política. Recuerdo cómo lo vivimos el equipo de dirección de campaña desde el camerino de los estudios de TV3. También durante esa campaña se produjo el encuentro entre Albert Rivera y José Bono en Sitges. Un encuentro que no fue fortuito ni casual, y que sirvió para que Bono alabara a Rivera por su defensa de la unidad de España y que el candidato del PSC, Pere Navarro, se viese forzado a hablar sobre ello. Los últimos días de campaña visualizamos ataques del PP y del PSC, señal de que habíamos hecho un buen trabajo; y así lo confirmó el último acto de campaña, con la asistencia de cerca de mil personas.

Finalmente, triplicamos resultados. De tres diputados pasamos a nueve. 275.000 votos que confirmaron que Ciutadans se había

convertido en una alternativa real. Si hacía apenas dos años nos daban por un partido muerto y desaparecido, ahora comenzaban a vernos como un partido con equipo y con un proyecto claro para Cataluña y el conjunto de España. Se quedó pequeño el hotel Gallery de Barcelona esa noche del 25 de noviembre de 2012, donde el cántico «Mejor unidos» se alargó hasta la madrugada. Ciutadans se había consolidado en Cataluña.

4

DE CIUTADANS A CIUDADANOS CON MOVIMIENTO CIUDADANO

Tras las elecciones catalanas de 2012, quedaba por ver si C's se había consolidado realmente o si había sido un hecho coyuntural por la situación política de Cataluña. Tocaba seguir trabajando, ahora con grupo propio en el Parlament, con más recursos económicos, y esperar si la consolidación era un hecho para comenzar a dar el salto a la política nacional.

Con la entrada de los nueve diputados, y tras la resaca electoral, no había tiempo que perder. Era necesario conocer qué perfil de votante había confiado en nuestro proyecto. Para ello, encargamos por primera vez un estudio poselectoral a la empresa Target Point, que, desde esas elecciones, se convertirían en uno más en el desarrollo de la estrategia de expansión de C's. Y es que, en esas elecciones de 2012, por primera vez —llevaba insistiendo en ello desde 2010— realizamos una serie de estudios de segmentación de voto para la provincia de Barcelona. Aplicando herramientas de sistemas de información geográfica (SIG) podíamos visualizar sobre el territorio qué zonas eran más o menos proclives a nuestro partido; gracias a ello conseguimos maximizar los pocos recursos que teníamos. Esos estudios previos a la campaña, junto con los dos poselectorales que encargamos, uno cualitativo y otro cuantitativo, nos permitieron conocer cuál era el perfil sociológico que nos había votado. Las conclusiones estaban claras: C's ya no era un partido protesta, de oposición; nos habíamos convertido en una alternativa real para miles de

catalanes, con todo lo que representaba.

Conociendo a nuestro votante comenzamos a diseñar la estrategia. Nos venía mucho trabajo por delante, pero no podíamos descuidar el día a día y la actualidad política mandaba y marcaba la agenda. El 6 de diciembre, varias entidades habían convocado una manifestación bajo el lema «España somos todos». Como no podía ser de otra forma, desde C's nos sumamos con nuestro lema «Mejor unidos». Cada vez más gente salía a la calle defendiendo la unión, la convivencia y diciendo, en voz alta, no a la independencia. Mostraban públicamente su rechazo a la hoja de ruta rupturista que había iniciado el Govern de la Generalitat con Artur Mas al frente.

Durante las semanas siguientes, y a la vuelta de las Navidades, los sondeos no solo indicaban que C's se había consolidado, sino que, además, marcaba una clara tendencia ascendente. Era el momento de preparar, con decisión, la estrategia para dar el salto nacional de C's. Sabíamos que había dirigentes del partido y algunos asesores que no veían con buenos ojos que la formación se expandiese más allá de Cataluña, y menos que lo hiciese con el objetivo de presentarse a las elecciones generales en toda España. «Sería un error. C's no tiene cabida en la coyuntura política actual fuera de Cataluña, ese espacio ya lo ocupa UPyD», insistían. Esa postura recordaba a la misma que tuvieron algunos de los fundadores del partido cuando, meses antes de las elecciones autonómicas de 2006, trasladaron a Albert Rivera y a otros dirigentes de entonces que lo mejor sería que C's no se presentara a las elecciones catalanas y se pidiese el voto para el PSC. Propusieron que se les pusiese algunas condiciones a los socialistas catalanes como justificación para pedir el voto para ellos y que no nos presentáramos. Al igual que pasaba en ese momento, creían que el proyecto de C's no tenía ningún futuro. El tiempo demostró —en ambos casos— que estaban equivocados y que sus intentos por frenar la carrera política de C's parecían estar motivados por intereses personales.

Siendo conscientes de ello y para evitar cualquier contratiempo, discretamente creamos un equipo de trabajo muy

reducido que desarrollara el salto a la política nacional, pero sin descuidar, en ningún momento, la labor que estábamos desarrollando en Cataluña. Por eso, muy acertadamente, se realizó una reestructuración de las funciones internas de los miembros del Comité Ejecutivo. Ahora teníamos un doble objetivo; por un lado, tocaba seguir trabajando en el crecimiento de C's para consolidarlo como una alternativa real de gobierno en Cataluña y, por el otro, había que diseñar y ejecutar la estrategia para que el proyecto se asentara en toda España.

Teníamos un gran reto por delante, pero sabíamos que al igual que lo estábamos consiguiendo en Cataluña podíamos lograrlo en el resto de España. El plan comunicativo que se puso en marcha tras la crisis de las elecciones europeas de 2009 era clave para los éxitos que ya estábamos visualizando. Como en muchas ocasiones sufríamos un apagón informativo por muchos medios catalanes, la presencia de Albert Rivera en medios nacionales y la libertad existente en las redes sociales nos permitió llegar a la ciudadanía de Cataluña, pero también a la de toda España. Gracias a ello, C's y Albert Rivera eran cada vez más conocidos. Que nuestro proyecto estuviese en la política nacional era más necesario que nunca, pues el desafío separatista iba a necesitar que alguien, sin ataduras ni mochilas, plantara cara a aquellos que comenzaban a desafiar el Estado de derecho y a poner en peligro nuestra democracia. Y para frenar ese desafío, debíamos estar fuertes en el Parlament de Catalunya, pero también en el Congreso de los Diputados.

Ese 2013 fue un año sin respiro. José Manuel Villegas tenía sus funciones en el Parlament como diputado, al igual que Matías Alonso y otros compañeros y, por tanto, cada vez recaía sobre mí más responsabilidades al ser el único que estaba liberado en la sede haciendo tareas orgánicas. Para establecer una buena coordinación, fijamos con Villegas dos reuniones semanales, una al comienzo de la semana —en ocasiones se sumaba Albert, pues muchas de ellas las hacíamos los lunes mientras desayunábamos o almorzábamos—, y otra a final de semana, para repasar todas las tareas realizadas y los temas que habían quedado pendientes. Con

la reestructuración de competencias del Comité Ejecutivo, me tocó asumir también todas las labores de comunicación interna y de gerencia del partido, a lo que se sumaban todas las demás funciones que anteriormente ya tenía asignadas como subsecretario de organización. No había descanso, pero la satisfacción personal de ayudar a construir algo tan necesario para España no tenía precio.

Aunque durante todo ese tiempo íbamos dándole vueltas a la fórmula de cómo dar el salto a la política nacional con fuerza, la actividad propia no cesaba. Mientras en Cataluña teníamos en marcha una serie de actos en diferentes municipios bajo el mismo eslogan de la campaña autonómica «Mejor unidos», seguíamos con la labor de seguir visualizándonos fuera de Cataluña. Por ello, el 23 de febrero de 2013 volvimos a Cádiz. Dentro de la estrategia de sumar con otras formaciones políticas que compartiesen nuestros principios y valores, se creó una plataforma en la que se integraban varios partidos independientes de la provincia gaditana. ¿Su nombre? Ciudadanos de Cádiz. Allí fuimos a su primer congreso, que resultó todo un éxito. La fórmula de sumar voluntades con otras formaciones parecía que comenzaba a dar sus frutos. Además, cada vez era más habitual la presencia de Albert Rivera en platós de diferentes medios nacionales, lo que hacía aumentar, por tanto, su popularidad y, a su vez, originaba que hubiese más solicitudes de entidades civiles que solicitaban su asistencia para dar alguna conferencia o participar en alguna mesa redonda. También aumentaron las personalidades que pedían conocerlo personalmente. La secretaria personal de Albert, Romy Losada, no daba abasto con tantas solicitudes.

COMIENZA EL CAMBIO... Y EL FIN DEL BIPARTIDISMO

A principios de marzo, organizamos en Barcelona la primera escuela de invierno de C's, que llevaba por título «Los retos de la democracia del siglo XXI: transparencia y confianza». Éramos conscientes de que con una cada vez más creciente desafección de

la sociedad española hacia la clase política y las instituciones, se hacía necesario recordar que C's nació de la sociedad civil y que, además, queríamos liderar la regeneración política en España desde la ejemplaridad. Las temáticas en esa escuela de invierno tenían como objetivo precisamente eso y así salió en algunos medios. Mientras, en el Parlament de Catalunya, los nueve diputados ya habían cogido el ritmo de trabajo y eso se notaba en la oposición que se estaba haciendo al Govern y, especialmente, en las iniciativas en las que dábamos respuesta a las necesidades o inquietudes que llegaban desde diferentes ámbitos y sectores de la sociedad, algo que antes, con solo tres diputados, se hacía mucho más difícil.

Aunque los sondeos seguían dando un aumento de votos para C's en Cataluña, en el conjunto de España el crecimiento se lo daban a UPyD. Ese año, algunas encuestas le llegaron a atribuir casi un 10 % de los votos y 25 escaños. Y es que España estaba viviendo una situación de cambio a marchas forzadas. La crisis económica y los escándalos de corrupción estaban azotando a los dos principales partidos, PP y PSOE, y también a uno de sus principales socios con el que se apoyaban históricamente para hacerse con la presidencia de España, CiU. Este último, además, se había envuelto en la estelada y había iniciado un proceso de separación originando una ruptura social en Cataluña. La situación estaba lastrando a las dos formaciones del bipartidismo y así se iba reflejando en todos los sondeos que se iban publicando —y eso que hacía apenas dos años el PP había sacado mayoría absoluta—. Este cóctel explosivo de crisis y corrupción conducía a una crisis institucional sin precedentes e iba a originar un espacio electoral nuevo. Con esta situación, se abría una oportunidad para muchos, por lo que era muy probable que surgiesen nuevos partidos políticos buscando recabar apoyos del descontento y la indignación de la gente. Había que estar atentos. Desde C's, ya en el documento de estrategia de la III Asamblea General de octubre de 2011, dejamos claro que «en el ámbito nacional nuestro partido debe seguir tejiendo lazos y complicidades con diferentes partidos, plataformas civiles y entidades que confíen como nosotros en la

creación de una tercera vía constitucionalista, reformista, progresista y democrática. La dirección del Partido debe hacer esfuerzos que, sin perjudicar los principales objetivos electorales, puedan liderar la construcción de esa oferta electoral fuerte y decisiva que sea una alternativa real a los dos partidos mayoritarios y a los partidos nacionalistas». Y esa era la línea a seguir. Los *inputs* eran buenos, pero sabíamos que a nivel nacional teníamos un partido como UPyD —asentado en el Congreso con cinco diputados— que compartía nuestras principales propuestas de regeneración. Para mayor dificultad, iban surgiendo voces de la posible creación de otras formaciones políticas, como finalmente ocurrió. Vox nació a finales de 2013 y Podemos lo hizo a principios de 2014. Sin embargo, algunos estábamos convencidos de que podíamos lograrlo y el apoyo de algunas personalidades de peso era clave para conseguirlo.

En esa línea, durante los meses anteriores a conseguir los nueve diputados, ya se había ido trabajando en la búsqueda de personas conocidas de diferentes ámbitos de la política nacional y de colaboradores en medios de comunicación que, de una forma u otra, apoyaran a C's. De hecho, algunos habían estado ya respaldando a C's en algún que otro acto o mostrando sus simpatías públicamente hacia nuestro proyecto. Durante ese año los contactos se multiplicaron, pero de forma más discreta. No era momento de enseñar las fichas. La discreción era clave para conseguir el éxito.

En Cataluña, seguíamos haciendo actos por diferentes municipios. Recuerdo especialmente el que hicimos en Sabadell. Era un 21 de mayo: atraídos por el título «Transición ciudadana», varios centenares de simpatizantes abarrotaron la sala, con varias decenas de personas que aguantaron de pie todo el acto. Igual pasó con la caseta de C's en la Feria de Abril de Barcelona. Si años anteriores era poco concurrida, en esa ocasión era difícil encontrarla vacía. También se organizó el primer campus de jóvenes, con Inés Arrimadas como secretaria de juventud del Comité Ejecutivo, todo un hito. Si bien es cierto que, desde la fundación del partido, Sergio Sanz se esforzó siempre en montar

varios campus, como el que tuvo lugar en Madrid, el de 2013 marcó un antes y un después entre la militancia más joven.

Y mientras el partido iba cogiendo músculo y cada vez más gente se afiliaba, comenzaron a salir los primeros sondeos de unas hipotéticas elecciones municipales; el más destacado de ellos fue el publicado en mayo de 2013 —a dos años de las elecciones— que nos daba cuatro concejales en Barcelona ciudad. Era tradición desde 2010, a iniciativa de Manuel García Bofill, quedar a comer para celebrar cada encuesta favorable que salía. Junto con Villegas, íbamos siempre a un conocido asador para celebrarlas. «Le hemos metido siete escaños a *El País*. ¡Hay que celebrarlo!», dijo Bofill ante los datos publicados el 21 de noviembre de 2010, en plena campaña autonómica catalana. Desde entonces, cada sondeo positivo que salía, comíamos y, de paso, nos poníamos al día e improvisábamos un *war room* que se alargaba durante la sobremesa. En algunas de esas comidas surgieron grandes ideas.

Precisamente, por esas fechas, en uno de los desayunos de los lunes con Albert y Villegas, se puso encima de la mesa que lo ideal para dar el salto a la política nacional era hacerlo mediante una plataforma civil. Había que emular el propio nacimiento de Ciutadans en Cataluña, pero a nivel nacional. Para madurarlo bien y mirar cómo hacerlo, nos emplazamos a una comida el día 7 de junio de 2013 en Barcelona. Teníamos unos días por delante para que cada uno fuésemos madurando la idea a nuestra manera, pero sabiendo que la clave radicaba en poder tener perfiles, más o menos conocidos, que estuviesen dispuestos a sumarse al proyecto. En esa comida acordamos muchos puntos en común y comenzó a perfilarse lo que sería Movimiento Ciudadano. Paralelamente, comencé a diseñar la estrategia territorial de expansión del partido y lo dividí en tres fases temporales. Allí mismo les di un pequeño resumen, pero haciendo hincapié que, para poder ejecutarlo, primero debíamos tener músculo en toda España y, por tanto, esa plataforma civil debía ser un éxito.

Por otro lado, poco a poco iban contactando personas de diferentes zonas de España que querían implantar a C's en su propio municipio y, desde diferentes sectores, iban surgiendo cada

vez más voces que pedían que C's diese el salto a la política nacional. «Hay que dejarse querer, crear expectación y no dar pistas», decíamos. El 12 de junio de 2013 me desplacé con Villegas a Valencia ciudad, teníamos una reunión con dos exmiembros del PP que se habían interesado por el partido y aseguraban mover a muchas personas, especialmente por la zona de Alicante. Se trataba de Emilio Argüeso y Emigdio Tormo, ambos afincados en Elche. Los dos tenían ganas de ayudar y estructurar el partido en la Comunidad Valenciana, pero aún no era el momento. Por eso, les dijimos que comenzaran a afiliar a algunas personas y que después del verano nos volveríamos a ver. Como no podíamos contar a nadie cuál era la idea que estábamos preparando para dar el salto decididamente fuera de Cataluña, necesitábamos ganar tiempo, pero a la vez no podíamos perder a gente que quería sumarse al proyecto. Al igual que pasó con Argüeso y Tormo, también ocurrió con más grupos de personas en otras zonas de España como Galicia, Madrid, Asturias, Aragón o Canarias. En todos los sitios ocurría lo mismo, podían ir sumándose, afiliándose, pero hasta después del verano no iniciaríamos una actividad propia como partido.

El salto a la política nacional: Movimiento Ciudadano

El 28 y 29 de junio tuvo lugar la II Escuela de verano de C's, «Hacia la España de los ciudadanos», que se celebró en Cambrils. Siguiendo la línea de sumar personalidades al proyecto, contamos con el expresidente de la Comunidad de Madrid Joaquín Leguina; el ya fallecido exministro del Interior Antoni Asunción; el economista Ramón Tamames; el historiador Ricardo García Cárcel, los periodistas Juan Carlos Girauta y Antonio Pérez Henares, entre otros. También vinieron personas de otras zonas de España que se habían afiliado o estaban interesadas en conocer más de cerca a C's.

Un par de semanas después, acompañé a Albert a Málaga porque había sido invitado dentro del programa *Encuentros ABC* a

dar una conferencia. Durante ese viaje y semanas posteriores hablamos largo y tendido sobre la plataforma civil y de las personas que podían estar al frente, pues ello es lo que marcaría la diferencia y nos daría empuje. No obstante, yo siempre insistía en que todos los impulsores deberían tener claro que la plataforma era el instrumento para que Albert Rivera diese el salto a la política nacional, que no podíamos arriesgarnos a que alguno se opusiese llegado el momento, como ya estábamos previendo desde dentro del propio Comité Ejecutivo de C's. La unión, la confianza y el compromiso debían ser imprescindibles entre todos los impulsores.

Antes de las vacaciones de verano hicimos un *stage* en Sitges, para poner negro sobre blanco la estrategia política del nuevo curso político y así comenzar septiembre con una hoja de ruta marcada. En ese *stage*, se manifestaron más claramente las dudas y cierta oposición de algunos sobre la idoneidad de dar el salto a la política nacional. Teníamos un problema dentro del propio equipo y, además, con riesgo de filtraciones, pero Villegas fue más hábil e indicó que la estrategia nacional se trataría después del verano y que nos centráramos en el curso político catalán. No podíamos dar ninguna pista. Tras esa reunión nos fuimos a desconectar un poco, aunque resultó imposible, pues se presentaba un nuevo curso político apasionante con el lanzamiento del proyecto a nivel nacional y todos los implicados estábamos dando lo mejor de nosotros para que funcionara bien y fuese un éxito. Ese verano de 2013 no dejábamos de darle vueltas a la cabeza y de aportar ideas.

Antes de que finalizara agosto ya estábamos todos activos y preparando todo el trabajo del lanzamiento de la plataforma, donde Lula Bueno tuvo un papel importante en el desarrollo de la imagen y el concepto, pero como cada año, el curso político siempre lo iniciábamos con el 11 de septiembre. Este año, por primera vez, dejamos el habitual acto que hacíamos en Barcelona en la avenida Josep Tarradellas y organizamos en las cuatro capitales de provincia catalanas un lanzamiento simultáneo de globos biodegradables con el exitoso corazón tribandera. Un mensaje hacia la libertad, una Cataluña sin fronteras ni divisiones. Un cielo de corazones con las banderas catalana, española y

europea simbolizando una de nuestras frases más repetidas: Cataluña es mi tierra, España es mi país y Europa es nuestro futuro.

Durante ese mes de septiembre ultimamos casi todos los aspectos de la plataforma. Fueron semanas de muchísimo trabajo, con total discreción para evitar filtraciones. Debía ser una plataforma civil moderna, dinámica, abierta, transversal, reformista y con un manifiesto que fuese claro e hiciese hincapié en las principales reformas que necesitaba España. Para su preparación, tuvimos el lujo de asistir a una sesión de formación con Juan Verde, uno de los principales asesores hispanos de Barack Obama, de la que pudimos sacar algunas ideas que aplicaríamos con posterioridad, pero teniendo presente que la política en España no es la política norteamericana. Teníamos claro que la plataforma debía ser un brazo del partido, y aunque la presencia de Albert Rivera haría esa función, no podía quedarse solamente en eso. La imagen debía recordar que éramos C's, y para ello trabajamos con una gama de tonos naranja y blanco que recordaban el color del partido. El *spot* también debía de ser algo fuera de la común, que transmitiese más emociones que propuestas. Finalmente, Lula nos presentó la primera idea visual de la plataforma y el guion del *spot*. Sin duda, era lo que buscábamos. Mientras, Juan Carlos Girauta y Albert Rivera se encargaban de la redacción del manifiesto. Ante el nerviosismo de algunos, en la reunión del Comité Ejecutivo del 16 de septiembre de 2013, expusimos junto a Villegas el proyecto nacional sin entrar en muchos detalles, pues aún quedaban algunos flecos por cerrar. La idea primera era hacer la presentación el último sábado de octubre en Madrid.

Finalmente, y tras darle varias vueltas, la plataforma cogió el nombre de Movimiento Ciudadano. El propio nombre era un *call to action*, una llamada a la acción que encajaba perfectamente con la estrategia que teníamos pensada. La web y las redes sociales eran clave, pues en ese espacio virtual podríamos movernos en libertad y evitar, si fuese el caso, cualquier tipo de apagón informativo que pudiésemos sufrir. El *spot* fue rodado en tierras valencianas, pues la agencia que escogimos era de allí.

Ahora venía la parte más difícil: cerrar la lista de los impulsores que debían dar cara a la plataforma civil Movimiento Ciudadano. Ese fue un trabajo del propio Albert, que durante todos los meses anteriores estuvo pensando y tirando la caña a aquellos que creía idóneos para promover o apoyar, de una manera u otra, la plataforma. Por ello, acertadamente, diferenciamos entre los propios impulsores y los adheridos. Y como suele pasar en estos casos, no fue hasta el último momento —el día antes— que conseguimos cerrar todo. El día 2 de octubre de 2013 comuniqué al grupo de estrategia —un grupo muy reducido que llevábamos el día a día del partido— que finalmente la presentación sería el jueves 17 de octubre en Madrid mediante una rueda de prensa, y el día 26 sería la puesta de largo en el teatro Goya de la capital. La rueda de prensa debía servir para crear expectación y publicitar el acto de lanzamiento; además, durante los días previos había cerrada una serie de entrevistas en diferentes medios nacionales que nos servirían para promocionar también el acto del día 26.

Los impulsores, junto con Albert Rivera, fuimos Juan Carlos Girauta, Antoni Asunción, Carolina Punset, Javier Nart, César Cabo, Fran Carrillo, Juan Marín, Luis Salvador, Anna Grau, José Manuel Villegas y un servidor. Algunos de ellos acabaron de impulsores por casualidad o por cosas del destino: fue el caso de Carolina Punset. La misma semana que se hacía la rueda de prensa de presentación de Movimiento Ciudadano sonó el teléfono de la sede y lo cogí yo; al otro lado estaba la propia Carolina Punset, que me explicó que había coincidido con Albert en un programa de Intereconomía, que habían estado conversando y que quería volver a hablar con él, pero no tenía su teléfono. Como solía hacer en estos casos, le pedí su número y ese mismo día le trasladé a Albert la llamada, a partir de ahí, se cerró *in extremis* su incorporación como impulsora de Movimiento Ciudadano.

Por fin llegó el día de la presentación. Era el 17 de octubre de 2013 y Albert Rivera, Juan Carlos Girauta y Antoni Asunción presentaron en rueda de prensa la plataforma Movimiento Ciudadano. Se intentó que estuviese Javier Nart, pero por temas de agenda fue imposible. Para los siguientes días, la jefe de prensa,

Imma Lucas, había preparado de forma sosegada una *tournée* por todos los medios de comunicación posibles para que se diese a conocer la plataforma y promocionar el acto que tendría lugar el sábado 26 en Madrid. Mientras, algunos miembros del Comité Ejecutivo criticaban que toda esa estrategia era un error y seguían haciendo hincapié en que el salto a la política nacional sería un fracaso que se reflejaría en los resultados de 2015. Sin embargo, la puesta de largo fue un rotundo éxito. El teatro Goya de Madrid no solamente se llenó, sino que hasta mil personas se quedaron fuera sin poder acceder a la sala.

Las expectativas se desbordaron. Diferentes personalidades nos arroparon en esa presentación, con una fila cero llena de líderes de opinión. Hasta Santi Abascal estuvo sentado en la fila cero, aunque rechazó subir al escenario para la foto final. Presentamos la web donde la gente podía firmar el manifiesto y un *spot* que hizo llorar a más de uno. Ese acto fue bautizado por el propio Albert como la «conjura del Goya»: «O por las buenas o por las urnas, porque España será lo que los españoles quieran que sea», era el titular que resumía la intencionalidad de la plataforma. El manifiesto, que se alejaba de ideologías y de debates estériles, se centraba en defender las cinco principales reformas que necesitaba España: una nueva ley electoral que evite el chantaje de los nacionalistas, un pacto nacional por la educación que piense en una generación y no a cuatro años, la separación real y efectiva de poderes donde el poder judicial sea elegido por los jueces, una reforma de la ley de los partidos políticos y una transformación de las administraciones públicas para disminuir el gasto y mejorar la eficacia. Si los partidos no asumían estas reformas, nos presentaríamos a las elecciones.

Tras el éxito de la presentación y la gran cobertura que conseguimos tener en los medios de comunicación, esos mismos que ponían en duda nuestra capacidad para montar esa plataforma y dar el salto a la política nacional rápidamente hicieron suya la idea y hasta comenzaron los codazos por salir en las fotos. Y así se vio en el acto que hicimos en Barcelona el sábado 23 de noviembre: exigencias para estar sentados en la fila cero y a tiro de

cámara y hasta algún que otro empujón para salir, tanto en la foto con la entrada de Albert como en la foto final. Los que preferíamos no salir en los medios siempre íbamos detrás, discretamente, conectados con el *staff* de los actos, para que todo saliese perfecto.

Mientras Movimiento Ciudadano comenzaba a rodar con fuerza, paralelamente la actividad del partido seguía. De cara al 12 de octubre de ese 2013, nos sumamos a la concentración que estaban organizando varias entidades. Para visualizar la unidad del constitucionalismo en Cataluña durante ese acto, semanas antes, el 19 de septiembre, nos desplazamos con José Manuel Villegas a Madrid para reunirnos con Dolors Montserrat en el Congreso y poder coordinar, junto al PP y las entidades impulsoras, la concentración en la plaza de Catalunya de Barcelona. Fue la primera vez que pisamos el Congreso y vimos el hemiciclo. En aquel entonces, nunca pensé —y él tampoco— que dos años después tendría el inmenso honor de representar a los españoles como diputado. La concentración fue todo un éxito y cada vez más catalanes salían a la calle para decir sí a Cataluña y sí a España. El trabajo de expansión de C's no cesaba, y también me desplacé esos días a Sevilla para tener reuniones con afiliados y asistir al encuentro que organizaba Ciudadanos de Cádiz, al que también asistieron Albert Rivera, Vicente Castillo, Inés Arrimadas y Fernando de Páramo. La estrategia de expansión de C's en Cádiz mediante la colaboración con otros partidos estaba resultando exitosa. El trabajo de Vicente Castillo, Juan Marín y Manolo Buzón funcionaba.

Algo estábamos haciendo bien —tal y como iban indicando las encuestas—, porque el periódico nacionalista *Ara* publicó una *fake news* sobre la fundación Tribuna Cívica adscrita a Ciutadans. Era evidente que los nacionalistas se estaban poniendo nerviosos ante el auge de C's y buscaban intentar debilitarnos. Y es que, precisamente, Jordi Cañas había comentado unos meses antes que en un encuentro con Oriol Pujol le había trasladado que el rival político a batir era C's, porque éramos los únicos que podíamos desmontarles los argumentos y, además, no teníamos ataduras de ningún tipo. Éramos libres. Por lo que los ataques y las noticias

falsas, desde entonces, fueron una constante en medios del *establishment* nacionalista. Quizá pensaban que, con ese juego sucio, nos podrían perjudicar o amedrentar nuestra fuerza e ilusión. No eran conscientes de que ya habíamos roto la espiral del silencio, que se había acabado el miedo y que siendo un partido libre no dependíamos de los intereses de unos ni de otros. Y así, seguimos trabajando, haciendo crecer el proyecto y presentando a Ciudadanos por cada rincón de España.

El 2 de noviembre de 2013, aprovechando que Albert tenía una conferencia en Granada, organizamos un acto por la tarde en el hotel NH Victoria. Ciudadanos había comenzado a coger fuerza y cada vez teníamos más militantes. Ese día fue muy emocionante para mí, pues por primera vez el partido estaba en Granada, mi Granada, la tierra de mis padres y de mis abuelos y, además, en un acto donde yo era partícipe junto a Albert Rivera y el también granadino Fernando de Páramo. Fue un día de emociones. Llegamos bastante justos al acto, por no decir tarde, pues habíamos ido a comer a Quéntar —dormimos en casa de mis padres— y se nos echó la hora encima. Para no perder la costumbre, seguíamos ahorrando siempre que era posible dinero al partido y dormir en la casa de mis padres en el pueblo se convirtió en algo habitual para cargos y afiliados del partido cada vez que teníamos que ir por aquella zona de Andalucía. Hoy aún hay gente que me pregunta por el pueblo si es cierto que Albert Rivera estuvo en Quéntar. El acto salió a pedir de boca con una sala abarrotada de gente y con una buena cobertura de los medios locales y provinciales.

Mientras, más personalidades se iban sumando a Movimiento Ciudadano, como Marcos de Quinto, Marta Rivera de la Cruz, Chani Pérez Henares, Isabel San Sebastián, José María Fuster-Fabra, Anthony Toffoli, entre muchos otros que, además, asistieron a los diferentes actos que fuimos haciendo por toda España. Durante esas semanas dimos un empuje importante a la estrategia de expansión del partido. En poco más de dos semanas hice cerca de siete mil kilómetros, la gran mayoría en mi coche particular. Ese trabajo se tradujo en la creación de nuevas agrupaciones en Castellón, Valencia, Alicante, Almería, Málaga, Sevilla, Córdoba,

Granada, Galicia, Cantabria, y fortalecimos con nuevas estructuras las ya existentes de Aragón, Canarias, Asturias, Baleares, entre otras. En aquellos entonces, con un salario neto de 1.430 euros, recorrí España con mi propio coche —150.000 kilómetros le hice— para que Ciutadans se convirtiese en Ciudadanos.

Tras los actos de Madrid y Barcelona, Movimiento Ciudadano aterrizó también en Valencia con la intervención del cantante Francisco. Una vez más, la sala se nos quedó pequeña. Después vino Sevilla en enero de 2014, con la asistencia de Antonio del Castillo, padre de Marta del Castillo, que fue acogido con una larga y emocionante ovación tras la intervención del tío de la joven asesinada, Javier Casanueva. Unas 1.400 personas llenaron el Fibes de Sevilla. Después vino A Coruña, donde nos acompañó el exalcalde socialista Francisco Vázquez y el exfutbolista Albert Luque. Aunque nos cogió muy mal tiempo, con desvío de vuelos incluido, conseguimos llenar el Palexco. Ahí conocí a Marta Rivera de la Cruz, en una comida que tuvimos. Quien nos hubiese dicho que, dos años después, nos sentaríamos en la misma bancada en el Congreso de los Diputados. Ya en marzo vino el turno de Málaga —tierra natal de la familia materna de Albert—, en un Palacio de Ferias y Congresos lleno hasta la bandera.

Movimiento Ciudadano había sumado ya más de cincuenta mil adhesiones de personas de toda España y Ciudadanos se acercaba a los diez mil afiliados. Sin duda, había sido un éxito.

5

EUROPA Y ANDALUCÍA: EL INICIO DEL CAMBIO

¿Nos presentamos o no nos presentamos a las elecciones europeas?, era la pregunta que nos hacíamos tras el éxito de la presentación de Movimiento Ciudadano y el crecimiento que estábamos teniendo en toda España. Las elecciones europeas se podían convertir en una oportunidad para visualizar nuestro proyecto, pero también en el fin de la aventura nacional; además, el recuerdo de las elecciones europeas de 2009 no resultaba precisamente bonito. Con los datos que teníamos en las manos era bastante probable que consiguiésemos sacar representación, pues las elecciones europeas son circunscripción electoral única y con baja participación, por lo que con menos de trecientos mil votos te aseguras un escaño.

Fue tras el acto de Movimiento Ciudadano en Valencia, esa misma noche, cuando comentamos de forma distendida e informal que quizá debíamos presentarnos a las elecciones europeas. La cosa quedó ahí, pero en la cabeza de algunos nos siguió rondando, y lo tratamos más seriamente a la semana siguiente en una breve reunión que tuvimos para preparar el Consejo General que tenía lugar el día 21 de diciembre de 2013 en la sede. Además, por esas fechas, personas ajenas a C's nos animaban a presentarnos. Hicimos números y la idea no era tan descabellada. Si manteníamos 150.000 votantes en Cataluña de los 275.000 que habíamos sacado en las elecciones autonómicas de 2012, y conseguíamos otros 150.000 votos en el resto de España, teníamos un escaño asegurado. Precisamente, con Target Point estuvimos

trabajando en varios estudios durante todos esos meses, y los números en Cataluña cuadraban; faltaba por ver si lo harían en el resto de España.

Había un poco de vértigo, pero si alguien tenía alguna pequeña duda, con el acto de Movimiento Ciudadano en Sevilla esta se disipó rápidamente. Más de mil personas se acercaron a escuchar nuestras propuestas y los dudosos salieron convencidos de que presentarnos a las elecciones europeas no era una locura. Los que teníamos los números, veíamos que semana tras semana no dejábamos de crecer en afiliados, seguidores en redes sociales y en las encuestas. Era más fácil sacar representación en las elecciones europeas que en las generales. Así que... ahora o nunca.

Pero ¿cómo nos presentábamos? Rápidamente surgió la duda de si lo hacíamos bajo las siglas de Ciudadanos o convertíamos a Movimiento Ciudadano en un nuevo partido político. Yo, que siempre fui partidario de hacerlo con Ciudadanos, así lo defendí en varias ocasiones ante Albert y Villegas. Veía arriesgado tener una marca en Cataluña y otra diferente para el resto de España, pues uno de los problemas que consideraba que tenía nuestro país era precisamente que los partidos políticos no tenían una misma voz, un mismo mensaje y unas mismas propuestas en todo el territorio. La coherencia debía ser uno de nuestros pilares. Decir lo mismo tanto en Cataluña como en Madrid o en Canarias. Y para ello, debíamos ser lo mismo en cada rincón de España. Ir con marcas distintas no tenía sentido. No obstante, teníamos que saber encajar Movimiento Ciudadano con Ciudadanos, cómo aprovechar toda la fuerza que había cogido la plataforma. La fórmula fue sencilla y lógica: la plataforma pedía el voto para Ciudadanos.

Para no perder tiempo, en la reunión del Comité Ejecutivo del lunes 20 de enero de 2014, justo dos días después del acto de Movimiento Ciudadano en Sevilla, se acordó proponer al Consejo General —que se reuniría el 1 de febrero— presentarnos a las elecciones europeas. La decisión estaba tomada y el Consejo General refrendó la propuesta de la dirección nacional. Ese mismo día, las redes sociales del partido comenzaron a llamarse Ciudadanos y a visualizar con fuerza —a excepción de Cataluña—

el nombre en castellano, aunque el cambio de las siglas del C's por el Cs vino tres años después. La pregunta que se hacía todo el mundo era: ¿quién será el candidato? Justo después de ese Consejo General fuimos a comer Villegas, Albert y yo con más miembros del equipo, para comenzar a planificar temas de la campaña de las europeas. La idea de Albert era que Javier Nart aceptara ser el candidato y se sometiese a primarias, y en esa aventura lo acompañara Juan Carlos Girauta. Ambos gozaban de popularidad, eran queridos por la militancia e impulsores de Movimiento Ciudadano; además, Juan Carlos nos había estado apoyando públicamente desde hacía muchos años; hasta cuando casi nadie lo hacía, él siempre estuvo ahí. Algunos nos sentíamos impacientes por saber si Nart aceptaría o no. La noticia llegó pronto, esa misma noche, y en un lugar un poco peculiar, en una popular cadena de hamburguesas cerca de la Sagrada Familia de Barcelona. Pasaban las once de la noche, y ahí estábamos José Manuel Villegas, Carlos Carrizosa, José María Espejo y Manuel García Bofill cuando llegó Albert y nos confirmó que Nart había aceptado. Además, nos informó de que Girauta estaba encantado de acompañarlo en la candidatura como número dos. Estábamos convencidos de que no podíamos tener mejor candidatura con ese cartel de lujo, al que también sumamos a Carolina Punset como número tres, aunque aún quedaba que los afiliados de Ciudadanos los apoyaran en el proceso de primarias.

Las primarias tuvieron lugar entre el 20 y el 22 de febrero de 2014 y se presentaron un total de veintisiete candidatos. Javier Nart fue elegido cabeza de lista, acompañado por Juan Carlos Girauta, Carolina Punset, Víctor Andrés Maldonado y Marta Marbán. No hubo sorpresas, pero esas primarias sirvieron para visualizar algunos movimientos que con el paso del tiempo se entendieron mucho mejor. Aunque la mayoría se presentaban con ilusión de participar en las primarias, algunos pocos querían medir, básicamente, su fuerza interna de cara a las elecciones autonómicas y municipales y, otros, debilitar otras candidaturas. La participación de la militancia fue, sin embargo, baja. Nos quedaba mucho camino por recorrer para conseguir una

implicación más activa de los afiliados.

Objetivo Europa

Con esas primarias y la llegada de nuevos afiliados, se visualizaron pronto las disputas —y puñaladas— internas para hacerse con el control del partido en algunas zonas de España. Madrid fue una de ellas, y me tocó intervenir en más de una ocasión para pacificar la situación. Comenzaba la llegada de grupos organizados con el objetivo de desestabilizar el partido.

Se abrían muchos frentes, pero lo urgente siempre estaba por encima de lo importante, y durante esos meses lo urgente eran las elecciones europeas y su campaña electoral. Como Ciudadanos no tenía representación, necesitaba el aval de al menos cincuenta cargos institucionales. Sin ello, Ciudadanos no podría registrar su candidatura. Por suerte, el trabajo realizado durante todos los meses anteriores de establecer contactos y mecanismos de colaboración con otras formaciones políticas de otras zonas de España nos facilitó conseguir que numerosos concejales diesen el aval a Ciudadanos. Teníamos apenas unas semanas para organizar equipos de campaña en el territorio, por lo que tocó pisar un poco más el acelerador. Era imprescindible disponer de equipos en todas las comunidades autónomas y en las principales ciudades. Ese mes de febrero estrenaba coche nuevo, otro Mazda 3 —el otro no dio más de sí—. En apenas seis meses le hice más de cuarenta mil kilómetros constituyendo agrupaciones de Ciudadanos por toda España. Había que tenerlo todo listo de cara a la campaña de las elecciones europeas.

Como en otras citas electorales, me tocó estar en la dirección de la campaña electoral como coordinador y responsable de su estrategia territorial. Gracias a Movimiento Ciudadano tenía una relación de en qué zonas teníamos más fuerza y, por tanto, podía marcar las que resultaban prioritarias, donde había que centrar más esfuerzos. Conseguimos configurar equipos en todas las provincias de España y tener grupos propios en muchas de las

principales ciudades. Al ser extraparlamentarios no teníamos cuota en medios ni en los debates, por lo que, lograr visibilidad territorial era un elemento clave en estas elecciones, más aún con un conocimiento de Ciudadanos como partido entre la población más bien bajo. Nuevamente contábamos con poco presupuesto, pero lo supimos suplir con ilusión y muchas ganas. Resultaba decisivo que se nos viese en las principales ciudades mediante mesas informativas y que el color naranja comenzara a ser habitual por las principales calles y plazas.

Antes de la campaña nos tuvimos que enfrentar a la imputación de Jordi Cañas por fraude fiscal. Pocos meses antes, el propio Jordi nos avisó a un grupo muy reducido que el Tribunal Superior de Justícia de Catalunya había abierto diligencia en su contra, donde se le acusaba de participar, en calidad de colaborador, en un fraude de cerca de medio millón de euros a Hacienda en 2005. Ese 25 de abril de 2014, cuando Cañas anunció su dimisión, fue un día triste, pues a pesar de su carácter difícil y su poca ayuda en temas orgánicos —se solía poner siempre de perfil—, éramos muchos los que reconocíamos su capacidad de trabajo y aplaudíamos algunas de sus intervenciones más duras contra el separatismo. Aunque Jordi en algún momento dudó en dimitir, pues era un tema de su vida privada mucho anterior a su actividad como cargo público, tras reflexionar y reunirse con Albert Rivera, acertadamente anunció su dimisión. Si no lo hubiese hecho, las hordas separatistas lo hubiesen hundido mediáticamente y, sin duda, le hubiese afectado muy negativamente a él y, también, a la campaña de las elecciones europeas.

La campaña la organizamos el mismo equipo que habíamos diseñado y planificado Movimiento Ciudadano. El eslogan fue «La fuerza de la unión», pues uno de nuestros principales valores como partido era precisamente la defensa de la unión frente a los separatistas que quieren levantar muros y dividir a la sociedad en la Europa del siglo XXI. Un cartel limpio, con fondo blanco, destacaba el eslogan y a nuestros tres principales candidatos: Nart, Girauta y Punset. El *spot* fue algo sencillo pero efectivo, y en él conseguimos meter los valores que queríamos transmitir en esa

campaña. El 22 de marzo hicimos el acto de presentación en Madrid y, a partir de ahí, una ruta que recorrió todo el país. Conseguimos suplir nuestra falta de presencia en medios nacionales con entrevistas en medios locales y regionales. Fue una campaña complicada, puesto que a Nart le costaba ser disciplinado; en los actos alargaba demasiado sus discursos y en más de una ocasión tuvimos que suspender algún evento o entrevista porque a última hora le surgía algún imprevisto que le imposibilitaba ir. No obstante, todos sabíamos que tenerlo de candidato era un plus e intentábamos solucionar todos esos contratiempos que creaba. La gente era comprensiva, los afiliados y miembros de otras formaciones políticas locales que nos estaban apoyando se volcaron, y eso se notó mucho en el desarrollo del día a día.

Agotados, llegó el 25 de mayo de 2014, día de las elecciones europeas, y las buenas sensaciones se tradujeron en buenos resultados. Los sondeos ya indicaban que podríamos sacar representación en Bruselas. Finalmente, medio millón de españoles escogieron la papeleta naranja. Javier Nart y Juan Carlos Girauta se convertían, así, en los primeros eurodiputados de la historia de Ciudadanos. No voy a negar que la celebración se extendió hasta largas horas de la madrugada. Y es que muchos teníamos en el recuerdo todo el trabajo realizado y, especialmente, todo lo sufrido durante esos años por aquellos que buscaron destruir a C's. Teníamos esa dulce sensación de que se había hecho algo de justicia, pero aún nos quedaba mucho camino por recorrer. Pocos días después, Javier Nart nos agradeció nuestro esfuerzo durante la campaña con una cena en su casa. Un detalle que pocos candidatos suelen tener.

Un cambio de paradigma: UPyD se desmorona

Tras las elecciones europeas tocó seguir con el acelerador a fondo y seguir montando el partido por España. Se hizo una nueva reestructuración del Comité Ejecutivo y se incorporó a Fernando de Páramo como secretario de comunicación —una plaza que estaba

vacante desde la dimisión de Jordi Cañas—. De Páramo había estado ayudando a Albert a escribir su primer libro, *Juntos podemos* (Espasa, 2014), y eso le empapó, a marchas forzadas, de los valores y propuestas políticas de C's. La incorporación de Fer –«parejilla», como afectuosamente nos llamamos con el tiempo— me vino como anillo al dedo, pues así pude desprenderme de la parte de la comunicación interna y de toda la estrategia del partido en redes sociales que también estaba llevando; la creación de los famosos RediCs y también de su guerrilla, se remonta a esos años. Por fin, podía centrarme única y exclusivamente en la expansión del partido en España. Además, desde la creación de Movimiento Ciudadano con Fer nos coordinábamos muy bien y eso nos haría trabajar con mayor comodidad.

Ese mes de junio y julio fue una locura. No dejaban de llegar afiliaciones al partido y, a pesar de crecer, seguía con los mismos recursos humanos. Tocó multiplicarse como se pudiera. Pasaba más de la mitad del mes fuera de casa, al volante, haciendo reuniones y constituyendo agrupaciones por toda España. De norte a sur y de este a oeste. Llegó agosto, intentamos descansar tras unos meses muy intensos. El resultado de las elecciones europeas había abierto un nuevo panorama político en España —un cambio de paradigma, como se diría ahora—. La sorpresa de esas elecciones no fueron los dos eurodiputados de Ciudadanos, sino los cinco de Podemos y que UPyD había sacado un millón de votos quedándose con cuatro y desinflándose. El debate corría en torno a ellos y eso nos quitó mucha presión a nosotros. El verano, que parecía ser placentero, se alteró por una inesperada carta de Sosa Wagner —cabeza de lista de UPyD en las elecciones europeas— en el diario *El Mundo* donde pedía, sin tapujos, la unión entre su partido y Ciudadanos. Esa carta hizo estallar la caja de los truenos en el seno de UPyD. Recuerdo ese 19 de agosto de 2014: yo estaba en Granada, y el grupo de estrategia de Ciudadanos comenzó a sacar humo. Decidimos mirar la crisis de UPyD desde la distancia y guardar silencio, pero todos sabíamos que se abría una oportunidad. Y es que, a pesar de las hostilidades constantes hacia nosotros desde el partido de Rosa Díez, nuestro objetivo siempre fue el de sumar

para construir ese gran proyecto político, esa tercera vía, que necesitaba España. Tocó adelantar la vuelta a Barcelona, había que planificar ese nuevo escenario que se acababa de abrir, pero sin perder de vista el inicio del curso político.

Como cada año, de cara al 11 de septiembre organizamos nuestro propio acto en Barcelona y por la tarde acudimos a Tarragona al acto unitario impulsado por Societat Civil Catalana. Esa Diada fue la del enésimo intento de agresión a Albert Rivera. Junto con José Manuel Villegas, lo acompañamos a una entrevista que tenía prevista en la plaza de Catalunya de Barcelona. Era en un set que había montado La Sexta. A medida que transcurría la entrevista se iban aglutinando cada vez más separatistas alrededor y los insultos, los abucheos y las amenazas se iban intensificando. Villegas y yo nos dimos cuenta de que iba a ser difícil salir de ahí. Finalmente, los Mossos —cuatro miembros del servicio de escoltas— tuvieron que intervenir para sacar a Albert y trasladarlo hasta un vehículo; tanto Villegas como un servidor nos llevamos también algún golpe, puesto que las hordas separatistas se echaron con mucha virulencia sobre él y nos tocó ayudar. A pesar de ello, pudimos salir sanos y salvos. Por desgracia, no era la primera vez, ni sería la última, que nos viéramos en una situación similar.

Mientras se iba retomando la actividad política, paralelamente se abrió, por fin, una vía de contacto con UPyD. Esa misma semana de la Diada comenzaron los contactos formales entre Albert y Rosa Díez y se acordó establecer reuniones con dos equipos. Desde el principio se palpó que no querían saber nada, que aceptaron reunirse con nosotros por la presión mediática. A pesar de ser conscientes de ello, nosotros pusimos todo de nuestra parte. La última reunión tuvo lugar el jueves 20 de noviembre de 2014 en un hotel en Madrid. No describiré las faltas de respeto que hubo en aquella reunión por parte de algunos dirigentes de UPyD. Resultaba obvio que buscaban dinamitar todos los puentes que pudiesen unirnos. Personalmente, fue decepcionante escuchar esos insultos, pero me hizo ver que Ciudadanos debía sumar a todos los afiliados de UPyD que creyesen en una alternativa política real en España y, con rapidez, me puse a ello. Del último que me despedí

en esa reunión fue de Carlos Martínez Gorriarán —secretario general de UPyD—; mientras le estrechaba la mano le dije: «Os deseo mucha suerte». Justo al día siguiente cogí el coche y comencé a recorrer España para dar la bienvenida a centenares de afiliados de UPyD a Ciudadanos. «No se pueden poner barreras al mar, y los que pensamos igual acabaremos en un mismo proyecto», insistía Rivera ante los medios. Y así fue. Por convicción o por interés, miles de miembros de UPyD acabaron en las filas de Ciudadanos y, muchos de ellos, ocuparían importantes cargos institucionales bajo nuestras siglas.

La búsqueda de candidatos para la Junta de Andalucía

En esos meses transcurrió todo muy deprisa, demasiado. Era tal el ritmo que uno ya no sabía en qué día de la semana estaba ni en qué ciudad me despertaba. En uno de esos viajes, estando con Emilio Argüeso en Valencia —donde había ido para seguir preparando varias estrategias de expansión y futuras candidaturas municipales—, me sonó el teléfono; al otro lado estaba Manolo Buzón: «Fran, me acaban de decir desde el PSOE que Susana Díaz ha pedido que confeccionen las candidaturas municipales porque va a adelantar las elecciones andaluzas, y no quiere que nadie esté despistado con otros temas que no sea la campaña autonómica». Buzón, mano derecha de Juan Marín, era mi persona de confianza en Andalucía, además de Luis Salvador. Ambos habían sido nombrados delegados territoriales del Comité Ejecutivo y les tocaba ejecutar la estrategia de expansión y la gestión de los afiliados. Uno se encargaba de la zona oriental de Andalucía, y el otro, de la occidental. Buzón estaba bien informado, pues Ciudadanos Independientes de Sanlúcar formaba parte del gobierno de coalición con el PSOE desde 2007 y, por tanto, su relación con los socialistas era muy estrecha. Informé rápidamente a Albert y Villegas mediante un grupo de mensajería que teníamos los tres. Ese mismo día, desde Valencia, tal y como estaba, me desplacé directamente hacia el sur. Había que acelerar varios

procesos de expansión y pensar en la campaña y en las candidaturas.

Un par de semanas después, saltaba la noticia. Era el 25 de enero de 2015 y Susana Díaz comunicaba a IU, su socio de gobierno, que daba por roto el gobierno y convocaba elecciones para el 22 de marzo. Tocaba poner todo en marcha. Lo primero era tener candidato a la presidencia de la Junta de Andalucía. Todos considerábamos que Luis Salvador era la persona indicada, era el que tenía más popularidad por su presencia en tertulias televisivas en medios nacionales y experiencia política por su etapa como senador del PSOE. Así también me lo trasladó Albert, «habla con Luis Salvador para que se presente a las primarias». Cogí el teléfono y lo llamé, «Luis, hemos estado pensando y creemos que debes ser el candidato de Ciudadanos y presentarte a las primarias», le dije. Asegurándole que tendría todo el apoyo del partido y que el propio Albert estaría con él toda la campaña, sorprendentemente, Luis dijo no. Consideraba que era difícil sacar representación y que se había comprometido públicamente a ser candidato por Granada en las elecciones municipales, donde podría conseguir un concejal. Lo cierto era que todos los sondeos de entonces indicaban que Ciudadanos no sacaría representación, pero es precisamente en esos momentos cuando se demuestra la lealtad a un proyecto. Con la negativa de Luis, tocó buscar rápidamente un plan b.

Seguidamente, llamo a Juan Marín y le comunico que debe ser él el candidato y presentarse a las primarias. «Debe ser Luis Salvador», me dijo. Le dije claramente que Luis lo había rechazado, que ya se había comprometido para ser candidato por Granada ciudad y que le tocaba a él. Le aseguré que tendría todo el apoyo posible y que algunos nos desplazaríamos a Andalucía para planificar toda la campaña. Aunque al principio dudó un poco con los mismos argumentos que Luis —tenía miedo a «quemarse» en esa campaña—, aceptó. Rápidamente, llamé a Albert y le detallé que Luis había dicho no, pero que entonces había hablado con Juan Marín y, tras comprometerme con él a que le ayudaríamos en todo lo que necesitara para la campaña, sí había aceptado. A Albert

no le quedaba otra que admitirlo, puesto que tampoco teníamos tiempo para buscar más candidatos. Por aquellas fechas teníamos apenas 1.200 afiliados en Andalucía. Llegó el proceso de primarias y Juan Marín fue el único en conseguir los avales —presentó un total de 436— y fue proclamado candidato el 6 de febrero de 2015. A partir de ahí, con esa llamada que hice a Marín, comenzó su verdadera carrera política en Andalucía.

Junto a Manolo Buzón y los enlaces provinciales, comenzamos a planificar el resto de las candidaturas. Era difícil estar encima y conocer a todo el mundo, por lo que tocó confiar en nuestro olfato y en el buen criterio de las personas de confianza que teníamos en las provincias. Tras hablar con Miguel Cazorla, designamos a Marta Bosquet como candidata por Almería. En Málaga, Juan Cassá me propuso a Irene Rivera, a quien ya conocía por su implicación en Movimiento Ciudadano. Luis Salvador me indicó que por Granada debía contar con José Antonio Funes, y por Jaén, con Andrés Blázquez. Por Córdoba presentamos a Isabel Albás. Por Huelva, a propuesta de Manolo Buzón, designamos a Julio Díaz, con quien había tratado personalmente en varias reuniones, y por Cádiz, a Sergio Romero, que también estuvo implicado en Movimiento Ciudadano y era miembro de Ciudadanos Independientes de Sanlúcar. Junto a Juan Marín serían los ocho cabezas de lista. El 14 de febrero de 2015 hicimos el acto de presentación en Málaga, la sala del hotel se quedó pequeña. Aunque los sondeos no nos daban representación, en el ambiente se respiraba ganas e ilusión, y con los resultados de las elecciones europeas y el crecimiento que estábamos teniendo, C's despertaba cada vez más interés entre los medios y eso se notaba.

Por primera vez, tocó crear un comité electoral más allá de Cataluña. Nuevamente, como en casos anteriores, acompañé a José Manuel Villegas en la dirección de la campaña. Él ejercería como director de campaña y yo como coordinador y responsable de la estrategia territorial. Además, fue la primera campaña con Fernando de Páramo como secretario de comunicación, que se integró también en la dirección de la campaña. Todas esas semanas me desplacé junto a Fer a Andalucía para formar a los equipos y

dirigir desde el territorio la campaña, pues Villegas, al ser diputado en el Parlament de Catalunya, no podía estar siempre presente. Guardo muy bonitos recuerdos de esa campaña y de la fuerza y la confianza de la gente. Trabajamos mucho, pero también disfrutábamos con lo que hacíamos.

Con apenas doscientos mil euros tuvimos que ingeniar una campaña *low cost*. Esa cantidad constituía el presupuesto previsto para las elecciones municipales de ese año 2015. Recuerdo la reunión de aquel Consejo General, formado casi en su totalidad por afiliados de Cataluña. Les propusimos que esa partida económica, que estaba reservada para sus candidaturas municipales —algunos de los consejeros llevaban desde 2007 trabajando en su municipio— fuese destinada íntegramente a financiar las elecciones andaluzas y ayudar a unos candidatos que acababan de llegar al partido y que casi ninguno de los consejeros conocía. Pese a que los sondeos indicaban que no sacaríamos representación, considerábamos que podíamos conseguirlo. Los consejeros generales, con ejemplaridad y mostrando un gran nivel de confianza en la dirección del partido, apoyaron por unanimidad presentarnos a las elecciones andaluzas y hacer uso de esa partida presupuestaria. Fue un gesto honorable, puesto que los consejeros de Ciudadanos antepusieron el interés general del partido al individual cuando, en cuatro meses, tenían sus elecciones municipales. Si salía mal, C's perdía esos recursos económicos y la campaña de las elecciones locales se vería afectada.

Además, para ahorrar costes económicos al partido, convertimos la casa de mis padres en Quéntar en el centro logístico de la campaña. El garaje se llenó de carteles de Albert Rivera y de Juan Marín, folletos, pancartas y materiales de campaña. Desde ahí, se fueron distribuyendo por toda Andalucía. El equipo de *staff* que se había desplazado desde Barcelona durmió la mayoría de las noches en la casa, donde también lo hacía yo siempre que podía. Y es que mis padres siempre estuvieron comprometidos con el proyecto, aportando y ayudando en todo lo que fuese posible desde los inicios del partido en Cataluña. Cuando casi nadie lo hacía, ellos siempre estuvieron dispuestos a echar una mano

altruistamente. Cuando les pedí la casa para la campaña no lo dudaron. «¡Claro! Lo que necesitéis», me dijeron. Ellos se encargaron de que no faltara de nada y estuviese todo preparado para cuando llegara todo el *staff*.

No todos tenían esa generosidad y compromiso. En esa campaña se destapó la primera disputa importante y que marcaría el futuro interno de Ciudadanos en Andalucía durante todos los siguientes años. Las broncas entre Juan Marín y Luis Salvador. Planificamos un comité electoral con afiliados de Andalucía y con enlaces en las provincias. Luis fue nombrado miembro de ese comité para ayudar en la elaboración del programa electoral y aportar propuestas políticas. Sin embargo, al propio Luis no le gustó ese nombramiento al considerar que no tenía tiempo ni equipo para ello. Finalmente, el programa electoral lo coordinó la secretaría de acción política liderada por Antonio Espinosa. Ahí se creó un gran malestar por parte del equipo de Juan Marín hacia Luis Salvador, al que consideraban que estaba de brazos caídos durante todas esas semanas de preparación de la campaña. Pronto los sondeos comenzaron a dar que Ciudadanos podría sacar representación por Málaga y por Sevilla, y claramente indicaban una tendencia al alza. Justo al inicio de la campaña, Manolo Buzón me comunicó que Luis Salvador había pedido ir toda la campaña con Juan Marín en el mismo coche o en otro, para así irle preparando mensajes y propuestas durante sus discursos. Buzón fue claro y tajante: «No lo necesitamos, no nos ha ayudado antes en nada». Pensé, ingenuo de mí, que esas diferencias tendrían solución, pero nos encontrábamos ante dos personas, Juan y Luis, que venían con una trayectoria de unos cuantos años en política, ante dos políticos profesionales. La cuestión es que no había tiempo para distraerse con sus egos, lo importante era que el candidato estuviese tranquilo y con un equipo que le diese seguridad y confianza. Así que la gestión de las diferencias entre Juan y Luis las aplacé hasta después de las elecciones.

Tocaba centrarse única y exclusivamente en la campaña electoral. Aunque Marín llevaba desde 2007 como cargo público en su municipio, necesitaba un poco de rodaje, formación e

impregnarse de datos sobre Andalucía. Junto a De Páramo y Villegas fuimos preparando la línea argumental y la estrategia de campaña, marcando el mensaje del día a día, donde Albert, como siempre, aportaba las claves comunicativas más importantes. Fue una campaña con solo un par de errores. La tendencia al alza se iba reflejando en los sondeos y eso fue creando un efecto bola de nieve. Además, conseguimos meternos mediáticamente en la campaña —a pesar de ser extraparlamentarios— tras las declaraciones de Rafa Hernando —portavoz del PP en el Congreso — en las que se refería a Albert como «el Naranjito». No hay nada mejor que hablen de uno y, encima, lo hagan comparándote con un icono que suma y aglutina a la gente, por lo que fue fácil darle la vuelta. Albert no dudó en posar con una imagen del popular Naranjito, la mascota del Mundial de Fútbol celebrado en España en 1982. Lo subimos a redes sociales convirtiéndonos en *trending topic* durante horas y saliendo en todos los medios nacionales. Era 5 de marzo de 2015 y a partir de ahí, el crecimiento en los sondeos fue vertiginoso.

Recorrimos toda Andalucía, centrándonos en Sevilla y Málaga. Con Fernando de Páramo —estuvimos toda la precampaña y campaña juntos—, fuimos en un coche acompañando a Juan Marín a todos los actos y supervisando que todo saliese casi perfecto. Permanentemente, estábamos conectados con Villegas y Albert para que la coordinación y las directrices marcadas llegasen al momento. Llegó el 22 de marzo, jornada electoral, los sondeos vaticinaban que Ciudadanos entraría en el Parlamento de Andalucía y nadie se quiso perder esa noche. Todo el que pudo de la dirección del partido, hubiese hecho algo o no durante esa campaña, se desplazó a Sevilla. Sería una noche de éxito y había que salir en la foto final. Finalmente, 370.000 andaluces dieron a Ciudadanos nueve diputados. Entramos en todas las provincias menos en Jaén. Manuel García Bofill, que siempre analizaba todo desde una perspectiva más transversal, desde lo político a lo orgánico, nos dijo a Villegas y a mí esa misma noche: «Suerte que han sido nueve, llegan a sacar más que en Cataluña y pronto tendríamos un problema interno», reflexionó.

Tras la resaca electoral y sin apenas tiempo para descansar, tocaba ponerse las pilas y gestionar el grupo parlamentario, comenzar la ronda de contactos y posicionarnos ante la investidura de Susana Díaz. Sergio Romero fue el primero que se puso a hacer los deberes y a leerse el reglamento del Parlamento para conocer todo su funcionamiento. Además de a Sergio, nombramos a Irene Rivera y a Julio Díaz —este último había sido cargo del PSOE en su municipio—; como miembros del equipo debían llevar las riendas del grupo parlamentario con Manolo Buzón como coordinador del grupo. Esas primeras semanas me tocó acompañar a Juan Marín a su primera reunión con Susana Díaz en el Palacio de San Telmo y estar presente en la toma de posesión de los diputados. Fue un día lleno de emociones. Ciudadanos se abría camino en la política andaluza y española.

Tras las elecciones, retomamos la relación entre Juan Marín y Luis Salvador. Les convoqué a una reunión en Antequera, donde nos encontramos Juan, Luis y Manolo Buzón. Mi objetivo era que limaran asperezas e hiciesen equipo por el bien de todos. Tanto Luis como Juan habían sido impulsores de Movimiento Ciudadano y ambos eran respetados entre la militancia. No nos podíamos permitir tan pronto conflictos internos de ese nivel. Me tocó, por responsabilidad, ponerme en medio, y tender puentes entre ambos. Fue misión imposible. Mi mediación y el buscar equilibrios entre los dos sectores para mantener unido al partido me costó más de un problema, político y personal. Juan me veía como aliado de Luis por mis orígenes granadinos y mi buena relación con él. Luis me veía como aliado de Juan porque Manolo Buzón era mi persona de confianza en Andalucía y quien llevaba toda la parte orgánica. No había semana que uno u otro no me trasladase alguna situación de contingencia interna entre ambos o entre las personas de su entorno. Y es que cada uno se había creado un grupo de leales que se dedicaban muchas veces a entorpecer o dañar la imagen del otro. Fueron años de mucho desgaste en busca de unos equilibrios internos que, a la larga, no gustaban a ninguna de las partes, hasta que se convirtió en un conmigo o contra mí. Una guerra entre dos políticos profesionales donde, por mi cargo, me tocó estar en

medio. Luis quería el puesto de Juan, y Juan veía a Luis —y a otros — como una amenaza interna. Estoy convencido de que si ambos hubiesen puesto de su parte, aceptando y respetando el papel de cada uno, Ciudadanos hubiese adquirido mucha más fuerza en Andalucía.

Volviendo a esas semanas, tocaba tomar una decisión que sería trascendental. ¿Facilitábamos la investidura de Susana Díaz y así frenábamos la entrada del radicalismo de Podemos en el Gobierno de Andalucía o dejábamos que las políticas comunistas llegaran a la Junta? Fueron días de mucho debate y de muchas dudas. La presión de la militancia tampoco ayudaba. Pero había que actuar con responsabilidad y fidelidad a nuestros principios. C's nació para hacer frente a los extremistas y a aquellos que buscaban dividir a la sociedad. Permitir la entrada de Podemos en un gobierno sería un retroceso en derechos y libertades para los andaluces, y en nuestras manos estaba evitarlo. Pasaron 81 días entre la celebración de las elecciones y el sí de los diputados de Ciudadanos a la investidura de Susana Díaz. Fueron unas negociaciones largas e intensas donde José Manuel Villegas se tuvo que armar de paciencia. Finalmente, el acuerdo fue claro y transparente. C's no entraría en el gobierno, se quedaría en la oposición, pero controlando que los más de setenta puntos firmados con el PSOE —centrados en la lucha contra la corrupción, la regeneración democrática, la bajada de impuestos y el blindaje del estado del bienestar— se cumpliesen. Muchos afiliados no lo entendieron, por lo que decidí hacer una serie de asambleas abiertas a todos ellos por varios lugares de Andalucía para explicarles y defender la decisión que había tomado todo el Comité Ejecutivo del partido. La gran mayoría de los afiliados no solo lo comprendió, sino que acabó aplaudiendo la decisión. Al fin y al cabo, estábamos hablando de que se aplicaran las políticas de Ciudadanos o las de Podemos. Sensatez o caos.

El resultado en Andalucía fue el mayor revulsivo para el partido. Fue un golpe en la mesa que abría una nueva era política en España. Al día siguiente de las elecciones se unieron mil personas al partido. En una semana, más de cinco mil nuevas

afiliaciones en toda España. El inicio del cambio sensato en la política española había comenzado y tenía un nombre: Ciudadanos.

6

CONSTRUIR UN PARTIDO: DE LA EXPANSIÓN A LA IMPLANTACIÓN

La construcción de Ciudadanos como partido político nacional no fue nada sencillo, ni tampoco fue casualidad ni mucho menos azar. Detrás de cada paso, de cada acción, de cada agrupación territorial creada había una estrategia pensada y diseñada con un calendario de ejecución. Fueron años de mucho trabajo y sacrificio, entre junio de 2013 y diciembre de 2015 hice un total de 330.000 kilómetros, de los cuales 150.000 los recorrí en mi coche particular, un utilitario Mazda 3.

Cuando Albert Rivera me encomendó la construcción de C's en toda España lo visualicé como un reto y una gran responsabilidad, pues si queríamos mejorar la vida de los españoles necesitábamos un partido fuerte y asentado en el territorio. Los que tuvimos la suerte de vivir en primera persona los inicios de Ciutadans, siempre soñábamos en conseguir que se convirtiese en un proyecto nacional. «Los sueños se cumplen», nos decía muchas veces Albert a Vicente Castillo y a mí. Y así fue, pero no supuso una tarea fácil.

Antes de ponerme con todo el proceso de expansión en el conjunto de España, era muy importante tener a los equipos en Cataluña bien coordinados y trabajando. Por eso, durante el verano de 2013 convoqué varias reuniones. El 23 de julio, me reuní con Carlos Carrizosa y Joan García en Barcelona para detallarles algunos aspectos que seguir, y el 4 de septiembre lo hice con el resto del equipo de diferentes zonas de Cataluña para pedirles un

plus de esfuerzo, puesto que estaría más centrado en el resto de España. No quise entrar mucho en detalles, el lanzamiento de Movimiento Ciudadano se estaba construyendo con toda la discreción del mundo.

La construcción de Ciudadanos a nivel nacional

Para llevar a cabo toda la composición de Ciudadanos decidí dividir el proceso en tres fases: la fase de expansión, que consistía en el diseño de estructuras territoriales de mayor a menor entidad; la fase de implantación, que era cuando el partido conseguía representación institucional en esas zonas y, finalmente, la fase de cohesión, que era la más importante, pero a la vez la más compleja debido a que englobaba la consolidación de liderazgos y equipos tras la celebración de dos asambleas generales. El proceso estaba previsto extenderse desde 2013 hasta 2020, pero los adelantos electorales y las legislaturas fallidas alterarían toda la parte final. ¿Cómo se desarrollaba cada fase?

Ciudadanos debía crecer y expandirse por el territorio para tener más fuerza y, por tanto, más capacidad. Influenciado —como geógrafo— por la teoría del espacio vital de Friedrich Ratzel, uno de los padres de la geografía política, pero teniendo siempre presente que sus postulados estaban bastante condicionados por el contexto social y político de aquella época —finales del siglo XIX—, comencé a darle vueltas y a poner negro sobre blanco. Ciutadans, como formación política, necesitaba abarcar más territorio para poder garantizar más votos y, por tanto, más fuerza y poder que aseguraran la implantación y durabilidad en el tiempo del partido. Teníamos que convertirnos en la opción predominante en el centro ideológico y nutrirnos de una base con perfiles más liberales —sin excluir otras sensibilidades—, pues con una cohesión ideológica evitábamos las tensiones internas como las ocurridas en los inicios del nacimiento del partido. Además, la centralidad política nos permitiría ser decisivos a la hora de influenciar a izquierda y derecha. Tocaba ponerse manos a la obra.

Analizando cuál era nuestro espacio electoral, por un lado, observábamos que teníamos una serie de partidos que competían en nuestro mismo espectro político, destacando UPyD, pero también otras formaciones políticas como Centro Democrático Liberal que, además, estaba integrado en la Alianza de los Liberales y Demócratas por Europa (ALDE) y multitud de partidos locales y regionales que en gran medida compartían nuestros principios y valores. Por el otro, los dos grandes partidos, PP y PSOE, estaban inmersos en una crisis reputacional y de confianza debido a sus numerosos escándalos de corrupción y en la que sus socios habituales se habían puesto a tensionar y a romper la cohesión social en Cataluña. Con ese escenario encima de la mesa, comenzamos a realizar un listado de formaciones políticas con las que podíamos llegar a acuerdos y construir una tercera vía política en España. En el cometido de conseguir sumar a diferentes partidos afines a nosotros tuvo un papel importante Luis Fuentes, que para entonces era presidente de Unión del Pueblo Salmantino (UPS) y miembro de la Confederación de Agrupaciones Políticas Independientes (CAPI), donde se englobaban diferentes partidos independientes. También Marta Marbán que, siendo concejal de Ciudadanos en Villanueva del Pardillo, estaba en contacto con otras formaciones políticas independientes de la Comunidad de Madrid. Además, habíamos comenzado a visualizar una colaboración directa con varios partidos independientes de la provincia gaditana que se habían unido bajo el nombre de Ciudadanos de Cádiz. El objetivo estaba claro: si integrábamos en Ciudadanos a otros partidos que contaban con cargos institucionales, nos dotábamos rápidamente de estructura en zonas donde no teníamos implantación y, a su vez, eliminábamos competencia política en futuras elecciones. La unión hace la fuerza, o como decía nuestro lema de campaña de las elecciones europeas de 2014: la fuerza de la unión. Dentro de esa estrategia acabamos integrando a una treintena de partidos, destacando el Centro Democrático Liberal (CDL), el Partido Regional de Castilla y León (PRCAL) y la Unión de Ciudadanos Independientes de Toledo (UCIT), entre otros, que nos dotaron de varias decenas de

concejales y de estructuras consolidadas entre 2013 y 2015. Fueron multitud de reuniones esos meses en Madrid y en otras zonas; recuerdo la que tuvimos el 19 de septiembre de 2013 en un hotel de Madrid cerca de Atocha. En ese encuentro conocí a Antonio López, presidente de UCIT y a otros miembros de la formación Unión de Ciudadanos Independientes (UCIN). También a concejales de partidos independientes de la Comunidad de Madrid. En aquellas fechas, además, valorábamos una propuesta de colaboración con el CDL y llegamos a encontrarnos varias veces con su presidenta, Eva Borox, y su secretario de organización, Rafael Fernández. Desde los inicios fue clara la voluntad de que el CDL se integrara en Ciudadanos. Todas estas reuniones, coordinadas por José Manuel Villegas, se fueron haciendo paralelamente a los avances de Movimiento Ciudadano.

Hubo casos en que estas absorciones de partidos en Ciudadanos no fueron tarea fácil, especialmente cuando algunas estructuras de los partidos a incorporar chocaban con las nuestras ya existentes. Fue el caso del CDL en diversas zonas como la Región de Murcia, donde disponíamos de una agrupación propia con un equipo con cierta fuerza en Molina de Segura —Estanislao Vidal era el coordinador y concejal de Ciudadanos—. Llevaban meses trabajando en intentar expandir el partido por esta comunidad, aunque no con muy buen resultado. La llegada de los equipos del CDL, con Paco Álvarez al frente, originó conflictos que nos obligaron a desplazarnos hasta Murcia y hacer una reunión con ambos grupos para buscar puntos en común. Esas situaciones también se repitieron en algunas otras zonas de España con otras formaciones; por suerte, casi todos entendieron que era momento de sumar para construir un Ciudadanos fuerte. Aunque también nos encontramos con algunos casos puntuales en los que finalmente no hubo acuerdo de integración.

Para conseguir la expansión de Ciudadanos, como hemos visto en el capítulo anterior, fue clave el lanzamiento de Movimiento Ciudadano. Las cincuenta mil personas que se inscribieron rápidamente nos permitieron ver nuestra fuerza y con qué capacidad contábamos; una información clave para conocer

nuestro nivel de penetración en el territorio. Con esos datos numéricos desglosados por provincias, junto al número de escaños a repartir en cada circunscripción en unas elecciones generales y su corte electoral, desarrollé un sencillo algoritmo que me permitió conocer el nivel de penetración que teníamos en cada provincia y así poder priorizar en qué zonas debíamos centrarnos. A partir de ese resultado, clasifiqué las provincias de España en tres niveles: las provincias estratégicas, que eran aquellas más afines a C's; las provincias a potenciar, que eran en las que podíamos tener fuerza pero se necesitaba hacer un importante esfuerzo, y las provincias a reservar, que eran las menos afines y en las que difícilmente conseguiríamos un escaño. Con ello, teníamos una fotografía real que nos permitía afrontar con mayor precisión todo el proceso de expansión durante 2014 y 2015. Gracias a esa imagen, pude darme cuenta de que Ciudadanos estaba creciendo a dos velocidades, según el territorio, por lo que tocaba marcar varias líneas de trabajo.

Aunque tenía la suerte de contar en mi equipo con Oriol Burgès, una de las personas más trabajadoras, preparadas y comprometidas con el proyecto que he conocido, llevar toda la expansión —más toda la labor diaria propia del partido— era demasiado trabajo para dos personas. Así que, teniendo presente todas las responsabilidades de José Manuel Villegas como diputado en el Parlament y que no podía estar encima del trabajo de expansión, le solicité —siguiendo lo marcado en los estatutos del partido— el nombramiento de delegados territoriales en varias zonas de España que me ayudaran, altruistamente, en la expansión del partido. Eso me permitía tener un equipo propio en el territorio que pudiese ejecutar la estrategia, estar más cerca de la militancia y, por tanto, conocer de primera mano la situación en cada rincón de España. Así, con las primeras estructuras que habíamos creado, comencé a realizar los primeros nombramientos: Emilio Argüeso en la Comunidad Valenciana y la Región de Murcia, César Zafra —junto con Marta Marbán— en la Comunidad de Madrid, Susana Gaspar en Aragón, Manolo Buzón y Luis Salvador en Andalucía o Antonio López en Castilla-La Mancha. Poco a poco se iba

estructurando un equipo comprometido para expandir el partido en sus zonas.

Esa primera fase de expansión, que comenzó en 2013, se inició con la creación de agrupaciones de ámbito autonómico, pues teníamos que tener una mínima estructura para recibir los máximos afiliados posibles que fuesen llegando con el lanzamiento de Movimiento Ciudadano. A medida que fuésemos creciendo en militancia en las comunidades autónomas pluriprovinciales, se iría segregando la agrupación autonómica en agrupaciones por provincia. Había que ir creciendo paulatinamente y con seguridad, pues no podíamos cometer errores a la hora de realizar los primeros pasos: una equivocación en los equipos nos podía dejar en una situación de tierra quemada. Sin dudarlo, me puse a recorrer España varias veces. En AVE, en avión y, como he dicho anteriormente, en mi Mazda 3 —que me tocó jubilarlo para hacerme con otro Mazda 3 que estrené con Vicente Castillo en un viaje a Valladolid el 14 de febrero de 2014—. Por aquel entonces residía en Barcelona, por lo que los desplazamientos eran más largos que si los hubiese hecho desde Madrid. La gran mayoría de los viajes los hacía solo, pero era tal la ilusión de construir C's en toda España que el cansancio no pasaba factura, al menos por el momento.

Recuerdo viajes en solitario saliendo de Barcelona y haciendo en menos de dos días Zaragoza, Logroño, Burgos y vuelta a la Ciudad Condal. O el del 28 de febrero de 2014, cuando me recorrí en cinco días Cantabria, Asturias, Valladolid, Madrid, Toledo, Granada y vuelta a Barcelona. Una agenda intensa de reuniones para ir conociendo personalmente en cada ciudad de España a las personas que venían a Ciudadanos. A medida que el partido iba creciendo me tocaba pasar más tiempo en Madrid, puesto que la mayoría de las reuniones se iban concentrando en la capital y desde allí me desplazaba a otras zonas de España. Fueron semanas enteras fuera de casa, con la maleta a cuestas. Muchas mañanas al sonar el despertador no sabía en qué ciudad estaba o pensaba que amanecía en un lugar diferente al que en realidad me encontraba. Todo ese esfuerzo y sacrificio mereció la pena, porque esos viajes

no solamente me llevaron a conocer a mucha gente maravillosa, con los que a día de hoy sigo conservando una bonita amistad, sino también a construir un proyecto político muy necesario en España.

Tal y como estaba previsto tras el lanzamiento de Movimiento Ciudadano, los afiliados fueron llegando, y el partido, creciendo. Pero a los pocos meses me encontré con un problema que hacía muy difícil agilizar la expansión de C's. Nuestra formación política tenía unos estatutos muy rígidos, útiles para un partido afincado en Cataluña, pero poco flexibles en cuanto a capacidad para montar una estructura nacional. Había que modificarlos. Y así se lo trasladé a José Manuel Villegas en una de las reuniones que teníamos cada lunes, donde le expliqué el problema y le aporté la solución, dándome él luz verde para proponer esa modificación. Rápidamente, me puse a ello junto a la comisión de estatutos y el 1 de noviembre de 2014 el Consejo General del partido aprobó la modificación estatutaria que había solicitado. Hay que destacar que cuando se aprobaron los estatutos en octubre de 2011 durante la III Asamblea General, el partido apenas contaba con algo más de mil afiliados en toda España, de los cuales el 80 % eran de Cataluña, y con la mínima fuerza institucional que nos daban los tres diputados en el Parlament de Catalunya y once concejales. Tras las elecciones europeas de 2014, el partido contaba ya con cerca de seis mil afiliados, de los cuales el 30 % eran de Cataluña y el 70 % del resto de España, y había aumentado nuestra fuerza institucional en nueve diputados en el Parlament de Catalunya, dos eurodiputados y un centenar de concejales en el conjunto de España, debido a la reciente absorción de diferentes formaciones políticas. Esa nueva realidad, sumada a las perspectivas de crecimiento, originaba que la estructura orgánica fuese insuficiente para la gestión y coordinación ordinaria del partido.

Con esa modificación, ahora teníamos mucha mayor flexibilidad y dinamismo gracias a una estructura territorial basada en grupos locales, agrupaciones, subcomités territoriales y comités territoriales. Además, habíamos añadido mecanismos de control para evitar alteraciones en nuestros procesos electorales internos con la posible llegada de grupos organizados o personas que, por

su trayectoria, fuesen incompatibles con los valores y principios del partido.

La fase de expansión tenía que finalizar con las elecciones municipales y autonómicas de 2015, pero entonces se produjo el adelanto de las elecciones andaluzas. El primer contratiempo serio. Por suerte, estos comicios fueron un rotundo éxito y eso originó un aluvión de afiliaciones anteriormente nunca visto. Cinco mil nuevos afiliados llegaron en apenas una semana y pudieron ser acogidos, pese a las limitaciones que aún teníamos, gracias a la labor de los delegados territoriales y a tener constituidas estructuras autonómicas —y en algunos casos provinciales— que en muchas zonas ya se habían asentado. El resultado de las elecciones andaluzas nos dio un empuje sin precedentes que nos permitió coser, aún más, el partido en el territorio. Durante los meses anteriores ya habíamos estructurado el partido en casi toda España —teníamos estructuras en todas las comunidades autónomas y en todas las provincias estratégicas—. El 15 de enero de 2015 —sin saber aún nada de la convocatoria de las elecciones andaluzas— reuní, por primera vez, a todos los delegados territoriales de entonces en Madrid. Pedí a José Manuel Villegas y a Fernando de Páramo que también asistiesen para que conociesen y pusiesen cara a las personas que estaban haciendo la labor de coordinar el partido en las diferentes zonas de España: José Canedo, de Galicia; Esteban Martínez Póo, de Cantabria; Nicolás de Miguel, de Euskadi; Susana Gaspar, de Aragón; Emilio Argüeso, de la Comunidad Valenciana y la Región de Murcia; Manolo Buzón y Luis Salvador, de Andalucía; Antonio López, de Castilla-La Mancha; César Zafra y Marta Marbán, de Madrid, y Luis Fuentes, de Castilla y León. Una jornada para hacer balance, poner puntos en común y marcar nuevas metas. En apenas cinco meses teníamos las elecciones municipales y autonómicas, por lo que dimos instrucciones claras de cómo comenzar a planificar la campaña y confeccionar esas futuras candidaturas.

Las afiliaciones siguieron aumentando y afrontamos las elecciones municipales y autonómicas con más de veinte mil militantes. Para la elaboración de las candidaturas municipales,

además del trabajo de Carlos Carrizosa —que era el responsable de organización municipal—, realizamos un protocolo de elaboración de listas municipales con el fin de seguir unos mismos criterios y que fuese más ágil su confección. En apenas un mes conseguimos confeccionar 938 candidaturas municipales, obteniendo un total de 1.527 concejales —hacía cuatro años habíamos presentado 69 candidatura obteniendo once concejales—. Esas elecciones municipales coincidían también con las elecciones autonómicas de Canarias, Extremadura, Castilla-La Mancha, la Comunidad de Madrid, Castilla y León, Asturias, Cantabria, Navarra, La Rioja, Aragón, Baleares, la Comunidad Valenciana, Ceuta y Melilla —conseguimos 59 diputados autonómicos—. En esas elecciones municipales y autonómicas nuevamente me tocó estar en la dirección de campaña junto con José Manuel Villegas y Fernando de Páramo coordinándola y llevando su estrategia territorial. Planificamos una campaña contra reloj tras el éxito de las elecciones andaluzas —solo tuvimos un mes para prepararlo todo, candidaturas y campaña—, donde los delegados territoriales, las juntas directivas de las agrupaciones y los miles de voluntarios hicieron un trabajo encomiable. Muchos de ellos renunciaron a su tiempo con la familia para dedicárselo al partido. Sin ellos, ese éxito no hubiese sido posible.

El trasvase de UPyD a Ciudadanos

La operación más compleja y a la vez más necesaria de esa fase de expansión fue la integración de los numerosos cargos de UPyD que pidieron pasarse a C's, algunos de ellos en el último momento, como fue el caso de Nacho Prendes en Asturias, Toni Cantó en Valencia o Carlos Aparicio y Javier Puy en Aragón, entre otros. Anteriormente, durante 2013, ya algunos cargos de UPyD se afiliaron a C's, un trasvase que se fue generalizando a lo largo de 2014 y se acentuó cuando UPyD nos dio un portazo y se negó a buscar una unión con nosotros. Caras relevantes del partido de Rosa Díez, como José Canedo, que fue candidato a la Xunta, el

excoordinador del País Vasco, Nicolás de Miguel, el excoordinador de Santander, Juan Ramón Carrancio, junto con sus equipos, se fueron afiliando al partido durante el lanzamiento de Movimiento Ciudadano y muchos otros nos fueron contactando durante todo ese año 2014. Tras la crisis desatada por la carta de Sosa Wagner en agosto de 2014, los contactos se multiplicaron y tras el rechazo frontal de Rosa Díez a buscar cualquier tipo de unión con C's en el mes de noviembre de ese mismo año, se activó el proceso de sumar voluntades de todos aquellos miembros de UPyD que querían construir una tercera vía política fuerte, transparente, sensata y con un proyecto real para España.

Durante las siguientes semanas miembros destacados del partido de Rosa Díez, junto a centenares de afiliados, se fueron sumando al proyecto, destacando a su exlíder en la Comunidad Valenciana, Alexis Marí —con quien me llegué a reunir discretamente en Albacete—; el líder en la Región de Murcia, Miguel Sánchez; el diputado de la Comunidad de Madrid Alberto Reyero; el responsable de expansión en Castilla y León, Lucidio Calzada, entre muchos otros. Los últimos miembros destacados en sumarse fueron Nacho Prendes y Toni Cantó.

Con Prendes me reuní en uno de mis viajes en Oviedo a finales de 2014 para conocer su proyecto de futuro; me aseguró que sus sondeos les daban tres diputados y que no tenían ninguna intención de dejar UPyD. Con Cantó siempre se cancelaba la reunión a última hora. Tanto en Asturias como en la Comunidad Valenciana trabajamos desde entonces al margen de cualquier suma de los dos máximos dirigentes, pues su negativa había sido clara. Hasta que llegó el resultado de las andaluzas y los sondeos comenzaron a predecir que UPyD desaparecía. Ahí fue cuando Prendes solicitó entrar en C's y hacerlo de número uno en Asturias; Cantó directamente habló con Rivera. En el caso de Asturias se creó un conflicto interno muy importante, pues casi la totalidad de la militancia de Ciudadanos era contraria a dar cabida a Nacho Prendes y su equipo, ya que consideraban que no representaba los valores del partido; hasta algunos afiliados históricos de Cataluña miembros del Consejo General me recordaron que Prendes estuvo

afiliado a C's en sus inicios y fue de los que ayudó a desmontar Ciudadanos en la zona norte de España en beneficio de Rosa Díez. Algo parecido también pasaba con Toni Cantó: no solamente estuvo afiliado a C's, sino que además fue muy activo y hasta presentó la campaña de las elecciones municipales en 2007 e intervino en la manifestación convocada por nuestro partido a favor del bilingüismo en Cataluña. A pesar de ello, con mucho esfuerzo —y creándonos algún que otro enemigo interno—, conseguimos convencer a los cargos de Ciudadanos de la idoneidad de contar con destacados miembros de UPyD en el proyecto; al fin y al cabo eran conscientes de que estratégicamente podían ser elementos clave y, además, Ciudadanos se caracterizaba por ser un partido integrador donde anteponíamos el interés general al personal. Finalmente, Prendes se convirtió en el número dos —por la circunscripción central— a las elecciones autonómicas del Principado de Asturias —el candidato, a propuesta del delegado territorial de entonces, Francisco Gambarte, fue Nicanor García—. Y Toni Cantó se presentó como número dos a las elecciones generales de diciembre de 2015 —el cabeza de lista fue Vicente Ten, pues obtuvo un gran apoyo de la militancia.

En otras candidaturas también integramos, en un gesto de generosidad y para visualizar que la tercera vía política la representaba Ciudadanos, a numerosos cargos de UPyD que acabarían, algunos de ellos, siendo diputados autonómicos, concejales, diputados nacionales, senadores o desempeñando cargos importantes en otras instituciones. En algunas ocasiones, personas que habían tenido serias disputas internas en UPyD, como ocurrió con Alexis Marí y Toni Cantó, se reencontraron de nuevo en Ciudadanos. Cabe señalar que en ningún caso hubo intento de veto por parte de nadie, a pesar de las disputas y rencillas pasadas, pues todos íbamos a una en esos momentos. Sabíamos que era mucho más lo que nos unía que lo que nos separaba.

No obstante, ante dudas de tener candidaturas que podían seguir otros intereses que en nada tenían que ver con los valores y principios de Ciudadanos, decidíamos no presentarnos. Tal fue el caso de Marbella, Antequera u Ourense en las elecciones

municipales de 2015. También llegamos a retirar algunas candidaturas una vez presentadas, como las de Miranda de Ebro, Barberà del Vallés o El Casar de Escalona. Extremos que también se repitieron en 2019. En el partido teníamos claro que las candidaturas debían ser ejemplares y representar los valores del partido; en cuanto se observaba que no era así, lamentablemente nos veíamos obligados a tomar esa drástica decisión.

España se tiñe de naranja

Tras el éxito de las elecciones municipales y autonómicas, con esos 1.527 concejales y los 77 diputados autonómicos —sumando los nueve de Cataluña y los nueve de Andalucía—, se iniciaba la fase de implantación. Ciudadanos estaba implantado en los 756 municipios donde habíamos conseguido representación municipal, lo que englobaba a más del 70 % de la población española, y tenía representación en doce de las diecisiete comunidades autónomas. Los resultados habían sido excelentes, pero confirmaron lo que en el proceso de análisis de la expansión ya se veía, el crecimiento del partido a dos velocidades. Sin embargo, la presencia institucional en el ámbito municipal en aquellas comunidades donde no habíamos sacado representación autonómica —como Castilla-La Mancha o Canarias— nos permitía ver con esperanza el futuro. Tocaba asentar esos grupos institucionales y, algo importante, que supiesen coordinarse con las agrupaciones y comités correspondientes. En definitiva, la parte orgánica del partido y la parte institucional debían ir de la mano. Sin embargo, casi no hubo tiempo de ponerse a ello, pues pronto vinieron los problemas. En Andalucía rápidamente se crearon fricciones internas entre Juan Marín y los portavoces de las capitales de provincia —a excepción de Sevilla ciudad—, y a los pocos meses los portavoces municipales trasladaron injerencias en su funcionamiento y un aislamiento mediático, a la vez que desde el equipo de Marín iban haciendo cábalas sobre futuros candidatos para 2019 —y eso que hacía solo unos meses que habían sido elegidos—. También las disputas

internas para hacerse con el control del partido en algunas zonas comenzaron a florecer muy pronto, como en la Comunidad Valenciana con fricciones entre Emigdio Tormo y Carolina Punset o en la Comunidad de Madrid entre César Zafra y Marta Marbán.

A pesar de que el adelanto de las elecciones andaluzas nos trastocó todo el proceso de selección de candidatos y tuvimos que acelerarlo —no pudimos dedicarle todo el tiempo que hubiésemos querido—, habíamos conseguido convertir a Ciudadanos en una realidad política en numerosas instituciones de España.

Tras esas elecciones municipales y autonómicas, comenzaron las negociaciones para confeccionar gobiernos. Creamos un comité de pactos con el objetivo de establecer unas líneas generales en los acuerdos que se fuesen realizando y dejando claro que no estaríamos en ningún gobierno que no liderásemos. Éramos conscientes de que nuestros equipos necesitaban rodaje en las instituciones, pues la gran mayoría nunca habían sido cargos públicos o ni siquiera militado en un partido político. Fue una decisión acertada y esas semanas de negociación demostramos, al igual que hicimos en Andalucía, que la regeneración y la lucha contra la corrupción eran una de nuestras líneas rojas y no íbamos a ceder ante ello. Me tocó estar coordinando los acuerdos de unas cuantas comunidades autónomas, una gran responsabilidad en tanto que la gobernabilidad de algunos territorios dependía de nuestra decisión final. Fueron unas semanas duras de negociación, pero muy satisfactorias, pues conseguimos compromisos en esos gobiernos que llevaban claramente el sello naranja: bajada de impuestos, mecanismos de transparencia, reforma ley electoral, eliminación de aforamientos, entre otros.

Mientras los grupos institucionales comenzaban su nueva andadura, lo más importante internamente de esos meses era la confección de las candidaturas de las elecciones generales que debían estar listas antes del verano, pues la idea era hacer el proceso de primarias en julio. Nuevamente, teníamos apenas un mes para completar las listas. También tocaba saber quién sería el sucesor de Albert Rivera en Cataluña, ya que pronto dejaría su acta en el Parlament para centrarse en la campaña de las elecciones

generales previstas para fin de año.

Mi idea era crear candidaturas con diferentes perfiles académicos y profesionales que nos permitiese tener un grupo parlamentario en el Congreso que se complementara entre sí, aunque no dio tiempo a hacerlo todo tal y como me hubiese gustado. El calendario político y la actualidad mandaban. Fueron unas primarias tensas y con algunas disputas internas importantes, pero al final conseguimos, a pesar de todo, unos buenos candidatos. Además, a finales de agosto vino la remodelación del Comité Ejecutivo para dar entrada a los principales líderes autonómicos y locales que habían sido elegidos en las elecciones de mayo de 2015.

Mientras, la actividad política no cesaba, pues no entendía de procesos internos y eso se notaba a la hora de estar encima en la fase de implantación. En general, a excepción de algunas pequeñas disputas por el control en el territorio o ciertas diferencias salvables en varios grupos, el partido comenzó a funcionar coordinado con los grupos institucionales. Cada uno sabía sus funciones, y los liderazgos políticos y orgánicos se iban asentando en cada zona. Y lo más importante, funcionando autónomamente y consiguiendo, poco a poco, logros a partir de su propia acción política.

No obstante, para que hubiese un correcto funcionamiento en los grupos institucionales, tras las elecciones generales comenzamos a montar lo que sería más adelante la secretaría de acción institucional, que recaería en José María Espejo. Hacía meses había trasladado a Albert y Villegas la necesidad de que hubiese una secretaría específica que pudiese coordinar los grupos institucionales en su gestión y actividad diarias. Llegó el momento de implantarla y volví a recorrer España en coche, esta vez acompañado de Rubén Martínez, quien ejecutaría la parte de acción institucional bajo la dirección de Espejo. Rubén había estado en el equipo de organización, por lo que conocía bien el funcionamiento del partido y a muchos de sus cargos en el territorio. Desde organización, junto a Oriol, le ayudamos a crear el primer equipo en toda España. El objetivo era constituir equipos

sólidos, cohesionados y coordinados, pues, para que el partido funcionase, era vital la cohesión de las principales secretarías. Algo parecido también hicimos con todas las demás.

Hacia un partido cohesionado y fuerte

Tras tener los equipos formados y coordinados, era el momento de poner en marcha la fase de cohesión. Era la última fase, pero la más difícil y la más compleja. Debía realizarse entre la Asamblea General del partido que tendría lugar después de las elecciones generales de ese año y la siguiente, que estaba prevista para principios de 2020, es decir, era un proceso de cuatro años. El objetivo era conseguir tener un partido cohesionado, unido, fuerte, con varios liderazgos asentados en todos los territorios. Había que gestionar grupos humanos dentro de una estructura política y para ello me basé en la pirámide de Maslow y, en algunas situaciones de contingencias internas, en la teoría darwinista de la evolución de las especies —salvando las distancias—. Cuando había disputas entre grupos humanos, el que mejor sabía adaptarse a cada situación era quien acababa recibiendo el apoyo de los afiliados y liderando. Y es que, durante esos años descubrí que la política puede llegar a sacar lo peor de las personas porque el poder ciega, especialmente, a los más mediocres. Durante todo un año estuve formando al equipo de organización en gestión de crisis, mediación, organización y recursos humanos. Las formaciones y las sesiones de *coaching* grupal se hacían cada tres meses, con un seguimiento diario del partido por parte de Oriol y del resto del equipo.

La gestión de la militancia era clave para el éxito. Si tus afiliados se afianzan, también lo hacen tus votantes. Resultaba vital conocer a los afiliados del partido, y lo hicimos de forma autodidacta. Recorriendo España durante esos años, haciendo centenares de reuniones y gestionando multitud de conflictos internos, observé que la mayoría de los afiliados tenían comportamientos y actitudes similares. Dándole vueltas y

apuntando lo que hacían y decían unos y otros, los acabé clasificando en cuatro grandes bloques. Los afiliados pasivos representaban el 60 % de la militancia y eran los que pagaban la cuota, votaban, pero no participaban en las acciones cotidianas de Ciudadanos. Los afiliados activos constituían el 30 % de la militancia y se implicaban en el día a día del partido. Estos se dividían entre los comprometidos —un 15 %—, es decir, aquellos que eran activistas pero no buscaban ninguna cuota de poder o de cargo público, y los interesados —el otro 15 %—, que eran los que sí querían poder o cargos. Finalmente, estaban los afiliados tóxicos —el 10 % de la militancia— y eran aquellos que creaban conflictos y tensiones internas: hicieses lo que hicieses, nunca estarían conformes, a no ser que fuera exactamente lo que ellos querían, aunque a veces ni aun así.

Según el proceso interno en que se encontrara el partido, había trasvase de afiliados de un perfil a otro, originando que en ocasiones esos porcentajes variaran sensiblemente, pues era habitual que un afiliado activo interesado se volviese tóxico justo en el mismo momento en que no veía cumplidas sus expectativas políticas y se convirtiera en el mayor destructor interno del partido. Era común ver cambios de comportamiento en la gente; algunos pasaban de alabar públicamente a una persona a declararla *non grata* de la noche a la mañana justo después de un proceso de elección o de confección de alguna candidatura. Lamentablemente, las disputas y contingencias internas hacían mella en el voluntarismo del afiliado activo comprometido, que con esos procesos pasaban a ser afiliados pasivos y, por desgracia, perdíamos capacidad en los territorios. Gracias a ese análisis, conseguíamos saber el nivel de implicación de la gente en cada situación y en cada campaña electoral, tanto el número de voluntarios que se podían inscribir como el de asistentes que irían a una convocatoria. Tal era el acierto que tanto José Manuel Villegas como Fernando de Páramo se sorprendían cada vez que clavaba el número de personas que irían a un acto del partido o cuánto material había que producir en una campaña según la capacidad que tendrían nuestros afiliados para repartirla.

La gestión de los grupos humanos dentro de una organización es importante para su correcto funcionamiento, más si cabe en una formación política con mecanismos de participación y democracia interna. Hay que tener presente que los afiliados de un partido son los propietarios del mismo, son los accionistas, pero se deben a una jerarquía interna establecida por los estatutos y los reglamentos que ellos mismos acaban aprobando mediante los órganos internos de representación. Si para una empresa el cliente es el potencial consumidor de su producto, para un partido el cliente es el potencial votante. Desde la secretaría de organización nos tocaba gestionar una dualidad que, a veces, tenía difícil equilibrio: por un lado, estaban los afiliados —los accionistas—, y por el otro, los votantes —los clientes—. Mientras el resto de las secretarías se dedicaban única y exclusivamente a mirar para el votante, nosotros teníamos que hacerlo para ambos, afiliado y votante. Ese equilibrio nunca era fácil y algunas veces los intereses chocaban.

Y es que las relaciones humanas en una organización política, donde el poder institucional está al alcance de la mano —especialmente en un partido de nueva creación y en crecimiento—, originan comportamientos sociales —por suerte minoritarios— dentro de la propia organización que rompen la armonía, la cohesión y el correcto funcionamiento.

Durante los años que estuve al frente de la secretaría de organización pude comprobar una serie de comportamientos que se repetían entre algunos perfiles. El más común era el síndrome de Procusto, lo que yo llamaba el síndrome de la mediocridad, que alude a que hay individuos que rechazan siempre a las personas que sobresalen, porque son incapaces de ver las virtudes de otros. Este era el comportamiento de aquellos que arremetían contra alguien o intentaban que cometiese errores para debilitarlo de cara a los demás y así hacerse con su puesto —fuese orgánico o institucional—. Lo que suele llamarse coloquialmente «trepas».

También era común, y a veces más perjudicial que los trepas, la presencia de «tapones», es decir, aquellas personas que gozan de cierto estatus en el partido pero tienen miedo a que alguien mejor que ellos les quite ese estatus: son gente consciente de sus

limitaciones y que buscan evitar que estas queden en evidencia. En estos perfiles se incluía lo que se conoce como el principio de Peter, que asegura que en la jerarquía laboral todas las personas ascenderán hasta el cargo que supone el límite de su incompetencia. También en Ciudadanos, en más de una ocasión, se visualizó que para algunos su puesto de responsabilidad les venía demasiado grande.

Finalmente, también era común el síndrome de Solomon, por el que una persona con notables aptitudes pero baja autoestima evita sobresalir y prefiere dejarse guiar por el resto. Yo lo llamaba el síndrome de los palmeros, porque eso me parecían aquellos que no llevaban nunca la contraria a sus superiores, que siempre aceptaban lo que se establecía, aunque no fuese correcto, y aplaudían pasara lo que pasara por miedo a parecer diferentes o a ser apartados del grupo y de su círculo de confianza.

Todos estos fueron actitudes y comportamientos que estuve viviendo durante esos años y que me llevaron a redactar un breve documento, en forma de manual, sobre los cuatro perfiles de afiliados y sus comportamientos. Lo aplicamos en las numerosas asambleas que íbamos haciendo por España para detectar así cómo era cada afiliado. En contra de lo que pudiese pensar la mayoría, los más tóxicos y deleznables se daban en mayor porcentaje entre los cargos, también en el Comité Ejecutivo. Hubo algunos que cuanto más estatus tenían, más querían, nunca les era suficiente. Lo vivido esos años es el claro ejemplo de que las personas muestran lo mejor y lo peor cuando tocan la grandeza.

Fuese como fuere, la realidad es que la fase de cohesión se vio alterada en su ejecución, primero por el adelanto de las elecciones catalanas de septiembre de 2015 y luego, por la repetición de las elecciones generales en junio de 2016, lo que nos obligó a posponer la celebración de la Asamblea General a febrero de 2017 —un año más tarde de lo previsto—. Eso representaba que la siguiente asamblea tocaría en 2021. En ese período se debían consolidar los equipos: cuatro años para acabar de crecer —especialmente en la España rural, donde carecíamos de implantación—, cohesionar el partido en los territorios y afianzar

liderazgos. El objetivo era llegar a la V Asamblea General con un partido consolidado y madurado que permitiese hacer asambleas autonómicas —algo inexistente en Ciudadanos— para que cada territorio eligiese sus liderazgos orgánicos.

Antes de iniciar todo el proceso de expansión del partido en el conjunto de España, repasé la historia de varias formaciones políticas para visualizar sus aciertos y sus errores. Ciudadanos debía ser un partido con una única voz, donde se dijese lo mismo en toda España, algo que no pasaba con el PSOE y, en ocasiones con algunos temas, en el PP. También debía ser un partido con fuerza y estructura, no como UPyD, que rechazó miles de afiliaciones y tuvo un crecimiento territorial muy lento y, por tanto, débil. Y, finalmente, Ciudadanos debía ser un partido unido y comprometido con los valores del proyecto, evitando a los arribistas, algo que sufrió UCD y que le costó su desaparición. Era complicado encajarlo todo, más aún con el rápido crecimiento que tuvimos, y aunque nos dotamos de mecanismos internos para proteger los intereses del partido, siempre se tuvo claro que se debía arriesgar para ganar —dejando las puertas abiertas a todos aquellos que sumasen algo.

Hubo aciertos y errores, luces y sombras, donde propios y extraños no nos lo pusieron fácil, pero la realidad —y los números no engañan— es que, desde que iniciamos la expansión del partido, Ciudadanos pasó en apenas cuatro años de nueve diputados en el Parlament, once concejales, medio centenar de agrupaciones y apenas mil afiliados a convertirse en la tercera fuerza política de España, con 163 diputados autonómicos, 2.790 concejales, siete eurodiputados, ocho senadores y diez diputados nacionales —siendo 12 y 57, respectivamente, en las elecciones de abril de 2019—, además de tres mil estructuras territoriales en toda España y más de treinta mil afiliados. En muy poco tiempo, Ciudadanos consiguió gobernar para veinte millones de españoles, en cuatro comunidades autónomas y cuatrocientos ayuntamientos. Como afiliado desde la fundación del partido en 2006, cumplí un sueño: hacer realidad un proyecto llamado Ciudadanos, y lo pude hacer como secretario de organización al frente de un gran equipo

que se dejó la piel para conseguirlo.

7

EL TALENTO INTERNO Y EXTERNO

Una de las principales características de Ciudadanos como proyecto político, y que lo diferenciaba del resto de los partidos, fue su nacimiento desde la sociedad civil. Un ADN propio que originaba que siempre estuviésemos abiertos a acoger perfiles independientes, de diferentes ámbitos, que pudiesen sumar y aportar al proyecto. La incorporación de esos candidatos siempre ocasionaba un cierto malestar interno y, en algunos casos, rechazo. Muchos afiliados consideraban que algunos de ellos se acercaban al partido llamados por el éxito del momento, que les garantizaba un puesto institucional relevante, y que de no darse ese éxito nunca hubiesen participado en el proyecto. Y es cierto que, en algún momento, la política de fichajes de independientes fue bastante agresiva; en apenas cuatro años incorporamos a medio centenar que acabaron siendo diputados en Parlamentos autonómicos o en las Cortes Generales bajo las siglas de Ciudadanos.

Personalmente, siempre fui uno de los principales valedores de la incorporación de personas provenientes de la sociedad civil, y así lo defendí en numerosas ocasiones, pero con algunos requisitos mínimos. Tanto a Villegas como a Albert les trasladé en más de una ocasión mi disconformidad con algunos fichajes, pues consideraba que había mejores perfiles —tanto dentro como fuera del partido—, lo que me costó algún que otro encontronazo importante con ellos. Era de los que consideraba que debíamos crear equipos con lo mejor de fuera y lo mejor de dentro, pero no a cualquier precio. Por buscar el titular de un día, podíamos tener un

problema durante toda la legislatura, como así acabó pasando en algunas ocasiones.

Una de las tareas más importantes y de más responsabilidad que me tocaba realizar era, precisamente, dar con el candidato idóneo y conseguir candidaturas que aportaran algo al partido y estuviesen a la altura de lo que necesitaban los españoles. Nos convertimos, sin darnos cuenta, en *headhunters*. Aquellos que no teníamos aspiraciones políticas personales ni la de liderar candidatura alguna teníamos una mente más abierta para la búsqueda de perfiles con una serie de aptitudes y capacidades que pudiesen convertirlos en líderes y sumar votos. Esa función de cazatalentos se inició con la expansión nacional, puesto que a la vez que se iba construyendo el partido se tenían que ir perfilando futuribles candidatos. Las asambleas de afiliados y las reuniones con las juntas directivas resultaban idóneas para observar quién o quiénes podían estar ahí. Durante esos viajes, al llegar al hotel por la noche, me ponía a apuntar en una sencilla hoja de cálculo de mi teléfono móvil los nombres de las personas que me había parecido que gozaban de un buen perfil. Tenía siempre como referencia su capacidad comunicativa, su humildad, su empatía y la evolución en su carrera profesional. Procuraba huir, en cierta forma, de su formación académica, pues considero que las capacidades de las personas se miden más por lo que han conseguido a lo largo de su vida. Como anécdota, antes de tomar la última decisión de si era o no era el candidato idóneo, me preguntaba si a esa persona le compraría un vehículo de segunda mano. Si ante esa pregunta me venían dudas, siempre lo descartaba. Porque si pensaba que alguien me iba a engañar o a estafar con la venta de un coche, no podía ser la persona indicada.

Aunque Ciudadanos presentó al presidente de la Asociación de Internautas, Víctor Domingo, para las elecciones autonómicas de Madrid en 2011 —sí, nos presentamos a esas elecciones—, no fue hasta que el partido cogió cierta fuerza cuando llegaron los primeros candidatos independientes relevantes. El primero de ellos, que se incorporó con garantías claras de salir elegido en las listas de Ciudadanos, fue Carina Mejías —para las elecciones

autonómicas catalanas de 2012—. Carina había sido portavoz del PP en el Parlament de Catalunya, y concurrió de número tres por Barcelona tras el proceso de primarias. Ahí tuvimos el primer conflicto interno, puesto que miembros del Comité Ejecutivo se opusieron a su incorporación al considerar que la llegada de «políticos profesionales» rompían con la «esencia» de ser un partido surgido de la sociedad civil. En esas elecciones se incluyó también como independiente a Carmen Pérez, médico de profesión, que destapó los casos de corrupción del hospital de Sant Pau de Barcelona; fue como número nueve en la lista por Barcelona. Carmen llegó a ser diputada tras la renuncia de Jordi Cañas a su acta tras ser imputado en 2014. En esas mismas elecciones estuvo a punto de ir otro independiente, el abogado de Convivencia Cívica Catalana Ángel Escolano, pero finalmente rechazó el puesto número ocho y en su lugar decidimos que lo ocupara José María Espejo-Saavedra, que al principio iba como primer suplente.

A partir de esas elecciones catalanas de 2012, la incorporación de perfiles independientes en candidaturas del partido fue algo bastante común, algo que chocaba, en muchas ocasiones, con los propios afiliados. Huelga decir que muchos de ellos daban un plus al partido, nos aportaban notoriedad y, en algunos casos, conocimiento y experiencia de gestión, pero no todo fue un camino de rosas y unos cuantos nos salieron rana. Y es que, normalmente, los perfiles independientes venían más llamados por el auge que estaba teniendo el partido que por su compromiso con el proyecto. Desconocían nuestra historia, nuestros valores y nuestra trayectoria y, por tanto, llegaban sin ser conscientes del esfuerzo y el sacrificio personal que le había costado a tanta gente construir nuestro partido.

El gran ejemplo de que la adhesión de perfiles independientes daba un plus al partido fue la candidatura de las elecciones europeas de 2014. Ciudadanos estaba despegando a nivel nacional de la mano de Movimiento Ciudadano, pero para conseguir el empujón final en esas elecciones necesitaba una candidatura que aportara algo más. Contar con Javier Nart y Juan Carlos Girauta como líderes de esa lista era el impulso necesario para conseguirlo

y, por aquel entonces, casi nadie lo ponía en cuestión.

Álvarez de Toledo y Joaquín Leguina. El tándem para Madrid que no pudo ser

De cara a las elecciones andaluzas, autonómicas y locales de 2015, resultó decisivo mi listado de perfiles, gracias al cual pudimos elaborar buenas candidaturas en los principales lugares, así como incorporar perfiles independientes. El más destacado fue el de Begoña Villacís. Begoña asistía a varios programas de televisión como abogada de Legálitas y en alguna ocasión había coincidido con Luis Salvador, que fue quien me habló de ella. Rápidamente vi varias de sus intervenciones y parecía el perfil indicado; cogí el teléfono y la llamé. Quedamos para vernos en el restaurante Rodilla de Moncloa, donde estuvimos un par de horas hablando sobre temas de actualidad política y otras cuestiones. A la vuelta a Barcelona le trasladé a Albert que podíamos tener una buena candidata independiente en Madrid y que iría bien que la conociese, tenía claro que era idónea. Esa misma semana se vieron y el fichaje quedó cerrado. La duda vino de si se presentaba por la ciudad de Madrid o por la comunidad, pues Begoña residía en Villanueva del Pardillo, no en la capital. Finalmente, hablando con César Zafra y el equipo de Madrid —pues el otro candidato iba a ser Ignacio Aguado, uno de los que tenía apuntado en mi listado y que despertaba un amplio consenso entre la militancia de entonces—, consideramos que el lugar de residencia no afectaba y se decidió que Ignacio se presentase a las primarias para la presidencia de la Comunidad de Madrid y Begoña lo hiciese a la alcaldía de la capital. Así se lo trasladé a Villegas, quien como yo también veía en ambos el tándem perfecto para afrontar con garantías esas elecciones de 2015 —Albert, sin embargo, soñaba con el de Cayetana Álvarez de Toledo y Joaquín Leguina, pero por diferentes motivos no fue posible—. Y así, comiendo en el Rodilla de Moncloa, comenzó su carrera política en Ciudadanos la actual vicealcaldesa de la capital de España y, en una reunión en la

antigua sede de la calle Carranza, el que fuese vicepresidente de la Comunidad de Madrid, Ignacio Aguado.

A punto estuve de acompañar a Ignacio en esa candidatura, pues Albert Rivera me lo propuso, sin anestesia: «¿Qué te parece que vayas en las listas autonómicas por Madrid y así ya te instalas allí?». Nunca se me había pasado por la cabeza ser cargo público, pues consideraba que aportaba más dedicándome exclusivamente a labores internas del partido, aunque, como me dijo Villegas, «algún día tenía que llegar». Finalmente, no fue posible, pues era necesario estar empadronado en la comunidad. Aunque propuestas para liderar candidaturas como la de Madrid no nos faltaron, la que más me llamó la atención fue la del propio Luis Salvador, que en apenas tres meses pasó de rechazar ser candidato en las elecciones andaluzas de marzo, porque se había «comprometido con Granada», a querer serlo por la Comunidad de Madrid.

En esas elecciones autonómicas barajamos otros nombres de perfiles independientes para otras zonas de España, entre ellos el de Cristina Seguí, con quien me reuní en Valencia para ver su disponibilidad, pero finalmente se descartó por ambas partes. En la Comunidad Valenciana contábamos con Carolina Punset, que además se había afiliado recientemente a Ciudadanos tras ir como independiente de número tres a las elecciones europeas. Aunque Punset no tenía buena sintonía con algunos del equipo, contaba con experiencia institucional —era concejal de un partido independiente que gobernaba con el PP en Altea— y había demostrado sus aptitudes durante la campaña europea. Además, en Valencia ciudad teníamos a Fernando Giner, una apuesta personal para liderar la candidatura de la capital del Turia. A Fernando me lo presentó Vicente Castillo en un encuentro en Tarragona y rápidamente vi claras sus aptitudes. «Tiene perfil de buen gestor para un futuro gobierno en la Comunidad Valenciana», me dijo Albert tras un desayuno informativo en plena campaña donde Giner desglosó su proyecto de ciudad. Con el listado de futuribles candidatos que fui elaborando durante esos meses de expansión intenté supervisar todas las candidaturas, pero con apenas un mes resultaba imposible, por lo que confié en el buen criterio de los

equipos en los territorios. Donde sí intenté supervisar todo el proceso, siempre en coordinación con las juntas directivas, fue en las candidaturas de las principales ciudades y en aquellas zonas donde afectaba la integración de los candidatos provenientes de UPyD, ya que estos crearon bastantes tensiones internas. En Andalucía, como las elecciones habían sido en marzo, estaba todo más asentado y el proceso fue más sencillo. Al igual que en Cataluña, donde algunos llevaban años trabajando su candidatura municipal. En el resto de España tocó, dentro de lo posible, buscar los mejores perfiles entre la militancia.

Prácticamente la totalidad de los candidatos fueron afiliados al partido, aunque en algunos casos se podían considerar casi independientes porque muchos de ellos apenas llevaban unos pocos meses afiliados. Arriesgamos promoviendo a candidatos sin ninguna experiencia política anterior, sin haberles dado ningún tipo de formación en aspectos comunicativos. «No podemos lanzar a la gente así, ante un micro, una cámara, sin una mínima formación», insistía Albert en más de una ocasión. Y tenía toda la razón, pero los recursos económicos y humanos eran los que eran y la vorágine de esos meses no dejaba tiempo para nada. Para cubrir esa necesidad se fortaleció, más adelante, la secretaría de formación con el objetivo de poder ayudar a los candidatos y portavoces a mejorar sus dotes comunicativas. La formación continua es clave para seguir creciendo personal y profesionalmente, y Albert, dando ejemplo al resto, era el primero en acudir a esos cursos.

En esas elecciones locales y autonómicas de 2015 se eligieron buenos candidatos que demostraban que Ciudadanos —como algunos defendíamos— tenía muchísimo talento interno. Tal fue el caso de Melisa Rodríguez, que fue candidata a la presidencia de Canarias. Melisa, que además sufrió una campaña interna dura, ganó las primarias en Canarias de cara a las elecciones autonómicas y se quedó a muy pocos votos de conseguir representación. La ley electoral canaria nos penalizó. Era una buena portavoz y sabía transmitir bien los mensajes y valores de Ciudadanos, sin embargo, acabó tan desilusionada por el trato

sufrido por parte de algunos compañeros que quiso poner fin a su breve etapa política. Personalmente, por muy bien que nos fuesen las cosas, no me gustaba perder activos, por eso en un viaje de Melisa con Teresa Berástegui a Barcelona, aproveché para hablar largo y tendido con ella. Pedí a José María Espejo que me acompañara, pues él había estado llevando algunas negociaciones en Canarias y conocía también la situación de las islas. En ese encuentro fui muy directo: «Melisa, entiendo tu situación, pero nos gustaría que volvieses a ser candidata para las elecciones generales. El partido necesita perfiles como el tuyo», le dije. Tras analizar pros y contras, acabó aceptando. No estaba equivocado: Melisa se convirtió en una de las caras más visibles de Ciudadanos durante esos años a nivel nacional. Era una excelente portavoz, aunque a veces se hacía difícil el trabajo diario a su lado. Eso le costó más de un problema interno a ella y a los que, como yo, la protegíamos y defendíamos ante aquellos que le ponían palos en las ruedas.

La apuesta por Inés Arrimadas

En esos meses de maratón de elecciones también llegó el momento de saber quién sustituiría a Albert Rivera como candidato a la presidencia de la Generalitat, pues Artur Mas dentro de su hoja de ruta separatista había anunciado hacía meses que el 27 de septiembre habría, nuevamente, elecciones en Cataluña. Jordi Cañas estaba ya fuera de la política y Carina Mejías era la portavoz en el Parlament y candidata por Barcelona en las municipales —aunque ella prefería seguir en el Parlament y la idea de sustituir a Albert no le disgustaba—, así que se abría un abanico de posibilidades y de grandes interrogantes. Se barajó la posibilidad de buscar un perfil independiente y se tanteó, también, a Juan Carlos Girauta, que desde el primer momento lo rechazó. Finalmente, Albert, que llevaba meses dándole vueltas, consideró que Inés Arrimadas era la persona idónea para sucederle. Algunos nos alegramos enormemente, porque el tiempo demostró que

cuando la propuse para estar en el Comité Ejecutivo, y puse en valor su capacidad, no estaba equivocado. Curiosamente, los que la criticaron en su día e intentaron frenar su entrada en la ejecutiva, rápidamente comenzaron a acercarse a ella, e Inés se dejó querer por ellos. Lo importante de esa elección es que nuevamente un perfil interno sobresalía, y se demostraba el potencial de nuestros afiliados.

Con la confirmación de que Inés se postulaba para liderar la candidatura de Ciutadans a las elecciones del 27 de septiembre de 2015 —lo anunció ella misma el domingo 21 de junio—, cerramos las especulaciones que decían que quizá Albert iba a presentarse de nuevo a las elecciones catalanas y, apenas dos meses después, iría a las generales. Resuelta la incógnita, nos pusimos a lanzar todo el proceso de primarias de las elecciones catalanas, pero también, por petición de Albert, de las generales. Le trasladé que era demasiado pronto para realizar las primarias de estas últimas, pues en algunas zonas aún no teníamos visto qué candidatos potenciar y corríamos el riesgo de no tener buenos perfiles en las elecciones más importantes, las generales. Sin embargo, la actualidad política mandaba y Albert quería comenzar septiembre con todos los candidatos elegidos.

De esta forma, realizamos las primarias para las elecciones catalanas consiguiendo tener una buena lista: a Inés la acompañarían Carlos Carrizosa, José María Espejo, Fernando de Páramo —el cual se estrenaba en una candidatura de Ciutadans— y Sonia Sierra, que era concejal en Barcelona. Por Girona y Tarragona repetían Jean Castel y Matías Alonso, respectivamente, y por Lleida, una nueva incorporación, Jorge Soler.

Tras las primarias de las elecciones catalanas, seguidamente vinieron las primarias de las elecciones generales ese mismo verano. Y en ese proceso se produjo mi primer encontronazo con la política de fichajes de independientes. Como he señalado con anterioridad, siempre defendía esas incorporaciones, pero con unos mínimos requisitos, pues consideraba que debían ser personas claramente comprometidas con el proyecto y con los valores de C's, con una trayectoria profesional contrastada y con cierta

popularidad o prestigio, algo que no se daba en algunos de los perfiles que se proponían. Así lo comuniqué a Villegas en varias reuniones donde dejé clara mi disconformidad. «Es que viene recomendado por...», me decía Villegas, que tampoco estaba pasando por un buen momento. Me costaba entender la incorporación de algunos perfiles que, desde mi punto de vista, no reunían los criterios que consideraba debía tener un buen independiente. No fueron unos días fáciles. Además, el cansancio físico de tantos kilómetros recorridos, pero sobre todo el psicológico, me comenzaba a pasar factura. Entonces, decidí cambiar de aires y esa misma semana de las elecciones primarias me fui unos días de desconexión a Ibiza. Precisamente estando allí, la frase de Villegas de que «en política no puedes fiarte de nadie» adquirió todo el sentido cuando se produjo mi primera gran decepción personal. Francesca Benito, mi persona de confianza que estaba haciendo un buen trabajo al frente de la subsecretaría de organización en Cataluña, aprovechó el ruido interno existente para romper el acuerdo del Comité Ejecutivo y postularse a las elecciones primarias de las generales como número tres —tenía que hacerlo como cinco al Congreso, e igualmente iba a ir de número diez al Parlament, un puesto que le aseguraba ser diputada—. Su propuesta como número tres rompía el acuerdo que habíamos alcanzado todos y, además, ponía en peligro la candidatura de Villegas, que se postulaba como número cuatro. Fue una gran decepción personal. Ese mismo día me remangué y, teléfono en mano, me puse a informar a todo el equipo de Cataluña de que Francesca había roto lo pactado y de que se hacía necesario subsanar la situación. Fue un trabajo muy duro el de esos días de julio. Finalmente, las primarias salieron según lo previsto en casi todos los lugares, pero yo me llevé una lección personal aprendida.

En esas elecciones generales fueron acompañando a Albert Rivera por la circunscripción de Madrid los independientes Francisco de la Torre, Marta Rivera —la cual había estado apoyando al partido desde Movimiento Ciudadano en 2013— y Fernando Maura; por Barcelona acompañaron a Juan Carlos Girauta los independientes Toni Roldán y Elena Faba. Dentro de la

estrategia de integrar a miembros de UPyD, como independientes fueron Toni Cantó como número dos por Valencia, Nacho Prendes como número uno por Asturias y Fernando Navarro como número uno por Baleares, además de los ya afiliados a C's Marta Martín como número uno por Alicante y Paco Igea como número uno por Valladolid. A todos ellos los tuvimos que habilitar para que pudiesen concurrir a las primarias, puesto que no eran afiliados o llevaban menos de seis meses como militantes. Tras ese proceso, que en algunos sitios abrió en canal el partido, se puso de manifiesto que los procesos de primarias a los cinco primeros de la lista —como estaba entonces— originaban desgaste y conflictos, pues algunos nunca aceptaban el resultado y lo usaban siempre para hacer graves acusaciones públicas contra el partido —y a veces personales—, buscando hacer el mayor daño posible. Como dirección del partido no nos podíamos permitir esas situaciones y debíamos velar por tener candidaturas unidas, equilibradas y con diferentes perfiles según la estrategia política del momento. Lo vivido esas semanas me convenció, aún más, de la necesidad de hacer primarias solo para los números uno siempre y cuando hubiese una masa de afiliados importante que no pudiese alterar ningún proceso. Llegué a esa conclusión porque durante esos meses nos dimos cuenta de que entraban grupos organizados que podían alterar nuestros procesos internos; el caso más llamativo fue en Extremadura, donde detectamos a más de un centenar de personas con una misma cuenta corriente.

A pesar de todo, de esos procesos salieron buenos candidatos que se destaparon como buenos oradores en el Congreso —al margen de Juan Carlos Girauta y Toni Cantó—, como Melisa Rodríguez, Marta Martín, Saúl Ramírez o Félix Álvarez «Felisuco», entre otros. Sin embargo, tal y como advertí antes del proceso de primarias, algunos candidatos no tenían los perfiles que buscábamos o su labor en el Congreso no fue la que esperábamos, por lo que, en la repetición electoral de junio de 2016, se decidió cambiar hasta dieciséis números uno de diferentes provincias con el objetivo de tener mejores candidatos y equipos más dinámicos. Fue una tarea muy compleja, pues era importante que esas

decisiones no crearan conflictos internos. De todos esos cambios, únicamente se creó cierto malestar en A Coruña entre un grupo reducido de seguidores del candidato de entonces, Antonio Rodríguez. Días antes de hacer la asamblea en Santiago de Compostela para explicarle a los afiliados los motivos, recibí un mensaje anónimo que decía «Ten cuidado. No olvides que Franco era gallego». Como en todos estos casos de amenazas no le di mayor importancia. Aquella asamblea en Galicia fue agitada, parece ser que nos llegaron a poner hasta unos detectives ese día que nos fueron grabando toda la jornada. Esa clase de personas hacían mucho ruido, pero por suerte eran una minoría.

En esa repetición electoral de junio de 2016, también se produjo la renuncia voluntaria de Pepe Calle, número dos por Málaga, que no estaba de acuerdo con el pacto del abrazo que Ciudadanos hizo con el PSOE para intentar sacar adelante la investidura de Pedro Sánchez, ni con las formas de dicho acuerdo. Esa renuncia originó una situación que no se había dado nunca antes en el partido y, por tanto, no estaba reglamentada internamente: ¿cómo se cubriría esa vacante? La Comisión de Garantías, que era el órgano responsable de los procesos de primarias, indicó que el candidato a cubrir el puesto debía decidirlo el Comité Ejecutivo. Era mayo de 2016, el calendario electoral apremiaba —el miércoles 18 de mayo había que presentar las candidaturas—. El domingo anterior, día 15, junto con Luis Díaz, que había pasado de la secretaría de finanzas al equipo de organización como responsable de logística del partido, nos desplazamos a Málaga para tratar la situación. Fue un maratón de reuniones en la sede desde primera hora de la mañana hasta última hora de la tarde, sin pausa alguna. Tenía claro que la persona idónea era Guillermo Díaz, asesor de Juan Cassá en la Diputación de Málaga. Aunque había perdido las primarias ante Irene Rivera el pasado mes de julio, durante aquel año me había dado cuenta de que tenía aptitudes para ser un buen diputado, especialmente de cara a la estrategia de la guerra cultural a la izquierda. La presión interna para que no se nombrara a Guillermo llegó a niveles de amenazas en esas reuniones: «Si no me ponéis a mí, saco a la luz

todo lo que tengo de él y te arrepentirás», decía vehementemente una de las personas con las que me vi durante ese largo domingo de mayo. Llamé a Albert y le indiqué la situación: «Van a salir a la luz unas opiniones de Guillermo sobre Obama, pero es la persona idónea y será un activo para desmontar mitos de la izquierda. Lo hago bajo mi responsabilidad», le dije sin dudarlo. Era la primera vez que le decía a Albert que hacía un nombramiento siendo consciente de la situación interna que se iba a crear y que lo asumía bajo mi responsabilidad. Es decir, ponía mi cargo personal en el partido como aval de Guillermo. A día de hoy, los mismos que lo criticaron en su día lo aplauden, y los que lo apoyaron están decepcionados por su ingratitud y felonía.

Tras esas elecciones de junio de 2016, venían las elecciones gallegas y vascas. Juan Carlos Girauta propuso para Galicia a Cristina Losada, una escritora que colaboraba en diferentes medios de comunicación. Parecía un buen perfil. Me desplacé hasta Vigo y me reuní con ella; al salir llamé a Villegas y le fui francamente sincero: «Yo no la votaría, pero es mi percepción personal, tampoco tenemos plan b», le dije con resignación. Era una mujer amable, formada, de dilatada experiencia como escritora y colaboradora de medios de comunicación, pero no la veía con el perfil idóneo para el partido. Sin embargo, la decisión de que fuese ella estaba tomada y nos pusimos manos a la obra para preparar su entrada en el partido y diseñar esa campaña. Beatriz Pino fue la persona que la acompañó y ayudó, junto con el equipo de comunicación nacional, durante toda la campaña. En Euskadi, nuestra propuesta fue Nicolás de Miguel. Con ambos candidatos tuvimos bastantes contratiempos y resultó difícil seguir una estrategia comunicativa. A medida que pasaban los días se veía más difícil conseguir representación. Galicia y Euskadi se nos resistían.

A partir de ahí, y sin elecciones a la vista —¡por fin!—, teníamos tiempo por delante para buscar futuribles candidatos y, también, miembros de futuros gobiernos, pues se me había indicado que buscara alternativas para todas las comunidades autónomas de España, sin excepción, y en las ciudades más

importantes. Era una de las premisas que tenía Albert, tener a los mejores al frente de las principales candidaturas. «Hay mucho talento en este partido, pero también hay gente buena fuera a la que hay que abrirle las puertas: esto no puede ser una copia de lo que han sido PP y PSOE. Vamos a abrir las listas al talento y os pido que me ayudéis a ello», dijo Albert el 21 de abril de 2018 durante la Convención Nacional del partido que tuvo lugar en El Escorial. Albert se vio forzado a hacer esa afirmación, antes de tiempo, al saltar ese mismo día la noticia de la incorporación de Manuel Valls como posible candidato de C's en Barcelona. Las caras de algunos de los líderes municipales y autonómicos al escuchar esa frase fueron un poema. Llevábamos un año haciendo esa labor de búsqueda de candidatos alternativos, dentro y fuera del partido, en silencio.

Ese trabajo se había hecho con total discreción, como me gusta a mí, por lo que casi nadie tenía conocimiento de esa labor —y así además evitábamos cualquier tipo de filtración o especulación interesada—. Para ello, desde organización, encomendamos a Eugenio Rodríguez que nos supervisara y analizara los perfiles que le iríamos pasando discretamente. Eugenio elaboraba un breve informe de cada uno de ellos donde constaba su formación académica, trayectoria profesional, lugar de residencia, trayectoria política —si la hubiera—, actividad en redes sociales, alguna controversia o punto crítico y aspectos que destacar. Los clasificábamos en cuatro grandes grupos: líderes, los futuros candidatos números uno; políticos, que podían ir en puestos de salida en candidaturas; gestores, que estarían en futuros gobiernos de Ciudadanos y, finalmente, técnicos, que ejercerían de asesores o trabajarían en áreas más técnicas en los gobiernos. Junto a Oriol, analizamos a más de medio millar de personas y realizamos centenares de reuniones personales. Había que prepararse para gobernar. Elaboramos un listado, sectorizado, de los mejores perfiles que teníamos dentro del partido y también de personas de la sociedad civil que de una manera u otra se habían acercado y podrían aportar algo positivo al proyecto.

En diciembre de 2017, en las elecciones catalanas,

incorporamos a Nacho Martín Blanco como independiente en la candidatura por Barcelona en el puesto número seis porque los miembros de Cataluña se negaron a darle un puesto entre los cinco primeros, que era la idea original que tenían Albert y Villegas. Pero no fue hasta las elecciones andaluzas del 2 de diciembre de 2018 cuando pusimos en marcha todo el mecanismo en el que llevábamos tanto tiempo trabajando.

Diciembre de 2018: elecciones a la Junta de Andalucía

Antes del verano, en esa búsqueda de candidatos alternativos, le llevé a Albert dos informes breves a una reunión que tuvimos en el Congreso. Le presenté así a dos posibles candidatos independientes para liderar la candidatura andaluza: por un lado, el ya fallecido Javier Imbroda y, por el otro, al exministro Manuel Pimentel. Finalmente, analizando los pros y los contras, consideramos que lo mejor sería mantener a Juan Marín, aunque los estudios internos indicaban una mala valoración entre nuestro potencial votante. Creíamos que era demasiado arriesgado poner al frente a un independiente en unas elecciones que iban fuera del régimen general y Luis Salvador, que se postulaba internamente como alternativa, no era mucho mejor que Juan. Para suplir esa debilidad que teníamos con Juan, decidimos buscar perfiles independientes que sumaran, pues la idea era hacer una campaña mostrando equipo donde Albert e Inés, acompañados de algunos de esos independientes y perfiles internos del partido, tuviesen mucho protagonismo. Con ello diluíamos las carencias de Juan. Introdujimos en las listas electorales hasta ocho independientes, de diferentes ámbitos y con una trayectoria profesional contrastada, entre los que destacaban Javier Imbroda, Mónica Moreno, Fran Carrillo y Rocío Ruiz, que lideraron las candidaturas de Málaga, Jaén, Córdoba y Huelva, respectivamente, así como Ana Llopis, Mari Carmen Martínez, María José Torres y Concha González. También fueron en puestos de salida los que ya habían sido diputados autonómicos en esa legislatura e incorporamos buenos

perfiles internos de afiliados como María del Mar Sánchez y Raúl Fernández en Granada, Andrés Samper en Almería o Pablo Cambronero en Sevilla. Nuevamente, estuve en la dirección de campaña como coordinador y llevando toda la estrategia territorial. Si en 2015 pasamos de cero a nueve, ahora pasamos de nueve a veintiuno, consiguiendo que Andalucía tuviese, tras treinta y siete años de socialismo, el gobierno del cambio, y la entrada por primera vez de Ciudadanos en un gobierno autonómico.

Fueron Luis Garicano y Toni Roldán, principalmente, los que se encargaron de confeccionar el Gobierno de Andalucía. A ellos les hice llegar el listado de personas que teníamos analizadas y que podían encajar —algunas de ellas entraron en cargos relevantes—. También les indiqué que había un compromiso como partido con dos exdiputados que no repitieron en las listas, injustamente, por las presiones de Luis Salvador y Juan Marín: por un lado, José Antonio Funes, de Granada —aún recuerdo la reunión que tuve con él en su despacho en el Parlamento de Andalucía a principios de julio de 2018—, y por el otro, Marta Escrivá, de Sevilla —que tuvo que aguantar auténticas injusticias por parte de Marín—. A ambos les aseguré que si entrábamos en el gobierno tendrían un lugar en él, y así fue. A día de hoy, algunos de esos perfiles que propuse siguen en puestos de responsabilidad en el gobierno de la Junta.

En busca del talento dentro y fuera del partido

Durante los siguientes meses, y tras las elecciones andaluzas, seguimos con el trabajo de búsqueda y captación de talento. Venían las elecciones autonómicas, municipales, y también generales. Teníamos que tener localizados a los mejores. Tras las declaraciones públicas de Albert en la Convención Nacional y tras visualizarse en las elecciones andaluzas que íbamos en serio con la captación de talento dentro y fuera del partido, comenzamos a preparar los cambios en el resto de España. De cara a las elecciones autonómicas y locales hubo mucha renovación, buscamos afiliados

con popularidad y experiencia institucional que hubiesen demostrado durante esos años aptitudes y capacidades para liderar candidaturas. Así, en la Comunidad Valenciana propusimos a Toni Cantó —diputado nacional por Valencia—; en Castilla-La Mancha, a Carmen Picazo —portavoz en el ayuntamiento de Albacete—; en La Rioja, a Pablo Baena —que llevaba meses siendo el portavoz del partido—; en Navarra, a Carlos Pérez-Nievas —en su día había sido consejero de Navarra con el CDN—; en Cantabria, a Félix Álvarez —diputado nacional—; en Extremadura, a Cayetano Polo —portavoz en el ayuntamiento de Cáceres y portavoz del partido—; y en la Comunidad de Madrid mantuvimos a Ignacio Aguado —aunque algunos propusieron que fuese la diputada nacional Patricia Reyes—. También incorporamos a un candidato independiente en Aragón, como fue el caso del periodista Daniel Pérez Calvo, aunque la idea era que lo fuese otro profesional de la comunicación, Pepe Quílez, quien muy amablemente declinó y tiramos de plan b. Algo parecido pasó en la Región de Murcia; queríamos que fuese la periodista que presentaba los informativos de la televisión regional Carmen Vilches, pero finalmente también declinó y acabamos proponiendo a Isabel Franco. En Canarias tocó preparar la llegada de otra periodista que presentaba los informativos de Antena 3, Vidina Espino, pues nuestro principal activo allí, Melisa Rodríguez, debía seguir con su papel a nivel nacional. Y en Asturias, nuevamente, tuvimos problemas internos de la mano de Nacho Prendes. Mi propuesta era que Laura Infanzón, una afiliada del partido desde hacía años, o Nacho Cuesta, el decano del Colegio de Abogados, lideraran la candidatura al Principado, pero Prendes insistió en poner al rector de la Universidad de Oviedo, Juan Vázquez. Finalmente, el currículum de Juan Vázquez pesó más para Albert y se inclinó por él. Intenté poner todo de mi parte para ayudarle en su llegada al partido y formar un buen equipo, pero resultó casi imposible hacer algo. Desde los inicios hubo encontronazos con todo el partido y la elaboración de la candidatura fue una odisea porque Vázquez pretendía confeccionar una lista de independientes con algunos exmiembros de UPyD. Todo hacía indicar que la mano de Prendes

estaba detrás de esa situación que únicamente creaba conflictos y divisiones internas. Finalmente, conseguimos consensuar, casi por imposición desde la dirección nacional, una candidatura que representara dentro de lo posible los valores de Cs. Ahí descubrí lo que llamé el «elitismo académico», pues algunos consideraban que o se era catedrático o una persona no tenía derecho a demostrar sus aptitudes y conocimientos personales en una candidatura o en una tribuna pública. Nadie ponía en duda el bagaje académico y profesional de Juan Vázquez, que era brillante, pero para liderar un equipo humano en política también se necesitaban otras aptitudes y Juan, por desgracia, parece ser que no las tenía. A pesar de todo, hay que agradecer que alguien como él, con su trayectoria y currículum, estuviese dispuesto a meterse en política y lo hiciese con Ciudadanos. Y yo siempre le manifesté mi gratitud. Pero lo que mal empieza mal acaba. Aunque crecimos, el resultado en Asturias no fue precisamente lo que vendió Prendes a Albert, y Vázquez acabó dimitiendo y dejando su acta.

Desde el partido siempre teníamos a candidatos «oficialistas», pero tocaba que se presentaran a las primarias y las ganaran, y esto exigía una labor a veces titánica —especialmente con los independientes—, pues si no se había hecho un buen trabajo de cohesión de equipos durante los años anteriores, se hacía difícil. El apoyo de la dirección nacional del partido a los candidatos era más que necesario a pesar de que siempre levantaba cierto ruido interno. Desde la secretaría de organización debíamos velar por la igualdad de oportunidades y de derechos de todos, aunque era normal y lógico que la dirección del partido —encargada de la estrategia diaria y máxima responsable de los resultados electorales del partido— buscara candidatos y los apoyara, pero la última palabra siempre la tenía la militancia. El apoyo del partido no era sinónimo de ganar, y en 2019 lo vimos en dos sonados casos. El más mediático —y escandaloso— fue el de Castilla y León, donde se propuso a Silvia Clemente, un alto cargo del PP que había sido presidenta de las Cortes castellanoleonesas, para que concurriese a las primarias de cara las elecciones autonómicas. Su fichaje desató una de las crisis más grandes que sufrió Ciudadanos. El partido se

dividió en dos y algunos aprovecharon para ahondar en la herida. Personalmente, sin hacer ningún ruido, les trasladé a José Manuel Villegas y a Albert Rivera mi disconformidad a la incorporación de Clemente —les remití un largo informe con mis consideraciones— y les propuse dos candidaturas alternativas —con las que estaba trabajando desde hacia meses—: por un lado, un perfil independiente y que encajaba perfectamente en Ciudadanos, como era Soraya Mayo —secretaria general de la Asociación de Trabajadores Autónomos (ATA) y afincada en Valladolid— y, por el otro, a Gemma Villarroel, afiliada a Ciudadanos y portavoz en León desde 2015. La situación se acabó enquistando, con escándalo incluido en el proceso de primarias, que acabó en los juzgados. Finalmente, Paco Igea, aprovechando hábilmente la situación, se postuló y ganó las primarias. Paco, que se incorporó a Ciudadanos en 2015 tras perder las primarias para ser candidato autonómico por UPyD, llevaba tiempo disconforme con parte del equipo de Castilla y León y en varias ocasiones hizo el amago de dejar el partido siendo diputado nacional. Venía con una estrategia muy preparada —algo legítimo— y el fichaje —erróneo desde mi punto de vista— de Silvia Clemente fue la excusa perfecta para postularse a las primarias que acabó ganando, como era de esperar. Y es que, para presentar un perfil independiente a unas primarias primero se debe conocer a la militancia y Clemente, por su trayectoria, no encajaba en ella.

Algo parecido pasó con Xavier Pericay en Baleares. A pesar de que fue uno de los impulsores de Ciutadans y pidió en varias ocasiones la dimisión de Albert Rivera y la integración de Cs en UPyD, en 2015, ante el auge que estábamos teniendo, se volvió a acercar al partido y lo apoyamos desde la dirección nacional como candidato a las elecciones al Parlamento balear. Sacamos un pésimo resultado con él de candidato —solamente dos diputados —, algo que nos sorprendió a muchos. Durante esa legislatura, desde el equipo de organización, intentamos hacer ver a Pericay que era importante que estuviese más cerca de la militancia y visitara a menudo a los equipos de Menorca e Ibiza, que les tendiese la mano e hiciese una política más activa en el

Parlamento. Casi un año antes de las elecciones autonómicas, el 4 de julio de 2018, el equipo de organización de Baleares, con Joana Capó al frente, le comunicó la estrategia que estaba llevando a cabo uno de sus colaboradores, Marc Pérez, para ser el candidato en 2019. Sin embargo, Pericay y la otra diputada, Olga Ballester, decidieron obviar esa información. Finalmente, a pesar de que Pericay era el candidato oficial y algunos nos desplazamos expresamente hasta las islas para apoyarle públicamente entre la militancia, el trabajo que no había hecho en cuatro años era difícil hacerlo en un par de semanas. Marc Pérez se presentó a las primarias y acabó ganándole, pues había hecho una gran labor con los afiliados, colaborando en todos los aspectos posibles de la vida interna de Cs y ganándose la confianza de cargos y militantes, como los que gestionaba Fernando Navarro, que coordinaba los grupos de trabajo compuesto por un centenar de afiliados. La elección de Marc fue un contratiempo importante, pues no tenía experiencia institucional ni tampoco grandes dotes comunicativas, por ello nos vimos en la necesidad de darle más visibilidad a Patricia Guasp —decidimos que fuese de número dos— y a la candidata del Consell Insular de Mallorca, Beatriz Camiña. En esas elecciones autonómicas crecimos pasando de dos a cinco diputados. Este caso concreto demuestra que si un candidato no está bien valorado entre los afiliados, por mucho esfuerzo y trabajo que se hiciese desde el partido, la militancia acaba decidiendo con su voto. Pericay cayó en el error más grande que uno puede cometer, subestimar a sus compañeros. Fueron los suyos, los más cercanos, los que le retiraron el apoyo en esas primarias. Ponerse la etiqueta de «intelectual» no te hace invencible. Se lo expliqué en su día, pero a veces a algunos les cuesta ver la realidad, porque consideran que nunca cometen errores, que están por encima del bien y del mal.

En las elecciones municipales hubo bastantes cambios, no solamente el de Carina Mejías en Barcelona, sino también en numerosas ciudades importantes. Intentamos que los mejores del partido se pusiesen al frente y, en algunos sitios, con perfiles de independientes. En varias ciudades importantes lideraron las

candidaturas diputados autonómicos de esa legislatura que habían adquirido experiencia y popularidad entre la ciudadanía y, en otras, mantuvimos a los mismos candidatos de 2015 que habían demostrado un gran bagaje y se habían consolidado como alcaldables entre sus vecinos.

Las elecciones europeas no se quedaron al margen de la incorporación de personas ajenas a Cs; esa candidatura fue liderada por Luis Garicano —el cual había rechazado ir en las listas de las elecciones generales de 2015 porque personalmente no le compensaba—. Llegaron también perfiles de otros partidos como Maite Pagaza (UPyD), Soraya Rodríguez (PSOE) o José Ramón Bauzá (PP), y recuperamos a Jordi Cañas, a quien también se le propuso un puesto en las listas de las generales, pero había cerrado con Villegas ir en la candidatura europea.

Finalmente, confeccionamos la candidatura para las elecciones generales de 2019, la más compleja y la que debía tener diferentes perfiles para conseguir un equipo unido pero diverso. Albert fichó personalmente a Edmundo Bal, Sara Giménez, al ya fallecido Joan Mesquida y a Marcos de Quinto —este último nos llevaba ayudando altruistamente desde el surgimiento de Movimiento Ciudadano en el año 2013—. Toni Cantó propuso a María Muñoz para Valencia. También supuso el salto de Inés Arrimadas a la política nacional: fue ella quien insistió a Albert que quería abandonar Cataluña e irse a Madrid, al igual que también lo pidieron otros diputados y concejales. Para esas elecciones, Albert nos requirió a miembros del Comité Permanente que comenzásemos a liderar candidaturas; así, Villegas fue por Almería; Marta Rivera, por A Coruña, y un servidor, por Granada, donde se barajó también la posibilidad de que lo hiciese Fernando de Páramo. Durante esos meses previos a confeccionarse las listas comenzó a manifestarse el interés de algunos, como Toni Roldán o José María Espejo, por colocar a miembros de su equipo liderando listas. Sin embargo, muchos de estos perfiles no encajaban con la estrategia de elegir a unos candidatos que sumaran votos. Ambos no entendían que esto no consistía en proponer a los amigos, sino a los mejores.

Economistas, agricultores, sanitarios, abogados, arquitectos, policías, escritores, ingenieros, periodistas, filólogos, deportistas, politólogos... Habíamos conseguido un grupo parlamentario con expertos —por su formación académica o por su trayectoria profesional— en diferentes ámbitos que nos aseguraba tener buenos portavoces en las comisiones más técnicas del Congreso. Este equipo multidisciplinar tenía algo vital que aseguraba su compromiso: la gran mayoría eran del Ciudadanos auténtico, vinieron a Cs para servir y no para servirse.

Con el tiempo se vio que, casi siempre, los mejores perfiles los teníamos dentro de casa y los mejores resultados los conseguía alguien que había venido a Cs para aportar su granito de arena. Y aunque los independientes aportaban un plus, si eran bien elegidos, con el tiempo nos dimos cuenta de que algunos de ellos vinieron a Cs con el único objetivo de intentar ser ministros —lo intentaron con Rajoy en 2016 y con Sánchez en 2019—, y al no conseguirlo, se fueron por donde vinieron sin ni siquiera dar las gracias a aquellos que hicieron posible que llegasen a ocupar un escaño. Como dijo Girauta, «hicimos hombrecitos por toda España, que si no fuese por Cs, no los hubiese conocido nadie».

8

AL SEPARATISMO SE LE GANA EN LAS URNAS

«Construimos Ciutadans para hacer frente a este momento», era una de las frases que nos repetíamos, con tristeza, durante aquellos fatídicos meses de septiembre y octubre de 2017, cuando se estaba produciendo una insurrección y un golpe de Estado en Cataluña. Si alguien había estado —y estaba— defendiendo sin miedos ni ambigüedades los valores constitucionales de la unión, la igualdad y la libertad, esos habíamos sido nosotros, y lo estábamos haciendo en el lugar donde más falta hacía, la tierra que nos vio nacer y crecer, en Cataluña.

En el primer manifiesto realizado por los intelectuales que dio origen a Ciutadans y se presentó en 2005, se resumía claramente la situación política y social de Cataluña:

> La táctica desplegada durante más de dos décadas por el nacionalismo pujolista, en la que hoy insiste el Tripartito, ha consistido en propiciar el conflicto permanente entre las instituciones políticas catalanas y españolas e, incluso, entre los catalanes y el resto de los españoles. Es cada vez más escandalosa la pedagogía del odio que difunden los medios de comunicación del Gobierno catalán contra todo lo «español».

Y es que el origen de ese golpe de Estado no se remonta al Govern del prófugo Carles Puigdemont, sino a muchos años atrás. El nacionalismo nunca tiene suficiente y siempre quiere más. Las cesiones que los dos principales partidos fueron dando durante tantos años a los nacionalistas a cambio de acuerdos en la Moncloa, lejos de apaciguar sus ansias separatistas, les

demostraron que mediante el chantaje político podían conseguir, poco a poco, sus objetivos. Tanto el Pacto del Majestic en 1996 como los dos tripartitos en 2003 y 2006 —junto con el nuevo Estatut—, que originaron un cambio hacia postulados más separatistas, son el claro ejemplo de cómo se ha ido cediendo, paso a paso, ante los deseos de la hoja de ruta de los nacionalistas. Y así llegó el adoctrinamiento a la sociedad catalana mediante la educación y los medios de comunicación, el arrinconamiento del castellano como lengua vehicular en la enseñanza o como uso en la Administración catalana, el ir borrando de cada rincón de Cataluña cualquier símbolo oficial de España y hasta señalar públicamente a aquellos que no siguiesen el dogma nacionalista. Una estrategia que ya estaba escrita desde 1990 con el conocido Programa 2000 del pujolismo y que, desde entonces, fueron ejecutando con total libertad. Entre unos y otros, alimentaron a un monstruo que, cuando se hizo grande, ya no pudieron parar.

Precisamente, muchos catalanes teníamos un sentimiento de orfandad política en Cataluña por esos pactos que se traducían en cesiones constantes a los nacionalistas y separatistas, lo que originó que parte de la sociedad civil catalana nos organizáramos y apoyáramos la construcción de un nuevo proyecto político en nuestra tierra. Los intelectuales que firmaron aquel primer manifiesto de Ciutadans de Catalunya en 2005 lo reflejaron claramente:

> Los abajo firmantes no se sienten representados por los actuales partidos y manifiestan la necesidad de que un nuevo partido político corrija el déficit de representatividad del Parlamento catalán. Este partido, identificado con la tradición ilustrada, la libertad de los ciudadanos, los valores laicos y los derechos sociales, debería tener como propósito inmediato la denuncia de la ficción política instalada en Cataluña. Oponerse a los intentos cada vez menos disimulados de romper cualquier vínculo entre catalanes y españoles. Y oponerse también a la destrucción del razonable pacto de la transición que hace poco más de veinticinco años volvió a situar a España entre los países libres [...] Llamamos, pues, a los ciudadanos de Cataluña identificados con estos planteamientos a reclamar la existencia de un partido político que contribuya al restablecimiento de la realidad.

Y así nació el proyecto que pondría pie en pared contra los abusos del nacionalismo.

«Me gustaría impulsar en Cataluña una nueva etapa donde también importen las personas», dijo Albert Rivera en su primera intervención en el Parlament el viernes 24 de noviembre de 2006 durante el debate de investidura de José Montilla. Llevábamos años que, en Cataluña, las políticas cada vez más giraban hacia aspectos identitarios, no sociales. La «construcción nacional» de Cataluña era la hoja de ruta a seguir y los partidos o la asumían como propia o no eran lo suficientemente fuertes para ponerle fin.

Al conseguir Ciutadans los tres primeros escaños el 1 de noviembre de 2006, se nos abrió una luz de esperanza a muchos. Noventa mil catalanes valientes que, con su voto, comenzaron a escribir la historia de lo que sería primero la resistencia a las políticas nacionalistas para convertirnos, apoyados en 2017 por más de un millón de catalanes, en el muro de contención de los golpistas separatistas. Una historia de once años donde intentamos defender el honor y la dignidad de todos esos ciudadanos de Cataluña que fueron humillados por los separatistas. Demostramos, por primera vez en la historia democrática de España, que se podía ganar a los separatistas en las urnas.

Durante años los independentistas fueron ganando terreno gracias a su estrategia de ingeniería social. Su primera muestra de fuerza fue la manifestación contra la sentencia del Estatut del 10 de junio de 2010 bajo el lema «Somos una nación, nosotros decidimos», que fue apoyada por todos los partidos menos PP y C's. A la cabeza iba el entonces presidente de la Generalitat, el socialista José Montilla —natural de Iznájar, provincia de Córdoba—, que fue quien cedió, con la connivencia de José Luis Rodríguez Zapatero, una serie de competencias clave a ERC de Carod-Rovira. Aquella manifestación fue la primera donde las esteladas ganaban a las señeras. Algo estaba cambiando, a peor, con ese *tripartit*.

Pocos meses antes de esa manifestación, hubo una primera consulta separatista. Fue el 13 de septiembre de 2009 en Arenys de Munt, con el apoyo del propio Ayuntamiento, que acordó ceder dependencias municipales para su celebración. El PSC, con

representación en el consistorio, se opuso a ello, pero no tomó ninguna medida. Desde Ciutadans presentamos una solicitud a la delegación del Gobierno para que tomara todas las acciones necesarias y suspendiese la consulta. Rápidamente la abogacía del Estado presentó un recurso y la justicia anuló el acuerdo plenario pocos días antes de celebrarse la consulta separatista. Aunque finalmente la realizaron en un centro cívico de la localidad, esta no tuvo ningún tipo de garantías democráticas.

Esa primera consulta de 2009 fue la que encendió la mecha. Numerosos municipios comenzaron a aprobar mociones, algunas de apoyo a la consulta de Arenys y otros para impulsar una similar. A partir de ahí, nació la Associació de Municipis per la Independència (AMI) y otras entidades similares cuyo objetivo era proponer, sin tapujos, la secesión de Cataluña. Comenzaron a basarse en una serie de supuestas agresiones y agravios que sufría Cataluña por parte del resto de España y del Gobierno de la nación. Así surgieron campañas con tintes supremacistas como la impulsada por Convergència en 2013 bajo el lema «La España subsidiada vive de la Cataluña productiva». Nada era nuevo, pues parte del nacionalismo catalán —mutado ya al independentismo— siempre ha tenido esas tendencias xenófobas y supremacistas. Jordi Pujol definió en su libro *La inmigración, problema y esperanza de Cataluña* (CiU, 1976) que «el andaluz es un hombre poco hecho, que vive en su estado de ignorancia y de miseria cultural». Su mujer, Marta Ferrusola, dijo: «Mis hijos no podían jugar en el parque porque todos hablaban castellano». Heribert Barrera, exlíder de ERC, manifestó claramente ese racismo característico al afirmar que «los negros tienen una inteligencia inferior...», o que «se debería esterilizar al débil mental de origen genético». En esa misma línea sobre la supuesta superioridad genética de los catalanes —solo los que hablen catalán, claro— se expresó Oriol Junqueras al afirmar que «los catalanes tienen más proximidad genética con los franceses que con los españoles». Quim Torra, por su parte, en un artículo titulado «La lengua y las bestias» escribía que los castellanohablantes de Cataluña «son carroñeros, víboras, hienas. Bestias con forma humana». Hasta alguien como Josep

Antoni Duran i Lleida, que en Madrid era visto como estadista, afirmó que «con lo que damos nosotros reciben un PER para pasar una mañana o toda la jornada en el bar».

Los tics racistas no se quedaban solo en los cargos políticos, sino que también ocupaban otros estamentos públicos, como la afirmación que hizo el que fue director de TV3, Joan Oliver: «Los españoles son españoles y son chorizos por el hecho de ser españoles». Todas esas manifestaciones repugnantes originaban que se trasladara también a la calle una de las frases más usadas por ese racismo separatista, «Habla catalán o emigra», que no se ha dudado en usar más de una vez, en forma de pintadas en comercios, para señalar a aquellos empleados o propietarios que hablan en castellano. Y esta es la triste realidad de lo que pasa en Cataluña. No todos los separatistas son supremacistas, pero hay una gran cantidad que sí lo son, y cuando estos han ocupado cargos institucionales muy relevantes viene el problema. Porque esos mismos que consideran a los catalanes —los que solo hablan catalán— una raza superior al resto —los que hablan castellano— son los que dictan y marcan las leyes en Cataluña, los que dicen lo que debe salir en los libros de texto de las escuelas catalanas o en los medios públicos. Y ahí es cuando entramos en un juego muy peligroso, porque inyectar odio contra tu vecino, tu compañero, tu amigo o tu familiar por la lengua que hable o el lugar donde haya nacido es inocular, desde pequeños, grandes dosis de racismo cultural.

Enfrentarnos a los que habían estado asumiendo esos discursos xenófobos y supremacistas, que realmente se creyeron el cuento procesista, es lo que nos tocó hacer desde C's y a todos los constitucionalistas durante estos últimos años. Porque si la consulta de Arenys de Munt fue la que encendió la mecha, Artur Mas y Oriol Junqueras fueron quienes echaron la gasolina tras su acuerdo de gobierno en 2012 donde establecieron, claramente, la realización de un referéndum separatista. Y ese primer referéndum global en Cataluña, se hizo el 9 de noviembre de 2014. Algunos consideraban que la huida hacia delante de Mas era para intentar tapar con la estelada los numerosos casos de corrupción que

estaban azotando su partido, aunque algunos pensamos que la hoja de ruta marcada por Pujol en su Programa 2000 era para llegar a ese punto final, el de la independencia, costase lo que costase. Ese 9 de noviembre de 2014, desde Ciutadans organizamos un acto en el auditorio AXA de Barcelona y recordamos que ya en 2010 alertamos de cuál era el camino a recorrer por el nacionalismo. El propio Tribunal Constitucional advirtió de su ilegalidad, pero Mas desobedeció y la consulta se realizó. Ese fue el primer ejemplo de que los políticos separatistas estaban dispuestos a llegar hasta las últimas consecuencias, que se creían estar por encima de lo divino y lo humano.

Tras ese primer referéndum ilegal en noviembre de 2014, y en plena expansión y crecimiento del partido por toda España, pedimos sin fisuras unas nuevas elecciones autonómicas. Cataluña necesitaba un cambio de rumbo, un gobierno sensato que pensara en todos los catalanes, tender puentes y poner fin a la ruptura social a la que nos estaban llevando Mas y Junqueras. Las elecciones llegaron el 27 de septiembre de 2015. Artur Mas y Oriol Junqueras se presentaron en coalición, con otras fuerzas políticas separatistas de menor entidad, bajo la candidatura de Junts pel Sí. Su propuesta era clara: proclamar la independencia de Cataluña. Intentaron vestir esas elecciones autonómicas como plebiscitarias, y los separatistas mostraron su unidad ante ese objetivo. El eurodiputado de ICV, Raül Romeva, fue de cabeza de lista por Barcelona —aunque todos sabíamos que no sería el candidato a presidente de la Generalitat—, le acompañaron Carme Forcadell —presidenta de la Assemblea Nacional Catalana—, la ya fallecida Muriel Casals —presidenta de Òmnium Cultural— y seguidamente Artur Mas como número cuatro y Oriol Junqueras como número cinco. Junts pel Sí ganó las elecciones con 62 diputados, pero se quedó lejos de los 68 diputados que daban la mayoría absoluta y apenas llegó al 40 % de los votos. Su objetivo de sacar una mayoría holgada y tener un apoyo mayoritario de los catalanes se quedó lejos, pero ese baño de realidad, que evidenciaba que la mayoría de los ciudadanos de Cataluña no eran separatistas, no les hizo cambiar ni una coma en su hoja de ruta. Finalmente, Artur

Mas, que era el verdadero candidato a la presidencia de la Generalitat, anunció que no se presentaría y propuso en su lugar a Carles Puigdemont, tras llegar a un acuerdo con los radicales de la CUP (la extrema izquierda separatista había sacado diez escaños con poco más del 8 % de los votos).

Fueron las elecciones de los 25 diputados y de convertirnos en líderes de la oposición. Ciutadans era, claramente, una alternativa real de gobierno. En esas elecciones resulté elegido, por primera vez, diputado, al ir como número siete por Barcelona. Uno de los mayores honores que he tenido en mi vida fue el poder decir, alto y claro, desde mi escaño naranja en el Parlament de Catalunya representando a miles de catalanes, ¡no! a la investidura de Artur Mas y Carles Puigdemont y, por tanto, ¡no! a su proyecto rupturista y represivo.

Para darle la vuelta a la situación que se estaba viviendo en Cataluña era imprescindible conocer, alejados de cualquier interés partidista, el origen del problema. Por eso, desde Ciudadanos a nivel nacional siempre hicimos hincapié en tres aspectos: una reforma de la ley electoral para que una minoría nacionalista dejara de chantajear a la gran mayoría de los españoles —no podía ser que un 5 % de la población española decidiese el futuro del otro 95 %—; un pacto nacional por la educación que pensara en una generación y no a cuatro años —donde se enseñara la verdadera historia de España, sin sesgos ideológicos ni identitarios y el castellano dejara de estar arrinconado—; y el fin de la ingeniería social que se estaba llevando a cabo desde hacía años a través de los medios de comunicación y otros estamentos públicos. Sin embargo, con 40 diputados primero, en las elecciones de diciembre de 2015, y 32 diputados después, en las de junio de 2016, con moción de censura por medio, resultó imposible llevar a cabo esas reformas tan necesarias entonces y que a día de hoy siguen siéndolo.

Muchos diputados y dirigentes del PSOE y del PP nos trasladaban en privado la necesidad de tomar las riendas en Cataluña y hacer algo, pero nos reconocían el miedo a una reforma electoral donde pudiesen perder representación si se buscaba una

ley con más proporcionalidad. Y que tomar medidas poco populares —entre los nacionalistas— les hiciesen perder apoyos electorales o el poder en la Moncloa. Rápidamente percibí en esas conversaciones que el miedo y los cálculos electoralistas acababan, en cierta forma, apoderándose de los dirigentes de los partidos y bloqueaban cualquier intento en la búsqueda de soluciones.

Mientras en el Congreso no se producía la investidura —lo que daría lugar a la repetición electoral en junio de 2016—, los separatistas seguían su «camino hacia Ítaca», como hizo referencia en su día Artur Mas. Tenían marcado su trayecto y no había marcha atrás. Desde Ciutadans, con todo el trabajo hecho desde 2010 y con una buena campaña donde toda la estrategia de *marketing* en torno a Inés salió a la perfección —con cambio de imagen incluida—, nos pusimos a liderar la oposición y a manifestar que había una alternativa de gobierno al separatismo. Éramos, por suerte o por desgracia, los únicos legitimados para poder plantarles cara, pues no teníamos ni ataduras ni mochilas del pasado. La legislatura en el Parlament comenzó a andar y, pocos meses después, también en el Congreso.

Aquel 11 de septiembre de 2016, los separatistas llevaron a cabo cinco manifestaciones simultáneas durante la Diada en: Barcelona, Tarragona, Lleida, Berga (Barcelona) y Salt (Girona). Carles Puigdemont, que había sido alcalde de Girona, lideró la manifestación de Salt, siendo la primera vez que un presidente de la Generalitat asistía a una manifestación claramente separatista. Aquel día dejó claro que vendría un año difícil y que el golpe de Estado se iba a producir: «Espero que para la Diada del año que viene haya convocadas unas elecciones constituyentes, en que Cataluña se encuentre en el tránsito entre la posautonomía y la preindependencia», afirmó con rotundidad. A pesar de esas declaraciones, desde Madrid parecían no inmutarse. Y es que muchos creían —a pesar de que algunos llevábamos años advirtiéndolo— que los separatistas no se atreverían a llegar tan lejos. Ya en 2012, en un debate de política general en el Parlament de Catalunya, Albert Rivera señaló claramente a Artur Mas cuando le espetó que le daba «el mismo miedo un golpista vestido de verde

con un tanque que un golpista con corbata subido en un A8». Desde entonces, fuimos alertando de cuál era el objetivo de Mas y los suyos. Hasta que llegó septiembre de 2017, el punto de no retorno, y todo el mundo se echó las manos a la cabeza. No dirán que no estaban advertidos.

Los grupos separatistas en el Parlament llevaban meses trabajando para elaborar su plan golpista. El 6 de septiembre de 2017, el Parlament aprobó ilegalmente —con los votos a favor de Junts y la CUP y la abstención de la marca blanca de Podemos— la convocatoria de un referéndum separatista. Fue un pleno muy tenso. Todos los diputados de Ciutadans plantaron cara, como nunca antes se había hecho, al desafío separatista con valentía y sensatez. Dos días después, el 8 de septiembre, el Parlament aprobó la Ley de Transitoriedad Jurídica y Fundacional de la República Catalana, que debía servir como norma suprema hasta la aprobación de la futura constitución de la república.

El 1 de octubre y la declaración unilateral de independencia

Llegó el 1 de octubre, la celebración del referéndum separatista ilegal, el día de la infamia. Recuerdo esa jornada con tristeza e impotencia; mientras la mayoría de los catalanes se quedaban en casa, otros salieron a consumar la ruptura social que buscaban los golpistas. El día 10 de octubre, Carles Puigdemont leyó la declaración unilateral de independencia firmada por 72 diputados. La independencia duró 56 segundos. Lo que tardó Puigdemont en dejarla en «suspenso» hasta que fue votada el día 27 en el propio Parlament y aprobada por setenta votos a favor, dos en blanco y diez en contra. 53 diputados (Cs, PSC y PP) abandonaron el pleno y ese mismo día pusieron en marcha la Ley de Transitoriedad Jurídica y Fundacional de la República Catalana. Recuerdo que ese día me desplacé de Madrid a Barcelona, al Parlament de Catalunya, quería estar cerca de mis compañeros, con parte de aquellos con los que iniciamos esta aventura política en 2006. Debajo del brazo

llevaba una bandera española oficial que nos había conseguido Paco Sierra y me había traído Luis Díaz, pues con la declaración de la independencia era probable que arriaran la bandera española de la fachada del Parlament; en ese caso, estábamos decididos a izarla de nuevo. No íbamos a dar ni un paso atrás en defensa de nuestros valores constitucionales, que tanto sudor y lágrimas les habían costado a nuestros padres y abuelos.

Lo que los separatistas hicieron esos días fue abolir la democracia y todos los derechos y libertades de los ciudadanos en Cataluña, suprimiendo *de facto* la Constitución y el Estatut. A todas luces nos encontrábamos ante un golpe de Estado, 83 años después de que Lluís Companys, en octubre de 1934, diese el suyo contra la Segunda República española, declarando el «Estado catalán». La historia se repetía. Porque no conocer la historia hace que la misma se repita. De aquellas semanas de tensión e incertidumbre, algunos nos sentimos muy orgullosos de la defensa de los valores constitucionales y de la democracia que hicieron los diputados de Ciutadans con Inés Arrimadas y Carlos Carrizosa al frente desde sus escaños y con José María Espejo desde la propia mesa del Parlament. Ellos dieron voz a miles de constitucionalistas que durante años estuvieron callados.

Ciutadans rompió la espiral del silencio que se había instalado en las instituciones, y entidades civiles, como Societat Civil Catalana, ayudaron a que las voces de esa Cataluña silenciada por el separatismo se escuchasen, sin miedo, como se demostró en la manifestación del 8 de octubre de 2017 en Barcelona, donde más de un millón de personas inundaron las calles de la ciudad con banderas catalanas, españolas y europeas. Algo estaba comenzando a moverse en la sociedad. Sin embargo, como hemos visto, eso no hizo cambiar ni un ápice la hoja de ruta separatista.

Aquellos días los viví con tristeza y dolor. Veía cómo Cataluña, la tierra que me vio nacer y crecer, se dividía y se rompía. Amigos, vecinos y familiares enfrentados por la irresponsabilidad y el fanatismo de unos mediocres gobernantes hambrientos de poder que se creían seres sobrenaturales. Familias huyendo de Cataluña para dejar de ser señaladas, acosadas o

amenazadas. Empresas reubicándose en otros lugares de España. El separatismo había convertido Cataluña en una tierra hostil para todo aquel que no tuviese una estelada en el balcón, dejando de ser una tierra de acogida y de oportunidades, pero desde Cs no nos resignamos y pusimos toda nuestra fuerza y voluntad para intentar darle la vuelta a la situación.

Por suerte, en España el Estado de derecho funcionó. El 16 de octubre de 2017, la Audiencia Nacional decretó prisión preventiva para Jordi Cuixart y Jordi Sànchez tras los graves incidentes ocurridos frente a la Consejería de Economía en Barcelona el 21 de septiembre, donde no solamente se destruyeron varios vehículos oficiales de la Guardia Civil, sino que también extrajeron material que había en su interior y coaccionaron y amenazaron a los agentes que estaban cumpliendo órdenes judiciales. El Tribunal Constitucional, por su parte, envió varios requerimientos a Puigdemont durante todo ese año y el Tribunal Superior de Justícia de Catalunya pidió al Parlament documentación sobre las diferentes votaciones, entre ellas la del 6 de octubre de 2016, donde se avaló la celebración de un referéndum separatista.

Finalmente, y a pesar de que había cierta negativa por parte de algunos miembros del PSOE, el 27 de octubre de 2017, el Gobierno no tuvo otra salida que activar, previa aprobación por parte del Senado, el artículo 155 de la Constitución. Mariano Rajoy, como presidente del Gobierno, disolvió el Parlament y convocó elecciones para el 21 de diciembre. En aquella votación del Senado se visualizó claramente quiénes estaban con que prevaleciese la democracia y quiénes en contra, hasta el expresidente socialista de la Generalitat, José Montilla, se ausentó de la votación para no apoyar la aplicación del 155. Y los de siempre, nacionalistas y separatistas, se opusieron claramente. Pocos días después, el 31 de octubre, el Tribunal Constitucional suspendió la declaración de independencia y dictó su inconstitucionalidad el 8 de noviembre.

La campaña decisiva

Fueron unos meses muy intensos, tanto externa como internamente. Mientras los separatistas radicales hacían crecer la tensión en las calles de Cataluña —mayoritariamente en Barcelona—, azuzados y protegidos por partidos y grupos independentistas, llegó la hora de organizar una nueva campaña electoral en Cataluña que, sin duda, sería la más importante. Pero la situación interna de nuestro partido en Cataluña no era, precisamente, una balsa de aceite. Y es que algunos querían iniciar «purgas» selectivas contra aquellas personas que fuesen más cercanas al núcleo duro de la dirección nacional de Ciudadanos o que habían alzado la voz, internamente, contra la estrategia que se llevaba a cabo desde el grupo parlamentario de Cataluña durante 2016. Cuando Inés se quedó al frente del partido en Cataluña tras las elecciones de 2015, fueron varios los diputados que durante los siguientes meses nos alertaron de que desde la dirección del grupo parlamentario se estaba intentando dar un «giro catalanista» en el discurso y en las acciones del partido. Ese cambio de estrategia se notó rápidamente en las encuestas, que comenzaron a darnos una bajada notable de apoyos. Inés y parte de su equipo parecían sufrir el síndrome del PSC, el de no querer molestar a los nacionalistas y buscar caerles bien. Decían que querían captar al votante huérfano de Unió. Todo el camino andado desde los inicios de Ciutadans, y que nos estaba llevando a conseguir grandes éxitos políticos, comenzó a ponerse en peligro durante esos meses. Aunque se recondujo la situación, los miedos a esa influencia catalanista en los discursos volvieron cuando en pleno golpe de Estado, en la intervención de Inés del 10 de octubre de 2017 en el Parlament, se le propuso que sería bueno que sacara su pasaporte durante su discurso haciendo un alegato a no tener que usarlo para ir a ver a sus familiares en Andalucía. En un principio, Inés se negó, pero finalmente cedió, lo hizo, y esa imagen con el pasaporte en la mano salió en todos los medios de comunicación. Sin duda, Arrimadas era capaz de realizar unas intervenciones brillantes aunque momentos antes cuestionara la estrategia o hasta se negara a llevarla a cabo.

Desde la dirección nacional, con mucha paciencia y tacto, trabajamos para volver a la senda de la sensatez y a los valores

reales del partido. En esa estrategia política de intentar frenar esos «tics catalanistas» tuvieron un papel importante Fernando de Páramo y José Manuel Villegas. Por mi parte, hice de malo de la película internamente y así evité que desde el equipo de Cataluña —que habían perdido las votaciones internas de cara a la IV Asamblea General del partido— llevaran a cabo cualquier purga interna en la candidatura autonómica, como ya habían intentado hacer en la constitución de varios órganos territoriales. Tras varios encontronazos esos meses —uno de ellos muy serio— con Carlos Carrizosa, José María Espejo y Carlos Cuadrado, tratamos diferentes aspectos en la gestión interna del partido y en la constitución tanto de los comités provinciales como del Comité Autonómico catalán. Con la voluntad de buscar un consenso entre la dirección nacional y la catalana, el 9 de noviembre de 2017 nos reunimos Carrizosa, Espejo, Villegas y yo en la sede de Barcelona para cerrar las candidaturas electorales que presentaríamos al Comité Autonómico al día siguiente. Antes, comí con Xavier Alegre, y también hablé con Jordi Cañas y Sergio Sanz —los tres eran respetados y apoyados por muchos afiliados—, pues desde la dirección de Cataluña llevaban años buscando arrinconarles; a todos ellos les aseguré que no habría purga a pesar de los deseos de algunos. Finalmente, conseguimos que se mantuviesen las mismas candidaturas de 2015 en los puestos de salida, con sus respectivos cabezas de lista en cada provincia, incorporando solo cinco perfiles técnicos. Para buscar unidad y cohesión interna en Cataluña, aconsejé a Carrizosa y Espejo que hablaran con cada diputado y les trasladaran personalmente que contaban con ellos y en qué puesto de la candidatura irían. Lo importante no era quién se colgaba la medalla ante los diputados y cargos, sino que todo el mundo remara en la misma dirección, y más aún en la situación de aquel momento.

Eran unas elecciones históricas donde estaba en juego el futuro de la unidad de España. Por ello, desde Cs hicimos un gran esfuerzo económico al contratar numerosos estudios y al mejorar toda la parte de imagen y estrategia territorial. Esa campaña recayó de nuevo en José Manuel Villegas como director, en

Fernando de Páramo como responsable de estrategia de comunicación y en mí como coordinador y encargado de la estrategia territorial y logística. En Cataluña teníamos los equipos muchos más rodados que en el resto de España, pues al fin y al cabo llevábamos desde 2006, y eso se notó a la hora de ejecutar la campaña. Además, se había hecho una inversión mediática con Inés, nombrándola portavoz del partido en el mes de febrero para potenciar su imagen. Era el momento de ganar a los separatistas en unas elecciones autonómicas por primera vez en la historia de la democracia.

Se barajaron varios eslóganes e imágenes. Recuerdo el día que Fer me enseñó la estrategia comunicativa y de mensaje que se estaba preparando. Yo, que siempre puntualizaba algunos aspectos en los diseños de las campañas, creo que fue la primera vez que salí encantado con la línea en la que trabajaban. Jugando con los mensajes de los separatistas, le dimos la vuelta al eslogan del referéndum ilegal del 1 de octubre y nos presentamos en esa campaña con «Ara sí votarem» (ahora sí votaremos). En el cartel salía Inés, y dejamos el fondo blanco para irnos al color naranja corporativo, cogiendo fuerza el corazón tribandera y la palabra *votarem*. Al *spot*, siguiendo la misma línea que en los anteriores, le pusimos un cierto ritmo musical en el que también hicimos aparecer a Albert. Además, gracias a los 25 diputados obtenidos en 2015 que nos convirtieron en la segunda fuerza política de Cataluña, en estas elecciones tendríamos más representatividad en espacios y medios públicos, por lo que había que aprovecharlo al máximo.

Presentamos la campaña en L'Hospitalet de Llobregat y recorrimos los principales municipios de Cataluña. Desplegamos una carpa iglú de más de diez metros en plena plaza Universitat de Barcelona, atendida todos los días y con diferentes actividades. José María Espejo se encargó de coordinarla. En plena campaña, cambiamos el cartel y sacamos una innovadora imagen de Inés en cómic con el eslogan «Ahora sí, cambio», que corrió por las redes y por grupos de mensajería instantánea como la pólvora y se sacaron nuevos *spots*. Por primera vez, habíamos realizado exhaustivos y

amplios estudios de *microtargeting* que nos permitieron aplicar cirugía a la hora del *mailing*, pero también para diseñar la campaña de estrategia territorial. Para visualizar el partido en la calle y dar imagen de cercanía —no hay miedo ante el desafío separatista— en esos quince días de campaña se coordinaron más de seiscientas carpas ubicadas estratégicamente donde se llegaron a repartir más de medio millón de folletos, 180.000 globos, cien mil pegatinas y veinte mil pins tribandera. La misma estrategia se siguió a la hora de colocar las treinta mil banderolas y cien mil carteles que se pusieron por las calles de Cataluña. Además, buzoneamos más de doscientos mil folletos en los que publicitamos diferentes eventos en zonas de alto porcentaje de jubilados sin acceso a redes sociales y a los que, por tanto, era más difícil que les llegara la información. Estábamos convencidos de que podíamos ganar y los ataques a Inés en los debates televisivos evidenciaron que Ciutadans era el voto útil del constitucionalismo. Memorable fue el cara a cara entre Inés y Marta Rovira, de ERC, un encuentro muy bien preparado por Fer y su equipo, donde Inés desmontó, uno a uno, los mantras de los separatistas. Por primera vez, estábamos ganando la partida.

Fue un mes de diciembre frío que nos perjudicó en el diseño de la campaña de calle. Inés pedía que buscáramos sitios de interior para los actos, pero desde la dirección de campaña teníamos claro que queríamos mostrar que estábamos con la ciudadanía, que las calles eran de todos. Así que recurrimos a mantas y estufas. Hasta en el acto de cierre de campaña en el popular barrio de Nou Barris repartimos chocolate caliente. Ese diseño de campaña de calle originó que Inés perdiese la voz en uno de los debates y me llevase alguna reprimenda por ello. También fue la primera vez que decidí intervenir en un gran acto de campaña. Siempre me había gustado estar en segundo plano, pero el 9 de diciembre estábamos en un acto con Albert e Inés en Girona y mis padres hacía poco que habían decidido —tras cuarenta años en Cataluña— volver a Granada, cansados de la asfixia de los separatistas. Por ellos sentí la necesidad de dar un pequeño discurso y hacerlo en la provincia y en la ciudad donde nací y crecí

y donde mis padres habían pasado gran parte de su vida. Era mi pequeño homenaje a todos aquellos, que como ellos, se afincaron en tierras catalanas y aportaron su granito de arena para construir una Cataluña y una España más próspera.

Tras una excelente campaña y devolver la dignidad —en cada discurso y en cada acto— a los ciudadanos de Cataluña que habían sido señalados, acosados y perseguidos por los separatistas, llegó el día de las elecciones. Ese 21 de diciembre de 2017, por primera vez en la historia de la democracia, un partido constitucionalista —con una mujer al frente— que enarbolaba la señera y la rojigualda sin complejos ganaba las elecciones autonómicas catalanas con el apoyo de más de un 1.100.000 votos. Habíamos hecho historia y convertido a Inés en una heroína nacional.

Sin embargo, los 36 diputados naranjas junto con los 17 del PSC y los cuatro del PP sumaban solo 57 escaños, lejos de la mayoría de los 68. Nosotros habíamos hecho los deberes, pero el resto de las formaciones no. Durante los siguientes días, a pesar de ser fechas navideñas, se abrió el debate si se presentaba o no Inés a la investidura. Aunque los números *a priori* no diesen, algunos fuimos partidarios de que se presentara, con el argumento de que habíamos ganado las elecciones y debíamos destacarlo buscando liderar un gobierno. Además, era lo que esperaban los que nos habían votado y si el PSC o Podemos no nos apoyaban, quedarían retratados. Inés y su propio equipo, así como otros miembros de la dirección del partido, consideraban que constituía un error, puesto que era una votación donde claramente se iba a perder y que Inés, que había salido ganadora, no podía quedar manchada por una derrota en su primera votación. Aquí vino un nuevo episodio de confrontación, ya que comenzó a evidenciarse que algunos pensaban más en su propia imagen y trayectoria personal que en el bien común. Finalmente, los partidarios de que Inés no se presentara a la investidura ganaron el debate. Lo tenían bastante estudiado, porque a los pocos meses Inés comenzó a diseñar —y ejecutar— su hoja de ruta personal hacia Madrid.

9

UN PARTIDO LIBERAL PARA LLEGAR A LA MONCLOA

«Estamos creando un espacio político propio en España a la vez que estamos construyendo un partido político y afrontando diferentes retos electorales», reflexionaba José Manuel Villegas antes de las elecciones generales de 2015 durante una reunión del comité de estrategia. El reto que teníamos por delante era triple, y ninguno de sus tres componentes resultaría fácil.

Con el nacimiento de Ciutadans en 2006, muchas personas de diferente ideología se sumaron al proyecto por su postura clara contra la independencia de Cataluña y su defensa de los castellanohablantes y los valores constitucionales. Es decir, la mayoría de la gente se adhería al partido por su postura identitaria y no por la ideológica. El primer ideario del partido fue un reflejo de esa heterogeneidad de pensamiento, donde un párrafo decía una cosa y la contraria en el siguiente, hasta que Francesc de Carreras en 2007, en la II Asamblea General, consiguió asentar un ideario que equilibraba y daba cabida a las dos principales sensibilidades ideológicas que convivían en C's: los liberales y los socialdemócratas. «El ideario básico de C's se nutre del liberalismo progresista y del socialismo democrático», decía, pero esa transversalidad ideológica, que a la hora de comunicar se intentaba vender como un aspecto positivo, no hacía más que crear problemas.

El partido estaba dividido en dos frentes ideológicos. La búsqueda de acuerdos y consensos en algunos posicionamientos

políticos acababa en enfrentamientos tras horas de debates estériles donde se intentaba imponer de todo menos la razón. En ese ambiente enrevesado, algunos intentaban hurgar en la herida abierta con la creación de corrientes internas ideológicas —que estaban entonces permitidas— como arma para asaltar el poder. Pronto nacieron varias corrientes internas, pero las dos más representativas en su día fueron la de Izquierda Liberal —de la mano de Antonio Robles—, cuyo objetivo era escorar el partido a postulados más de izquierdas, y un tiempo más tarde la de Ciudadanos Liberales —que fue la más numerosa—, que apoyaba la línea política de Albert Rivera y su equipo.

Lamentablemente, las diferentes corrientes que entonces nacían en el seno del partido siempre lo hacían desde una vertiente más destructiva que constructiva, donde la crítica era el eje común de su actividad. Algunas de estas corrientes, con la excusa de aglutinar distintas sensibilidades ideológicas, tenían como único objetivo trasladar a la opinión pública malestar y diferencias, no desde visiones ideológicas distintas, sino sobre las guerras intestinas por el poder. La corriente de Ciudadanos Liberales —a la que yo me sumé— nació precisamente para intentar salvaguardar los principios de C's y mostrar unidad ante los ataques constantes que se vivían durante esos primeros años. En los inicios, con las presiones internas, el partido mostró durante años un perfil más de izquierdas: «centro izquierda no nacionalista», se leía en la *home* de la web del partido. Hasta algunas propuestas del programa de las elecciones generales de 2008 las firmaría el propio Pablo Iglesias. Sin embargo, esa estrategia de buscar un equilibrio ideológico interno y, en ocasiones, forzado por el ala izquierdista del partido, solo hacía que se cometiesen errores y tener malos resultados electorales.

Fue a partir de 2009, tras el error de la coalición con Libertas —nos fuimos de un lado a otro— y la marcha de los últimos sectores más izquierdistas, cuando Ciudadanos comenzó a tener más coherencia ideológica y tanto liberales como socialdemócratas se sentían representados por la mayoría de los posicionamientos políticos del partido. Además, fue cuando se inició la

profesionalización de la parte de comunicación, prensa y redes sociales, y comenzamos a actuar teniendo más presente el eje identitario sin salirnos de los principios de nuestro ideario. Aunque de cara a las decisivas elecciones autonómicas de 2010 algunos sectores muy minoritarios del partido, especialmente los más jóvenes, se opusieron con vehemencia a algunos puntos del programa electoral, como la introducción de algo tan obvio como que Cataluña es España. Recuerdo las intervenciones y conversaciones con Sergio Sanz o Noemí de la Calle, entre otros, donde consideraban que esa afirmación nos ubicaba ideológicamente a la derecha y nos convertían en «españolistas». Claramente habían comprado el ideario del *establishment* nacionalista, que argumentaba que todo aquel que defendía una Cataluña dentro de España era de derechas, rancio y facha. Años después, todos ellos no solo me reconocieron el error de aquella postura que tomaron, sino que, desde sus escaños en el Parlament, hicieron una gran labor también defendiendo la unidad de España, especialmente durante las semanas del golpe de Estado.

Esas disputas internas casi costaron la desaparición del partido en varias ocasiones por la diversidad de perfiles ideológicos, pues había quien venía del PSUC; otros, de la época de Alianza Popular; otros, del PSC, y los que, como yo, veníamos sin militancia anterior alguna. Nos hicieron ver que la clave radicaba en tener un partido asentado y cohesionado ideológicamente. Muchos teníamos claro que la corriente mayoritaria en el partido era la liberal y que, además, la aplicación de las políticas liberales eran las que habían dado progreso económico y social, asentando sociedades avanzadas en numerosos países del mundo. Ciutadans, en su ideario, dejaba claro que sus principios y valores tenían su origen en la época de la Ilustración. Precisamente, el liberalismo político encontraría en ella sus orígenes para su desarrollo ideológico posterior.

«Tengo claro que debemos ser un partido liberal.» Esa primera afirmación se la escuché decir a Albert Rivera cuando conversaba con Nito Foncuberta —que era miembro del Comité Ejecutivo— durante un café en un conocido bar de Barcelona durante las

semanas previas al inicio de las elecciones catalanas de 2010. Nito insistía en la necesidad de fortalecer esa vertiente ideológica dentro de Ciutadans y Albert, en aquellos entonces, también lo tenía claro. Aunque no era el momento de ponerse a hablar de etiquetas ideológicas, pues lo principal era consolidar el partido.

Con algunas excepciones, los nuevos afiliados que iban llegando al partido lo hacían con un perfil más liberal. Muchos de ellos lo hacían tras escuchar a Albert en los medios. «Es que solamente vamos a IntereconomíaTV o VeoTV, si no vamos a La SER no vendrán afiliados más de izquierdas», se lamentaba Sergio Sanz el mismo día que nos presentaron a Inés Arrimadas en la sede del paseo de Gràcia. Inés decía que había conocido a C's tras ver a Albert en *El gato al agua*, algo que irritó a Sergio. La realidad es que siempre íbamos a los medios que nos invitaban, fuese de la línea editorial que fuese.

Tras la consolidación de C's en Cataluña en las elecciones autonómicas de 2012, la puesta en marcha de Movimiento Ciudadano con la posterior expansión del partido se hizo teniendo presente la búsqueda de esa cohesión ideológica, pero siendo conscientes de la necesidad de lograr una centralidad política. Para ello, había que incorporar perfiles más de izquierdas que pudiesen contrarrestar el peso que tenía el partido, de cara a la ciudadanía, hacia la derecha. La gente que conocía a C's nos ubicaba principalmente en la derecha, puesto que la campaña de estigmatización que habían hecho el PSC y los nacionalistas en los inicios señalándonos como un partido de extrema derecha había calado entre el electorado catalán. Con el inicio del *procés* en 2012, empezó a tomar fuerza el eje identitario por encima del ideológico y se comenzó a diluir la etiqueta de partido extremista. No obstante, aún nos quedaba mucho camino por recorrer para querer liderar el centro político español y hacerlo desde los valores liberales.

Los impulsores de Movimiento Ciudadano, y de todo aquel que se fue sumando a la plataforma, tenían como objetivo buscar esa centralidad política que podía aglutinar a izquierda y derecha. Éramos conscientes de que un votante no juzga o etiqueta a un

partido por su ideario —que ni siquiera se acaba leyendo—, sino por sus acciones y propuestas. La incorporación de perfiles más socialistas como Luis Salvador o Juan Marín, ecologistas como Carolina Punset, socialdemócratas como Javier Nart o liberales como Juan Carlos Girauta o Fran Carrillo iban consiguiendo esa suma de sensibilidades en torno a unas propuestas claras para reformar España huyendo de etiquetas. Sin embargo, a medida que C's ganaba músculo interno, lo hacía con una militancia claramente de perfil liberal, tanto aquellos que provenían de otros partidos como los que no habían militado nunca. Fue precisamente analizando el tipo de afiliados y escuchando las intervenciones de la militancia en las numerosas asambleas abiertas que daba por España cuando fui corroborando que esa mayoría liberal sería el camino para poder cohesionar ideológicamente el partido y así evitar las graves disputas y peleas de los inicios. Al menos, había que intentar tener unos posicionamientos políticos y programáticos acordes con nuestros principales valores como partido, sin injerencias internas. Casi sin hablarlo, más allá de conversaciones distendidas en alguna ocasión con Villegas, nos pusimos a ensanchar ese espacio político liberal en España, pero huyendo de cualquier etiqueta. Un equilibrio casi imposible de conseguir. La integración en 2014 del Centro Democrático y Liberal (CDL) se hizo, precisamente, con la idea de que C's fuese el partido liberal en España, puesto que el CDL era el partido que representaba en Europa a nuestro país en la Alianza de los Liberales y Demócratas por Europa (ALDE) a pesar de no tener representación en el Parlamento Europeo.

Tras el éxito de Movimiento Ciudadano, y con la entrada de Ciudadanos en diferentes instituciones, los españoles comenzaron a vernos como un partido de centro y que defendía la unidad de España por su labor política en Cataluña. El eje ideológico y el eje identitario se daban, por primera vez, la mano púbicamente. Estábamos construyendo o, mejor dicho, reflotando el espacio político que en su día fue UCD. Consciente de que el centro político, a diferencia de la derecha o la izquierda, tiene una ideología poco definida —al menos, entre la visión política de la

ciudadanía en general—, nos pusimos a construir y consolidar ese espacio. Si con Movimiento Ciudadano y durante la expansión del partido buscábamos huir de etiquetas, una vez en las instituciones y con el objetivo puesto en gobernar era necesario lograr nuestro propio espacio ideológico. España contaba con un partido conservador con el PP, uno socialista con el PSOE y uno comunista con Podemos. Faltaba un partido liberal y nuestra militancia representaba y se definía en su conjunto con esa corriente ideológica. También lo hacían muchos españoles y los votantes, incluido los potenciales, de Ciudadanos.

Los diferentes estudios, entre ellos los propios indicadores del CIS de 2016 y 2017, indicaban que el 14,1 % de los españoles se consideraba conservador, el 12 % progresista, el 11,4 % socialista, el 10 % liberal o el 7,3 % de socialdemócrata. En esos mismos estudios en el eje ideológico, donde 1 es izquierda y 10 es derecha, ubicaban a Ciudadanos entre el 5 y el 6, es decir, en el centro político con cierta tendencia al centro-derecha. Todos los estudios, los propios y los públicos, indicaban claramente que el partido había crecido con un voto mayoritariamente proveniente del PP y UPyD; el del PSOE apenas representaba un 10 %. En resumidas cuentas, nuestro votante —y potencial votante— se definía principalmente como liberal, progresista, conservador y demócrata. Tocaba adaptar el partido a la realidad social y política. Todos esos perfiles tenían en común que veían a Ciudadanos como una formación que defendía la unidad de España, la Constitución y la regeneración política. Ante esa realidad, decidimos definirnos como un partido liberal progresista, constitucionalista y demócrata. El liberalismo marcaba nuestra principal ideología existente —que nos permitiría tener un suelo electoral propio—, pero para no excluir a otras sensibilidades como la conservadora y socialdemócrata nos definimos también como constitucionalistas y demócratas, dos valores que nos permitían ensanchar el espacio. ¿Qué votante conservador no se define constitucionalista? ¿O qué votante socialdemócrata no se define progresista? Después de diez años, Cs cambiaba su ideario para abrazarse claramente al liberalismo progresista, creando un espacio ideológico y político

propio. Internamente no fue sencillo.

Tras un año 2016 duro, con la repetición de las elecciones generales de junio —donde conseguimos mantenernos por encima del 13 % de voto—, afrontamos nuestra IV Asamblea General sin remontar en los sondeos y con una creciente corriente crítica de afiliados recién llegados que querían acceder a la dirección nacional del partido. El anuncio del cambio de ideario levantó mucho malestar en Cataluña; en cambio, en el resto de España se aplaudió de manera generalizada. El ideario, redactado por Juan Carlos Girauta y Albert Rivera, centró el debate de aquella IV Asamblea General, celebrada a principios de febrero de 2017 en Coslada. Fue un debate sano, leal y de gran altura intelectual. El ruido mediático fue mucho más que el interno, como se demostró en las votaciones, donde el nuevo ideario recibió un 90 % de apoyo de los asistentes; los estatutos, un 98 %, y el documento de estrategia, un 99 %. Para poder tener un espacio político propio que permitiese consolidar a Cs en el panorama político español era clave ese nuevo ideario, pero ese cambio no fue un camino de rosas.

Aunque en el conjunto de España la gran mayoría de la militancia se sentía cómoda en ese espacio ideológico liberal, en Cataluña hubo una dura oposición liderada por Jordi Cañas —que venía de militar en el PSC antes de venir a Ciutadans—, Sergio Sanz, Antonio Espinosa y Xavier Alegre —este último también había sido un cargo del PSC—. Todos ellos defendían, junto con otros compañeros de Cataluña, que se mantuviese la socialdemocracia en el ideario del partido. Precisamente en Cataluña, España Ciudadana —la candidatura oficialista de compromisarios de cara a la IV Asamblea General— perdió ante los socialdemócratas, que se aglutinaron bajo el nombre Mejor Unidos. En el resto de España la candidatura oficialista arrasó. La derrota interna en Cataluña fue consecuencia del creciente malestar interno por las maneras y las formas que Carlos Carrizosa y su equipo tenían a la hora de gestionar el partido y a la tradición histórica socialdemócrata del partido en sus inicios. Los críticos supieron aglutinar ese malestar interno y darle una connotación

más emocional, lo que sumado a los errores de Carrizosa a la hora de confeccionar la estrategia originaron la derrota de la candidatura oficial de Albert Rivera en Cataluña. Era algo que se veía venir, pues precisamente Manuel García Bofill fue el primero en avisar de que no se podía dividir el voto y era clave afianzar la votación a 2/3 de la lista y no a la lista completa —según los estatutos de entonces en este tipo de elecciones solo se podía votar a un máximo de dos tercios de los candidatos a elegir—. Guiándome por los argumentos de Bofill, que conocía muy bien la idiosincrasia de los afiliados en Cataluña, y en un gesto de integración, propuse dejar 1/3 de representatividad a los defensores de la socialdemocracia y centrarnos nosotros en los 2/3 restantes. Finalmente, el equipo de Cataluña hizo oídos sordos y consideró que podían acaparar todos los puestos, pero la realidad se impuso. Perdimos.

Precisamente, durante los debates previos al Consejo General, intenté buscar un acuerdo con el sector socialdemócrata catalán, un consenso que gustara a todas las partes y evitara ruido mediático innecesario. Me reuní en el hotel Barceló Sants de Barcelona con Sergio Sanz y, aunque Antonio Espinosa era partidario de buscar un acercamiento, Sergio se cerró en banda y rechazó frontalmente cualquier tipo de acuerdo; y eso que le expliqué que, en el resto de España, predominaba muy ampliamente el sector liberal y que a la hora de buscar mayorías no tendríamos ningún problema, pero no hubo manera. Tras el rechazo, solo quedaba ganar en la Asamblea General: «Has pasado el rodillo, podíais haber sido más generosos», me recriminaban Ángel Guillén y Carol Torres. No les faltaba razón, aunque les recordé que por mi parte intenté siempre buscar un consenso durante el debate previo, pero que su propio grupo lo había rechazado. Huelga decir que el sector socialdemócrata demostró una lealtad y un compromiso antes no visto tras una Asamblea General de C's, aceptando la derrota y asumiendo el nuevo ideario como propio.

Tras aquella asamblea y con la tensión creciente en Cataluña durante los siguientes meses de aquel largo año 2017 —con la

victoria en las elecciones catalanas incluida—, los sondeos comenzaron a darnos un crecimiento continuo. En un año pasamos de estar en apenas un 13 % en los sondeos a casi doblarlo y superar el 23 %; esa tendencia ascendente seguiría durante los siguientes meses hasta situarnos a la cabeza en las encuestas a partir de la primavera de 2018.

Lejos de relajarnos, nos pusimos a desarrollar la expansión del partido en el ámbito rural, algo que teníamos pendiente: estábamos implantados, con presencia orgánica mediante agrupaciones o grupos locales, en todas las zonas urbanas, llegando a casi el 90 % de la población española, pero nos quedaba ese poco más del 10 %. Para ello, preparamos un ambicioso plan estratégico de expansión con el apoyo de José Manuel San Millán y José Miguel Silva. Desarrollamos, mediante el análisis de numerosas variables cuantitativas, qué zonas de ámbito rural eran más proclives a Cs y en qué provincias de corte rústico —o la actualmente llamada España vaciada— necesitábamos reforzarnos para consolidar escaños. «¿Ahora nos van a votar las vacas?», se reían algunos en el Comité Permanente cuando expuse resumidamente el plan que estábamos desarrollando y que nos ayudaría a consolidar escaños en las provincias donde se repartían tres o cuatro diputados. «Si no llegamos a la España rural, no ganaremos las elecciones», repetía una y otra vez. Tenía claro que no podíamos cometer de nuevo el error de 2015, con propuestas como la supresión de las diputaciones provinciales o la subida del IVA a productos básicos, como propuso el equipo económico y de programas de Luis Garicano y Toni Roldán. Y es que, seguramente, influenciado por nacer en un pequeño municipio de la Costa Brava y conocedor de la vida en la España rural de mis padres y mis abuelos —que como ya he mencionado nacieron en Quéntar, un pueblo de menos de mil habitantes— sabía de primera mano los servicios que prestaban las diputaciones y otras administraciones. En 2015 avisé de que aunque el 70 % de la población española vivía en municipios de más de veinte mil habitantes, la mayoría había nacido en municipios pequeños o tenía su origen en ellos, por lo que mantenía un vínculo sentimental. Proponer la supresión de

diputaciones o la fusión de municipios podría chocar con la parte más emocional del votante y, por tanto, les crearíamos un claro rechazo. De nuevo lo volví a recordar. Algunos me miraban con cara de póker, como si hubiese salido de alguna película de Martínez Soria; al poco tiempo entendí que aquellos que venían aportando ideas mágicas desconocían completamente la realidad de España. Al menos, esta vez se consiguió: conseguimos cambiar la postura y la propuesta acabó siendo la necesidad de reformar la administración y adelgazar las estructuras políticas —quitar grasa— para ahorrar costes superfluos y poder destinarlos a más servicios públicos.

El plan estratégico comenzó a dar resultado. El equipo de organización, coordinado por Oriol Burgès, comenzó a recorrer los municipios prioritarios que habíamos marcado en ese plan y a contactar con afiliados de aquellas zonas. Los nuevos estatutos surgidos de la IV Asamblea General nos habían dotado de una estructura que, ahora sí, se adaptaba a la perfección a la de un partido de ámbito nacional y nos permitía crecer, también, desde el municipalismo. La creación de grupos locales como primer paso para tener agrupaciones se multiplicó. El objetivo era alcanzar las dos mil candidaturas municipales en 2019 y tener una implantación real que llegara a más del 90 % de la población española.

Mientras hacíamos el trabajo orgánico y se seguía creciendo internamente de forma ordenada, los sondeos indicaban ya que Ciudadanos ganaría las elecciones generales con más de un 25 % de los votos. Fue el momento de poner en marcha la plataforma España Ciudadana. La presentamos el 20 de mayo de 2018 en el Palacio Municipal de Congresos de Madrid ante dos mil personas. Fue el acto en el que Marta Sánchez cantó el himno de España con su letra. Nuestro objetivo era acercar a personalidades de la sociedad civil a Ciudadanos y que pudiesen, de una manera u otra, participar en la vida pública aportando su experiencia y conocimiento. Teníamos claro que, para construir un nuevo proyecto común para España, necesitábamos que una gran mayoría recuperara el orgullo de sentirnos españoles. Intentar tener con

nosotros a los mejores era una condición imprescindible. Al igual que hicimos con Movimiento Ciudadano, la plataforma recorrió varias zonas de España. La finalidad de cada acto no era otra que conseguir que figuras de prestigio de diferentes ámbitos interviniesen para mostrar, así, su implicación con Ciudadanos. De esta forma, personalidades como los ya fallecidos Joan Mesquida o Javier Imbroda participaron en los actos de Palma de Mallorca y Málaga, respectivamente. Joan acabaría siendo diputado en el Congreso por Ciudadanos y Javier, diputado en el Parlamento de Andalucía y consejero de Educación y Deporte. Ambos serían miembros del Comité Ejecutivo. Manuel Valls también sería otro que participaría en la España Ciudadana antes de ser candidato por Barcelona en 2019. La plataforma no solo visualizaba el acercamiento de figuras relevantes de la sociedad civil a nuestro partido, sino que también nos sirvió como puente de entrada de algunos independientes en las candidaturas de Ciudadanos.

2018: LA MOCIÓN DE CENSURA Y EL ACTO DE ALSASUA

De los numerosos actos que hicimos con España Ciudadana, el más emotivo, sin duda alguna, fue el realizado en la localidad navarra de Alsasua, el 4 de noviembre de 2018, para apoyar a la Guardia Civil y recordar a las víctimas del terrorismo. En esa localidad, dos años antes, dos agentes de la Benemérita y sus parejas fueron agredidos brutalmente por ochos jóvenes radicales de la izquierda aberzale. El acto coincidía con la preparación de la campaña de las elecciones andaluzas que tenían lugar el 2 de diciembre; sin embargo, yo no podía ausentarme de un acto como ese. Junto con Pablo Cambronero —que es policía nacional en excedencia—, cogimos el coche desde Sevilla y nos fuimos para Alsasua, haciendo noche en Burgos. Sabíamos que no seríamos bien recibidos por los radicales de siempre y sus cómplices, que intentarían provocarnos y agredirnos por defender la libertad.

Llegamos a primera hora de la mañana para ayudar en la preparación del evento, gran parte del equipo como Oriol Burgès,

Luis Díaz, Francisco Lacasa, Vicente Sánchez, Marga Calvo, entre otros, ya estaban allí. Poco a poco fueron llegando radicales que se acercaban amenazantes por la plaza de los Fueros, donde iba a tener lugar el acto. Militantes de Cs de toda España también iban llegando y poco a poco llenaban la plaza; querían estar allí arropando a Albert Rivera, a Fernando Savater y a Beatriz Sánchez —víctima del atentado terrorista de ETA contra la casa cuartel de Zaragoza—. «Los atentados no acaban el día que se producen, pues dejan secuelas que duran toda la vida», hizo hincapié Beatriz ante una plaza llena. A pocos metros, los aberzales intentaron por todos los medios boicotear el acto. Entre ellos estaba el expreso de ETA Jesús María Zabarte, más conocido como el carnicero de Mondragón, que asesinó a diecisiete personas. Fue un acto donde algunos acabamos emocionándonos. A Beatriz aún le temblaba la voz al recordar el atentado de Zaragoza y a todas las víctimas del terrorismo, mientras aquellos que apretaron el gatillo se paseaban libremente a pocos metros de ella. Un ejemplo más que demuestra que algo no hemos hecho bien como país cuando los verdugos, después de tanto sufrimiento causado, campan a sus anchas a pocos metros de víctimas como Beatriz, que se sienten abandonadas.

Tras el acto, desde el PSOE y los partidos nacionalistas nos acusaron de provocadores por hacer un acto en Alsasua apoyando a aquellos que defienden nuestra democracia. Salimos de Alsasua con esa bonita sensación de haber hecho lo correcto, habíamos aportado un poco de justicia apoyando a esos guardiaciviles agredidos y recordando a todas las víctimas del terrorismo.

Pocos meses antes de ese acto, y con Ciudadanos liderando las encuestas, tuvo lugar la moción de censura contra Mariano Rajoy. Con la excusa de los informes judiciales sobre el caso Gürtel que salpicaban de lleno al PP y que salieron a la luz a finales de mayo de 2018, Pedro Sánchez presentó una moción de censura que prosperó con el apoyo de Podemos, nacionalistas, separatistas y los proetarras de Bildu. Por primera vez en la historia de la democracia, prosperaba una moción de censura. De esta forma, aliándose con lo peor de cada casa, Pedro Sánchez se convirtió en

presidente del Gobierno el 1 de junio de 2018. Nos cogió totalmente en fuera de juego, no esperábamos un movimiento así y menos que Rajoy, al ver la posibilidad real de que prosperara la moción, no convocara antes elecciones.

Esa moción cambió todas las tendencias demoscópicas, pues parte de los españoles entendieron que Cs —a pesar de oponernos a la moción y votar en contra— no debía haber retirado el apoyo político a Rajoy tras salir a la luz los informes judiciales sobre el caso Gürtel. Si antes de la moción estábamos por encima del 27 % de voto sacándole cinco puntos a PP y PSOE, en apenas un mes bajamos cinco puntos a la vez que subían el PSOE y el PP. En pocas semanas vimos esfumarse, de la noche a la mañana, el sueño de llegar a la Moncloa.

Esos meses tampoco fueron muy pacíficos internamente. Tras la moción de censura, y a pesar de que todos los sondeos daban a Cs un crecimiento respecto a los resultados de las elecciones generales de 2016, comenzaron los movimientos para intentar debilitar a Albert Rivera. A la secretaría de organización nos llegó que desde el equipo de programas de Toni Roldán se estaba tanteando a cargos intermedios y diputados sobre la situación del partido. No le dimos mayor importancia, pues pensamos que estaba dentro de la normalidad del nerviosismo que pudiesen tener algunos afiliados. Sin embargo, lo más llamativo fue la confirmación del cambio de actitud de Inés Arrimadas durante el verano de 2018. Tras las acciones que desde Cs comenzamos a llevar a cabo en Cataluña, encontramos el rechazo de Inés y parte de su equipo al considerar que estábamos provocando a los separatistas con nuestras acciones, casi el mismo argumento que daba el PSOE ante los medios. Algo había cambiado y no sabíamos el qué. El 29 de agosto de 2018, tuvimos que convencerla para que fuese a retirar lazos amarillos en Alella, un municipio de Barcelona. Tras los nuevos desafíos a la democracia española que estaba realizando el entonces presidente de la Generalitat, Quim Torra, con motivo del primer aniversario del golpe separatista, Inés se mostró reacia a sacar una bandera española durante su intervención en el Parlament el 3 de octubre de 2018 —al igual

que el año anterior con su pasaporte—. A regañadientes, conseguimos que de nuevo se alineara y, como la gran portavoz que era, volviese a hacer buenos discursos, pero ese alineamiento duró muy pocos días: el 7 de octubre de 2018 no asistió a un acto que hicimos en la plaza de Sant Jaume de Barcelona, que llenamos de banderas españolas y catalanas, para que Albert Rivera diera un discurso muy emotivo. También diferentes diputados de Cataluña nos trasladaron que el equipo de Inés les pedía que las intervenciones en el Parlament las hiciesen en catalán y no en castellano, algo que también llamó mucho la atención, aunque lo atribuimos a una estrategia personal de ella, que buscara ser la única en intervenir en castellano y así intentar meterse en medios nacionales o poder viralizar más sus discursos en redes sociales.

La llegada de Vox

A pesar de que, cada vez más, nos llegaban los movimientos de que algunos seguían tanteando si los afiliados estaban o no de acuerdo con la estrategia política del partido en Cataluña y a nivel nacional, otros nos dedicábamos a seguir trabajando. En esa coyuntura interna tocó preparar las elecciones andaluzas. Una cita electoral que sería vital antes de las elecciones generales: un mal resultado o poco crecimiento respecto a 2015 podría lastrarnos. Los sondeos que manejábamos no eran buenos —apenas nos daban 13 escaños—, y los cualitativos sobre la figura de Juan Marín no eran precisamente para tirar cohetes. Teníamos un candidato que levantaba rechazo entre nuestro potencial votante por su inacción durante esos años con el gobierno del PSOE de Susana Díaz; «el descansito» llamaban algunos periodistas al turno de Marín en las sesiones de control en el Parlamento de Andalucía. Había que darle la vuelta a la situación. Forzando a Marín a que hiciese un compromiso público de no volver a pactar con el PSOE, mostrando un equipo amplio, multiplicando la presencia de Albert e Inés en Andalucía y reforzando la campaña comunicativa —hasta veintiuna segmentaciones de votante hicimos de cara a toda la

estrategia territorial—, conseguimos crecer durante la campaña hasta los 21 diputados y lograr el cambio en Andalucía. Curiosamente, ese resultado, lejos de darnos un empujón a nivel nacional, tuvo el efecto contrario. La entrada de Vox puso nerviosos a muchos, pues había un competidor nuevo en el panorama político, y había que adaptarse a esa nueva realidad. Aunque desde Cs se decidió la vía de ignorarlos, el conjunto de España sabía que el cambio en Andalucía se había conseguido gracias a la suma de PP, Cs y Vox. Hubiese o no un documento firmado por los tres partidos, la realidad es que el apoyo de Vox al gobierno de PP y Cs en la Junta de Andalucía fue determinante. Y eso no se podía ignorar.

Con esa estrategia, y mientras Sánchez consumaba su enésima traición a los españoles asumiendo el relato de los separatistas, convocamos una concentración en Madrid el 10 de febrero de 2019 para pedir elecciones anticipadas bajo el lema «Por una España unida, elecciones ya». Fue la famosa foto de Colón. El objetivo era que hubiese nuevas elecciones y así intentar sumar una mayoría alternativa para echar a Sánchez de la Moncloa. Aunque nos habíamos asentado en un 21 % de voto tras la moción de censura, después de las elecciones andaluzas de diciembre de 2018, Cs había vuelto a perder fuerza de forma significativa en todos los sondeos. El votante descontento con el PP que antes iba a Cs lo comenzaba a captar Vox. En apenas tres meses habíamos perdido cuatro puntos porcentuales y seguíamos bajando. Tras ese multitudinario acto de Colón y con la convocatoria de elecciones generales, contrario a lo que se cree, conseguimos amortiguar la caída y estabilizarnos en un 16 % de voto.

Aquel acto destapó claramente los movimientos internos que se estaban dando en el seno del partido. Curiosamente, muchos de los que criticaron *a posteriori* aquella concentración fueron los mismos que se dieron empujones para salir en la foto. Recuerdo que hasta alguno llegó a saltar por la fuente para buscar posiciones en primera fila y otros se indignaron porque no les había dado tiempo a ponerse en un buen tiro de cámara para salir en los informativos. Los que éramos de pocas fotos y de poco

protagonismo nos quedamos abajo contemplando la escena. Para aquel acto comenzaron a salir voces críticas de cargos destacados del Comité Ejecutivo y del Comité Permanente; Luis Garicano, Toni Roldán, Nacho Prendes, entre otros, mostraron su rechazo o sus dudas sobre la necesidad de ese acto conjunto. Hasta Manuel Valls, que iba a ser número uno a las elecciones municipales por Barcelona, no lo veía con buenos ojos. Y entre esas críticas internas, casualmente Inés Arrimadas perdió el vuelo y no pudo asistir al acto.

Pocas semanas antes nos habían trasladado, con luz y taquígrafos, que se estaba orquestando una alternativa interna para hacer caer a Rivera y posicionar a Inés al frente. Detrás estarían miembros provenientes de UPyD y algunos independientes recién llegados a Cs en 2015. Hasta personas muy cercanas a Rivera podrían estar haciendo un doble juego. Fuese verdad o no, la realidad es que las actitudes y movimientos que se estaban dando iban en esa dirección. Quizá nunca se sepa a ciencia cierta, pero lo que se vivió meses después coincidió con lo que nos iban trasladando desde dentro y fuera del partido.

Elecciones generales de 2019: nuevos fichajes

La campaña de las elecciones generales de abril de 2019 fue la de los fichajes más mediáticos. Como en mayo eran las elecciones europeas cuya candidatura lideraba Luis Garicano, anunciamos en plena campaña de las generales las incorporaciones de varios ex pesos pesados del PSOE y del PP, como la que fue portavoz de los socialistas en el Congreso Soraya Rodríguez, que tuvo que dejar su escaño antes de que se anunciara su incorporación a Cs; el presidente de Baleares y senador del PP hasta finales de enero de ese año José Ramón Bauzá; o la eurodiputada de UPyD Maite Pagazaurtundúa. Sus incorporaciones visualizaron que Cs se había convertido en la casa común de los constitucionalistas y que los desencantados con los dos principales partidos veían en Cs una luz de esperanza.

Pocas semanas antes se había anunciado también la incorporación de independientes con una trayectoria profesional incuestionable —como Marcos de Quinto, Edmundo Bal o Soraya Mayo, entre otros— en varias candidaturas de las elecciones generales. Nos dimos cuenta de que, a pesar de los sondeos, Albert iba en serio y estaba dispuesto a sacar el mejor resultado posible para liderar una alternativa a Pedro Sánchez. Quería a los mejores candidatos posibles junto a él y los tuvo, pero no fue suficiente y nos faltó muy poco para situarnos como líderes de la oposición.

A pesar de que fui el candidato número uno por Granada y me tocaba hacer —por primera vez— campaña como cabeza de lista, coordiné de nuevo la estrategia territorial y toda la parte logística de aquella histórica campaña de generales de abril de 2019. Por suerte, tenía un gran equipo con Oriol Burgès al frente y eso me permitía poder estar unos días en Granada haciendo campaña. Como siempre, hicimos actos sectorizados y, por fin, hablamos de la España rural y de sus necesidades. Los mismos que hacían chistes malos sobre mi insistencia de proponer soluciones para la España vaciada ahora eran los primeros en colgarse medallas sobre las medidas o acciones que se hicieron durante esos meses o se ponían en la foto junto a algunas de las incorporaciones, como la ganadera de Cantabria Marta García o la agricultora María Ángeles Rosado, que propusimos desde la organización para visualizar nuestro compromiso con esa España abandonada. «Parece que habéis entendido que hay más que vacas en la España rural», dije en una de las reuniones del comité de campaña mientras se hacía un breve silencio. Anécdotas aparte, lo importante era que se hiciese.

No cometimos ningún error y Albert hizo un muy buen debate. Se le veía con ganas de demostrar que podía ser presidente de España y que era su momento. Mientras, las traiciones internas se estaban comenzando a visualizar. Algunos dirigentes pasaron a estar más relajados e incluso varios días casi inactivos, y hasta la propia Inés —que había insistido a Albert durante meses que quería dejar Cataluña para irse a Madrid— tenía siempre una agenda que no le permitía hacer muchos actos o necesitaba

bloquearse varios días para preparar debates o intervenciones. Estábamos percibiendo una especie de huelga de brazos caídos entre algunos de nuestros principales portavoces, no sabíamos si por un exceso de confianza o porque realmente había algo coordinado. Las que sí respondieron con ganas fueron las nuevas incorporaciones, que estaban motivadas ante su primera campaña y querían hacer todos los actos posibles. «Me siento como un cantante de *rock* de gira, me gusta esto de actuar en el escenario», decía Edmundo Bal durante su ruta por España realizando numerosos actos. También se notó mucho el músculo interno que habíamos estado creando y consolidando durante todos estos años, con una militancia muy activa e ilusionada ante esas elecciones generales que, además, servían de precampaña para las autonómicas y municipales que tenían que venir dos meses después.

Con todo ello, llegó la noche electoral. Ciudadanos pasamos de 32 a 57 escaños gracias al apoyo de más de cuatro millones de españoles y conseguimos representación en el Senado por Madrid, Zaragoza, Sevilla y Cádiz. Fuimos el partido que más creció, con diferencia, en la España vaciada y fuimos la segunda fuerza en varias provincias. Apenas a poco más de doscientos mil votos de hacer el sorpaso al PP. Nos quedamos a las puertas. La alegría y la euforia en la sede era enormes, pero no en los rostros de todos. Algunos habían previsto que sería un mal resultado y esperaban comenzar a realizar el relevo previsto de Rivera. Un corrillo con caras serias en una de las esquinas de la sede con varios cargos del partido lo decía todo. Algo no les había salido como esperaban. Y lógicamente nos dimos cuenta de ello, porque esas reacciones estaban fuera de lo que el 95 % de la gente que estaba en la sede sentía. «Yo es que soy más de Arrimadamos que de Ciudadanos», me dijeron que contestó uno de los invitados cercanos a Inés, con cara de pocos amigos, cuando se le preguntó por el resultado.

El objetivo de conseguir llegar a la Moncloa se quedó en un sueño cuando Rajoy no convocó elecciones anticipadas y prefirió que prosperara la moción de censura, pero la realidad es que, en apenas cuatro años de trayectoria nacional como partido, habíamos

conseguido que cuatro millones de españoles se ilusionaran y confiaran en nuestro proyecto político liberal, sacando 57 diputados nacionales y quedándonos a las puertas de ser la segunda fuerza política del país y, por tanto, liderar la alternativa al PSOE. Fue un gran éxito, pero la alegría duró poco; la guerra para hacerse con los despachos de la cuarta planta de la sede de Cs acababa de empezar.

10

LA LEALTAD Y EL COMPROMISO DE UN EQUIPO

«Si quieres cambiar el mundo, hazte la cama cada mañana.» Supongo que muchos sabéis a qué me refiero: el discurso del almirante de los Navy Seals William McRaven que dio en la Universidad de Texas en 2014 y que rápidamente se hizo viral en medio mundo. Puede que sea el discurso que más haya visto y usado en las formaciones internas que daba en Ciudadanos. Y es que —como decía McRaven— hacer la cama todas las mañanas supone completar con éxito la primera tarea del día para después ir afrontando, con orgullo, las siguientes. Si no somos capaces de hacer bien las pequeñas cosas —como hacer la cama—, no seremos capaces de hacer bien las grandes cosas.

El equipo de organización, si por algo se caracterizaba, era por la multitud de trabajo que asumía y hacía todos los días, fines de semana incluidos. No había descanso. Desde lo más básico, como convocar una reunión, hasta lo más complejo, como era coordinar una campaña o llevar la gestión diaria de los grupos humanos. Para realizar todos esos retos con garantías realizábamos una formación continua, algo imprescindible si se quiere seguir aprendiendo, creciendo y progresando. Las sesiones de *coaching* de equipo, con Maria Àngels Casanovas, se convirtieron en algo habitual. Había que afrontar con garantías los conflictos internos y los egos de las personas, por lo que no solamente hacíamos las largas sesiones de *coaching* de equipo, sino que también poníamos en común mecanismos y metodologías para mejorar la gestión

interna, la resolución de conflictos y la detección de talento dentro del partido. Como libros de cabecera recomendaba *El arte de la guerra*, de Sun Tzu, esencial para entender que los conflictos internos se deben gestionar antes de que se agraven, y *Gente tóxica*, de Bernardo Stamateas, que permitía conocer ciertos comportamientos de las personas. En ocasiones, solía hacer referencia a algunos artículos del primer capítulo de la cartilla de servicio de la Guardia Civil como ejemplo de código de conducta. Con más de treinta mil afiliados y cien mil simpatizantes repartidos por toda la geografía española, cada semana aprendíamos algo nuevo sobre las maneras y las formas de actuar de las personas.

Me gustaba tener un equipo cohesionado que trabajara desde los valores de la generosidad, la sinceridad, la confianza y la humildad, pues consideraba que sin confianza no había sinceridad, sin sinceridad no había humildad, sin humildad no había generosidad y sin esos cuatro valores, no hay lealtad; y sin lealtad no hay compromiso. La mentira, la arrogancia, el egoísmo y el «yoísmo» resultaban incompatibles dentro del equipo de organización, por eso no dudaba nunca a la hora de hacer cambios en la estructura del partido cuando alguno de ellos mostraba, de una manera u otra, esa carencia de valores.

Muchos entramos en C's con la voluntad de arrimar el hombro y ayudar a consolidar un proyecto que nos representaba a miles de catalanes. Sin aspiraciones políticas de ningún tipo, seguí formándome en mi gran vocación desde niño, la meteorología. Ya en esos inicios del partido, y alejado siempre de las disputas internas, veía desde la distancia los sinsabores y conflictos internos que se creaban siempre por la búsqueda del poder. Con los años, descubrí que a mucha gente su propio ego —y en ocasiones sus miedos— les ciega y no les deja ver sus propias limitaciones, pues se consideran capacitados para ocupar un puesto relevante cuando en realidad no lo están. «Cuantas más fotos pueda hacerme, mejor», piensan algunos. Una realidad que se vive en el día a día de la vida interna de un partido y de cualquier organización humana. Y Cs no era diferente.

Siendo consciente de ello y recordando las primeras

decepciones vividas cuando era afiliado de base, tenía claro la importancia de la gestión de los egos internos. Por eso fui muy exigente a la hora de querer un departamento que antepusiese siempre el interés general al personal, militantes que fuesen capaces de sacrificarse por el bien común de todo el equipo y del proyecto. Y así, con aciertos y con errores, comencé a crear un grupo de organización en toda España. El verdadero equipo que me acompañó siempre, en los buenos y malos momentos.

Los comienzos no fueron fáciles y con la vorágine del día a día resultaba complicado consolidar un grupo cohesionado. Sin embargo, independientemente de la desazón que algunos me dejaron, es de justicia decir que todos ellos, sin excepción, trabajaron duramente para ayudar a construir C's en sus zonas y que, sin ellos, todo el éxito logrado en su día no se hubiese dado. Quitaron horas a sus familias y amigos para dedicarlos al partido. Y aunque nunca será notorio públicamente, porque lo que no sale en televisión no existe, mi reconocimiento a todos ellos siempre ha estado y estará.

Desde mis comienzos en Ciudadanos, he considerado que la visión que tenía cada afiliado activo era importante y por eso intentaba escuchar a todos, aunque en muchas ocasiones me resultaba imposible por tiempo material. Gracias a ir construyendo el partido desde la nada y a la relación que tuve durante años con centenares de personas, creé una triple estructura interna que me permitía tener ojos y oídos en todos los lugares para conocer mejor la situación de cada zona y, así, mejorar la gestión. El objetivo era que donde no podía llegar personalmente, hubiese alguien que lo hiciese por mí. Públicamente, desde la organización de C's, teníamos una estructura de cargos orgánicos a nivel autonómico y provincial —los secretarios de organización—, pero también había otra creada con numerosos cargos públicos que desde el equipo central de organización contactábamos de vez en cuando para conocer su visión sobre el partido. También existía otra estructura igual formada por afiliados de base que no querían ningún cargo institucional, pero que tenían un gran compromiso con el proyecto y siempre estaban dispuestos a aportarnos luz en situaciones

internas delicadas. Con esa triple estructura, conocíamos todos los pormenores existentes, lo que nos facilitaba muchísimo la gestión y la resolución de problemas. También, gracias a ello, teníamos ojos y oídos en todas las estructuras, pudiendo así detectar si algún responsable orgánico no cumplía sus funciones con diligencia o entorpecía las indicaciones que se les daba desde los diferentes órganos. Esto último creaba tensiones importantes cuando quienes incumplían eran los responsables de otras secretarías.

Oriol Burgès, mi mano derecha, y el equipo de organización

Con el tiempo, y tras ir conociendo más a las personas, conseguí asentar un equipo que funcionaba coordinadamente y cuyos miembros se apoyaban unos a otros en el día a día. Tuve la suerte de que en mi camino se cruzó Oriol Burgès, un profesional con una gran capacidad de trabajo y aprendizaje, honesto y sincero, amigo de sus amigos, una persona de las que difícilmente se encuentran hoy en día. Desde 2013, cuando me lo presentó Carmen de Rivera, se convirtió en mis ojos y mis manos, donde yo no llegaba siempre estaba él. Leal y comprometido como pocos. Una gran mano derecha. Siempre arrojando luz cuando los problemas se multiplicaban y aportando soluciones cuando se cometían errores. Oriol llevaba toda la coordinación de la secretaría de organización, un auténtico jefe de gabinete; respetado y admirado, conocía a la perfección cada rincón del partido y todos los entresijos que se daban. Hoy, más que un amigo, lo puedo considerar un hermano.

Oriol me acompañaba en muchas ocasiones en los numerosos viajes por España —y también al exterior, como cuando fuimos a Washington a unas jornadas de formación de ALDE—. A ambos nos hacía y nos sigue haciendo poca gracia volar, por lo que hicimos miles de kilómetros en un coche que nos llevó a dar la vuelta al país unas cuantas veces. Como no contábamos con chófer ni vehículo oficial —por cierto, cuánto les cuesta a algunos bajarse luego de ellos—, nos costó más de una pequeña multa de velocidad, porque a veces íbamos tan justos de tiempo que

cometíamos la irresponsabilidad de pisar el acelerador un poco más de la cuenta. Fueron años de mucho trabajo, horas y horas dedicadas en cuerpo y alma al partido, noches y festivos incluidos.

Junto a Oriol, en la sede central, teníamos a un gran equipo que siempre estaba dispuesto a dar lo mejor de sí. Eran de los primeros en llegar y de los últimos en irse de la sede. Ana Alonso y Marta Castro me acompañaron desde que desembarcamos en Madrid en 2015. Después se incorporaron Zaira Castillo, Rafa Alonso, María Esther Muñiz, Eugenio Rodríguez —que estaba en Andalucía y se vino al equipo nacional—, Elena Muñoz y Sandra Alarcón. Personas comprometidas con el proyecto, trabajadoras y responsables, pero que en algunos casos no fueron bien tratados por el partido. En su día, se me forzó —contra mi voluntad— a despedir a dos trabajadores; una de ellas era Marta, que había contraído matrimonio con Oriol tras conocerse trabajando en C's. Recursos humanos y Carlos Cuadrado me argumentaron que se había decidido que no hubiese familiares trabajando juntos, que creaba situaciones internas incómodas. Era «una nueva norma» que se había establecido, decían, pero en realidad fue la excusa, pues con el tiempo me di cuenta del enfrentamiento que buscaban crearme con Oriol para dinamitar el equipo central, ya que no hicieron lo mismo con situaciones idénticas que había en otros departamentos de la propia sede y en varios grupos institucionales. Aunque se salieron con la suya con esos dos despidos, no consiguieron su verdadero objetivo, el de dividirnos. Esos días, que coincidieron con otros hechos realizados contra mí por el núcleo de Cataluña, me di cuenta de que se estaba orquestando una campaña para debilitar la secretaría de organización. Apuntar al equipo central era el objetivo.

Pese a ello, he de reconocer que vivimos una etapa maravillosa donde pudimos construir un proyecto político que era muy necesario para España, que ilusionó y levantó del sofá a tantos millones de españoles, que nos siguieron y apoyaron para transformar nuestro país y regenerar la vida política. Por cada rincón de España conocí a numerosas personas que se sumaron a C's, dispuestas a hacer cosas extraordinarias. Hoy, cuando uno

mira atrás y recuerda esos años, solo puede estar agradecido y esbozar una sonrisa. Algunos vivimos la peor cara de la política, pero también la más hermosa: la de encontrar buenas personas, a las que, a día de hoy, puedo llamar amigos.

Desde los inicios, siempre quise contar en mi equipo con Vicente Castillo y con Manuel García Bofill, dos personas que estaban en C's desde su fundación y que ninguno de ellos, a pesar de haberlo podido tener, ocuparon nunca un cargo institucional. Vicente era como aquella figura paternal —aunque él prefería que fuese más la de un hermano mayor— que siempre buscaba aconsejarte desde la sabiduría que le había dado su intensa vida. Cuando nadie quiso encabezar la candidatura por Tarragona en las elecciones autonómicas catalanas de 2010 por miedo a ser señalado y era imposible sacar representación, allí estuvo él, decidido a liderarla. Un hombre cabal y servicial que no dudaba en ponerse al volante de su coche particular y hacer miles kilómetros para ayudar a construir el partido. Así lo hacía y así lo demostró desde 2006. Junto con Manuel García Bofill —uno de los mejores oradores que tenía C's y que mejor sabía dirigir un debate en una asamblea de afiliados—, ambos hicieron un trabajo encomiable durante años. Recorrían España e intentaban —no siempre lo conseguían— pacificar y aportar claridad cuando algunos conflictos en el territorio se enquistaban. Su labor desenmascaró a más de uno. Sin duda, hacían un buen tándem, y tanto Villegas como el propio Albert me lo reconocieron en más de una ocasión.

En la primera fase de expansión del partido, conocí también a personas que continuarían a mi lado hasta el final, como Emilio Argüeso, que primero ocupó el puesto de delegado territorial y, después, de secretario de organización de la Comunidad Valenciana y la Región de Murcia. En gran medida fue obra suya la implantación del partido en todo el Levante español. Junto a Emilio sufrí uno de los episodios más ruines que uno puede vivir en política, el de las grabaciones de conversaciones privadas. El 6 de junio de 2016, a las ocho de la mañana, me llamó Susana León, de prensa del partido, para decirme que en unos minutos debía entrar en directo en el programa de Carlos Alsina en Onda Cero, en

el que, al parecer, se emitirían unas grabaciones mías, sin saber detallarme el contenido ni el contexto. En directo, las escuché. Alberto Aguilar, afiliado de C's en Murcia, se dedicó a grabar conversaciones privadas que mantuvo conmigo y con Emilio, y a saber de cuántas personas más de su entorno. Cuando uno tiene las manos limpias y libres, no tiene ningún problema en acudir a un medio, por muy desagradable que sea ver cómo compañeros de partido —en los que confiaste en cierta forma— se dedicaron a grabarte en conversaciones privadas, por lo que atendí a Alsina y a todos los periodistas que lo desearon esos días. Por desgracia, no sería la primera vez que sufriría un caso similar de manipulación informativa, y Emilio, tampoco. Quizá esas situaciones de persecuciones personales que padecimos nos unieron mucho más como grupo. Emilio, además, construyó un buen equipo en la Comunidad Valenciana con grandes personas como Juan Córdoba, Luis Crisol, Sandra Julià, Jesús Salmerón, Mari Carmen Sánchez, Manuel Molina o Adrián Cedillo, entre otros, que se recorrieron cada rincón de sus provincias ayudando a consolidar el partido. Años después —regalos de la vida— pude compartir con Emilio bancada en el Senado.

Al igual que Emilio, César Zafra también fue de los que estuvo al frente de la secretaría de organización desde el principio hasta el final de mi etapa, aunque cada vez se fue centrando más en sus labores políticas en la Asamblea madrileña y delegó las labores orgánicas en los equipos que teníamos en diferentes zonas de la Comunidad de Madrid. Así, personas como Ángel Niño, Miguel Ángel Lezcano, Martín Perdiguero o Pilar Liébana, entre otros, se convirtieron en el equipo de organización de Madrid. Con César, que a veces se dejaba guiar por los mismos que le ponían palos en las ruedas, compartimos intensas jornadas de trabajo en la capital en los inicios y lidiamos en más de una ocasión, con propios y extraños, para hacer de muro de contención ante aquellos que buscaban debilitar el partido en Madrid.

Manolo Buzón, cuñado de Juan Marín, también fue de los que estuvieron en el equipo desde el principio. Con él trabajamos muy estrechamente durante cinco intensos años construyendo el partido

en Andalucía. Era persona de pocas palabras, pero por aquel entonces compartimos más de una complicidad. Con la entrada de Cs en el gobierno de la Junta de Andalucía asumió nuevas responsabilidades dejando al frente de organización a Mar Hormigo. En Andalucía, al igual que pasaba en Cataluña, teníamos equipos muy consolidados y afiliados muy comprometidos con el proyecto. Cabe destacar en el grupo andaluz a Raúl Fernández —de Granada, trabajador, leal y buen estratega—, que supo rodearse de personas nobles y honestas como Manolo Olivares, María de Mar Sánchez, María Amparo Siles o María Jesús Aguilera, entre otros. O Vicente Sánchez, de Málaga, siempre anteponiendo su amor a España y el bienestar de sus amigos al suyo propio. Vicente hizo del honor y la lealtad sus bienes más preciados y siempre estaba el primero en cualquier acto del partido. Al igual que Javier Millán Salmerón, Lorenzo López, Almudena Camacho, Ángel Mayo, Carlos Hermoso, Amelia Velázquez, Antonio Bejarano, Remedios Suárez, Jesús de la Cruz, Ezequiel Marín, Lucrecia Bernáldez, Diego Ortega, Pepe Montoya, entre muchos otros, que demostraron su compromiso y dedicación, y aunque con algunos tomamos caminos diferentes, supimos anteponer nuestra amistad por encima de todo y de todos.

Los cambios al frente de la secretaría de organización se dieron en varias ocasiones en diferentes sitios de España, pero por varios motivos. Estar comprometido con el partido y ser honesto no te servía para ser respetado y apoyado, y eso les pasó a Juancho Chouza y a José Canedo en Galicia, que sufrieron varias disputas internas graves y, además, con unos resultados electorales que no acompañaron, lo que les obligó a dimitir. Caso distinto fue el de Paco Gambarte de Asturias, que no entendió que la sinceridad y la confianza eran unos valores básicos en el equipo, y me vi en la obligación de relevarlo con un pequeño sobresalto incluido en la sede. El ya fallecido Antonio López, que se encargó de integrar varios partidos en Castilla-La Mancha desde 2014 y desde los inicios no tuvo duda alguna de que Cs tendría un futuro prometedor, dio un paso al lado para centrarse en su labor como concejal y diputado provincial. Igual hicieron Luis Fuentes,

Cayetano Polo o Susana Gaspar, que tras consolidar el partido en sus territorios, decidieron dejar la organización para centrarse en su actividad institucional; Luis como portavoz de Cs en las Cortes de Castilla y León, Cayetano como portavoz de Cs en Extremadura y Susana como portavoz del grupo parlamentario en Aragón. A pesar de que pasaron a tener un papel más institucional, lógicamente seguí manteniendo una estrecha relación con todos ellos y me gustaba conocer también su punto de vista en diferentes aspectos internos del partido.

Ciudadanos estaba lleno de personas con un gran corazón, una de ellas era, sin duda, Jesús Galiano. Noble, justo, ecuánime y trabajador, llevaba con máxima diligencia la Comisión de Garantías. Alguna que otra reprimenda nos llevamos por varias acciones realizadas por parte del equipo de organización. Y es que si por algo se caracteriza Jesús es por su imparcialidad y rectitud —a algunos en la nueva etapa de Arrimadas como presidenta les costó entenderlo, y eso que Galiano era el coordinador de la agrupación donde se inscribió Inés por primera vez en 2011—. Cansado de los cambalaches de unos y de otros, decidió dejar Cs a principios de 2021.

Otra persona de buen corazón era Luis Díaz, que junto con Oriol, era mi otro hermano. Leal con su gente y con el partido. Entró a trabajar en la secretaría de finanzas bajo las órdenes de Carlos Cuadrado y, tras finalizar su etapa allí, pasó al equipo de organización para llevar la logística del partido. Como muchos de nosotros, fue víctima de grabaciones ilegales y bulos, pues en más de una ocasión tuvo que sufrir ataques y dar la cara por decisiones y acciones que habían realizado otros. Luis es de las personas más serviciales que he conocido, puede estar en una punta de España montando una sede, que si lo necesitas al día siguiente en el otro extremo del país, allí lo tendrás. Quedan pocos como él y algunos tenemos la suerte de tenerlo como amigo.

Y es que Ciudadanos me ha dado a grandes amigos, como Alfonso Sánchez que consiguió que Ciutadans consiguiese representación en mi pueblo natal, Tossa de Mar y de cuyo hijo Alejandro tengo el honor de ser padrino. Persona trabajadora,

honesta y leal, siempre dispuesto a ayudar cuando es necesario. También a David Mejía, del que aún conservo la foto de su afiliación a C's y que, a pesar de la distancia, cuando nos vemos es como si el tiempo nunca hubiese pasado. O Jordi Obón, con quien compartimos largas charlas y sinceridades durante todos estos años, y lo seguimos haciendo en el día de hoy. Los tres, junto a muchos otros, fueron purgados o arrinconados por el núcleo duro de Inés por ser amigos míos.

UN GRAN EQUIPO PARA UN GRAN PROYECTO

Una vez asentado el equipo de organización, fue cuando más pudimos avanzar en la vertebración y cohesión del partido. La gran mayoría de ellos se convirtieron en un grupo de amigos, a los que no les importaba arrimar el hombro para ayudar al compañero de otra comunidad autónoma y, si fuese necesario, desplazarse para ello. Personalmente, supuso una experiencia muy enriquecedora donde descubrí a grandes personas con las que a día de hoy sigo manteniendo una bonita amistad. Gente que sabe valorar a las personas por encima de las siglas y los colores. Tuve la suerte, por unas circunstancias u otras, de cruzármelas en mi camino, tenerlas en mi equipo y compartir proyecto. Sergio García, de Asturias; Laureano Bermejo, de Galicia; Esteban Martínez, de Cantabria; Sandro Ruiz, de Castilla-La Mancha; Juan Amigó, de Canarias; Ruth Goñi, de Navarra; Joana Capó, de Baleares; Nacho Broto, de Aragón, o los ya mencionados Emilio Argüeso, de la Comunidad Valenciana, y Cayetano Polo, de Extremadura, son un claro ejemplo. Con todos ellos guardo mil anécdotas y hemos compartido horas de trabajo y complicidades.

En Asturias, Sergio García heredó una situación interna complicada. Recuerdo cuándo lo conocí: fue durante una asamblea de afiliados en Oviedo en 2015 en pleno proceso de expansión y de integración de los cargos de UPyD. Entre tanto ruido, una voz sensata intervino y no lo dudé. Al acabar la asamblea le dije al entonces delegado territorial, Francisco Gambarte, que hablara con

él y lo integrara en el equipo. Y no me equivoqué. Tras la salida de Gambarte, Sergio consiguió cohesionar el partido, aunque ello le costase tragar unos cuantos sapos y sufrir unos cuantos desprecios. Las injerencias internas por parte de los sectores provenientes de UPyD no se lo pusieron nunca fácil. A pesar de que la vida nos acabó separando en diferentes proyectos políticos, es una de esas personas que sabe entender que la amistad está por encima de las siglas.

Algo parecido a lo de Sergio me pasó con Laureano, de Galicia. Con Oriol hicimos una serie de reuniones con diferentes afiliados de base. Quería conocer y palpar la situación allí de primera mano tras las continuas contingencias internas que se daban. Una de esas reuniones fue con Laureano Bermejo: a los diez minutos sabía que era la persona que podía llevar las riendas del partido. Y así fue. Con él al frente de la secretaría de organización autonómica, Galicia fue la zona de España que más creció porcentualmente en afiliados. Era tal la cantidad de kilómetros que hacía al volante recorriendo su comunidad que le he llegado a conocer hasta tres coches distintos.

A Sandro Ruiz lo vi por primera vez a principios de 2015, en uno de esos días fríos de enero en la ciudad de Toledo, donde me reuní con los cinco coordinadores provinciales de Castilla-La Mancha —él era de Guadalajara—. Como presidente de la comisión de estatutos del partido demostró sus amplios conocimientos en derecho y por qué era muy buen abogado. Le intentaron crear problemas internos —y externos— en numerosas ocasiones, y su seriedad trabajando y su sinceridad con la gente le costó algún que otro desencuentro. Dejó la política —era presidente del grupo parlamentario de Cs— tras la deriva que tomó el partido con Inés Arrimadas y Carlos Cuadrado al frente, y se volvió a la abogacía. Sin duda, con su dimisión, se perdió a un gran servidor público. Otras de las personas que han demostrado a lo largo de su trayectoria profesional su valía y talento son Francisco Fernández-Bravo, de Ciudad Real, que fue portavoz de Cs en el ayuntamiento de su ciudad y, posteriormente, diputado en el Congreso. Junto con Sandro formaban un gran equipo y, sin duda,

ambos eran de los mejores perfiles políticos que tenía el partido en Castilla-La Mancha.

La sinceridad era el principal valor de Ruth Goñi, y aunque a veces no te gustara lo que te dijera, nos entendimos bien, pues soy de los que prefieren que me digan la verdad de lo que piensan. Tenía una labor complicada en un sitio como Navarra; a pesar de ello, consiguió estructurar el partido en los principales municipios y ha demostrado su capacidad política como senadora de Navarra Suma.

Esteban Martínez y yo compartimos proyecto político desde 2011, cuando lo conocí en Barcelona. Era uno de los afiliados más activos de la Ciudad Condal y siempre estaba dispuesto a ayudar a los demás. Por motivos personales se fue a vivir a Cantabria cuando comenzó la expansión del partido. Las disputas de unos y de otros complicaron su trabajo y eso le acabó pasando factura. Dejó la política, pero no su vocación de ayudar a las personas. «Estoy sirviendo a la sociedad de otra manera», me dijo recientemente, transmitiendo paz y felicidad.

Muchas veces se oye decir que la gente entra en política para medrar y vivir de lo público. No negaré que habrá muchos que lo hagan, pero también hay muchos otros que no. El claro ejemplo es Juan Amigó, que siempre declinó tener algún cargo institucional o ir en puestos de salida en las listas electorales. Durante años trabajó de manera altruista, recorriéndose el archipiélago canario para ayudar a construir el partido en las islas. Y como él, hubo muchos más en toda España.

A Joana Capó le tuve que insistir para que fuese en las listas, pues prefería estar en un segundo plano y alejada de los medios. En Baleares no se lo pusieron fácil Xavier Pericay y Fernando Navarro; tampoco la escuchaban en situaciones internas complejas, lo que le acabó costando las elecciones primarias de 2019 al propio Pericay, como ya hemos referenciado anteriormente en otro capítulo.

Aunque hace tiempo que no mantengo contacto con María Luisa Alonso, de La Rioja, y ni con Valle Miguélez, de la Región de Murcia, ambas antepusieron siempre el bien general al personal.

María Luisa, que tenía una buena visión política, soportó una campaña interna inmerecida. Su caso fue un ejemplo de la injusticia que a veces nos toca sufrir por decisiones tomadas por otros. Vivió la peor cara de la política pero, a pesar de ello, nunca perdió la sonrisa ni las fuerzas para seguir reclamando una verdadera democracia en su Venezuela natal. Valle, por su lado, se hizo cargo del partido en la peor situación, tras la crisis creada por el bautizado caso Facturas, que nos llevó a intervenir desde la dirección nacional y que salpicó a los principales cargos del partido de entonces en la Región de Murcia. No lo tenía nada sencillo. Tuvo que remangarse en más de una ocasión por las disputas permanentes entre el Ayuntamiento de Murcia y el grupo parlamentario.

Cayetano Polo fue el que más hizo crecer al partido en Extremadura como candidato en 2019. La implantación de Ciudadanos en la región fue obra suya y supo descubrir y potenciar a buenos perfiles internos como María José Calderón o David Salazar. Pasó la batuta de organización a Isidro Fernández y al equipo provincial para centrarse en su candidatura. Trabajador, sensato y leal, acabó dejando su acta y la política —cansado de los enredos y las injerencias de la dirección del partido— para volver a la vida privada.

Finalmente, en Castilla y León estuvo Miguel Ángel González, uno de los primeros afiliados al partido fuera de Cataluña. Su conocimiento histórico de Cs le facilitó mucho el trabajo y fue, junto con Luis Fuentes, una pieza decisiva para la integración de varios partidos durante todo el proceso de expansión nacional. Paciente y con gran prudencia, pacificó en más de una ocasión los conflictos internos, especialmente tras las famosas primarias de 2019, cuando demostró sus capacidades de persuasión.

Por desgracia, siempre hay decepciones y sinsabores, y aunque alguno pudiese ser esperado no era por ello menos doloroso. A Ramiro Domínguez, de Aragón y Mar Hormigo, de Andalucía, los llegué a considerar verdaderos amigos, y las puertas de mi casa siempre las tuvieron abiertas. Junto con los casos de Luis Salvador y Guillermo Díaz, supusieron las traiciones más

dolorosas para mí y, a día de hoy, me siguen apenando enormemente. Resulta curioso que todos ellos fuesen a los que más ayudé y apoyé, a algunos en momentos personales muy difíciles y complicados. Aunque siempre hay tiempo para una disculpa, el daño personal ya está hecho. Mención aparte es el caso de Borja González; para los dos quedarán las conversaciones que tuvimos en un conocido bar de Madrid el 7 de septiembre de 2020 y la comida del 26 de enero de 2021. La familia, mi familia, siempre está y estará por encima de todo.

A pesar de esas decepciones puntuales, tuve la suerte de tener un equipo de grandes personas que siempre supieron anteponer el bien común del proyecto al personal. Un grupo de valientes que se dejaron la piel durante años recorriendo miles de kilómetros, afrontando los problemas de cara, aportando soluciones y sentido común, con responsabilidad y cordura. Por gente como ellos mereció la pena tanto esfuerzo y tanto sacrificio durante todos esos años. Personas que conocí en política, que pasamos de ser compañeros de partido a ser amigos. Y es que no hay mayor tesoro que el de la amistad. Algo que no todos pueden decir a día de hoy.

11

MI DIMISIÓN

Cada etapa en la vida tiene un inicio y un final y así siempre lo he considerado. «Soy secretario de organización por Albert Rivera, y sé lo que sé en política por José Manuel Villegas. Si alguna vez Albert deja de ser el presidente, yo dejaré organización.» Esa frase la repetí en varias ocasiones durante todos los años que ejercí como secretario de organización, porque la lealtad con los tuyos debe estar siempre por encima de los intereses personales. «Si sacamos más de veinte escaños, intentamos aguantar; si sacamos menos, nos vamos», era la frase que repitió Albert durante la campaña de noviembre de 2019. Lo tenía claro. Y así nos lo trasladó por última vez en una conversación telefónica que tuvimos con él el viernes 8 de noviembre de 2019 mientras cenábamos, unos pocos, en el conocido restaurante Salamanca de Barcelona.

Antes de que llegara ese fatídico 10 de noviembre de 2019 —y todos los acontecimientos que desencadenó ese fracaso electoral—, el partido vivía una situación de plenitud, casi de éxtasis permanente, tras el buen resultado de las elecciones generales de abril de 2019. Los 57 diputados naranjas silenciaron a los críticos y llenaron de ilusión y esperanza a todo el partido, pero no había tiempo para saborear el éxito, pues en pocas semanas —el 26 de mayo— teníamos las elecciones locales, autonómicas y europeas. El resultado de abril dejó una aritmética parlamentaria donde PSOE y Cs sumaban mayoría absoluta, pero desde Ferraz dejaron clara su postura la misma noche electoral: «Con Rivera no», cantaban desde la sede socialista. No querían saber nada de

nosotros y su prioridad era buscar otra alternativa a los pactos. Estábamos convencidos —y así nos lo aseguraban desde diferentes ámbitos— de que tras las elecciones locales y autonómicas de mayo escenificarían el acuerdo de gobierno con los mismos socios de la moción de censura. En aquel momento, nadie pensaba en lo que vendría pocos meses después.

En esa coyuntura política y con la euforia contenida, planificamos las tres campañas —locales, autonómicas y europeas — de forma continuista a la de las generales que tan buenos resultados nos había dado. Los sondeos y los estudios internos nos indicaban que era muy difícil repetir el buen resultado de abril en número de votos, aunque ponían de manifiesto que experimentaríamos un crecimiento notable respecto a las elecciones locales y autonómicas de 2015 y a las europeas de 2014. Nuevamente, se pondría de manifiesto que Ciudadanos seguía aumentando su apoyo en las urnas.

El número de candidaturas municipales era el mejor indicador para visualizar la labor realizada por el equipo de organización durante esos años. Finalmente, se consiguió cerrar un total de 2.095 candidaturas municipales —más del doble que en 2015—; dicho de otra forma, el 90 % de los españoles podía coger la papeleta naranja en las elecciones locales de 2019. La confección de las candidaturas no fue nada sencilla, pues a diferencia de las elecciones locales anteriores, unos pocos intentaron meter mano en su elaboración buscando colocar a amigos y allegados que, en algunos casos, poco o nada tenían que ver con Ciudadanos —pero venía el momento de acariciar el poder y alguno que otro se obsesionaba con ello—. Aunque fueron unos meses de satisfacción y felicidad por lo que estábamos logrando, también sufrimos alguna que otra zancadilla interna con el objetivo de quitar a candidatos y romper equipos que ya estaban consolidados en muchos territorios. Conocedor de esos juegos internos, meses antes advertí a todo el equipo de la secretaría de organización de que no cayéramos en sus estrategias de conflicto y que hiciésemos lo que mejor sabíamos hacer, trabajar. Al final, con paciencia, confiando en nosotros mismos y con mucha mano izquierda, elaborábamos

unas candidaturas municipales y autonómicas donde se sumaba la experiencia de muchos que ya habían sido diputados o concejales con la incorporación de talento interno y externo. Al igual que en las elecciones andaluzas de 2018, conseguimos presentar candidaturas con equipos más rodados, más solventes y con aspiraciones claras de gobernar. Si en 2015 se había decidido, acertadamente, que no entraríamos en ningún gobierno, esta vez sí era el momento de hacerlo. El partido había madurado y los grupos institucionales habían adquirido experiencia en las instituciones para garantizar gobiernos fuertes y estables.

Aunque la gran mayoría de las candidaturas dieron un salto cualitativo y estaban más cohesionadas, todos los candidatos autonómicos —a excepción de Ignacio Aguado en la Comunidad de Madrid— se estrenaban como cabezas de lista en unas elecciones; lo mismo pasaba en muchas capitales de provincia. Fue todo un reto, pues algunos de ellos nunca se habían enfrentado a unas elecciones de este tipo y carecían de experiencia política y de gestión de equipos. Y eso, en algunos de ellos, se notó. Es por ello que, junto con José María Espejo y Fernando de Páramo, tuvimos que ayudar a los nuevos candidatos en todo lo posible.

Con el partido asentado, había que comenzar a entregar, poco a poco, la batuta de mando a los territorios bajo nuestra coordinación. Meses antes habíamos formado, mediante un curso intensivo, a los principales miembros de los comités autonómicos de toda España para que supiesen planificar, desarrollar y ejecutar una campaña electoral. Era el momento de delegar en los equipos autonómicos y así se hizo. Fue una campaña donde movimos por toda España a las caras más visibles del partido; nunca antes habíamos puesto en marcha tantas caravanas recorriendo el país con los principales portavoces y con actos sectorizados, era una señal inequívoca de que el partido tenía un buen equipo, con talento y preparado. Además, a diferencia de las elecciones de 2015, en estas Cs no era extraparlamentario y, por tanto, teníamos espacio propio en los medios de comunicación y derecho a estar en los debates, por lo que la planificación de los actos, su contenido programático y su imagen resultaron vitales. El esfuerzo que se

hizo desde el equipo de organización fue titánico, pues aunque el partido había crecido y tenía recursos económicos suficientes, seguíamos careciendo de una estructura profesionalizada que pudiese estar en todo el territorio, pero como siempre, con muchas horas a la espalda y con unos voluntarios que lo daban todo, conseguimos suplir esas carencias.

Por mi parte, me multipliqué todo lo que pude. A la vez que coordinaba —como en el resto de las anteriores— toda la estrategia territorial y la logística de la campaña, era diputado nacional y, por tanto, estuve participando activamente en la campaña municipal en la provincia de Granada, pero también en otras zonas de España. Fueron unas semanas preciosas que me recordaban a aquellos años de Movimiento Ciudadano, cuando el partido comenzaba su andadura nacional. Vivíamos un momento dulce y eso se percibía entre los afiliados. Sin duda, lo vivido esos meses es de los recuerdos más bonitos que tengo.

La noche electoral: la hora de la verdad

Llegó la noche del 26 de mayo de 2019, momento del escrutinio. Todos los sondeos daban a Cs un aumento en el número de diputados autonómicos y de concejales, solo nos quedaba saber cuántos. Poco a poco se iba avanzando en el escrutinio de las diferentes comunidades autónomas y municipios, los últimos datos serían los de las europeas, que se darían a partir de las once de la noche —cuando se cerraran los colegios de todos los países—. Fue una noche apasionante e intensa, nos llegaban noticias de todos los rincones de España celebrando el crecimiento que estábamos teniendo. Al final, obtuvimos 2.790 concejales, que fueron decisivos para la gobernabilidad en numerosas capitales de provincia. Entramos en todos los Parlamentos autonómicos, incluyendo Canarias y Castilla-La Mancha —algo que no ocurrió en 2015—, al igual que en Navarra, en este caso bajo la coalición constitucionalista Navarra Suma. Aumentamos el número de diputados en todas ellas, sin excepción. Sin embargo, debido al

auge de Vox, nuestro crecimiento se vio frenado —captaron mucho voto protesta—. También jugó en nuestra contra la consolidación de candidatos de PP y de PSOE, que arrastró mucho voto útil, por lo que en algunas zonas quedó un sabor algo amargo, pues meses antes varios eran los sondeos que indicaban un mejor resultado. A pesar de ello, Cs sumaba un total de 163 diputados autonómicos, siendo —al igual que en las elecciones de abril de 2019— la tercera fuerza política del país. En Europa, con Luis Garicano al frente, conseguimos siete eurodiputados que, para muchos, supieron a poco.

Al coincidir las tres elecciones, pudimos hacer lecturas importantes que nos servirían de cara a diseñar la estrategia de futuro. Con los resultados obtenidos constatamos qué candidatos municipales tenían más o menos tirón que el candidato autonómico de su comunidad autónoma, y a la inversa, o si la candidatura europea tuvo más o menos empuje en una zona u otra. Una fotografía clara que nos hicieron llegar días después los asesores y técnicos del partido, pero que analizaríamos bien semanas más tarde, pues en ese momento había que tomar importantes decisiones. Y es que los resultados dejaron en nuestras manos la gobernabilidad de la Comunidad de Madrid, Castilla y León y la Región de Murcia, pero también la posibilidad de gobernar en otras comunidades autónomas como Aragón o Asturias. Los resultados de las elecciones municipales también nos hacían decisivos en la gobernabilidad de ciudades importantes como Madrid, Zaragoza, Málaga, Alicante, Oviedo, Santander, Albacete, Granada, Ciudad Real y Jaén, entre muchas otras. Había que decidir, siempre pensando en lo mejor para los españoles. Para ello, pusimos en marcha el comité de acuerdos, que integrábamos José Manuel Villegas, José María Espejo, Carlos Cuadrado y yo. Para una mejor coordinación, cada uno de nosotros se responsabilizó de una serie de comunidades autónomas y constituimos equipos de negociación en cada una de ellas. Desde el Comité Ejecutivo se marcaron las directrices generales que debían seguir los negociadores en cada territorio. Fue ahí cuando se marcó como socio preferente al PP, pero sin excluir al PSOE, por

unanimidad de todos.

Las negociaciones no fueron sencillas y, en algunos casos, no se cerraron hasta la misma noche anterior a la constitución de los gobiernos locales. Fueron horas enganchado al teléfono coordinando varios grupos y numerosos viajes a Murcia, Asturias, Cantabria, Andalucía y otras zonas de España, haciendo reuniones tanto con nuestros equipos como con los principales responsables del resto de los partidos. También tuve que ayudar a Carlos Cuadrado y a José María Espejo en algunas zonas que se enquistaban, como fue el caso de Extremadura con el acuerdo en Cáceres —que coordinaba Cuadrado— o en Aragón —responsabilidad de Espejo—. Finalmente, conseguimos buenos pactos de gobierno teniendo presente que en algunas zonas el PP o el PSOE nos triplicaban en escaños. Aunque, como ya hemos indicado, se decidió que nuestro socio preferente fuese el PP, en numerosos municipios de España —capitales de provincia y en otras ciudades importantes— se cerraron acuerdos con el PSOE. Un claro ejemplo se produjo en Castilla-La Mancha y Extremadura —que coordinaba Cuadrado—, donde los pactos en las principales ciudades se hicieron únicamente con el PSOE. Fuese a nuestra izquierda o a nuestra derecha, lo importante es que Ciudadanos daba estabilidad política y conseguía, con sus puntos programáticos, que veinte millones de españoles comenzaran a beneficiarse de las medidas naranjas.

El caso de Granada: de la alegría a la decepción

En esas negociaciones tenía un reto personal importante, como era el de conseguir que Ciudadanos obtuviese la alcaldía de Granada. Tras la mayoría absoluta en Quéntar, mi sueño estaba a punto de cumplirse por completo, pues la situación política en la ciudad lo permitía. PP y Vox estaban muy enfrentados entre sí y proponer una tercera vía no sería difícil. Además, Granada —sacudida los últimos años por numerosos escándalos— necesitaba un cambio a mejor, y en Cs teníamos claro cuál era el camino. Al final, se logró

que la alcaldía recayese en Ciudadanos durante los siguientes cuatro años. Esa misma mañana del 15 de junio de 2019, me desplacé personalmente a la capital nazarí para celebrar que Cs gobernaba Granada, la alcaldía más importante que tenía en toda España. Sin embargo, la alegría duró poco, pues ese mismo día me llegó que Luis Salvador había estado reunido, sin informar al comité nacional de acuerdos, con miembros del PP y de Vox, y que esa misma mañana pactó con Sebastián Pérez —líder entonces del PP en Granada— una alternancia en la alcaldía de dos años cada uno, dejando en papel mojado mi acuerdo por cuatro años. Semanas después, Luis Salvador me confirmó que ese acuerdo lo hizo «para evitar presiones», pero insistiendo en que no firmó ningún documento. En mi casa me enseñaron que cuando uno estrecha la mano para cerrar un acuerdo, este se cumple, y Luis se la estrechó a Sebastián Pérez.

Para intentar resolver el entuerto, Luis llegó a reunirse en Génova con el objetivo de que prevaleciese el acuerdo de cuatro años que yo había cerrado a nivel nacional y no la alternancia que él había pactado minutos antes de la celebración del pleno de investidura. Todo lo que vino después ya es conocido. Siempre pensé que Luis Salvador era una persona con vocación de servicio a los demás, generoso y honesto, y en más de una ocasión lo defendí. Recuerdo precisamente cuando el 6 de mayo de 2019, en la reunión del Comité Permanente de Cs, varios altos dirigentes pidieron que se retirara la candidatura municipal de Luis Salvador tras saltar a la luz un estudio morfopsicológico que había publicado en su página web de campaña. Avisé a Luis de que ese estudio carecía de cualquier base científica y que lo retirara de inmediato, sin embargo, la polémica estaba servida. Para Luis, que no estaba muy bien considerado entre miembros de la dirección de Cs, aquello fue su puntilla. A pesar de ello, y para asombro de algunos, decidí darle una nueva oportunidad y conseguir la alcaldía de Granada fue un ejemplo de ello, pero al cabo de unos meses me di cuenta de que me había equivocado. Todos los que durante años me advirtieron sobre él, tanto sus excompañeros del PSOE como numerosos de Cs, tenían razón. En cuanto fue alcalde

conocí al verdadero Luis Salvador. Fue una decepción personal muy grande, una más, de alguien que tuvo las puertas de mi casa siempre abiertas.

La crisis interna de Ciudadanos

Tras los buenos resultados de las elecciones generales de abril y de las autonómicas y municipales de mayo, habiendo cerrado numerosos acuerdos de gobierno que beneficiaban a millones de españoles —y convencidos de que Sánchez anunciaría pronto su acuerdo con Pablo Iglesias—, comenzamos a planificar el futuro del partido para seguir creciendo y conseguir aportar soluciones a los problemas de España. Pero no hubo tiempo a nada, pues muy pronto estallaría en el seno del partido una crisis que lo cambiaría todo.

Justo a la semana siguiente de que se constituyesen los ayuntamientos —y que en Barcelona Manuel Valls apoyara a Ada Colau—, se filtró que Toni Roldán iba a dejar Ciudadanos por no apoyar un gobierno de Pedro Sánchez. El propio Toni lo negó en el grupo del Comité Permanente, pero los detalles de las reuniones de ese fin de semana con su círculo más cercano fueron llegando. Ese mismo lunes 24 de junio de 2019, tras desmentir el propio Toni los rumores de su abandono a sus compañeros de ejecutiva, tan solo unas horas más tarde realizaba una rueda de prensa en el Congreso donde anunciaba que dejaba Cs. También arremetió duramente contra las decisiones políticas que, curiosamente, él mismo había apoyado durante todos esos meses sin oponerse a ninguna de ellas; la más beligerante fue, a su entender, los acuerdos con Vox. Precisamente fueron Toni y Luis Garicano, bajo la coordinación de José Manuel Villegas, los que negociaron el gobierno del cambio en Andalucía que necesitó a Vox para conseguirlo. No entendíamos cómo habiendo seguido la misma estrategia de negociación con Vox que él mismo había realizado pocos meses antes, ahora esta fuese errónea, cuando además se habían cerrado acuerdos tanto con el PP como con el PSOE en numerosas ciudades.

Fue un lunes triste, aunque, tras la información que nos fue llegando esos meses, a algunos no nos sorprendió. A Toni, cuando nadie lo conocía, le abrimos las puertas del partido, como a muchos otros, y le otorgamos un bien tan preciado como el de la confianza, dotándole de recursos para disponer del equipo que él considerara y así poder elaborar los posicionamientos políticos del partido. Unos recursos que no tenían la gran mayoría de las secretarías. Quien más sufrió esa traición fue el propio Albert: al fin y al cabo fue quien confió en él y en las dos personas que le propusieron a Toni como un activo para el partido. Desde Cs le deseamos lo mejor en lo personal a Toni, aunque lamentamos, como no podía ser de otra forma, su abrupta salida.

Ese mismo lunes 24, presionados por el anuncio de Toni, se volvió a realizar un debate en el Comité Ejecutivo con una posterior votación para decidir si se apoyaba a Pedro Sánchez. Esa ejecutiva fue narrada en directo por un medio de comunicación nacional, lo que obligó a Albert a intervenir: «Pido a la persona que está detallando todo lo que se está tratando que, por respeto a los compañeros, apague el teléfono, por favor», zanjó de inmediato. Solamente cuatro personas votaron a favor de apoyar un gobierno de Pedro Sánchez. Tras esa reunión, Javier Nart decidió también dimitir del Comité Ejecutivo. Rápidamente, varios dirigentes y miembros históricos del partido comenzaron a mostrar públicamente su apoyo a Roldán, como Luis Garicano, Francesc de Carreras o Paco Igea. Con el paso de las semanas fue tomando fuerza la teoría de que la excusa de Vox, que realmente no gobernaba con Cs en ninguna institución —aunque a algunos no nos hubiese importado—, era el *casus belli* para dinamitar el partido y buscar la caída de Rivera.

Fuese verdad o no esa presunta conspiración, la realidad es que llevaba tiempo llegándonos información de ciertos movimientos internos, aunque estos no eran nada concluyentes. ¿Fue Toni Roldán el que encendió la mecha? ¿La insistencia de Inés de abandonar Cataluña y venirse a Madrid era para estar bien posicionada si algún día dimitía Albert? Cuesta creer que fuese así, pero había muchos indicios que apuntaban en esa dirección.

Casualidad o no, a Juan Carlos Girauta, una persona que se viste por los pies, le detallaron meses antes de las elecciones generales de abril de 2019 lo que parecía ser un movimiento —apoyado por agentes externos— contra Albert Rivera, pero no fue hasta la dimisión de Toni, y todo lo que desencadenó, cuando se encendieron todas las alarmas. Rápidamente nos pusimos a atar cabos. Con Oriol elaboramos un documento que entregué a José Manuel Villegas, y presenté a Carlos Cuadrado, a Espejo y a Bofill, sobre toda la posible trama interna y las personas que podían estar detrás o apoyar una rebelión contra Albert desde dentro. Por desgracia, con el tiempo se vería que poco nos equivocamos.

Parecía que se llevaba tiempo buscando sustituir a Albert y algunos estaban esperando el momento oportuno para ello. La persona elegida para sustituirle debía ser Inés Arrimadas, que se había mostrado en varias ocasiones reticente a la estrategia política que se marcaba. Personalmente, me gustaría creer que ella nunca fue conocedora de todo esto, aunque justo durante esas mismas semanas en las que a Girauta le llegaba la información fue cuando al parecer forzó su salida de Cataluña para irse a Madrid. En aquel entonces —principios de 2019— todo sonaba demasiado enrevesado, por lo que decidimos seguir trabajando en las campañas que venían por delante para responder con buenos resultados a esos supuestos movimientos en la sombra. Sin embargo, Juan Carlos Girauta era partidario de desactivar y desenmascarar cuanto antes lo que estaba ocurriendo y comunicó a Villegas —trasladándose expresamente a Barcelona para comer con él— que no quería compartir ningún órgano político con personas que estaban traicionando a Albert y a Cs, y renunciaba a ir en candidatura alguna. Villegas le quitó hierro y consiguió convencer a Girauta, que aceptó por lealtad —qué hermosa palabra tan descuidada en el mundo de la política para algunos— a Albert y al proyecto, pero hizo hincapié a Villegas y a Albert de lo que le habían detallado esos días.

Precisamente, semanas antes a esa reunión con Villegas, en una reunión del Comité Ejecutivo donde se expuso en un estudio encargado desde Cataluña que Cs debía tener un perfil más

catalanista, Juan Carlos alzó la voz: «Parece que el nacionalismo ha penetrado en la cúpula de Ciudadanos», exclamó escandalizado por lo que estaba viendo y escuchando. Casi al momento fue interrumpido por José María Espejo, al que Girauta replicó: «¿Por qué te sientes aludido?», ante el asombro de todos. Solamente habían pasado unos pocos meses desde que el equipo de Arrimadas cuestionara algunas de las acciones llevadas a cabo en Cataluña, como era la retirada de lazos amarillos o llenar la plaza de Sant Jaume de Barcelona con banderas españolas. Unas protestas internas que, en la misma línea del equipo de Inés, habían hecho en cierta forma Toni Roldán o Luis Garicano. Fue una reunión tensa, pero a Juan Carlos no le faltaba parte de razón. No era la primera vez que se buscaba dar ese giro hacia un discurso más catalanista, pues tras las elecciones autonómicas catalanas de 2015 —como hemos contado anteriormente en otro capítulo— se intentó lo mismo y, en aquel momento, se tuvo que reconducir la situación.

Albert y Villegas siempre eran de la opinión de que lo acertado era tener a tus supuestos enemigos o rivales internos cerca, y darles cargos y protagonismo, pues así estarían agradecidos y se sentirían valorados, evitando que se rebelaran. La realidad es que no les solía funcionar. Los movimientos y las dimisiones en escalada de ese verano de 2019 parecían confirmar todo lo que Girauta y otros miembros, de dentro y de fuera de Cs, nos habían alertado. Tras la salida de Roldán el 24 de junio, vinieron las bajas en el partido de Xavier Pericay el 6 de julio —aunque anunció que lo hacía por otros motivos—, Francesc de Carreras el día 17, Paco de la Torre el 25 —dejaría su acta de diputado un par de meses después— y, después, Javier Nart el 5 de septiembre —en este caso, se quedó el acta de eurodiputado—. Junto a ellos, se produjeron muestras de apoyo de varios miembros del partido que, además, comenzaron a cuestionar cada decisión que se tomaba —tras estar meses apoyando y participando en la elaboración de toda la estrategia—. Los medios amplificaron la crisis y un rosario de encuestas salieron publicadas en todos los periódicos destacando que Ciudadanos se hundía.

Me costaba creer que personas que habían sido tan cercanas a Albert —tanto las recién llegadas en 2015 como las que llevaban más tiempo— fuesen capaces de responder de esa forma tan ingrata: les habíamos proporcionado todas las facilidades para que se sintiesen cómodas en Cs, asumiendo importantes puestos de responsabilidad política, y hasta en ocasiones dimos la cara por ellas ante la militancia por decisiones erróneas que habían tomado. Durante esas semanas algunos recordábamos cuando, en 2016, se puso sobre la mesa el ofrecimiento del Partido Popular con Mariano Rajoy de presidente para entrar en el gobierno, estos mismos hacían cábalas con los nombres de los ministerios —y de los cargos— e insistían en la conveniencia de entrar en el Gobierno de Rajoy. Eso mismo estaba pasando ahora tras las elecciones de abril, pero con Pedro Sánchez. Parecía como si hubieran venido a Ciudadanos con el objetivo de ser ministros o secretarios de Estado, fuese con el gobierno que fuese. Cs no lo construimos para eso, sino para hacer frente a los atropellos de los nacionalistas y sus cómplices, y para mejorar la vida de los españoles. Y así lo demostramos hasta el final.

«Vamos a votar no con las dos manos al plan Sánchez. Y no a la banda que va a ejecutar el plan Sánchez. Tiene una banda que quiere liquidar España», espetó Albert Rivera en el pleno del 22 de julio de 2019 en el Congreso. Y es que sabíamos quién era Sánchez, al conocerlo bien tras las negociaciones en el pacto del abrazo en febrero de 2016 y lo ocurrido durante los siguientes años, incluyendo la moción de censura apoyada por lo peor del parlamentarismo español. Por responsabilidad, y por amor a España y a los españoles no podíamos hacer presidente a alguien como él, una persona contraria a los principios morales y al sentido común. El tiempo, al final, nos ha acabado dando la razón y se ha visto hasta dónde es capaz de llegar Sánchez con tal de mantenerse en la Moncloa. Además, en España, el presidente tiene un poder casi absoluto en el Gobierno, por lo que resultaría imposible condicionar sus políticas y reconducir sus insensateces y desidias. Más aún cuando, por la aritmética parlamentaria que había, siempre tendría una mayoría parlamentaria alternativa con la

«banda» que le hubiese permitido hacer lo mismo que ha acabado haciendo.

El mayor error que cometimos no fue el de no apoyar al sanchismo tras las elecciones de abril de 2019 como desde diferentes ámbitos se presionaba, sino el de no saber desenmascararle a tiempo. Siendo conocedores, como éramos, de las negociaciones y los acuerdos de Pedro Sánchez y Pablo Iglesias para cerrar un gobierno, en el que tendrían el apoyo de los grupos separatistas, debimos haber intentado desde el primer momento que los españoles conociesen ese nuevo pacto. Tampoco pensamos que miembros de nuestro partido, que habían apoyado la estrategia, les harían el juego sucio y que muchos votantes nos rechazarían por cumplir con nuestra palabra dada en campaña.

Cuando nos dimos cuenta de que no habíamos sido capaces de explicar bien el plan de Sánchez a los españoles, fue demasiado tarde. A pesar de ello, lo intentamos en el último momento, solicitándole que cumpliese cuatro puntos si quería nuestra abstención: romper con los nacionalistas en Navarra y constituir un gobierno constitucionalista, no indultar a los golpistas, pactar un 155 eficaz entre PSOE, PP y Cs, y no subir los impuestos. Sánchez, sin sonrojarse, contestó rápidamente que todos esos puntos ya se cumplían y, por tanto, no iba a hacer ninguna cesión para recibir el apoyo de Cs. Era evidente que Sánchez mentía y no podía cumplir esos puntos porque eran contrarios a lo que precisamente tenía acordado con Pablo Iglesias y los separatistas. En esa coyuntura política, llegó la repetición electoral.

Sánchez, que manejaba muy bien las tendencias demoscópicas, sabía que la situación le podía favorecer en una repetición electoral. Con Ciudadanos perdiendo fuerza por su crisis interna y el marco creado de que la repetición electoral estaba originado por no apoyar su investidura —a pesar de tener otras alternativas de gobierno—, Podemos que también tenía tendencia a la baja, y Vox creciendo, sería su arma perfecta para crear más polarización y mermar, así, el crecimiento del PP. Los números le daban. Tras la repetición electoral de noviembre de 2019, con el hundimiento de Cs y el crecimiento de Vox, en apenas un día

Sánchez anunció públicamente un acuerdo de gobierno con Pablo Iglesias. Se materializó así lo que era un secreto a voces, pues todos sabemos que no se puede cerrar un programa de gobierno en apenas veinticuatro horas. Durante los días siguientes, los grupos nacionalistas y separatistas mostraron su apoyo a ese gobierno. El plan Sánchez, con su banda, no había hecho nada más que empezar.

Esas elecciones generales de noviembre de 2019 me volqué con mi candidatura de Granada. Era casi imposible conseguir representación, pero por agradecimiento y respeto a todos los afiliados y votantes tenía que hacer la mejor campaña posible. Además, no estar en el comité de estrategia ni en la toma de decisiones me permitió tener más libertad y poder dedicarme en cuerpo y alma a Granada.

Conocedor de los intentos de boicot que sufrí durante las elecciones generales de abril —se buscaba que Cs no sacara más votos que los que se pudiesen obtener en las municipales de mayo en Granada ciudad—, decidí cambiar parte del equipo y, al menos, disfrutar de la campaña sin tener que estar vigilando mi espalda. A medida que pasaban los días era cada vez más consciente que sería la última. «Las encuestas internas nos dan 7-8 escaños, hay una bolsa importante de indecisos, pero la cosa pinta mal», me comentaba Villegas por teléfono justo en el ecuador de la campaña. Con Raúl Fernández, María del Mar Sánchez y Blanca Durán nos recorrimos toda la provincia y todos los medios de comunicación posibles. Hasta la última gota de sudor nos dejamos, y es que sabiendo el más que posible resultado final, quería llegar al día de las elecciones habiendo dado lo mejor de mí.

La dimisión de Albert Rivera

El viernes 8 de noviembre de 2019, tras hacer un acto la tarde anterior con Juan Marín y esa misma mañana de viernes otro con Javier Imbroda —ya fallecido—, me desplacé a Barcelona para asistir al cierre de campaña. Tras el anuncio de varios retrasos,

acabaron cancelando el vuelo Granada-Barcelona, por lo que decidí alquilar un coche y desplazarme rápidamente hasta Alicante, donde conseguí tomar otro avión y llegar a Barcelona. Quería estar en el que sería el último acto de Albert y cerca de todo mi equipo de organización, de los que me habían acompañado durante todos estos años de andadura construyendo Ciudadanos por toda España. Necesitaba abrazarles y darles las gracias. Esa noche cenamos el equipo más cercano a Albert en el restaurante Salamanca de Barcelona, donde habíamos celebrado grandes éxitos y planificado grandes hitos. Sería la última cena. «Si sacamos más de veinte escaños intentamos aguantar, si sacamos menos, nos vamos», fue el resumen de Albert, el cual llevaba días preparando su discurso de dimisión. Tras la cena, me fui con mi equipo de organización para agradecerles todo el trabajo hecho, pues a partir del domingo todo indicaba que se abriría un nuevo escenario.

No hubo sorpresas esa fatídica noche del 10 de noviembre de 2019. A última hora de la tarde, estando en Madrid, llamé a mis padres, que me habían acompañado siempre en esta andadura de la política: «Se esperan malos resultados, pero no os preocupéis, la política es así. Os quiero», les dije muy resumidamente. «Te queremos, hijo, estamos orgulloso de ti», me decía mi padre con una voz rota. No pude evitar que se me cayera una lágrima. Seguidamente llamé a Virginia, mi esposa, que se encontraba en Sevilla; llevábamos todo el día escribiéndonos: «Cariño, no esperes ningún milagro», le dije. Ella, que es una persona positiva y hasta el último momento nunca pierde la esperanza, me preguntó si yo al menos entraba: «No, cariño. Vamos a sacar unos ocho o nueve diputados. Sabíamos que esto iba a pasar, así que estemos tranquilos. Te quiero», colgué y volví a entrar en la sala donde se iba a hacer el seguimiento del escrutinio. Finalmente, más de 1,6 millones de españoles votaron a Ciudadanos, y sacamos diez escaños. Veníamos de tener más de cuatro millones de votos y 57 escaños. El fracaso se había materializado. Se acababa una etapa y los sanchistas ganaban la partida.

Fue una noche dura. Con Virginia en Sevilla, que por temas de salud renunció a liderar la candidatura —de no haberlo hecho

hubiese tenido un escaño en el Congreso, y es que de los diez diputados conseguidos uno fue por la capital hispalense—. Además, esa triste noche le tocó ver cómo algunos parecían no poder contener la felicidad, como Juan Marín, que llegó a encargar unas pizzas y pidió que pusieran el Betis por una de las televisiones, como si nada estuviese sucediendo. Ana, mi suegra, aún recuerda como Juan la miraba y sonreía alegremente tras ver el resultado que nos habían deparado las urnas.

En Madrid, hubo algunas lágrimas, pero las caras serias que tenían algunos la noche electoral de abril se transformaron en rostros de indiferencia. Improvisamos una reunión en *petit comité* en el despacho de Villegas para preparar el discurso ante los medios. Casi a medianoche salió el propio Albert para anunciar que convocaría una Asamblea General Extraordinaria y que al día siguiente habría un Comité Ejecutivo. Todo el mundo esperaba que anunciara algo más, pero no era el momento. Esa misma noche vinieron las presiones para que Albert notificara su dimisión: Paco Igea declaraba ante los medios que él asumiría responsabilidades si sacase un resultado así —cosa que con el tiempo se vio que no haría tras sacar un solo escaño en las elecciones de Castilla y León en 2022—, y otros comenzaron con los mensajes, las llamadas y los corrillos animando a Inés a que diese ya el paso. Con esa sensación del final de una etapa, nos fuimos a dormir.

«No aguanto más, dimito», fueron las palabras de Albert nada más comenzar la reunión del Comité Ejecutivo del lunes 11 de noviembre de 2019, mientras clavaba los codos en la mesa y rompía a llorar. Observé cómo a varios compañeros —no a todos— comenzaron a caérseles las lágrimas por el rostro, la tristeza se apoderó de la sala de reuniones de la quinta planta de la sede. A los pocos minutos, la noticia ya estaba en la prensa; los de siempre lo filtraron a los medios, no respetaron ni ese día. Por eso, sabiendo que eso podía ocurrir, Albert no comunicó en esa reunión del Comité Ejecutivo que también dejaba la política. Quería despedirse ante todos los españoles, a su manera, en la posterior rueda de prensa. Pidió que lo dejaran solo durante el discurso. Ahí estaba, en el atril de la sede, dando una lección de ejemplaridad a

toda España. Ante su primer gran fracaso electoral no lo dudó, asumió la responsabilidad, dimitió y dejó la política. Algo que cuesta mucho ver en este mundo. Algunos, que se han dedicado posteriormente a dar lecciones de moralidad y ejemplaridad tras ir de fracaso en fracaso, debieron tomar nota.

No habían pasado ni unos minutos de esa rueda de prensa cuando en uno de los despachos de la cuarta planta un pequeño grupo de la ejecutiva comenzó a elaborar listas negras de los que tenían que irse con Albert y a repartirse los futuros cargos. Recuerdo esos momentos con profunda decepción, ni siquiera fueron capaces de guardar las formas un día así. «Villegas, ¿cuándo hay nueva ejecutiva?», le preguntó Garicano. «Ha dimitido el presidente, ya no hay Comité Ejecutivo», le contestó Villegas, claramente afectado, mientras bajábamos por las escaleras de la sede para dirigirnos a comer con Albert a un reservado de un céntrico restaurante de Madrid. Era la comida de despedida. Albert dejó claro que él lo dejaba, pero que cada uno era libre para decidir qué camino quería tomar.

Inés Arrimadas toma las riendas... y yo presento mi dimisión

Los días siguientes a la dimisión de Albert Rivera fueron bastante caóticos y de mucha incertidumbre. Comenzaron a proliferar reuniones de todo tipo, incluso se organizaron grupos internos cuyo fin no era otro que reclamar un ajuste de cuentas en algunos territorios. A pesar del desastre, no se podía dejar el partido descabezado de la noche a la mañana, había que seguir dando respuesta en el día a día, nos habíamos quedado con diez diputados nacionales, pero seguíamos teniendo 163 diputados autonómicos y 2.790 concejales que gobernaban para veinte millones de españoles. Junto con Villegas y Espejo, fuimos gestionando el partido esos días.

A pesar de no haber participado en ninguna de las decisiones de esa campaña electoral ni ser miembro del comité de estrategia que pilotó el partido esos meses, era el momento de dar un paso al

lado y dejar la secretaría de organización. Era una decisión que Virginia y los más allegados sabían que llevaba mucho tiempo planteándome. Aunque había disfrutado mucho todos esos años, construyendo un partido y aportando mi granito de arena para mejorar la vida de los españoles, estar al frente de organización era muy ingrato, muchas veces tenía que ejecutar y defender decisiones de otros miembros del partido que a veces no compartía, creándome en ocasiones problemas personales. Si seguí como secretario de organización durante ese último año fue por lealtad a Albert y Villegas. Ahora sin ellos, ya no tenía ningún sentido seguir.

Esos días fueron personalmente bastante duros. Algunos miembros de Cs, aprovechando el resultado electoral, arremetieron duramente contra mí, y eso que muchos eran conocedores de que no era partícipe de la estrategia de esa campaña y, por tanto, poco o nada podían responsabilizarme de lo ocurrido el 10 de noviembre, pero esos días todo valía. Antes de anunciar mi dimisión, que ya había comunicado a la gente más cercana y que originó una campaña de apoyo en redes sociales de numerosos cargos de toda España, a los que solo les puedo estar agradecidos, me reuní con Inés. Fue el jueves 21 de noviembre de 2019, en su despacho del Congreso; el encuentro se alargó más de dos horas. Me presenté informándole de que iba a dejar la secretaría de organización, pero con la clara voluntad de seguir ayudando —desde un segundo plano— en todo el proceso de transición. «Tengo todo mucho más controlado de lo que te piensas. No soy una mujer florero. No le tengo miedo a nada ni a nadie. No necesito que nadie me ayude. No le tengo apego a ninguna silla», me dijo, con una actitud chulesca, desafiante y arrogante, incluso diría que rozando la mala educación. No era la persona que conocí, ayudé y protegí cuando casi nadie la quería en sus inicios en el partido. Me encontré a una Inés irreconocible.

Esa misma semana Villegas y Fernando de Páramo anunciarían su dimisión. En el caso de Villegas, seguiría hasta la Asamblea General, y en el de Fer, dejaba su escaño en el Congreso y la política de forma inmediata —Espejo sería quien cogería el

acta—. A la semana siguiente estaba previsto que lo hiciese yo. Había que hacerlo de forma ordenada. Mi idea inicial era seguir ayudando en todo lo posible para volver a hacer de Ciudadanos un proyecto político fuerte y una alternativa de gobierno, pero tras la reunión con Inés y reflexionando todo ese fin de semana tomé la decisión de que no merecía la pena. La nueva etapa que se abría iba a ser muy distinta. El mismo lunes 25 de noviembre de 2019, en la sede de la calle Alcalá, tras la reunión del Comité Permanente, le trasladé a Inés: «En mi carta de dimisión de mañana diré que no voy a estar en la gestora que se constituya ni tampoco en un Comité Ejecutivo futuro, y dejaré claro, para que estés tranquila y así evitar malas interpretaciones, que te apoyo», le indiqué muy resumidamente. «Creo que te estás precipitando, que no lo has meditado bien. Sin ti todo el proceso de transición no va a funcionar y puede pasar cualquier cosa. Mañana lo hablamos con calma, por favor», me dijo Inés con cara de preocupación y en un tono que me recordó a la Inés que sí conocía. «El jueves me sentí despreciado, humillado e insultado. Y yo no estoy ya para estos desplantes. Si tan controlado lo tienes todo, no me necesitas», le contesté. Insistió en que nos viésemos al día siguiente, y acepté.

Ese mismo lunes tuve conversaciones con Villegas, Bofill y el ya fallecido Joan Mesquida. Los tres consideraban que lo óptimo sería que estuviese en la gestora, pues era el único que conocía a todos los cargos orgánicos e institucionales del partido y qué situación interna había en cada rincón de España. Al día siguiente, Inés cambió totalmente su tono respecto a la reunión del jueves anterior. Cercana, amable y comprensiva me pidió que estuviese en la gestora y que en mi carta de dimisión no cerrase la puerta a estar en un órgano de dirección del partido. «No hagas como Villegas», me dijo, aunque le insistí en que no tenía intención de estar en el Comité Ejecutivo. Habiendo meditado las palabras que me trasladaron el día anterior unos cuantos compañeros y tras la conversación con Inés, finalmente cedí, y acepté estar en la gestora. Ese mismo día Inés me comunicó que iban a reubicar a todos los diputados y senadores posibles que se habían quedado sin acta tras el 10 de noviembre en diferentes puestos, que José María

Espejo había hablado con Juan Marín y este le había propuesto que Virginia fuese adjunta al Defensor del Pueblo Andaluz, pero Virginia lo rechazó en ese momento. En mi caso, que siempre había estado desarrollando mi actividad en la parte orgánica del partido y no había podido estar en la parte institucional, decidimos en esa reunión que fuese designado senador autonómico por Andalucía. Modifiqué la parte final de mi carta de dimisión, donde ponía que no estaría en la gestora, y lo cambié por «estoy a disposición de mi partido para seguir aportando mi granito de arena». La subí a mis redes sociales ese mediodía del 26 de noviembre de 2019. Mi teléfono se colapsó de llamadas y mensajes de agradecimiento y apoyo que a día de hoy, como muchos otros mensajes de otra índole, aún conservo.

Fueron unos días duros, pues además mi padre llevaba ingresado varios días en el hospital por una infección grave en la sangre que le originó una parálisis en un riñón y el mal funcionamiento de otros órganos, y a la semana siguiente, operaban a mi madre de un pinzamiento en la columna. Estuve esas semanas entre Granada y Madrid. Qué gran verdad aquella de que los problemas nunca vienen solos.

El sábado 30 de noviembre de 2019 hubo reunión del Consejo General donde se nombró la gestora. Me designaron al frente de organización durante ese proceso de transición que duró más de tres meses a petición de Carlos Cuadrado, el cual quería tener tiempo suficiente para cerrar bien las cuentas del partido tras la campaña electoral. Un par de horas antes del inicio del Consejo General reuní a todo el equipo de organización de España junto con Villegas, Espejo, Cuadrado e Inés. Quería mostrar unidad y normalidad tras el anuncio de mi dimisión y que, a pesar de los errores y los presuntos movimientos que había habido contra la estrategia de Albert, se había decidido apoyar a Inés como futura presidenta del partido.

Durante esos meses recorrimos toda España en coche haciendo asambleas por todas las principales ciudades para explicar el proceso de la Asamblea General Extraordinaria. Lo hicimos con Manuel García Bofill y el ya fallecido Joan Mesquida,

y en algunas ocasiones se sumaron otros miembros como Guillermo Díaz, Melisa Rodríguez, Ignacio Aguado o Begoña Villacís. Era mi última ruta y la aproveché para despedirme de todos los afiliados, agradecerles el esfuerzo y el trabajo de todos esos años y pedirles disculpas por los errores que hubiese podido cometer. Junto a mí, en esa ruta también estuvieron las dos personas —mis ojos y mis manos— que siempre me acompañaron en mi andadura al frente de organización, Oriol Burgès y Luis Díaz.

A pesar de anunciar que no seguiría en la futura dirección del partido y que ponía punto final a mi etapa orgánica, los ataques personales en redes sociales y en las asambleas no cesaron. Durante esos meses volvieron las *fake news* y las campañas de acoso contra mi familia, sin ningún pudor ni miramiento. ¿De dónde venía tanta desafección? Durante los siguientes meses supe por numerosos afiliados y cargos —algunos no tuvieron inconveniente en enseñarme los mensajes— que, cuando otros miembros del Comité Permanente o de los comités autonómicos y provinciales tomaban unilateralmente decisiones erróneas o creaban conflictos, *a posteriori* me señalaban a mí como responsable, originando el malestar de la militancia contra la secretaría de organización nacional. Unos y otros me habían puesto en la diana, era el chivo expiatorio: «Es una decisión de Hervías. Son instrucciones de organización», repetían algunos siempre que querían tapar sus propios errores. Descubrir eso me decepcionó enormemente, pues siempre había hecho de la confianza y el compañerismo con el resto de los miembros de los distintos órganos del partido un pilar esencial del trabajo en equipo. Nunca hubiera imaginado que muchos de esos dirigentes a los que ayudé y protegí durante años fuesen los que crearon parte de ese malestar con sus acciones y acusaciones. Aunque me supuso mucho el daño causado, ya ha pasado el tiempo y veo todo ello como una etapa de aprendizaje, por lo que no les guardo ningún rencor y les deseo lo mejor.

De mi etapa como secretario de organización, me quedo con todos esos bonitos momentos vividos —que son muchos—, con gente maravillosa, construyendo un partido que consiguió cambiar

la política española, que fue fiel a sus principios y en el que, en aquel Ciudadanos auténtico, mantuvimos siempre nuestra palabra dada de no entregar España al sanchismo y a su banda. El tiempo ha demostrado que todo lo que advirtió Albert durante ese largo 2019 sobre Pedro Sánchez era verdad. Personalmente, me alegro de haber tenido el honor de servir a España como representante público del Cs auténtico, y de haber podido decir no a la investidura de Artur Mas y Puigdemont en 2015, y no a la investidura de Pedro Sánchez en 2019.

12

EL ADIÓS

Dejar Ciudadanos fue una de las decisiones más difíciles —y duras— que he tomado en mi vida. Aquel 18 de febrero de 2021, tras salir de la sede de la calle Alcalá después de una tensa reunión con Carlos Cuadrado y José María Espejo, sabía que no volvería a entrar a la que fue mi casa durante casi quince años. Mi partido, ese proyecto que con tanto esfuerzo, ilusión y cariño construimos en toda España, se había vuelto irreconocible. Lo tuve claro: no podía seguir representando a un partido que renegaba de los suyos, de su pasado y que hacía seguidismo del sanchismo. La deriva que fue tomando Ciudadanos desde la dimisión de Albert Rivera no me dejó otra salida.

Durante todo ese último año me esforcé para intentar hacer ver a la nueva dirección de Arrimadas que los valores de Cs eran incompatibles con Sánchez y con Pablo Iglesias. Que precisamente nacimos como partido para hacer frente a las políticas que estaban aplicando ese gobierno socialista y comunista, donde los separatistas campaban a sus anchas. Todo esfuerzo cayó en saco roto, no entendían que aquel PSOE histórico con sentido de Estado ya no existía, que Sánchez lo había acabado de enterrar, y que pactar con ese Gobierno era vender nuestros principios y traicionar a España.

Solamente había pasado un año desde que había estado recorriendo España como responsable de organización de la gestora, dando la cara y pidiendo disculpas a los afiliados por los resultados del 10 de noviembre de 2019 —a pesar de no haber

estado en el comité de estrategia que dirigió esas elecciones—. Recuerdo que finalizamos todo aquel proceso de transición de forma ejemplar para que la nueva dirección tomara las riendas del partido de forma ordenada, pero no fue un proceso sencillo. Las disputas por hacerse con los despachos de la planta cuarta de la sede se sucedieron durante todas esas semanas de finales de 2019 y principios de 2020. Por un lado, estaba Paco Igea, que creó un equipo con todo aquel que fuese contra la dirección anterior de Albert Rivera; ya se sabe el dicho «el enemigo de mi enemigo, es mi amigo». Por el otro, estaba Inés, decidida a no integrar a nadie del equipo de Igea. Mirando atrás, me doy cuenta de que lo que pasó durante esas semanas era ya el preludio de lo que vendría durante ese año y que haría que miles de afiliados dejaran el partido.

Mientras Inés preparaba su equipo y su estrategia de futuro, me tomé esos meses de la gestora como mi último servicio orgánico al partido, convencido de que con la nueva dirección podría darse la vuelta a la situación y Cs volvería a ser lo que era. Pero pronto vería los primeros errores que lastrarían al partido en sus decisiones políticas. Fue el lunes 27 de enero de 2020. Ese día tuve una comida en un conocido restaurante del paseo de la Castellana con varios miembros del equipo anterior, entre ellos José María Espejo y Carlos Cuadrado; ambos confirmaron algo que ya se sabía en los círculos más cercanos a Inés, que de secretaria general iba a poner a Marina Bravo, una diputada desconocida de Cataluña que vino en 2015 de la mano de Antonio Espinosa para incorporarse —como independiente— en las listas autonómicas catalanas. Ambos consideraban que sería la imagen de la renovación, la cara nueva, pero que realmente ellos manejarían todo el partido y su estrategia, que Marina les dejaría hacer y deshacer a su antojo. El tono y el trasfondo de lo que trasladaron Cuadrado y Espejo en esa comida no me gustó nada. Mal se empezaba. Y así se lo hice saber a Inés, con total sinceridad, en una conversación telefónica de casi una hora tras la asamblea con afiliados que tuvimos en Mérida el 5 de febrero de 2020. Le expuse que no me gustaba lo que estaba viendo y le recordé lo que le dije

en noviembre, que no tenía ninguna intención de estar en ese Comité Ejecutivo ni en ningún otro.

Dos días después de esa clarificante y franca conversación con Inés, el 7 de febrero fui con Virginia a almorzar a un céntrico restaurante de Sevilla. Cosas del destino, llegó Juan Marín con su mujer y con uno de sus hijos al mismo establecimiento. Al acabar, estuvimos un rato conversando sobre la situación interna del partido y de proyectos de futuro, fue justo ahí donde Marín convenció a Virginia para que aceptara el puesto de adjunta al Defensor del Pueblo Andaluz. Habían pasado tres meses desde que se lo ofrecieron por primera vez y lo había rechazado. Tenía las cosas mucho más claras, entre ellas dejar el partido. Sabía que Juan se lo ofrecía precisamente por eso, pues dicha responsabilidad implicaba no militar en ningún partido, algo que ya no era ningún impedimento para ella. Y así, por el camino de vuelta a casa me dijo convencida: «Sé que Juan me lo ofrece para que abandone Cs, lo que no sabe es que yo ya no creo en este Cs. Además, es una responsabilidad relacionada con mi profesión como abogada y que requiere de conocimientos jurídicos, desde donde se puede ayudar mucho a las personas desde ahí. Lo voy a aceptar».

Al igual que Virginia, fueron muchos los exdiputados que se fueron reubicando en otros puestos de responsabilidad política, como Fernando Navarro, exdiputado por Baleares, que fue nombrado viceconsejero de Transparencia en la Junta de Castilla y León; Soraya Mayo, exdiputada por Valladolid, subdirectora del Instituto Tecnológico y Agrario de Castilla y León (ITACyL); José Antonio Bartolomé, exdiputado por Zamora, director general de Trabajo en Castilla y León; Marcial Gómez, exdiputado por Córdoba, director general de Discapacidad e Inclusión de la Junta de Andalucía; María Ángeles Adán, exdiputada por Jaén, coordinadora de la Junta de Andalucía dentro de vicepresidencia; Diego Clemente, exdiputado por Almería, director general del Parque Científico y Tecnológico de Almería (PITA); Carlos Pérez, exsenador por Cádiz, asesor en la Diputación de Cádiz; Pilar Liébana, exsenadora por Madrid, directora general del *Boletín Oficial de la Comunidad de Madrid* (BOCM); Roberto Hernández,

exdiputado por Madrid, asesor en la Consejería de Economía de la Comunidad de Madrid; María Dolores Arteaga, exdiputada por Albacete, asesora en la Diputación de Albacete; Rubén Gómez, exdiputado por Cantabria, asesor del grupo parlamentario de Cantabria, así como otros representantes que acabaron con nómina del propio partido. Era algo que desde Cs teníamos claro, en la mayoría de los casos habíamos confeccionado un buen equipo de diputados, y no era momento de perder ese talento.

Mientras se iba reubicando a exdiputados, seguíamos trabajando y avanzando. Cada vez con más tensiones, tanto entre Inés e Igea como dentro de los propios equipos. Cada uno intentaba hacer la guerra por su lado. El 15 de febrero de 2020, se realizó un acto de apoyo a la candidatura de Inés donde ya se vislumbraba cuál sería su equipo. Decidí no asistir —tampoco lo hizo José Manuel Villegas—: era lo mejor para dejar claro que no había tutelas de ningún tipo, al menos, por mi parte. El teléfono comenzó a echar humo de gente de toda España. «¿Dónde está el cambio?», «¡Si se ha quedado con lo peor!», me escribían. «Parece que todo lo de estos meses era para que no estuvieseis ni Albert ni Villegas ni tú», me decían con cierta indignación un par de personas muy cercanas a Inés. Tuve que explicarles que cada etapa tiene un inicio y un final, y ahora era momento de arrimar el hombro y confiar. No quedaba otra opción si queríamos salvar el proyecto.

Con todo ello, llegaron las votaciones para elegir a los compromisarios y al Comité Ejecutivo. El equipo de organización saliente hizo su última gran labor y, aunque algunos tenían dudas por el equipo que llevaba Inés, completaron el trabajo con éxito. Las candidaturas de compromisarios que presentamos barrieron en casi toda España y en la del Comité Ejecutivo no hubo sorpresas. «Mi última misión cumplida», trasladé a la nueva dirección. Arrimadas acababa de recibir el apoyo del 77 % de la militancia para convertirse en la nueva presidenta de Ciudadanos.

La purga interna: arrinconamientos y despidos

A los pocos días de la confirmación de Arrimadas, bajó la tensión de las semanas anteriores y algunos comenzaron a analizar y a trasladar que el núcleo duro de Inés se caracterizaba precisamente por su poca capacidad estratégica y de trabajo, y que resultaba bastante inexplicable que confiara en ellos. Algo que también pensaban diferentes personas del propio equipo de Inés, que me escribían y llamaban asombrados porque había delegado todo el poder en Cuadrado —el único del comité de estrategia de las elecciones del 10 de noviembre que no había dimitido— y en Espejo —al que una gran mayoría señalaban como el responsable de muchos de los problemas existentes en el partido—. Intentando estar, cada vez más, ajeno a todo el ruido, decidí darles un voto de confianza y ponerme a disposición de todo lo que necesitaran y estuviese en mi mano. Lo importante era salvar el proyecto independientemente de quién estuviese en la sala de máquinas. Y eso que pronto se confirmaron todas las maniobras internas para hacer una purga sin precedentes contra personas que lo habían dado todo por el partido: «Proponedme gente, pero que no haya nadie ni de Villegas ni de Hervías», insistían los nuevos hombres fuerte de Arrimadas ante el asombro de los demás. Quedaba patente que, mientras algunos trabajamos todos estos años en equipo, otros no lo hicieron así. Con una sensación de tristeza y decepción por lo que iban viendo mis ojos y escuchado mis oídos, intenté buscarle una explicación racional a todo ello. A día de hoy, aún no la he encontrado.

A pesar de que demostramos nuestra lealtad y compromiso con la nueva dirección, a los pocos meses llegarían los primeros incumplimientos. No contentos con ir arrinconando a todos los cargos que habían sido leales a la dirección anterior, comenzaron los despidos de trabajadores. Los primeros en caer fueron dos asesores de la Diputación de Sevilla, Jesús de la Cruz, que era uno de los afiliados más antiguos del partido y más comprometidos con el proyecto, y Juanjo Ortiz, que había dejado su acta de concejal en Bormujos para irse de asesor a dicho organismo. Dos afiliados ejemplares que no tuvieron conflicto alguno con nadie. Asombrado y creyendo que había sido un error, pedí una reunión a Cuadrado y

a Espejo, y comimos en un conocido restaurante cerca de la Puerta de Alcalá de Madrid. Me aseguraban que no había ninguna purga y que los despidos se debían a decisiones territoriales y de los grupos institucionales, que la situación no iría a más y buscarían alguna solución. A los pocos días se demostró que me habían mentido, pues en apenas unas semanas fueron prescindiendo de todo el equipo central de organización de la sede, entre ellos de Oriol Burgès, quien había sido mi jefe de gabinete durante todos esos años. Tuve que interceder para que se alcanzara un acuerdo con Oriol y evitar así males mayores que, sin duda, hubiesen acabado perjudicando a todo el partido.

A la vez que se llevaron a cabo todas esas injustas destituciones y despidos, el partido fue virando ideológicamente, apoyando numerosas medidas y propuestas del Gobierno de Sánchez e Iglesias. Atónito por lo que iba viendo, en repetidas ocasiones trasladé —con lealtad y sin hacer ningún ruido mediático— a Carlos Cuadrado, José María Espejo, Guillermo Díaz, entre otros, mi rechazo a la estrategia política que estaban llevando a cabo y que nos alejaban de nuestros ideales. Me costaba entender que personas como ellos, que habían sufrido la peor cara del separatismo, estuviesen haciéndole el juego a un Gobierno que hacía suya parte de la causa de los independentistas. Parecían estar obnubilados por Sánchez y por sus hombres fuertes de Moncloa. Además, comenzaron a ver fantasmas donde no los había, y es que, desde casi los inicios del mandato de Inés, Cuadrado se obsesionó conmigo acusándome de que estaba haciendo movimientos internos en su contra: «Si alguien piensa que va a controlar el partido o parte de él se está equivocando, se terminó una etapa, empieza otra», me decía en más de una ocasión. Meses después comencé a entender esos mensajes.

Las revueltas internas en el partido iban creciendo y, lejos de hacer autocrítica, vieron en mí la excusa perfecta para justificarse: «Fran no se está quieto», «Esto es cosa de Hervías», decían cada vez que les saltaba un conflicto que eran incapaces de resolver. Ajeno a estos comentarios, seguía ayudando en todo aquello que me pedían. Sonada fue la rebelión interna en el grupo parlamentario

del Congreso originada por el cheque en blanco que se le iba dando al Gobierno de Pedro Sánchez y Pablo Iglesias durante la pandemia. A primera hora de la mañana del 6 de mayo de 2020, José María Espejo me dijo que hablara con Marta Martín y algunos más del grupo parlamentario, como Pablo Cambronero o Guillermo Díaz, para pedirles que se alinearan con el posicionamiento del partido y no se saltaran la disciplina de voto. Ese día se votaba el apoyo de la cuarta prórroga al estado de alarma. Según me confirmaron, eran varios los diputados que estaban en contra de apoyarlo: junto a la negativa de Marta Martín, Marcos de Quinto y Pablo Cambronero, parecía ser que también mostraban sus reticencias Guillermo Díaz y María Muñoz. El grupo se les dividía y, con ello, también el partido. Antiguos cargos relevantes como Juan Carlos Girauta o Carina Mejías anunciaron que se daban de baja de Cs; pocos días después era Marcos de Quinto quien notificaba que dimitía como diputado —tomó el acta Miguel Gutiérrez, tras la renuncia también de Patricia Reyes—. Durante las siguientes semanas muchos afiliados y otros excargos y exdiputados fueron anunciando su baja del partido. La situación interna se les complicaba y los sondeos tampoco mejoraban con su estrategia de apoyo al sanchismo.

Lejos de cambiar de rumbo, siguieron en la misma línea. Siendo senador de Ciudadanos por el Parlamento de Andalucía —fui designado el 17 de junio de 2020—, en alguna ocasión me habían llamado la atención por mis intervenciones contra el Gobierno y mis referencias al sanchismo y a la banda. «Hay que ser comedidos con el Gobierno, que estamos alcanzando acuerdos con ellos», nos insistían en más de una ocasión. Reconozco que no pude cumplir con las directrices marcadas y así se lo trasladé a la dirección del grupo de Cs en el Senado: «Si no queréis que diga la verdad sobre este Gobierno, no me hagáis intervenir».

En algunas votaciones nos llegaron a hacer cambiar a última hora el sentido del voto «para hacer guiños al Gobierno», decían. Nos estábamos convirtiendo en uno más de la banda parlamentaria que apoyaba a Sánchez. Sorprendido por esos bandazos políticos, el 8 de septiembre de 2020, desayunando con Carlos Cuadrado

frente a la sede de la calle Alcalá, le trasladé mi total disconformidad con las decisiones que estaban tomando, argumentándole que no podíamos ir de la mano de un gobierno formado por Sánchez, Iglesias, los separatistas y Bildu, cuya hoja de ruta estaba en las antípodas de lo que realmente defendía y promulgaba Cs. Su explicación fue que con diez diputados se iba a tener más poder que con 57, que estaba teniendo reuniones con altos dirigentes del PSOE y no se descartaba entrar en el Gobierno en un futuro. Según Cuadrado, se había demostrado que la estrategia de Albert Rivera era mala y que tenían que probar otra para atraer al votante socialista desencantado con Sánchez, ser un partido pequeño y controlable que estuviese entre los diez y los veinte escaños, porque tampoco se podía aspirar a más. Recuerdo que le dije que esas alianzas con Sánchez y Podemos nos llevarían al camino de la desaparición y que él sabía bien cuál era nuestro potencial votante, que pensar en ser un partido pequeño es como cuando sales a empatar en un partido de fútbol, acabas perdiendo. Le daba igual. Era evidente que buscaban enterrar al Cs auténtico, borrar todo rastro de la etapa anterior —de la que ellos, curiosamente, formaron parte activamente— y no se daban cuenta de que no solo estaban sepultando al Cs de antes, sino también al actual. No entró en razón, ni él ni otros miembros de la dirección con los que hablaba y les trasladaba mi preocupación.

A pesar de ello, no quería darlo todo por perdido; quise pensar que se darían cuenta de quién era realmente Sánchez y que Ciudadanos, como partido liberal y férreo defensor de los valores constitucionales, no podía ir de la mano de aquellos que querían destruir España y romper la convivencia entre españoles. Tenía esa esperanza depositada, pues al fin y al cabo ellos también llevaban en Cs desde sus inicios y habían sufrido la asfixia del nacionalismo y de sus cómplices en Cataluña. Tenía que ser cuestión de tiempo que recuperaran el sentido común y que volviesen a defender al Cs auténtico, pero fueron pasando los meses y por desgracia no fue así.

El cruel acoso a mi entorno

Las tensiones internas siguieron, y a pesar de que me había desvinculado totalmente de la vida orgánica del partido, Carlos Cuadrado me trasladó que no podía verme con afiliados ni con miembros de otros partidos, pues, debido al cargo que había ocupado, podía dar lugar a malas interpretaciones. El malestar vino por la filtración de una comida que había tenido con Susana Díaz, y de otros encuentros con dirigentes del PSOE y del PP de varios sitios de España. Aunque podía entender las reticencias por algunos posibles miedos internos, le dije que no iba a renunciar a mi vida social, que como secretario de organización había tratado con numerosos cargos de otros partidos, con algunos de ellos entablando una relación personal más allá de la política, al igual que me pasaba con numerosos afiliados, muchos de los cuales se convirtieron en amigos que conservo a día de hoy. En aquel momento no entendió que uno puede hacer buenas amistades en política; deseo que a estas alturas lo haya comprendido.

Esos últimos meses de 2020 se abrió claramente una línea de ataque y derribo contra todo mi entorno. De todos los exdiputados, Virginia era la única que estaba pendiente de ser nombrada adjunta al Defensor del Pueblo Andaluz. Habían pasado los meses y todo seguía paralizado sin que se detallaran los motivos. Finalmente, desde el propio Palacio de San Telmo me confirmaron, con pelos y señales, que Juan Marín había pedido que se atrasara todo lo posible su nombramiento. A esas alturas ya no me sorprendía, y es que semanas antes había tenido lugar una purga masiva en Andalucía. De la noche a la mañana, se cesó a más de una decena de cargos sin ninguna justificación objetiva. El encargado de la operación fue Javier Loscertales, cargo de confianza de la dirección nacional y uno de los brazos ejecutores de Marín. El nexo de todos ellos era que tenían algún tipo de vinculación conmigo; eso sí, semanas antes de sus ceses les pidieron que hiciesen un informe exhaustivo sobre las actividades futuras que realizar, unas acciones que los nuevos cargos nombrados —algunos de ellos con escándalos judiciales incluidos—

acabaron llevando a cabo durante los siguientes meses.

Esa purga contra personas vinculadas a mí parecía tener como objetivo el perjudicar, con todo el daño posible, a mi familia, porque curiosamente lo hicieron cuando acabábamos de hacer público que estábamos esperando un bebé y era un embarazo de riesgo debido a la trombocitemia —una alteración que conlleva un exceso en la producción de plaquetas—que padece Virginia. Claramente se había iniciado una persecución personal, pues despedían a todo aquel que pudiese tener relación conmigo. Esos días, con Virginia sufriendo cuadros de ansiedad por la injusticia que estaban cometiendo contra esos cargos, contacté de nuevo con Cuadrado y con Espejo, trasladándoles la situación. Esta vez fui menos comprensivo. Me dieron su palabra de que lo solucionarían y que ellos no habían tenido nada que ver, que era cosa de Juan Marín que iba por libre. Les creí, pero la realidad es que fueron pasando los meses y no solo no solucionaron nada, sino que algunos —no satisfechos con los ceses— iniciaron una campaña de acoso en redes sociales, grupos de mensajería y medios de comunicación que continuaron contra Virginia hasta prácticamente el final del embarazo. Tan solo dos miembros de la dirección de Cs se interesaron en persona por la situación. Nunca pensé que mi partido se lavaría las manos ante actos de esta índole contra compañeros que lo habían dado todo por Ciudadanos, y que por el mero hecho de ser cercanos a mí irían a la calle de un día para otro y ante los ataques contra una mujer embarazada. Hoy me pregunto qué buscaban con ello.

Siempre había pensado que todo el mundo actuaba desde la concordia, la lealtad, la generosidad y el compañerismo, pero no era así, y menos en política. Durante esos últimos meses del año 2020, me di cuenta de que esos ataques no era algo de ese momento, sino que venían de años atrás. Como secretario de organización me había dedicado en cuerpo y alma al partido, sin descanso durante muchos años; sin tiempo para reflexionar sobre todo lo que te rodea, no me había parado a pensar de dónde salían todos los agravios que estaba sufriendo. Todos ellos siempre venían del mismo sector y de las mismas zonas: Barcelona y Sevilla.

Lamentablemente, no era la primera vez que sufríamos este tipo de ataques. Uno de los más graves fue en 2017 cuando a Virginia le detectaron un problema en el corazón, que derivó después en el diagnóstico de un problema en la sangre y un tumor de parótida por el que tuvo que ser intervenida en una larga operación. Suerte que en Madrid teníamos a una buena amiga con un gran corazón, como era Verónica Priego, que no se separó ni un momento durante todas esas duras semanas de pruebas médicas. Gracias a ella, todo se hizo más ameno. Pero por desgracia, en Cs no todos eran como Verónica. La miseria humana en aquellos meses de 2017 llegó a niveles de indigencia moral. «A lo mejor se muere y corre la lista», comentaban algunos miembros del partido en Andalucía, y así me lo confirmó una de las personas cercanas a Juan Marín semanas después en la sede de Sevilla que, intentándolo justificar, me dijo que eso no había sido exactamente así, que se había sacado de contexto. Fuera como fuere, el mero hecho de pensar en ello demostraba hasta dónde eran capaces de llegar algunos por intentar tener un sillón. A día de hoy, aún guardo mensajes como el que me enviaron cuando salió a la luz que Virginia renunciaba a presentarse a las primarias por Sevilla por sus problemas de salud. «Oye, me he enterado de que la Virginia ya no está para saraos de primarias, tsss una lástima [...], en Sevilla tienen que estar sonando las campanas de la catedral... en señal de duelo», me escribió un miserable en tono irónico, a la vez que llenaba sus redes sociales de múltiples insultos durante esas semanas.

Podía llegar a comprender que alguien, por ambición u obsesión por el poder, quisiese ser secretario de organización nacional o estuviese molesto conmigo; al fin y al cabo me tocaba ejecutar y trasladar decisiones que tomaba el partido y que no gustaban siempre a todos. Lo que no consigo comprender es cómo hay gente capaz de buscar hacer el mayor daño posible atacando a la familia; unos deseando la muerte de una compañera y otros haciendo el mayor daño posible en pleno embarazo de riesgo. Dolía ver que en Cs habían entrado personas con esa bajeza moral, y que la dirección de mi partido no solamente se ponía de perfil,

sino que protegía con su inacción a esos mismos que originaban o ejecutaban esos ataques. Fue una gran decepción personal. Para ellos me había convertido en el cabeza de turco donde poder esconder su incapacidad.

A pesar de ello, y de ser consciente de dónde venían todos esos ataques personales, tenía claro que el interés general del partido debía estar siempre por encima. La bajeza moral y humana de cuatro afiliados, amparados por algunos dirigentes, no podía poner en peligro todo el proyecto. Por eso, seguí apoyando y ayudando a Juan Marín y a su equipo. De cara a las elecciones autonómicas andaluzas de 2018, teniendo la mayoría de la militancia en su contra, me recorrí Andalucía cerrando el apoyo de numerosos cargos y afiliados para que le apoyaran en sus primarias, y, con la ayuda de Luis Díaz y José Manuel Villegas, convencimos a Luis Salvador para que no se presentara. Marín tuvo libertad para poder nombrar a quien considerara en puestos de responsabilidad o en listas electorales; las candidaturas para las elecciones autonómicas fueron consensuadas con él, sin excepción. Hasta cuando llegaban supuestas irregularidades internas —incluso algunas que podían ser consideradas muy graves—, buscaba solucionarlas para causar el menor daño posible a Juan y a su equipo y, por tanto, al partido. Y ahora, años después, aún sigo esperando que alguien me dé un solo motivo, un único ejemplo, que explique por qué Juan Marín destila —aún a día de hoy— ese odio, no solo en contra mía, sino en contra de mi familia.

Otros de los recuerdos más tristes que tengo son los sufridos desde la dirección autonómica de Cataluña. Carlos Carrizosa, a la vuelta de las primarias de julio de 2015, tomando un café en un bar al lado del Parlament, me dijo que no me querían en las listas de las elecciones autonómicas. Se justificó diciendo que era Inés, a quien no le gustaba que hubiese alguien que pudiese cuestionarle su autoridad con su presencia. En aquellos entonces no le di mayor importancia, pero tras lo que estaba viviendo esos meses con Arrimadas de presidenta até cabos rápidamente: aquello fue el preludio de todo lo que vendría después y no supe ver a tiempo. Pero no fue el único agravio que me hicieron a lo largo de mi

carrera. Con anterioridad, el 14 de octubre de 2016, ya me habían preparado una encerrona. Me convocaron a una reunión en la sede de Balmes donde estaban Albert Rivera, José Manuel Villegas, Fernando de Páramo, Carlos Cuadrado, José María Espejo y Carlos Carrizosa. Según los tres últimos, estaba actuando de mala fe en Cataluña y boicoteando sus acciones. Tuve que desmontar sus mentiras una a una, hasta enseñé conversaciones privadas de mi teléfono. Querían, de cara a la IV Asamblea General que sería al cabo de tres meses, quitarme de secretario de organización. Buscaban que ante los ojos de Albert yo no fuera la persona indicada, pero no les salió bien la estrategia. Al día siguiente, algunos de los presentes en esa reunión me pidieron disculpas. Les dije a Albert y Villegas que no iba a permitir una reunión más así, y que desde ese día toda la gestión interna del partido la llevarían desde Cataluña, yo solo haría lo que ellos me requiriesen, nada más. Desde ese 14 de octubre de 2016, mi trabajo orgánico en Cataluña se haría únicamente cuando recibiese directrices directas de Villegas o de Rivera, como así fue. Intervine únicamente para evitar represalias contra algunos afiliados, hacer un par de asambleas —a una de las cuales asistieron cuatrocientos afiliados— y para coordinar toda la campaña electoral catalana que ganamos en 2017.

Ser secretario de organización parecía ser la obsesión de muchos y el objetivo que tenían era ostentar el cargo que estaba desarrollando. Pues, también, de cara a la IV Asamblea General, varios diputados del Congreso me trasladaron que Miguel Gutiérrez —cuya labor orgánica en Madrid no era precisamente ejemplar— estaba buscando apoyos para que le dijesen a Albert Rivera y a José Manuel Villegas que él sería un buen secretario de organización y que debían prescindir de mí. Esos movimientos siempre los consideré como algo legítimo, pues entra dentro de los juegos de la política, aunque lamentablemente muchos veían la secretaría de organización como un puesto de poder y de figurar, y no como lo que realmente es, un cargo de responsabilidad y de muchísimo trabajo.

Algunos no dudaron hasta en usar la mentira y hacerlo

mediante la prensa. La noticia más escandalosa y falsa que sacaron fue tras las elecciones del 10 de noviembre de 2019. Una mañana me encontré que en un medio de comunicación digital había publicado un wasap asegurando que lo habían redactado desde mi entorno y que se estaba distribuyendo por numerosos grupos de mensajería del partido. Nunca dimos con ese mensaje. Era tan evidente la falsedad de la noticia que el wasap publicado tenía el fondo verde, es decir, la captura estaba realizada por la misma persona que lo había escrito. Si fuese un mensaje enviado a otras personas o a grupos, el fondo del texto debería haber sido blanco para todos aquellos que lo recibiesen. A pesar de esa obviedad, y de trasladárselo a la redactora, sufrí un linchamiento público por varios medios, pues parte del contenido de ese wasap aludía a una periodista andaluza. Meses después, me insinuaron que fue una operación sacada del ala naranja del Palacio de San Telmo que buscaba neutralizar las numerosas muestras de apoyo que había recibido de toda España el día anterior por mi labor al frente de la organización durante todos esos años. Lo que vulgarmente se diría «un ataque de cuernos». Esa estrategia de sacar noticias falsas fue una tónica habitual de todos esos años que se sumaba a las faltas de respeto continuadas —que aún siguen a día de hoy.

El giro en Ciudadanos y mi salida definitiva del partido

Historias personales para no dormir aparte, lo más preocupante que estaba viendo entre 2020 y 2021 era que cada vez más se visualizaba un apoyo de Cs al Gobierno de Sánchez e Iglesias. No solamente se abrieron a apoyar los presupuestos de 2021, sino también a claudicar ante el atropello a los derechos lingüísticos de los catalanes. Lorena Roldán, que era la portavoz del grupo en el Senado, nos trasladó que le había llamado un asesor del Congreso para preguntarle si se podía retirar el veto a la ley Celaá, esa norma que arrinconaba definitivamente el castellano en la educación. Alterada, Lorena nos indicó que no solo le dijo que no se iba a retirar, sino que su posicionamiento era en contra de esa

ley y que sería contundente en su exposición. Fue su última intervención en el pleno como senadora de Cs, pues días después anunció que dejaba Ciudadanos y su acta para ir como independiente en la candidatura del Partido Popular de Cataluña. Los coqueteos de la dirección del partido con el PSOE, en algo tan importante como la educación, fueron la gota que colmó el vaso de Lorena tras meses de ninguneos y desprecios hacia su excelente labor. El sentarse Cs con el Gobierno a negociar los presupuestos a la vez que salía a la luz el proyecto de la ley Celaá originó la enésima crisis interna en el partido. Nadie comprendía tal despropósito.

A muchos nos resultaba deplorable y humillante ver cómo, poco a poco, convertían a Cs en un partido político más al servicio del poder y del sanchismo. Pisotearon, sin inmutarse, los valores y principios de un proyecto que nos costó sudor y lágrimas construir en toda España.

Con ese escenario político, llegaron las elecciones catalanas del 14 de febrero de 2021. Meses antes, el partido decidió prescindir de Lorena como candidata a la presidencia de la Generalitat e imponer a Carlos Carrizosa, suprimiendo el proceso de primarias. Cuando se tomó aquella decisión —verano de 2020—, los sondeos preveían que Cs mantendría cerca de los veinte escaños en el Parlament, pero llegó la campaña de las elecciones catalanas y con ella se evidenciaron las carencias estratégicas del equipo de Inés, con escándalo incluido por el diseño de unos carteles que se vieron obligados a retirar en plena campaña. De los 36 escaños de 2017, y los casi veinte que nos daban las encuestas, pocos meses antes de prescindir de Lorena, nos quedamos en solo seis. Lejos de asumir errores y hacer autocrítica, culparon sin ningún pudor a la herencia del pasado. Cansado y harto de ver en lo que estaban convirtiendo a Cs, alcé la voz tras meses en silencio, viéndome obligado a hacer pública mi indignación. «No aprendieron de los errores —suyos también— del pasado, pero tampoco de los aciertos que nos llevaron a ganar en Cataluña. Día triste y me apena que haya gente que no esté a la altura. Mientras, el verdadero drama de España es el sanchismo y la banda

campando a sus anchas», escribí en Twitter a la mañana siguiente de las elecciones catalanas. Las reacciones no se hicieron esperar, tampoco las presiones para que eliminara el tuit.

A los tres días, el 18 de febrero, tenía prevista una reunión con Carlos Cuadrado en la sede de Madrid. Era consciente de que sería una reunión dura y tensa, pero nunca pensé lo que me acabaría encontrando en ella. Cuadrado pidió a José María Espejo y a la coordinadora de Cs en las Cortes Generales que asistiesen como testigos, pues según él, quería que hubiese testimonios de lo que allí se tratara. Por mi parte, no hubo ningún inconveniente, todo lo contrario, aunque esa actitud por su parte demostraba la total desconfianza que se había creado hacia mí. Con actitud nerviosa y manos temblorosas, Cuadrado cogía unos papeles donde en uno tenía anotados los puntos que quería tratar conmigo; en los otros, pude observar lo que parecían ser unas capturas mías de alguna conversación privada de WhatsApp. La reunión me recordó a la que me prepararon en Cataluña ante Albert Rivera en octubre y diciembre de 2016, pues pronto comenzaron a acusarme de que estaba maniobrando en contra de los intereses del partido, que el tuit que había puesto podía originarme la expulsión y que había presionado a los senadores para ser nombrado portavoz adjunto en el Senado. Como en aquella misma ocasión de hacía unos años, no solo demostré que todas esas acusaciones eran falsas, sino que yo sí les detallé todos los agravios y acciones que habían realizado en mi contra y de mi entorno más cercano durante esos meses, y de forma bien documentada. Al final de la conversación, Cuadrado me dijo que quería volver a recuperar la confianza en mí, y que para ello debía hacer un par de cosas. La primera, desdecirme del tuit que había escrito y defender que los malos resultados de las elecciones catalanas eran por culpa del equipo anterior; y la segunda, apoyar públicamente la nueva estrategia del partido, es decir, la de llegar a acuerdos con el Gobierno de Pedro Sánchez y Pablo Iglesias —y es que en aquella reunión se insinuó que los pactos con la Moncloa serían cada vez más importantes—. A cambio de ello, me nombrarían portavoz adjunto en el Senado: «Cobrarás 7.500 euros al mes, que no está nada mal», me dijo

como si fuese un premio de consolación. «Me sorprende que después de todos estos años pienses que voy a aceptar eso por dinero», le dije. «Piénsatelo», me insistió. Tenían muy claro que el futuro de la estrategia de Cs pasaba por estar junto a Pedro Sánchez.

Una sensación de tristeza e indignación recorrió todo mi cuerpo. Aquella reunión me había arrancado un trozo de corazón. Salí de la sede sin mirar atrás, sabía que no volvería más a pisar esas oficinas. Llamé a Virginia, con lágrimas en los ojos, le expliqué lo que había pasado y le dije que iba a dejar Cs y mi acta de senador, que este ya no era el proyecto que habíamos construido, que lo habían trastocado, y no podía ser cargo público de un partido que se había convertido en un apéndice del sanchismo. Esa misma tarde decidí que era momento de sumar para construir una alternativa fuerte al Gobierno de Sánchez e Iglesias, pues los actuales dirigentes de Cs iban a ir de la mano con ellos —tal y como se vio semanas después—. Por eso, ese mismo día contacté con Pablo Casado y con Teodoro García Egea, quería verme con ellos. A la mañana siguiente, le comuniqué a Marta Suárez en el Senado que iba a dejar el partido, que lo del día anterior era la confirmación de que los del Ciudadanos auténtico no teníamos cabida en el actual Ciudadanos. Esa misma semana subí una foto en mis redes sociales con el cartel de mi despacho del Senado con la frase «Una imagen para el recuerdo». La decisión de dejar el único partido en el que había militado estaba tomada. Quince años de servicio a un proyecto que ahora habían vendido a lo peor de la política española.

Un partido político está formado por un grupo de personas que durante su mandato establecen la línea ideológica y los posicionamientos a seguir, que van a marcar las políticas y la vida para miles de españoles, y la nueva dirección cambió como del día a la noche la ideología y principios de Ciudadanos. Esto es algo que se ha visto en repetidas ocasiones a lo largo de la historia en diferentes partidos, pues poco o nada queda ya de ese PSOE de Felipe González en el PSOE de Sánchez, y muy distinto era la Alianza Popular del ya fallecido Fraga con el PP que construyó

Aznar. Por eso ningún partido puede hacerte rehén de sus propios actos, y lo que nunca ha de cambiar son los principios y valores de uno mismo, ni la lealtad a tu país.

A pesar de que mi decisión de abandonar ese Cs al que no reconocía era firme, tuve que retrasar el anuncio de mi marcha un par de semanas, porque ya teníamos la fecha exacta para el nacimiento de mi hijo —el parto debía programarse al llevar Virginia todo el embarazo con heparina por sus problemas en la sangre—. Casualidades del destino, la misma semana que decidí comunicar a los medios mi baja de Cs y mi renuncia al acta de senador, y que me iba al Partido Popular a trabajar como asesor —sin cargo político alguno—, se pusieron en marcha las mociones de censura impulsadas por Cs, PSOE y Podemos en Murcia y Madrid, lo que ratificó que estaba en el lado correcto. La historia, a partir de entonces, ya la conocemos todos.

Minutos antes de hacer pública mi baja de Cs, llamé a Carlos Cuadrado. No contestó, por lo que le envié un wasap a Arrimadas: «Inés, he intentado hablar con Cuadrado pero no he tenido suerte. Solo decirte que tras las diferentes reuniones que tuve con Cuadrado, especialmente la del 18 de febrero, y tras una reflexión de semanas, acabo de solicitar mi baja como afiliado y renunciar a mi acta de senador. Muchas gracias por todos estos años. Si quieres, de aquí unos días nos tomamos un café». Café que nunca llegó. También llamé a mis padres. Más allá del comentario que le hice a Marta Suárez en el Senado, no había informado a nadie de la decisión final que había tomado tras aquella reunión del 18 de febrero. Fueron unos días muy duros, «periodistas» que parecían detectives seguían mis pasos por Madrid. Y el que ya era mi antiguo partido, saliendo en tromba, como un elefante en una cacharrería, con los recién llegados al partido en 2019 lanzando graves insultos y descalificaciones hacia mi persona. Sin ni siquiera pararse a pensar qué habían hecho mal o qué motivos me llevaron a tomar esa difícil decisión. Algunos de la dirección de Cs —a los que llegué a considerar amigos— nunca entendieron que mis valores y mis principios no tienen precio, que ni una silla ni una portavocía adjunta en el Senado comprarían mi silencio o

corromperían mi lealtad. «El honor es la mayor divisa del guardiacivil, una vez perdido no se recobra jamás»: con ese lema crecí en una casa cuartel y con ese lema moriré. Porque la lealtad a España estará siempre por encima de las siglas y los colores.

Agradecimientos

Gracias a todos los que hicieron posible un sueño llamado Ciudadanos, que me llevó a descubrir las dos caras que puede llegar a tener una persona: la de la verdad y la bondad o la de la maldad y el odio, quedándome con los primeros para el resto de mi vida.

Gracias a Ciudadanos, que me llevó a conocer a Virginia, mi mujer y compañera y madre de mi hijo Pelayo, al que le explicaremos que intentamos dejar una España mejor.

Gracias a mis padres, que han sido mi ejemplo de lucha y superación.

Gracias a mis amigos —y también a mis «enemigos»— que de una manera u otra me han enriquecido con su cariño y me han aportado sabiduría en este apasionante mundo de la política.

Gracias a mi admirado Juan Carlos Girauta, por sus palabras y seguir ilustrándonos con el prólogo.

Y gracias a todos vosotros, que estáis leyendo estas líneas.

Ciudadanos. La historia jamás contada
Fran Hervías

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Francisco Javier Hervías Chirosa, 2023

© del prólogo, Juan Carlos Girauta Vidal, 2023

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la cubierta, Javier Jaén

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2023
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2023

ISBN: 978-84-1100-161-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!